



LA ENEMIGA DEL ALFA

GERTTY RUDRAW

DESCENDIENTES DE CREPÚSCULO 2

LA ENEMIGA DEL ALFA



GERTTY RUDRAW

Copyright 2024 - Todos los derechos reservados.

No es legal reproducir, duplicar o transmitir ninguna parte de este documento ni por medios electrónicos ni en formato impreso. Queda terminantemente prohibida la grabación de esta publicación y no se permite el almacenamiento de este documento a menos que se cuente con el permiso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña literaria.

Este libro es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, o lugares, sucesos o localizaciones es pura coincidencia.

✿ Creado con Vellum

ÍNDICE

<u>Capítulo 1: Él no</u>	
<u>Capítulo 2: Camino sangriento</u>	
<u>Capítulo 3: Algo necesario</u>	
<u>Capítulo 4: Las cadenas</u>	
<u>Capítulo 5: Entre las sombras</u>	
<u>Capítulo 6: Desaparecido</u>	
<u>Capítulo 7: Sangre real</u>	
<u>Capítulo 8: A través del espejo</u>	
<u>Capítulo 9: Sin vuelta atrás</u>	
<u>Capítulo 10: Dios durmiente</u>	
<u>Capítulo 11: Renacer de las cenizas</u>	
<u>Capítulo 12: La cronología</u>	
<u>Capítulo 13: Por el destino de todos</u>	
<u>Capítulo 14: Voces en la oscuridad</u>	
<u>Capítulo 15: El último aliento</u>	
<u>Capítulo 16: Despedida</u>	
<u>Capítulo 17: Deseos de venganza</u>	
<u>Capítulo 18: Un dios traicionero</u>	
<u>Capítulo 19: El alfa de los lobos</u>	
<u>Capítulo 20: Casi, pero no del todo una hija</u>	
<u>Capítulo 21: Grito de guerra</u>	
<u>Capítulo 22: Un pasado borroso</u>	
<u>Capítulo 23: Confía en mí</u>	
<u>Capítulo 24: En medio de la oscuridad</u>	
<u>Capítulo 25: El mensaje de un cuervo</u>	
<u>Capítulo 26: Seguir al cuervo</u>	
<u>Capítulo 27: Tregua</u>	
<u>Capítulo 28: Todos somos uno</u>	
<u>Capítulo 29: Mi alma en llamas</u>	

CAPÍTULO 1: ÉL NO



GWEN

El silencio llena la habitación en cuanto Everett se va.

—Iré a por él —dice Adam, dando unos pasos para seguir a su hermano, pero Evander le detiene.

—Si no le importa, déjeme hablar con él esta vez —afirma el beta con una sonrisa de disculpa en la cara.

Le veo salir de la habitación mientras, de nuevo, se hace el silencio. Un silencio solo interrumpido por la respiración entrecortada de Adam y sus palabras cargadas de culpa.

—Soy responsable de esto —dice pasándose las manos por el pelo—. Debería haberles protegido.

—No, Adam —le corta Ivy, apoyando las manos en sus hombros—. Nada de esto es culpa tuya. Vamos a recuperar a Sadie. Ya lo verás.

Observo la forma íntima en que interactúan, pero al cabo de un momento aparto la mirada, incómoda.

Nyx se fija en el hueco que ha dejado en la madera el golpe de Everett. Frunce el ceño y pasa los dedos por las astillas que recorren la encimera.

—No entiendo por qué mi madre haría eso —dice Nyx, quien, tras un momento, completa el pensamiento—. ¿Por qué se aliaría con el Dr. Taylor para crear el Elixir?

—Yo tampoco lo entiendo —anuncia Ivy, cuya mirada se fija en la morena—. Es extraño que mi padre participara en algo así.

—¿Por qué piensas eso? —pregunta Nyx.

—A mi padre le encanta ejercer el poder y no tolera tener a nadie por encima de él —admite Ivy—. Por la misma razón, no se me ocurre una razón de peso por la que se aliaría con alguien tan poderosa como la reina de las hadas. Alguien que podría doblegar su voluntad y violar sus pensamientos a su antojo.

Los labios de Nyx se dibujan en una línea recta. —Mi madre no soporta la idea de que haya alguien más poderoso que ella, y detesta a los humanos. —Un suspiro sale de sus labios—. Por eso me cuesta creer que buscara al doctor como aliado, pero está claro que lo han hecho. Eso

prueba todo lo que ha pasado. Explica que Sadie esté en el otro reino...

Mis ojos se cierran ante la mención de la niña. Por dentro, aún siento el miedo asfixiante de la desesperación y el dolor de Everett, que todo lo abarca dentro de mí.

Necesito salir de aquí. —Voy a tomar el aire —murmuro.

Ivy parece nerviosa cuando salgo de la cocina. —No te irás, ¿verdad? —Pregunta con voz trémula.

Nyx también parece nerviosa. Desde que las brujas decidieron no participar en esta alianza, debe preguntarse si me quedaré con mis amigos o con las brujas.

Niego con la cabeza y agarro el pomo de la puerta con la mano. —Solo necesito un poco de aire fresco —les digo.

Fuera de la cálida cocina, la temperatura es gélida, pero no me importa. El frío me permite pensar, así que me alejo de la casa, con los pies enterrados en la nieve mientras intento poner en orden mis pensamientos.

Por desgracia, no puedo. La imagen de los ojos de Everett llenos de dolor e ira sigue persiguiéndome.

—¡Maldita sea! —Gruño, deteniéndome en la linde del bosque, pateando la nieve.

Me meto la mano en el jersey y saco un collar con un cristal como colgante. La piedra tiene pequeñas grietas que la atraviesan, lo que, por supuesto, es un mal presagio.

—Mierda. Mierda, mierda, mierda. —Por dentro siento el caos, y sé que lo que estoy haciendo es peligroso, pero no tengo otra opción.

No puedo permitirme enamorarme de Everett y tengo que dejar de sentirme así. Aunque estemos *destinados el uno para el otro*, debo evitar que nadie lo sepa.

El pensamiento provoca otra grieta en la pequeña piedra, y sé que no tardará en romperse. A menos que me aleje de él, la piedra seguirá resquebrajándose hasta que se rompa el encantamiento.

Estás jugando con fuego, Gwen, pienso para mis adentros.

—La recuperaremos —dice una voz, sacándome de mis pensamientos.

Al levantar la vista, descubro que me he adentrado en el bosque mucho más de lo que pensaba. Los árboles son altos y su falta de hojas, combinada con la luz de la luna, hace que sus ramas proyecten largas sombras sobre la nieve. Everett y Evander están de espaldas y no se percatan de mi presencia. Están sentados en las orillas nevadas del río helado.

—Es un bonito sentimiento que me reconforta —dice Everett.

Su voz áspera y llena de dolor me atraviesa el corazón, y sé que debería correr en dirección contraria a ellos, pero no puedo.

—No lo hago por esa razón —dice Evander—. Sé que ahora no piensas así, pero todos trabajaremos juntos para recuperar a Sadie. Debemos mantener la calma y encontrar la manera de

tener éxito.

El dolor de Everett, tan real como si fuera el mío propio, me atraviesa el corazón, haciéndome imposible respirar. Dentro de mí hay una guerra que me hace odiar al lobo como no he odiado nada en toda mi vida, y eso me irrita, ya que las brujas estamos acostumbradas a estar unidas solo a nuestro aquelarre y no a las parejas destinadas.

Ojalá pudiera alejarme de él, pero sé que no puedo, y ése es el enorme problema al que me enfrento.

Justo cuando doy un paso para alejarme, bajo mis pies se quiebra una rama. Everett y Evander se vuelven hacia mí, y los fríos ojos de Everett se clavan en los míos.

Su mirada dura y cargada de dolor me atraviesa. Y sé que él no siente lo mismo que yo. Aún no, pero es solo por el hechizo. Un hechizo que se está deshaciendo pedazo a pedazo.

—¿Qué haces aquí? —pregunta con tono cortante.

Contengo una mueca y me cruzo de brazos, diciendo lo único que se me ocurre: —He estado pensando en lo que pasó.

—¿Y? —entona, esperando más.

Odiando su humor, siempre tan hostil, le respondo en el mismo tono seco: —Puede que haya una forma de averiguar cómo recuperar a Sadie.

Everett se levanta y me mira como si le hubiera garantizado que puedo traerla de vuelta.

—¿Cómo? —exige.

Sacudo la cabeza. —Aquí no —respondo, refiriéndome a donde estamos parados.

Los dos lobos intercambian una mirada y me siguen de vuelta a la casa. Mientras camino, intento aclarar mis pensamientos, pero por ahora me resulta imposible.

Sé que la estoy cagando a lo grande. Cada segundo que paso cerca de él empeora las cosas.

—Gwen —ruge Everett en cuanto llegamos a las inmediaciones de la casa.

Alarga la mano y me agarra del brazo, haciéndome girar para mirarle a los ojos. Aunque me cuesta, intento permanecer relajada, pero me resulta imposible. —Dime cómo averiguamos dónde está Sadie.

Me suelto de su agarre y me alejo unos pasos, notando que la voz excitada de Everett ha atraído la atención de Adam, Ivy y Nyx, que estaban dentro de la casa.

Mordiéndome el labio y odiándome a mí misma, explico: —Puedo traer a la doctora Taylor, o a la reina Diantha. A una de ellas, al menos.

—¿Estás seguro? —pregunta Nyx a mis espaldas. Parece sorprendida ante la idea—. ¿Cómo?

—Con un hechizo —admito con una sonrisa burlona—. No será fácil y podría ser arriesgado. Podría salir mal, pero hay una manera. —Me paso las manos nerviosas por el pelo.

La sombra de Everett avanza hacia mí. Al levantar la vista, lo veo muy cerca. Es *como una montaña*, pienso mientras lo observo, tan grande, tan imponente.

—Si puedes traerlos de vuelta, puedes traer de vuelta a Sadie —declara, en un tono casi enloquecido, como una orden.

—No, el hechizo no funciona así —argumento—. No puedo encontrar a nadie en la otra dimensión, pero puedo obligarles a venir. Los humanos y las hadas no son lo mismo. Puedo localizar a un hada en su territorio, pero no a sus prisioneros, ya que mi magia de rastreo no tiene efecto en su reino. Alguien tendría que servir de cebo. Tal vez Nyx o Ivy. El hechizo es como un trance. No se darán cuenta de lo que está pasando hasta que las tenga aprisionadas en un círculo de magia, y entonces podremos obligarlas a responder a nuestras preguntas. Pero el hechizo no las retendrá mucho tiempo. Solo unos minutos. Debería ser suficiente para averiguar dónde retienen a Sadie, o por qué han creado la droga.

—Yo lo haré —dice Nyx apresuradamente—. Traeremos a mi madre y le preguntaremos. Si alguien sabe cómo podemos traer a Sadie de vuelta, será ella.

—Si es así, ¿cuándo realizaremos el hechizo? —pregunta Adam, y Everett vuelve a girarse para mirarme.

—¿Y cómo? —pregunta Ivy

Aparto la mirada de Everett y le ignoro, intentando pensar en una forma de llevar esto a cabo manteniendo a todos a salvo.

—Podría ser en una semana. Quizá menos —digo.

Y entonces siento que se me parte la cabeza cuando un dolor inesperado y cegador me recorre y caigo al suelo, prisionera de la terrible sensación.

Cuando cinco voces diferentes gritan: —¡Gwen! ¿Qué pasa?

Ivy y Nyx corren hacia mí mientras Everett se acerca, con preocupación en sus ojos.

—Es mi aquelarre —jadeo—. Algo pasa. Algo terrible.

Lucho por incorporarme. No veo a nadie y solo siento el dolor que me invade por dentro. También hay rabia, y la impotencia de los míos. Algo, o alguien, les está atacando.

—¡Tengo que irme! —Grito y rompo a correr sin pensarlo, pero en cuanto me alejo, todos corren para alcanzarme.

—¡No te irás sin nosotros! —Nyx dice después de detenerme.

—Vosotros no lo entendéis —aventuro.

—Eres tú quien no lo entiende —me corta Adam—. Somos un equipo.

—Iremos contigo —me informa Ivy.

Me mira, luego a Nyx, y el hada princesa extiende las sombras frente a nosotros.

—¿Adónde? —Nyx me pregunta.

—A los territorios perdidos de las brujas —confirmo.

Me coge de la mano, asiente, y los tres cruzamos las sombras y nos adentramos en el silencio.

Pero pronto, la calamidad nos golpea cuando olemos sangre y oímos gritos que llenan el aire.

Y sé que llego demasiado tarde.

Hay un abismo donde antes había un refugio protegido, ahora se crea una imagen de horror. Del fuego emergen figuras, pero ya no son mis hermanas. En su lugar, las criaturas, altas con cuerpos curvados y redolientes, desprenden un olor a podredumbre como un fantasma de lo que ha ocurrido aquí.

—No —dice Ivy a mi lado, y su mano aprieta la mía.

El fuego brota de la alta y vieja mansión que una vez representó el hogar principal de uno de los clanes más poderosos de todo Londres. El caos corroe la escena a medida que los cuerpos quemados y el olor a sangre podrida se extienden ante nosotros. La nieve arde y la tierra desnuda alberga cadáveres de brujas, que los hambrientos necrófagos han devorado, con los rostros cubiertos de sangre.

Sorin Crius está de pie frente al desorden con una sonrisa, a la vez encantadora y aterradora. Nos observa llegar y su sonrisa se ensancha. Sus ropas, de un blanco cegador, destacan entre el pandemónium del fuego y el suelo manchado de rojo brillante por la sangre derramada.

—¡Fuiste tú! —Declaro, dando un paso hacia él.

—Sabes, soy un hombre agradecido, y pensé que debía devolverte el favor por lo que me hiciste en los portales. Cuando la Princesa Nyx y yo hablamos con tanta cortesía. —Sonríe mientras la maldad rezuma por sus poros.

—¡Vas a pagar esto con sangre! —dice Nyx, mirando a Sorin con odio.

—¿Lo haré? —se burla y se ríe.

Mientras habla, mi mirada se desvía hacia un necrófago que muerde y desgarrar el cuello de una chica: no es una aprendiz, sino una poderosa bruja. La ira hierve en mi interior y sé que algo se ha roto. Una parte de mi esencia clama venganza.

—¡Lo harás! —Declaro con voz mordaz mientras camino hacia él—. Yo mismo me encargaré de devolverte lo que has hecho.

A mis espaldas, mis amigos lanzan un grito de guerra y, en respuesta, los engendros levantan la cara, olfatean el aire y sueltan un horrible bramido gutural.

La noche no ha hecho más que empezar. Pero ya está poblada de muerte y sangre.

CAPÍTULO 2: CAMINO SANGRIENTO



La voz de Gwen cruje en el aire, caliente y perfumada de sangre. El sonido, lleno de dolor, se filtra por mis sentidos; rompe la sinfonía de la muerte y añade un nuevo verso, mientras un intenso color verde tiñe sus dedos: el color de la magia, la ira y la *venganza*.

Sorin sonríe al verla llegar, casi como si la estuviera esperando. Con los brazos abiertos y sonriente, parece más poderoso y peligroso que nunca.

Gwen extiende las manos hacia el cuerpo de Sorin, esperando perforar su piel para vengar a todos los que ha perdido.

Pero sus dedos tocan el aire. Sorin estalla en carcajadas mientras Gwen cae al suelo. Su cuerpo, envuelto en ropas blancas, se vuelve transparente, mientras el pelirrojo se vuelve hacia una Gwen muy lívida, que le mira llena de odio.

—Es un espejismo —susurra Nyx a mi lado, mirando la imagen de Sorin.

—¡Cobarde! —brama Gwen, que lo mira con furia. Se pone en pie de un salto y avanza, intentando averiguar cómo traer a los fae a nuestra dimensión, el aquí y el ahora.

Tiene un aura cargada a su alrededor, con aroma a cítricos y penetrante; el verde tiñe sus profundos ojos verdes de un sorprendente tono brillante, mientras que su cabello oscuro ondea al viento cargado de ceniza, dándole el aspecto de una diosa de la guerra.

Gwen avanza hacia el espejismo de Sorin. —Da la cara, hijo de puta, y lucha conmigo como un guerrero de verdad.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —pregunta Sorin con sorna—. No pienso ensuciarme las manos por ti... ni por ninguna de vuestras repugnantes criaturas. Los experimentos del doctor os mostrarán vuestro lugar... donde la mugre solo debe emparejarse con la mugre.

Sus palabras, cargadas de hielo y arrogancia, se vuelven oscuras cuando dirige su atención hacia mí y luego hacia Nyx. —En cuanto a ti, princesa de los mortales —murmura. La palabra se le pega a la lengua, como un insulto—. Tu madre aún te quiere viva, pero ha dejado un amplio margen a la interpretación, que pienso utilizar en mi beneficio. Espero que no te importe. —Las palabras de Sorin gotean como miel.

Después de hablar, su mirada recorre el grupo. Echa un vistazo a los tres lobos que tenemos detrás, a Gwen y a Nyx, hasta que su mirada se posa en mí.

—Volveremos a vernos —promete antes de desaparecer entre las estelas de humo y polvo.

En cuanto su cuerpo desaparece de nuestra visión, el grito de Gwen se eleva de nuevo, entrecortado y lleno de ira. Un fuerte y peligroso color fluorescente se arremolina en el aire circundante.

—¡Le romperé el cráneo con mis propias manos por esto! —grita Gwen.

Mira a los engendros, que, tras la marcha de Sorin, parecen haber recibido la orden silenciosa de atacarnos, y luego nos da la espalda. Después de verla posar, sé que tiene intención de luchar a muerte con las bestias que han devorado su aquelarre.

—No podemos permitir que muera a manos de esas bestias —le digo a Nyx, corriendo hacia Gwen.

Por suerte, Adam, cuya esencia se mezcla con la mía, entiende mis intenciones.

—Por supuesto que no —me asegura tras quitarse la camisa—. No pienso darle el gusto a ese asqueroso hada de llevarse a más de los míos.

Avanza en formación, seguido por Everett y Evander, que se quitan juntos las camisas. Como tres apóstoles de la muerte, se lanzan contra los engendros.

Nyx respira, tratando de mantener la calma, y luego su expresión cambia a determinación.

—¿Lista? —me pregunta.

—En realidad no, pero estoy contigo —admito.

Ella me comprende y sabe que la muerte y la lucha son algo que evita igual que yo, si podemos evitarlo. Pero eso no le impide manifestar su verdadera esencia mientras sus ojos se tiñen y su piel adquiere los fantásticos matices de los suyos... de los nuestros, justo cuando un grito de guerra sale de sus labios y se lanza contra los necrófagos.

Su cuerpo impacta contra uno mientras permito que mi calor corporal se expanda. Me llega el horrible sonido de sus miembros desgarrándose y los huesos crujiendo. Nyx parte a un necrófago por la mitad tirando de él desde cada una de sus extremidades. Su sangre llena el aire, dejando que sus vísceras salpiquen el suelo.

Dejando que el rastro de mi magia se manifieste, corro mientras mis sentidos se expanden y alcanzo a un grupo de engendros que despedazan los cadáveres de al menos cinco brujas. Un extraño aroma llena el aire, cargado de magia; cuando me lanzo contra ellos, sintiendo que mis manos hierven, mi cuerpo tiembla, y mientras los engendros levantan sus rostros para atacarme.

Uno de ellos intenta arremeter contra mí, casi dando en el blanco, pero Adam, que está a poca distancia, lo detiene en seco, usando su antebrazo para parar el golpe, y éste le devuelve el golpe con un puñetazo tan brusco que hace que la bestia brame mientras sus costillas se resquebrajan.

La sangre negra de los engendros mancha el hocico y las patas de Adam mientras sus cuerpos mutilados se amontonan en la nieve. Al examinar sus rostros, se puede saber de qué raza son: brujas, lobos o vampiros. Todos ellos ya no son lo que eran.

La criatura cae al suelo y yo me abalanzo mientras Adam golpea una segunda, una tercera y una

cuarta vez. Coloco las manos sobre su pecho herido y siento la magia latiendo en mi interior. Y sé que es el mismo pulso que me permite curar a los demás, que puedo hacer que funcione a la inversa: no solo curar una herida, sino extraer la energía vital de quienes me rodean para quitarles la vida.

No sé cómo funciona este poder. No lo entiendo, igual que no sé cómo funcionan mis músculos cuando respiro, pero funciona de la misma manera. Cuando pienso en devorar la vida del necrófago, algo dentro de mí se activa, y dreno su energía mientras el cadáver se oxida y se deshace bajo el peso de mi cuerpo.

De este modo, cuando mis dedos tocan al necrófago, absorbo su vida hasta que los huesos son visibles a través de la piel, y se convierten en un montón de polvo que mancha mi ropa y la nieve.

La sensación, distinta a la de quitar la vida a seres como los hados, me marea y me provoca náuseas por un momento, pero me recupero y me pongo en pie mientras busco a Adam con la mirada.

—¡Debemos detener a Gwen! —Le digo.

Mirando a lo lejos, veo a una bruja en medio de un círculo formado por al menos otros siete engendros que la rodean. Pero ella no parece tenerles miedo. Su ira late al pulso de la magia mientras el aura se expande a su alrededor. Y a medida que los necrófagos se acercan, la veo invocar ese poder, latente en su interior, hasta el punto de destruirlos con un simple toque de su mano. —¡Si sigue así, el resultado será malo! —Le digo a Adam, preocupado.

—Lo sé —responde, con el pecho y los brazos manchados de sangre negra—. Ve a buscarla. Everett, Evander y yo controlaremos la situación aquí.

Asiento y corro, alejándome de él mientras su cuerpo muta, revelando al enorme lobo de pelaje claro cuyo aullido se eleva en medio de la noche, llamando a los suyos.

—¡Gwen! —Grito, llamando a mi amiga, intentando acercarme, pero la bruja no me oye.

Nyx también intenta acercarse y me mira desesperada. Ha extendido sombras sobre los jardines de la mansión para apagar el fuego. —¡Gwen, reacciona ya! —Le ordeno.

Pero Gwen no parece darse por enterada. En lugar de eso, utiliza su magia para manipular a los engendros como si fueran marionetas.

La veo mover los dedos de forma siniestra, como si tirara de hilos invisibles mientras los engendros se atacan unos a otros, rajándose la piel y apuñalándose los huesos con sus garras hasta quedar reducidos a nada más que un montón de miembros desparramados.

—¡Puede haber brujas vivas dentro de la mansión, Gwen! —dice Nyx, intentando llamar su atención—. ¡Por favor, salvemos a tus *hermanas*!

—No queda... ninguna... —dice Gwen entre jadeos, con la voz distorsionada—. Las han... Las han matado a todas...

—¡No! —Grito para silenciarla—. Sabes que no lo han hecho. Por favor, Gwen. ¡Reacciona! —Te lo ruego.

Cierra los ojos, el resplandor de la magia refulge incluso a través de sus párpados cerrados. Sacude la cabeza mientras le castañetea los dientes y cierra las manos en puños.

Y cuando lo hace, la magia circundante explota, enviando una onda de la que las sombras de Nyx me protegen justo a tiempo. La misma ola de magia que, de la nada, destroza a todos los engendros circundantes con una velocidad abrumadora.

Entre jadeos, Gwen cae al suelo. Nyx y yo corremos a levantarla mientras tiembla.

—Nunca perdonaré a Sorin por lo que ha hecho —grita Gwen, con la voz ronca.

—Me parece bien —dice Nyx, cuyo tono se ha vuelto áspero—. No voy a perdonar, pero ahora no es el momento de pensar en la venganza. Debemos localizar al resto de tus hermanas.

Con un silencioso movimiento de cabeza, Gwen se levanta. Sus ojos recorren la escena circundante, que se desarrolla en medio de la guerra de los lobos contra los necrófagos, y luego la bruja contempla la mansión oscurecida, de la que emiten aterradores sonidos de destrucción.

—Si queda alguna, se refugiará en la sala de rituales —afirma Gwen—. ¡Vamos!

Moviéndonos deprisa, Nyx y yo la seguimos al interior de la casa, mi cuerpo resplandece entre las sombras, creando extrañas luces que iluminan el vestíbulo de una mansión antaño llena de brillo y belleza, pero ahora destrozada.

Cuando entramos, se oyen chillidos procedentes de un grupo de necrófagos. Nyx se nos adelanta, extendiendo las manos, y al hacerlo, las sombras que nos rodean se mueven como fantasmas; se levantan y se tragan a los necrófagos, que caen al vacío. Se los traga el abismo antes de atacarnos. Se hizo un silencio espeluznante antes de que la oscuridad los devorara, tras el crujido de la madera al aferrarse sus garras al suelo y sus gruñidos y chillidos desesperados, antes de que el silencio volviera a reinar en la habitación.

—¿Adónde los has enviado? —pregunta Gwen a Nyx, cuya mirada parece feroz.

—Se los he enviado a Sorin para que les dé un saludo de mi parte. —Sonríe—. Vámonos. Tenemos poco tiempo.

Asintiendo, Gwen echa a correr. Sus pasos rápidos resuenan en las paredes vacías. La seguimos, con cuidado de evitar los adornos rotos por todo el suelo.

Nos hace subir unas escaleras anchas y entramos en una gran sala que parece no tener fin, ya que las sombras cubren el alto techo ovalado.

En la escena, una mujer yace en el suelo. Un necrófago la tiene inmovilizada en el suelo, comiéndole las piernas una a una.

—¡Rita! —grita Gwen, corriendo hacia ella. Empuja al necrófago hacia atrás con su magia y lo mata arrancándole la garganta con sus garras hasta que se desangra.

La mujer está sangrando, pero sus ojos se abren de par en par cuando Gwen se acerca a ella. Me acerco a ella y extiendo las manos sobre sus heridas. La sangre mancha mis dedos, pero resisto el impulso de gemir ante la sensación viscosa y caliente, y permito que mis poderes fluyan a través de ella, curando sus heridas. —Rita, ¿qué ha pasado aquí? —pregunta Gwen desesperada.

—Ellos... Atacaron en silencio. Y rompieron nuestras defensas... No sé cómo lo hicieron. Había... Había tantos... —susurra la bruja.

—¿Dónde está la reina? —pregunta Gwen, pero la mujer en sus brazos niega con la cabeza.

—Se había ido... antes... No sabemos adónde.

Tose y Gwen me mira, desesperada.

—Sus heridas son graves —digo, sintiendo fluir la magia mientras hago todo lo posible por mantenerla con vida.

—¡Rita! —Gwen grita y se apresura a decir—: ¿Hay supervivientes? —La mujer asiente.

—Nosotros... Los escondimos en la sala sagrada... Tantos como pudimos...

—Gwen —susurro angustiada y sacudo la cabeza. Incluso con todos mis esfuerzos, la vida de Rita se escapa.

Con lágrimas en los ojos, Gwen besa la frente de la joven bruja. —Las vengaré, lo prometo —le asegura a su amiga y compañera bruja.

Cierra los ojos de la mujer y luego dice algo que no logro descifrar. Un destello de magia abandona sus dedos y, con su último suspiro, Rita se desvanece en los brazos de Gwen.

—¡Vamos! —Gwen nos apresura, poniéndose de pie.

Nyx me mira preocupada pero no dice nada, así que me levanto y Gwen echa a correr mientras la seguimos.

Se desvía para encontrar una amplia escalera que conduce a lo alto de una torre, cuya presencia me resulta extraña, aunque no sé definir por qué. La sala se abre en una cúpula redonda y sin techo en la que hay al menos treinta engendros.

Mientras observo, una parte de mí se llena de miedo. Hay muchos más de los que he visto nunca, y sé que no puedo con todos, pero Gwen no parece asustada.

—Yo me ocuparé de ellos —dice Nyx, dando un paso al lado de Gwen.

—¡No! —dice en tono neutro—. ¡Son míos y esto es por Rita!

Gwen avanza hacia ellos, enfrentándose a las criaturas que olfatean el aire al percibir nuestra llegada. Algunas gruñen mientras otras se lamen los labios con lenguas mugrientas mientras adoptan poses belicosas, acercándose a nosotras.

Nyx y yo damos un paso, pero Gwen nos detiene. —Si os atrevéis a intervenir, me enfadaré con vosotras —dice, en un tono que deja claro que no aceptará nuestra ayuda.

Así que Nyx y yo la vemos levantar las manos y un cántico sale de sus labios, mientras un aura inesperada de colores vivos y cambiantes cubre su cuerpo.

Las palabras de Gwen, roncas y precisas, son incomprensibles, pero una vibración me recorre; y comprendo, sin necesidad de oírla.

Su conjuro continúa cuando el primero de los engendros cae al suelo, luego otro, y otro.

Sus cuerpos se rompen y sus fosas nasales sangran. Les veo llevarse las manos a los ojos sangrantes y agonizar mientras se clavan las garras en el cuello y en la cara mientras intentan huir de un dolor que les corroe por dentro.

Nyx aparta la mirada de la espantosa escena. Cojo su mano y contengo la respiración, sintiendo cómo todo mi cuerpo vibra por el miedo.

Y Gwen se detiene cuando el último necrófago cae al suelo. Cuando su vida no es más que un recuerdo, cae al suelo entre jadeos mientras la magia abandona su cuerpo.

Nyx y yo corremos hacia ella. —¿Estás bien?

Las ojeras de cansancio han perdido su brillo cuando la miro a la cara.

—Estoy bien —susurra Gwen.

Contempla la ventana abierta que descansa bajo nuestros pies. Le tiemblan las manos y pronuncia una última frase mientras el suelo vibra y se abre por la mitad.

Un grito ahogado cruza el aire, luego otro, hasta que el sonido llena todo a nuestro alrededor. Nyx me observa y nos movemos hacia el círculo abierto mientras Gwen se une.

Dentro del círculo, vemos una habitación más profunda donde aparece un grupo de veinte o treinta chicas, algunas de las cuales parecen mayores de quince años.

—Puedes salir —susurra Gwen entre jadeos—. Estás a salvo.

Las chicas obedecen. Salen y miran a Gwen y luego la escena.

Al darse cuenta de que las hemos salvado, corren a abrazar a su hermana; y se rinden al agotamiento y al alivio. Gwen deja que las niñas la envuelvan mientras intenta permanecer serena.

—¡Estáis a salvo! —les dice una y otra vez, sufriendo por dentro por aquellas a los que no ha podido ayudar mientras lucha por que la oración salga de sus labios sin que se le corte la respiración.

La miro a ella y a las bestias que quedan esparcidas por el suelo y pronto comprendo la fuerza y el dolor de Gwen, que la han llevado a luchar hasta el punto de acabar con la vida de sus enemigos.

Esa misma fuerza feroz y ese mismo dolor reposan en los corazones de Everett y Adam. Ambos luchan con la misma determinación para defender a los suyos.

Mientras observo a Gwen, rodeada por las jóvenes brujas, desearía que tanta sangre y destrucción no allanaran el camino para encontrar a Sadie.

Pero sé bien que lo mío no es un deseo, sino una ilusión que se romperá en cuanto avancemos por este camino manchado de miseria.

CAPÍTULO 3: ALGO NECESARIO



Los ojos de Gwen permanecen fijos en la estructura carbonizada. Junto a ella están las chicas que salvamos de la masacre y los cadáveres de brujas y necrófagos que han muerto a nuestras manos.

Adam, que intenta en vano quitarse los restos de sangre del cuerpo con la nieve, se acerca y se pone la camisa. Everett está a su lado, observando la escena con una mirada gélida. Me sorprende cómo me he acostumbrado a la desnudez de los demás.

—¿Qué van a hacer ahora? —pregunta el menor de los hermanos mientras observa la espalda de Gwen y sus cabellos, que bailan a un ritmo lento con el viento moribundo de la madrugada.

Suspirando, se gira y observa a la muchacha que está muy cerca de ella, acariciándole el pelo con aire protector. —Reconstruir nuestro hogar, buscar ayuda y protección de los otros aquelarres y, en algún momento, vengarnos.

Las palabras, decisivas y carentes de emoción, poseen una fuerza irrevocable que me habla de las convicciones de Gwen. Y al igual que durante la batalla, sé que no se detendrá hasta alcanzar sus objetivos.

Gwen se acerca a nosotros y puedo ver su agotamiento. —Os doy las gracias por todo lo que habéis hecho —dice.

—No tienes que agradecerémoslo —respondo, acercándome a ella y rozándole el brazo.

—Somos una especie de familia —anuncia Adam, haciendo una mueca—. Y la familia se cuida entre sí.

Por primera vez en toda la noche, los labios de Gwen forman algo parecido a una sonrisa.

—Es una perspectiva interesante —afirma.

Pero pronto desaparece la sonrisa y se vuelve hacia Nyx y le dice: —¿Podrías transportarnos al recinto de las brujas en Irlanda?

Nyx asiente. No conozco el paradero del lugar que menciona Gwen, pero deben de saberlo porque nadie pregunta por él.

—Iremos contigo —dice Nyx, pero Gwen niega con la cabeza.

—No, tengo que hacer esto sola. Debido al conflicto entre especies en este momento, sería arriesgado que todos vosotros vinierais conmigo. Además, tengo que averiguar por qué mi reina no estaba presente durante el ataque. Os agradezco mucho vuestra ayuda, pero lo que ha ocurrido nos concierne a mis hermanas y a mí. Es algo que debo resolver con los míos.

—Pero el hechizo... —dice Adam, y veo cómo las manos de Everett se cierran en puños.

Sé bien lo que ambos tienen en mente. Lo que ninguno de los dos deja de pensar es en Sadie prisionera de las hadas.

—Volveré —promete Gwen—. Solo tardaré unos días. Debo transmitir las noticias sobre lo que ha ocurrido aquí; hablar con los míos, proteger a los supervivientes y encargarme del entierro de este aquelarre.

—Lo entendemos —dice Nyx y abraza a Gwen—. Solo prométenos que volverás.

—¡Lo haré! —responde y mira a Adam, aunque evita la mirada de Everett, que sigue fija en ella—. Como has dicho, somos una familia.

Adam asiente con orgullo y me coge de la mano.

Nyx se separa entonces de nosotros y suspira. Al cabo de un momento, las sombras se disipan y se abre un nuevo portal. —Te llevará adonde necesitas ir. Y es seguro —le asegura a Gwen.

Sin despedirse, Gwen nos observa y sonríe. Coge a las dos chicas de la mano y juntas cruzan el portal y desaparecen.

—Nosotros también tenemos que irnos —dice Evander, acercándose a Nyx.

Ella asiente, y en cuanto ve desaparecer a la última de las brujas, Nyx crea un portal que nos lleva de vuelta a la casa al borde del bosque.

Al llegar, nos recibe el frío de la noche. No puedo evitar mirar detrás de mí, esperando a que Gwen salga de entre las sombras. Pero sé que no lo hará.

—¡Mantén la calma! —Me dice Nyx, también observando las sombras—. Gwen volverá. ¿Cómo te sientes?

—Estoy bien —profeso frunciendo un poco el ceño—. Un poco dolorida después de todo lo que ha pasado, pero se me pasa rápido.

—Es algo bueno —afirma Nyx, con una sonrisa en los labios—. Significa que tus poderes están despertando. Cada vez serás más fuerte.

—Me siento más poderosa, pero no estoy segura... ¿Todas las especies se curan igual de rápido?

—La verdad es que no. Las hadas viven mucho más que el resto, pero los lobos se curan casi tan rápido como nosotros porque son guerreros, y los vampiros se curan por la cantidad de sangre que consumen.

—¿Y las brujas y los magos? —Pregunto intrigada.

—Son un misterio incluso para nosotros —dice Nyx con una ligera risita—. Sé que no lo parece, pero cada vez que usas tus poderes, éstos aumentan. En poco tiempo, comprenderás cómo

utilizarlos y aprenderás nuevos usos para las habilidades que ya posees.

—Descubrí algo así en la batalla —admito—. Es como cuando curo a otros, solo que esta vez podía absorber la energía vital. Era un efecto contrario, por así decirlo.

—Conozco algunas hadas que pueden hacerlo, aunque a decir verdad, son pocas. Es un don raro y codiciado, pero también peligroso.

—¿Peligroso por qué? —Pregunto a Nyx.

—En parte, la pregunta se responde a sí misma. Absorber la vida de otros seres no es algo que deba estar al alcance de cualquiera. Pero, por lo que tengo entendido, puede corromperte. Hay hadas que, una vez que descubren que pueden tomar la energía de otros, lo hacen mucho. Como si no pudieran contener el deseo de saciar su sed con vidas ajenas.

—Suenas un poco aterrador —admito.

—Es algo que les pasa a los vampiros más jóvenes. Por eso muchas veces los clanes son reacios a dejarlos cazar. Porque pueden llegar a ser tan sanguinarios como los necrófagos —admite Adam, acercándose a nosotros a medida que entiende el ritmo de la conversación.

—Una comparación encantadora —revelo con una mueca, y Nyx estalla en carcajadas.

—Suenas igual que Adam —admite, divertida.

—Debe ser de pasar tanto tiempo con él —admito con expresión ausente, mirando al chico de pelo dorado, cuyos ojos se posan un momento en los míos.

Me sonrío y se marcha a la cocina, justo cuando Evander viene hacia nosotros.

—¿Qué te parece si nos vamos a dormir? —le pregunta a Nyx, después de besarla en el dorso de la mano—. Necesitas reponer fuerzas, princesa de las sombras.

Sonríe a su compañera y luego me mira a mí. —Continuaremos esta conversación mañana —promete.

Asiento y me despido de ella, dejando que se vaya con Evander. Everett también se va a su habitación, sin decir nada más que un tranquilo —Buenas noches.

Adam se dirige a la cocina, donde la cena está fría y sin tocar. Guarda las cosas, después de lavarse las manos y el cuerpo, como si necesitara un acto diario para devolver algo de cordura a su vida. —Una buena cena bien aprovechada —bromea.

—A este paso, moriremos de agotamiento o de hambre.

Decido ayudar a Adam, así que me limpio con un trapo, que pronto se mancha de sangre, y entre los dos trabajamos en silencio. Cuando terminamos, él friega los platos mientras yo los seco.

Al mirarle, comprendo que sus pensamientos están ausentes y centrados en sus hermanos, Sadie y su manada.

Y sé que aunque lo intente, no puede dejar de ser un alfa.

—Estarán bien —le prometo, dejando el paño a un lado y cogiendo una de sus manos.

Me agarra los dedos con las manos húmedas por la vajilla. —Sé que no debería preocuparme —admite, revelando por primera vez su vulnerabilidad que cubre con bromas ácidas y discretos silencios—. Pero Everett sigue siendo mi hermano pequeño. Sadie también, y siento que les he fallado.

—No, no les has fallado —digo, apretando su cuerpo contra el mío.

Le abrazo por detrás, enterrando mi cara entre sus omóplatos y sintiendo cómo deja lo que estaba haciendo para rodear su abdomen con mis manos.

—No he sido capaz de protegerlos. Ni a vosotros, ni siquiera a mi manada —dice, molesto—. Soy una burla como alfa.

—Adam, te enfrentas a una guerra contra seres nunca vistos; una guerra contra las hadas, y todo esto mientras intentas mantenerme con vida —declaro—. Dudo que lo tuyo pueda llamarse nepotismo. Más bien, creo que has dado demasiado de ti en estos días.

Se vuelve y me mira boquiabierto. Me coge la cara entre las manos y me acaricia las mejillas. —Ahora mismo, eres lo único bueno que tengo —admite—. Les he fallado a todos, pero no te fallaré a ti también.

Mis manos permanecen apoyadas en su pecho. Ojalá pudiera borrar el dolor de sus ojos. Adam suspira y suelta las manos, pero yo me aferro a él y le miro fijamente a los ojos, perdida en la visión de sus orbes. Adam deja que su mirada se detenga en la mía y sé que sus pensamientos reflejan los míos. Que necesita lo mismo que yo.

Casi sin pensarlo, sus manos suben y me acarician las mejillas. Me atrae contra su cuerpo y siento la presión cuando nos rozamos a través de nuestras ropas; tela vaquera contra tela vaquera. Me pica la piel por sentir más allá de la incómoda ropa.

Sé que Adam anhela muchas cosas. Pero Sadie, Everett, su madre y la manada consumen sus pensamientos, todos los que le importan. Y luego estamos nosotros; nos fundimos en besos. Encontramos la liberación, o al menos el consuelo, del miedo y el dolor que sentimos en el encuentro que se produce cuando nuestros brazos se cierran alrededor del otro.

Adam me levanta el jersey lo justo para acariciarme los pechos y siento cómo sus dedos manipulan mi pezón hasta que lo noto erecto contra sus manos. Suspiro y él me agarra de la cintura, tirando de mí hacia la encimera, mientras mis labios lo buscan.

Mi lengua se enreda con la suya y, con los ojos cerrados, siento cómo baja por mi cuello, dejando besos húmedos mientras mis dedos se enroscan en su pelo.

Desciende y, al hacerlo, un fuego se enciende en mi piel y sé lo que quiero. Lo quiero a él, a todo él, sin necesidad de pensar, sentir o creer en otra cosa que no sea su pasión.

Con manos expertas, Adam me desabrocha el sujetador y mis pechos quedan libres. Se lleva uno a la boca y yo entierro mis labios en la coronilla de su cabeza, acallando los gemidos. Mis piernas se cierran en torno a su cintura, pegando su cuerpo al mío, y él aprieta sus caderas contra mis muslos abiertos, permitiéndome sentir la llamada de su apetito. Y vaya si me desea. Sus labios encuentran los míos. Su lengua caliente se introduce en mi boca mientras un suspiro sale de mis labios.

—Subamos al dormitorio —me dice, agarrándome por las caderas, por encima del final de los pantalones.

—¡No! —demando—. Quiero hacerlo aquí, ahora. Lo necesito tanto como tú.

Me mira como dudando, pero al cabo de un momento sus pupilas dilatadas ocultan el verde de sus ojos, y sé que tampoco quiere esperar.

Sus manos suben y me agarran por las caderas, tirando de mí hacia fuera del mostrador. Mis manos vuelan hacia sus pantalones y liberan su erección. Lo acaricio, sintiendo que la palma se me humedece de lujuria, y él suelta un gemido ronco mientras pega su frente a la mía.

—Joder, Ivy... —gruñe.

Masajea su miembro erecto, apartando mi mano, y luego me desabrocha los pantalones.

—¡Date la vuelta! —ordena con su actitud alfa.

Mi torso cae contra la madera de la encimera. Mis pechos están desnudos, siento el frescor mientras mi nariz se entierra contra la superficie barnizada. Lo siento detrás de mí, bajándome los pantalones y las bragas, dejando mi culo al descubierto.

Y entonces se agacha y me abre las piernas. Contengo un sollozo y miro la desolada habitación, la solitaria cocina. Las luces están apagadas en la pequeña habitación que alberga la mesa donde comemos; y más allá, las escaleras que llevan al segundo piso están desprovistas de vida.

Siento la lengua de Adam encontrar mis bordes húmedos y contengo un grito. Mis dientes se cierran en torno a la piel de mi mano. Su lengua me explora, caliente, precisa, preparando mis rincones más íntimos para él, y mientras el dolor de su ausencia me quema, me reclama como la anatomía de mi amado, me suplica que por favor deje de atormentarlo.

—Adam —le pregunto en un susurro, sin querer levantar la voz porque sé que si rompo, toda la casa nos oirá—. Adam, estoy desesperada. Lo necesito, por favor. Hazme tuya.

Se levanta como si supiera a qué me refiero y se coloca detrás de mí. Adam separa mis piernas y mis nalgas, colocando su palpitante erección en medio. Siento cómo me acaricia con la punta de su sexo hasta que encuentra mi húmeda entrada, y entonces, centímetro a centímetro, se introduce dentro de mí.

Mi voz amenaza con alzarse, con gritar tan fuerte que despertaría a todo el bosque, pero Adam me tapa la boca con la mano y luego se hunde en mi cuerpo, con un gruñido contenido en los labios.

—¡Silencio! Mi señora, lo que hacemos está prohibido —bromea con voz gruesa y sexy.

Enreda una mano con mis dedos y con la otra se agarra a mis caderas. Adam marca el ritmo con sus movimientos, permitiéndome sentirlo cada vez más dentro de mí.

Suspiros desesperados, que piden a gritos ser aliviados por la voz que se elevaría por encima de toda la cocina que se construye dentro de mí. Los siento en la garganta y bajan por mi pecho. Entonces hundo la cara contra la madera y cierro los ojos. Todo parece más intenso así. La sensación de su cuerpo dentro del mío, la forma en que se mueve, la manera en que su mano

suelta la mía para acariciarme los pechos.

Me levanto en cuanto siento que acelera y, con sus manos agarrando mis pezones, mis labios lo buscan. Adam me agarra con una fuerza dolorosa, pero se siente tan bien. Tan delicioso que es casi imposible pensar que el dolor y el placer puedan combinarse tan bien juntos.

Me besa con una pasión salvaje. Su erección se hunde más dentro de mí, y sus labios contienen un grito que pulsa por salir de mi boca. Siento cómo se hunde un poco más, y acelera un poco más hasta que una de sus manos baja y me manipula con caricias firmes y precisas justo donde sabe que me gusta.

Cuando estoy a punto de gritar su nombre por el orgasmo, Adam me toma con los labios. Acalla mis gemidos con los suyos mientras sus embestidas se hunden una última vez en mi cuerpo, y siento la humedad de su orgasmo recorrer mis muslos desnudos mientras mi cuerpo palpita de calor, de vida.

Solo entonces levanto la vista hacia él, embelesada por su imagen. Tiene rizos dorados pegados a la frente, una ligera capa de sudor le cubre y una llama arde en medio de unos orbes verde oscuro. Sus labios, rojos por nuestros besos, me encuentran, y en medio de un beso desesperado, me acaricia, como si temiera olvidar la forma en que mi cuerpo se curva cuando un orgasmo nos golpea a los dos.

—Eso fue... Woah —susurro.

—Necesario —admite con voz oscura y densa, sabiendo que nos hemos buscado el uno al otro por un acto temerario de completa necesidad.

Al fin y al cabo, no somos piezas separadas. Ya no podemos prescindir el uno del otro. Los tiempos de evasión, de sentir que el mundo podría separarnos o rompernos, han quedado atrás. Y ahora mismo, durante el caos, el dolor y la pérdida, lo único que sostenemos son nuestros cuerpos. En presencia de la guerra, encontramos nuestra paz amándonos los unos a los otros.

Adam se separa entonces de mí. Coge un paño de papel y nos limpia a él y a mí. Las cosas parecen volver a la normalidad de forma casi transparente, como si el preludio entre nuestras conversaciones y la cotidianidad se borrara y solo quedara la atmósfera actual.

Se sube los pantalones y se limpia las manos en el lavabo, y yo hago lo mismo. Me meto la camisa y los pantalones por dentro y me seco las manos con una toalla húmeda mientras Adam me peina con los dedos y me besa la frente.

Le sonrío, él me devuelve la sonrisa y seguimos a lo nuestro sin decir ni hablar de mucho más, flotando en la normalidad de la escena.

Pero dentro de la cocina, el sexo y la pasión desprenden un olor que flota entre el aroma encubierto de la miel, el té y las sobras de la cena. Y sé que, aunque lo intente, no podré borrarlo.

CAPÍTULO 4: LAS CADENAS



ADAM

Al cabo de una semana, Gwen regresa, pero parece ausente, aunque esto me parece normal. Debe de ser cosa de brujas; siempre están tramando algo. Aun así, tiene motivos para estarlo, así que evito presionarla. Todos sabemos por lo que ha pasado, ya que esta guerra nos ha sacado mucho a todos.

—¿Cómo han ido las cosas con el clan en Irlanda? —pregunta Ivy. Es obvio que está aliviada de tenerla de vuelta. Las tres jóvenes se han hecho íntimas y se tratan como hermanas.

—Bastante bien, supongo. Han estado acogiendo y refugiando a los supervivientes de la masacre. La reina está con ellos, planeando sus próximos movimientos.

Por su tono, está claro que Gwen no desea ahondar más en el asunto, algo que Ivy parece entender y no la presiona más.

—¿Qué se supone que tienes que hacer? —pregunto, intentando cambiar de tema.

Me siento en los escalones que llevan de la cocina al patio trasero, donde Nyx, Ivy y Gwen siguen girando alrededor de un círculo que han abierto sobre la nieve. Todo parece designado a ser cosa de hadas y brujas, así que los demás nos mantenemos al margen, aunque creo que es algo bueno.

Gwen suspira y se vuelve para mirarme con una sonrisa amarga pintada en los labios oscuros. —Si te lo explicara, quizá no lo entenderías, Lobito —se burla.

Contengo una mueca. —De todos modos, ¿por qué no lo intentas? —Reto con una ceja levantada.

Nyx contiene una sonrisa. Está acostumbrada a las idas y venidas entre Gwen y yo, y sabe que es cosa de lobos y brujas. Se da cuenta de que no nos soportamos. No podemos estar en la misma habitación sin querer hacernos pedazos. Se detiene en medio del círculo, examinando una runa que Gwen le pidió que dibujara sobre la tierra desnuda, y da un paso atrás con una muestra de satisfacción.

Tras un suspiro melodramático, Gwen dice: —Lo que ves aquí es un sello, parecido a una jaula. Es un tipo de trampa que no se activará hasta que talle el último trozo de esta runa. —Gwen señala con un palo la runa que hay en el suelo, y Evander se acerca para admirarla.

Yo sigo con la idea, asintiendo con la cabeza. Everett, a mi lado, lo contempla todo en silencio.

El aroma amargo de su aura, el ceño fruncido y sus fríos ojos azules provocan un ambiente tenso.

—La idea es que Nyx se sitúe en el centro del círculo e invoque a la reina Diantha mediante un hechizo de conexión, y luego esperamos a que venga la reina —explica Gwen.

—Que, por supuesto, es una cosa tan simple —digo en tono irónico.

Frunce el ceño y me saca la lengua en un gesto infantil. —Por supuesto. No espero que lo entiendas. Sabía que no lo harías, pero la idea es que Diantha sienta el influjo de la magia, como guiada por un sueño. Ella vendrá, creo. Tendremos unos minutos para obligarla a responder a nuestras preguntas. Pero... —Gwen frunce el ceño encogiéndose de hombros antes de continuar—. Si las runas arden y Diantha sigue aquí, el sello se romperá y ella será libre de atacarnos.

—Una idea encantadora —respondo con sarcasmo, poniéndome en pie y acercándome al lado de Ivy.

La rodeo con uno de mis brazos mientras me da un golpecito en el abdomen. Es una reprimenda silenciosa por meterme con Gwen. Quiere que pare, pero es imposible. Está en mi naturaleza meterme con todas las brujas que se cruzan en mi camino. Es una cosa de manada y aquellarre.

Gwen pone los ojos en blanco y lo niega, apartándose de mí. "Una vez más, no espero que entiendas los entresijos de mi magia, Lobito. Límitate a seguir el plan: entrarás en fase y nos esperarás. Si algo sale mal, sácanos a toda prisa".

—Será como usted diga, Señora de los Hechizos... —Me burlo.

Por supuesto, todo esto no tiene nada de gracioso. Sé que tenemos suerte de contar con Gwen y que sin ella no obtendríamos las respuestas que necesitamos para salvar a Sadie.

La bruja se vuelve entonces hacia Ivy y Nyx. —¿Están listas?

Asienten. Cuando Nyx entra en el centro del círculo, Ivy se aleja de mí.

La agarro del brazo y la beso antes de que pueda alejarse demasiado. —No te pongas en peligro —le ruego.

—Solo si es necesario —responde con una sonrisa.

Ivy marcha hacia el lugar que Gwen ha revelado y se coloca en posición. Parece una adolescente corriente, con sus vaqueros holgados y su jersey de punto a la moda; no dejaba de pensar en la chica que conocí en la discoteca. Por aquel entonces, no podía dejar de pensar en su padre, el cazador. Su hija era una mortal y nada más que una amenaza: una maldición personal sacada de mi infierno para atormentarme.

Pero Ivy es mucho más que eso; ahora lo sé. Sin ella, no podría resistir toda esta locura. Es extraño cómo las cosas se tuercen. Extraño cómo una persona puede pasar de ser normal a una joven tan poderosa como es ahora.

Gwen mira al cielo, a la luna brillante. Es una noche ventosa y helada, pero las nubes se alejan de la casa, casi como si comprendieran que no son bienvenidas.

—Supongo que es ahora o nunca —dice Gwen en tono amargo.

Nyx entra entonces en trance. Sus ojos pierden las pupilas mientras su cuerpo cambia y su piel huele más potente. En mi interior, siento los pensamientos nerviosos de Evander. Confía en el poder de su compañera, pero se da cuenta de que Nyx se está poniendo en peligro y, por lo tanto, podría perderla.

Ivy lucha por mantenerse firme, como hacemos todos. Una ventisca imprevista sopla entre los árboles. Su llamada es como un lamento doloroso que flota con advertencias sobre nuestras cabezas, trayendo un terrible presentimiento sobre nosotros.

Por un momento, Nyx desaparece, y la tensión llena el aire. El círculo que dibujaron las chicas se vuelve oscuro, pero las runas siguen brillando en el suelo.

Entonces las runas arden y Nyx emerge del vórtice, escupida por la presión. Se incorpora jadeante y se coloca junto a Gwen. En medio del silencio, una figura aparece a través del prisma oscuro que cubre el círculo: un gemido, que se convierte en grito, corta el aire.

—¡Ahora! —Gwen grita a Nyx e Ivy.

Los tres lanzan una serie de piedras claras y oscuras contra el círculo de luz. Las piedras rebotan en la superficie, se dispersan por el suelo y forman un segundo círculo. Un rayo de luz brilla desde cada uno de ellos, alcanzando a las personas que se encuentran dentro del primer círculo.

Entonces, la reina Diantha cae al suelo, atenazada por las cadenas de las runas, y su voz se eleva como un bramido bestial sobre la tierra.

—¡Tú! ¡Cómo te atreves! —grita.

—¡Silencio! —dice Gwen con voz clara y grave. Ya no parece una niña, y su expresión es decidida, mientras el poder carga sus ojos—. Diantha de Val —anuncia Gwen, con la mirada clavada en la Reina de las Hadas—. Te hemos ordenado que vengas, y por mi sangre y la de mis hermanas, responderás a mis preguntas.

—Te quemaré viva por esto, como hice con tus insolentes *hermanas*, ¡lo juro! —arremete Diantha, llena de odio. Pero Gwen controla sus sentimientos.

—Todo el mundo tiene una pregunta —dice Gwen con tono amargo mientras nos mira a todos—. ¡Será mejor que os deis prisa!

Miro al suelo y descubro de qué está hablando. Las runas están ardiendo más rápido de lo que pensaba.

Nyx se acerca y mira a Diantha a los ojos. Su mirada llena de dolor donde el odio sería más apropiado. —¿Es cierto que te has aliado con el Dr. Taylor para crear la droga Elixir?

La reina Diantha aprieta los labios, pero Gwen aprieta la runa en su mano y, tras una mueca de dolor, Diantha responde: —Sí. Lo he hecho.

—Tú le proporcionaste Niños del Crepúsculo para fabricar la droga —dice Gwen, impasible. Sus ojos se dirigen a Diantha. —Por supuesto que lo hiciste. Pero, ¿por qué?

—Para obtener el control. Algunos deben morir, y yo debo sacrificar a algunos para lograr mayor poder —argumenta la reina.

Everett se acerca a la madre de Nyx. Sus ojos están desesperados, llenos de dolor. —¿Dónde está mi hermana? —ladra.

La reina le mira y sonríe divertida mientras le gotea sangre de la comisura de los labios. Imagino que se muerde la lengua para no contestar. —Está dentro de mi castillo —dice riendo. Por primera vez, parece satisfecha con las preguntas.

Gwen me mira, sabiendo que nos queda poco tiempo y que Everett ya ha hecho su pregunta.

—¿Cómo la rescatamos? —Pregunto.

—No hay forma de rescatarla". El monarca se ríe. "Si la quieres de vuelta, debes darme a mi hija a cambio.

Mira a Nyx, y su mirada se desvía hacia Ivy, que se acerca. —Tiene que haber otra manera. Mi madre...

—Tu madre es una traidora —ladra Diantha con disgusto.

—¿Sigue viva? —pregunta Ivy, temblando pero sin mostrar miedo.

—Sí, no puedo matarla —confirma, aunque no dice por qué.

Los sellos de la reina se aflojan. Mirando al suelo, nos damos cuenta de que las runas casi han desaparecido.

Han pasado menos de tres minutos y el hada parece poderosa. Será liberada en cualquier momento, así que todos miramos a Evander, sabiendo que la última pregunta depende de él.

Mi beta se acerca a la reina. —Hay una forma de salvar a Sadie sin renunciar a Nyx —declara—, y te exijo que me digas cuál es.

Diantha se retuerce y la cadena se rompe. Hay muchas más, pero ella lucha contra ellas. Me doy cuenta de que el sello va a romperse en cualquier momento, y el Hada Real parece dolorida, cansada y disgustada.

—Tengo que dejarla ir —dice Gwen—. Es demasiado peligrosa.

—¡Responde a mi pregunta! —grita Evander.

—Hay un pasadizo —dice la reina y se retuerce de dolor. Lucha con todas sus fuerzas, forzando las caderas.

—¡Dilo! —Everett grita, desesperado.

Diantha rompe otra cadena, y la presión hace que Gwen se tambalee, y Nyx la sujeta para que no se caiga. —¡Debo romper el hechizo! —grita Gwen, sabiendo que nuestra prisionera se liberará en cualquier momento.

—¡Es una orden! —grita Evander, lleno de ira—. ¡Responde a mi maldita pregunta!

Y tras una pausa de terror, la reina dice: —Los Dioses Durmientes... ¡Os mataré a todos con mis propias manos y alimentaré a mis perros con vuestra carne!

—¡Dilo! —Evander ruge.

—¿Los Dioses Durmientes! —responde con una voz llena de malicia.

Un crujido llena el aire.

—¡No! —brama Gwen cuando se rompe el último lazo, liberando a la reina.

—¡Adam! —grita Ivy, aterrorizada.

Gwen cae al suelo y la runa se descarga de sus manos. El círculo parpadea y el monarca mira a la bruja. —Pagarás por esto.

Levanta la mano y sus dedos rozan el borde del círculo. Las últimas runas se están borrando en el suelo con tanta prisa que la nieve las cubre.

Entrando en fase, me abalanzo sobre la reina, le muerdo los dedos y ella se aparta. Nyx gime y sus ojos cambian. Levanta una barrera oscura sobre su madre, reteniéndola, pero los gritos de Diantha, terribles y mortales, siguen siendo audibles.

—¡Pequeña traidora! —grita.

—¡Gwen! —ladra Nyx—. No tengo el control. ¡Por favor, haz algo!

Gwen se levanta tambaleándose y recoge las runas. Repite el hechizo y mira el círculo de luz, pero la frustración aparece en sus ojos.

—¡No puedo enviarla de vuelta! —grita.

—¡Tienes que hacerlo! —grita Everett.

El círculo de sombras se rompe entonces. El poder luminoso de la reina, caliente como el sol, irrumpe entre las sombras y derrite la nieve para calentar el aire circundante.

—Simplemente no puedo. ¡Es demasiado poderosa y se defiende!

—¡Nuestra única oportunidad es huir! —Evander dice y alcanza a Nyx.

—Si nos vamos, lo perderemos todo —dice Nyx, aterrorizada. Mira la casa detrás de ella y el dolor cruza sus ojos—. ¡Todo!

—¡Es mejor que morir! —ladra Gwen, que cae al suelo.

Mi mirada se centra en los haces de luz, que se van aclarando. La Reina de las Hadas aúlla entre alaridos llenos de furia.

—¡Pequeño...!

—¡Nyx! —dice Ivy, mirando a su amiga, agarrándola del brazo—. ¡Nos matará a todos si sale del círculo!

Con lágrimas en los ojos, Nyx se vuelve hacia la casa y levanta una de sus manos, abriendo un portal.

—¡Corre! —ordena.

Sin pensarlo, nos lanzamos contra la pared. Everett y Evander se lanzan al interior de las sombras, pero Ivy vacila al ver que Gwen y Nyx se demoran.

—¡Vamos! —Le digo a mi compañero—. ¡No hay tiempo!

Sin pensarlo, agarro a Ivy y tiro de ella por el brazo, empujándola hacia las sombras. Grita algo, pero no soy capaz de oírla.

Gwen deja caer la runa que sostenía y el círculo de luz se rompe.

La reina emerge entonces, mirando a su alrededor. Su resplandor, tan letal como el fuego, evapora la nieve y lo quema todo a su paso.

—¡Nyx, asquerosa sabandija! —grita, llena de violencia, sus orbes se convierten en dos círculos de oro marcados por la locura.

Nyx agarra las manos de Gwen mientras ambas lloran. —¡Ya no hay nada que hacer aquí! —Dice Gwen.

Con una rápida embestida, los tres saltamos a las sombras, cayendo en medio del abismo del silencio mientras la abrazadora luz de la Reina Diantha se eleva, estremeciéndose de ira, trayendo el verano al bosque.

Mientras las sombras se acercan, el fuego arrasa el campo. Y me doy cuenta de que nunca volveré a ver la casita en lo alto de la colina del pueblo de Minster Lovell.

CAPÍTULO 5: ENTRE LAS SOMBRAS



—¡N o! —Grito cuando Adam me deja caer en el abismo oscuro detrás de la puerta que conduce a las sombras de Nyx.

Caigo en medio de la nada, un vacío denso que me engulle. Los sentidos se disuelven, el mundo deja de tener sonido u olor. Confío en el tacto en medio de la espesa niebla.

—¡Adam! —grito, tratando de ubicarme, porque siento algo diferente en este portal. Y todas las veces anteriores que Nyx nos condujo por en medio de senderos parecían tener sentido; pero ahora, salvo la oscuridad, no hay nada que me guíe hacia mi destino.

Y caigo, arrastrado por una fuerza gravitatoria inesperada. Mi cuerpo choca con la tierra, solo que no es densa y firme como la normal, sino de una textura porosa similar a la de estar sobre arenas movedizas.

Ahora me veo en medio del bosque cerca de la casa de Nyx, en algún lugar intermedio de donde estábamos antes, pero sé que esto no es el mundo real. Los árboles desnudos, el aire frío y la falta de sonido hacen imposible identificar esto como un entorno parecido a cualquier lugar de la tierra.

Me pongo en pie, resbalando y sintiendo que la tierra blanda que hay debajo podría tragarme entera. Grito desesperada, pero mis gritos no parecen tener eco. —¡Everett, Nyx, Gwen...!

Camino, sintiendo que mis pasos son tragados por la suave arena que busca devorarme, y el cansancio me carcome mientras el peso de mi cuerpo parece ser mayor en este espacio de tiempo.

—¡Nyx! —Gimo aterrorizado, sintiendo que puedo permanecer perdido en este camino para siempre, sin posibilidad de pisar tierra que conozca.

Mientras me desespero, algo cambia en la atmósfera, y veo por encima de mi cabeza, mucho más alto de lo que puedo alcanzar. El cielo se abre, y la luz se dibuja entre el camino de sombras despachadas por la luz, y veo las figuras de Adam, Nyx y Gwen.

Excepto que no están solos.

Detrás de ellos, un enorme haz de luz se forma con una mano oscura y elegante, que emerge y se extiende como una ira hacia Nyx. Mi corazón amenaza con salirse de mi pecho al comprender lo que está sucediendo. En vano, corro para alcanzarlos, sabiendo que no puedo alcanzarlos con las

pocas fuerzas que me quedan.

—¡No! ¡Nyx, ten cuidado!

Pero ya es demasiado tarde. Diantha, la reina de las hadas, se cuelga en el mundo de sombras de Nyx. La mujer, poblada de luz cegadora, extiende las manos y atrapa el brazo de Nyx, que intenta huir.

La princesa abre los labios, desesperada y con evidente dolor, mientras su piel arde. Percibo su sufrimiento en el mundo de las sombras, mientras todo a mi alrededor empieza a balancearse y a gemir, como si este mundo reflejara los sentimientos y pensamientos de Nyx.

Adam, observando la escena, se abalanza sobre Nyx y muerde a Diantha en la mano. La mujer emite un fuerte gemido y suelta a Nyx mientras Gwen y Adam caen al abismo, seguidos por Diantha, que se recupera y persigue a mis amigos.

Entonces, el pandemónium se extiende y el mundo de las sombras se tambalea, a punto de resquebrajarse.

—¡Adam! —Grito dentro de mi cabeza, desesperada por llegar a él.

A través del enlace, veo fragmentos de lo que ocurre. Adam, Nyx y Gwen caen en medio del bosque igual que yo antes. Al estar herida, Nyx no puede abrir el portal a un destino que nos ponga a salvo, así que ahora todos estamos prisioneros. Gwen está cansada, pero sin dudarlo, se levanta y alcanza a Adam mientras intentan proteger a Nyx, que trata en vano de curar la herida que cubre su piel por el fuego de su madre.

—¡Aprenderás de una vez por todas a respetar a tu reina! —ruge Diantha, abriéndose paso entre las sombras y avanzando hacia Nyx. Donde sus manos se posan, el fuego se enciende, y el mundo de Nyx parece resquebrajarse mientras las sombras se desvanecen tras el poder de Diantha. Y con cada nuevo fuego, Adam y Gwen oyen los gritos de dolor de Nyx, que cada vez son más fuertes.

Sin esperar, Adam corre hacia la reina Diantha con Gwen pisándole los talones. La bruja pronuncia unas palabras, intentando invocar su magia, pero no funciona dentro del mundo de Nyx.

—¿Te has quedado sin hechizos, brujita? —La reina Diantha se ríe, y envía un rayo de luz hacia Adam y Gwen, que golpea a la niña en la cara.

Gwen gime y se deja caer sobre el pelaje de Adam, con los ojos cerrados y la piel quemada deritiéndose, mientras mi compañero abre las fauces y suelta un gruñido hacia la Diantha, dispuesto a detenerla.

Diantha esquivada, pero Adam se recupera rápidamente, moviéndose mucho más rápido que ella a través de la espesa niebla y la densa tierra de este mundo, y la alcanza, mordiéndole la pierna, haciéndosela sangrar.

A través de él, considero el sabor de la sangre, dulce y caliente, llenando los sentidos de Adam. La reina grita, y Gwen cae al suelo mientras Diantha clava sus afiladas garras en el cuello de Adam, haciendo brotar sangre de la herida abierta.

—¡No! —Grito, llena de terror, corriendo tan rápido como puedo—. ¡Déjalo en paz!

Pero mis exclamaciones no llegan a Diantha, cuyo poder quema la piel de Adam. Clava sus garras profundamente en la piel del lobo, y un grito de dolor me roe las entrañas al sentir el calor de su cuerpo por el fuego de ella. Pero Adam continúa sin soltar al hada, y sus poderosas mandíbulas se cierran con más fuerza contra su pierna hasta que el hueso de la pierna de Diantha se rompe, y ella cae al suelo.

Adam no la dejará ir, incluso con su vida en riesgo. Si libera a Diantha, ella irá tras Nyx, matará a Gwen, y entonces la perdición caerá sobre todos nosotros.

Mi desesperación por alcanzarlos es tal que corro, sin importarme lo cansada o pesada que me siento. Debo llegar hasta Adam antes de que Diantha acabe con él, o de lo contrario lo perderé todo.

Pero antes de que mis energías se agoten, siento y oigo una acometida detrás de mí, y me giro para ver cómo dos lobos altos e imponentes se abalanzan hacia mis amigos, siguiendo el lugar donde me encuentro.

—¡Everett! —Grito emocionada, reconociendo su forma de lobo y la de Evander, que sigue corriendo, desesperado por llegar a Nyx. Everett se detiene para permitirme saltar sobre su lomo.

Los lobos son mucho más rápidos en este mundo que cualquier otra criatura, así que nos movemos a una velocidad increíble. Alcanzamos a la reina, que sigue atacando a Adam con sus afiladas garras y se niega a toda costa a soltarlo.

Evander es el primero en llegar. Sus fauces se abren y se lanza contra ella, atrapando la mano de Diantha antes de que pueda volver a dañar a Adam. La oigo llorar cuando los afilados colmillos de Evander se clavan en su piel, haciéndola sangrar, pero su temperamento es atroz, y lo manda a volar con una mano. Se estrella contra el tronco de un árbol joven, que se resquebraja bajo su peso.

Everett corre en ayuda de Adam y arremete contra la reina Diantha por la espalda, obligándola a caer. Adam le suelta la pierna y le muerde el brazo, llevando al hada a soltar otro aullido de dolor mientras Everett intenta sujetarla.

—¿Estás bien? —le pregunto a Gwen, mientras la ayudo a ponerse en pie.

Diantha grita, enloquecida de rabia y dolor: —¡Sucias criaturas, PAGARÉIS POR VUESTRA INTERFERENCIA!

Evander se levanta con dificultad y corre hacia Nyx, que se recupera en cuanto le ve llegar. Se aferra al pelaje del lobo más oscuro mientras él la ayuda a ponerse en pie en medio de la lucha.

—¡Tenemos que salir de aquí! —transmito con desesperación a Gwen, que suelta un gemido. Su piel se cura lentamente, y las quemaduras de Diantha en la cara tienen un aspecto horrible.

—Será imposible salir de aquí si Nyx no puede ayudar, y dudo que pueda con su madre haciendo tanto daño a su mundo de sombras.

—¿Cómo la derrotamos? —Le pregunto a Gwen.

Ella sacude la cabeza. —No lo sé, a menos que podamos debilitarla, pero no estoy segura de cómo...

Su mirada sigue el rastro de sangre que mancha la densa oscuridad detrás de donde se encuentran Adam y Everett, luchando por detenerla. Diantha los ataca con un manto de luz lleno de calor que me ciega por un momento.

Y entonces, mientras observo, se me ocurre algo: una idea descabellada y poco ética, pero quizá la única esperanza que tenemos de salir de aquí.

—Encuentra a Nyx y ayúdala a recuperar sus fuerzas. Planea una forma de salir de aquí —le digo a Gwen.

—¿Qué piensas hacer? —me pregunta, notando las ideas que chisporrotean como volutas detrás de mis ojos.

—Haz justo lo que dijiste y debilita a la reina.

Sin pensarlo, suelto a Gwen, corriendo hacia nuestro acérrimo enemigo, Adam y Everett. Supongo que si Diantha puede encender su aura durante este caos, yo también puedo.

Por supuesto, no resulta tan sencillo. El hada real es la criatura más poderosa que existe, pero el calor de su aura me alimenta, ya que ambas somos hadas y, por tanto, su fuego alimenta el mío.

Me acerco lo suficiente a ellos, dejando que el calor de la reina invada mis sentidos, y cuando su luz me toca, me muevo con facilidad. El haz de luces diluye el mundo de sombras, que resta peso y fuerza al bosque oscuro y denso.

Al sentir mi aura cargada con el fuego de la Reina Diantha, permito que mi conciencia se expanda y recibo el despertar de mis poderes mientras todo se vuelve lúcido y más claro. Los colores cobran sentido, incluso en la oscuridad, y el gusto y las sensaciones se vuelven más intensos.

Del mismo modo, mi conexión con Adam se hace más fuerte: su dolor y su necesidad de detenerla antes de que nos ataque.

En ese momento, la reina intenta levantarse. Everett la empuja al suelo usando la fuerza de sus patas traseras mientras Adam le muerde el brazo.

—¡No la sueltes! —Le digo a Adam, a través de nuestro enlace mental—. ¡Sujétala un poco más!

Obedece, sin conocer mi plan, pero confiando en mí. Sus colmillos se clavan más profundamente en la piel de la reina, y ella suelta un chillido que expande su aura, donde me siento abrazado por su intenso calor.

Como resultado, el mundo de Nyx se desmorona.

Mis manos se cierran sobre la herida en la pierna de la reina causada por Adam, y todo se desmorona. Y entonces noto el poder abrumador que fluye por el cuerpo de la reina: tan voraz como una explosión o un sol en miniatura.

Y sé que podría curarla. Sé que podría permitir que mi aura fluyera hacia ella, curando sus heridas, pero también puedo hacer lo contrario y beber su poder, drenándolo hasta que no quede

nada.

El impulso es demasiado poderoso, demasiado tentador. Extraigo poder de la reina Diantha sin pensarlo. Primero en pequeñas dosis, pero luego con más fuerza. Y cuanto más poder tomo de ella, más deseo. Con cada nuevo sorbo de su vida, me hago más fuerte y comprendo cómo este poder llama al control. Mientras la esencia del gobernante puja por reconstruirse dentro de mí.

—¿Qué crees que estás haciendo...? ¡Para! —grita la reina al percatarse de mis acciones.

Ella pierde su luz, que se evapora como los últimos rayos de sol al atardecer. En comparación, yo vuelvo a la vida, pero intento contener el calor abrumador y la fuerza magnética mientras permito que el mundo de Nyx se recupere del daño causado por su madre.

Diantha se da la vuelta y trata de alcanzarme, pero el pulso de su fuego dentro de mí es demasiado poderoso y la embisto con fuerza, haciéndola caer. Diantha me observa por primera vez, aterrorizada, mientras su cuerpo pierde brillo y juventud. Su piel se vuelve frágil y en su rostro aparecen los primeros signos de vejez, mientras sus ojos se abren de par en par, asustados.

—¡Ivy! —grita Adam, que se separa de la reina—. ¡Debes detenerte!

¿Por qué debería parar? Pienso. Este poder se siente tan bien dentro de mí; tengo la fuerza para destruir el mundo. Para demoler a todos los que nos han hecho daño.

—¡Alto, Ivy! —grita Adam de nuevo, recuperando su forma humana.

Por curiosidad, miro una de mis manos, notando que se ha vuelto transparente. La luz sobresale de mi cuerpo y mancha mi estela, creando un impacto espeluznante en medio del caos silencioso de este mundo de sombras. A través de los ojos marchitos de Diantha, veo mi reflejo con cabellos de fuego y una imagen gloriosa. Reconozco que si acabo con la vida de la reina, tendría más poder que nadie. No volvería a temer a nada.

Pero de la nada, el pensamiento termina. Una sombra oscura se planta sobre mí y me giro para ver a Nyx observándome con ojos oscuros y fríos. Alarga la mano y separa mis dedos de la herida abierta de Diantha, cortando nuestra conexión. Un grito ahogado sale de mis labios y caigo justo cuando Adam corre a cogerme.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto, bajando la mirada hacia mis manos, que siguen brillando, pero no tanto. La cabeza me da vueltas y siento náuseas con un torrente de energía que me recorre, como un pulso caliente que me satura de vértigo.

—Estabas a punto de ser consumida por el poder de la reina —explica Adam, con el tono ronco por el miedo.

Levanto los ojos y busco a la mujer. La reina Diantha está tendida en el suelo, con sus elegantes ropajes sucios y desparramados. Levanta el rostro, mirando a Nyx, y por un momento, la imponente y poderosa reina parece no ser más que el esqueleto de una vieja y terrible criatura. Un mero reflejo de lo gloriosa que una vez fue.

Nyx la envuelve en las sombras, y cuando la reina abre la boca para llamarla, el silencio del mundo de Nyx se hace presente. El abismo se divide en dos, y aparece el mundo terrenal con la cabaña de Nyx, que arde en llamas, mientras la princesa destierra a su madre de su mundo de sombras, arrojándola a la nieve y al fuego que arden lejos de nosotros.

Por última vez, los ojos de Diantha se encuentran con los míos, llenos de terribles premoniciones por venir. Nyx cierra el portal y abre una nueva puerta que conduce a la pequeña habitación de un apartamento familiar, uno encima de la librería de segunda mano de Gwen.

—Vamos —dice Nyx, su voz como el hielo.

Sin mediar palabra, Adam me coge de la mano y me ayuda a ponerme en pie, y juntos dejamos atrás el maltrecho mundo de Nyx, con sus sombras, sus manchas quemadas y los recuerdos del poder que casi me consumió durante mi intento de consumirla yo misma.

CAPÍTULO 6: DESAPARECIDO



En cuanto se abre el portal, todos caemos sobre la alfombra persa del salón de Gwen.

—¡Mierda! —grita Everett, tras desaparecer y ponerse en pie. Se apresura a vestirse con los pantalones atados a una pierna—. ¡Estoy cansado de esto!

—Todos lo estamos —asiente Evander, en un tono más controlado, mientras toma a Nyx en brazos. Con cuidado, el lobo acomoda a la princesa hada en uno de los sillones de Gwen.

—¿Cómo te sientes? —le pregunto a Nyx, mientras Adam termina de ponerse los pantalones. Después, intenta ayudar a Gwen a sentarse, pero ella rechaza su oferta y se va cojeando hacia la cocina.

—Estaré bien —me dice Nyx.

La miro, sin palabras y sintiéndome culpable por lo ocurrido.

—No te sientas así —dice Adam, acercándose a mí y dándose cuenta de lo que tengo en mente debido a nuestro vínculo—. Nos salvaste a todos, Ivy.

—Pero casi acabo con la vida de la madre de Nyx al intentar salvarnos —aclaro frunciendo el ceño.

—Nos habrías hecho un favor a todos *si* hubieras acabado con su vida —declara Everett, y mira a Nyx con expresión agria y sacude la cabeza—. Quiero decir, sé que es tu madre y todo eso, pero... —Se encoge de hombros y parece incómodo.

—Mi madre no es tan fácil de asesinar —asegura Nyx con una sonrisa de satisfacción y cambia de posición en el sofá—. Habría sobrevivido. Pero tú le has hecho mucho daño. —Me mira fijamente con ojos analíticos, como si intentara averiguar algo.

Gwen entra en la sala con una pila de tarros que reparte entre los presentes. —Deja que te ayude con eso —le digo y me acerco a ella.

Ella hace una mueca, pero me permite poner mis dedos sobre la piel quemada de su mejilla, y un suspiro escapa de sus labios mientras la piel chamuscada se cura.

A diferencia de todos los demás, soy la única a la que le queda energía suficiente para sentirse sana y llena de energía. Desde que drené el poder de la reina Diantha, me recargó como una batería.

Decido que es mejor usar todo este poder y deambulo entre mis amigos, curando sus heridas y cortes, hasta que todos tienen mejor aspecto. Liberar el poder me ayuda a no sentirme tan mareada por la sobrecarga de energía.

El último al que me acerco es Adam, sentado en el sofá frente a Nyx. Coge un paño limpio de Gwen y se limpia la sangre seca de la ropa y la piel.

—¿Dime qué pasó ahí dentro? —Le pregunto a Nyx. Es la única a la que no he ayudado, ya que mis poderes curativos no funcionan con ella debido a lo adversa que es nuestra magia.

No me preocupo, ya que Gwen parece capaz de cuidar de la princesa. Le quita la camisa y le unta un ungüento en los brazos heridos y en la espalda, heridas causadas por su madre. Al principio, Nyx contiene un grito de dolor, pero pronto se recupera, y sus hombros pierden tensión mientras suspira aliviada.

—Ya te lo he contado —responde en tono serio—. Incluso entre los de nuestra especie, el poder que tienes es extraño. La curación tiene el efecto adverso de permitir a su portador robar energía de sus objetivos, pero puede causar una poderosa adicción, similar a la de los vampiros neonatos cuando beben sangre.

—Sentí como una sobrecarga —admito, avergonzada por mi falta de control—. No... no era mi intención... solo intentaba detener a tu madre.

—Hiciste lo correcto —dice Nyx con un suspiro exasperado—. Estaba quemando mi mundo. Las sombras y la luz no deberían habitar el mismo reino. Pero podrías haber muerto por sobrecarga sensorial. Tu cuerpo no puede contener tanto poder.

—Aunque lo que hiciste fue arriesgado, nos salvaste a todos —declara Gwen con el ceño fruncido. Parece que puede avergonzar a Gwen que sus poderes no funcionaran tan bien en aquel plano como en este.

Se entretiene vendando las heridas de Nyx y luego se sienta en el reposabrazos del sofá, mirándonos. —Lo que tenemos que decidir ahora es nuestro próximo movimiento.

—Piénsalo... ¿Qué no es obvio? —dice Everett, con una ceja levantada y una expresión desafiante—. Iremos a donde tenga la reina a Sadie y la sacaremos de allí.

—No es tan sencillo —declara Nyx con reticencia—. Mi madre tiene un ejército poderoso. Si retiene a Sadie en su castillo, como ha dicho, no podremos entrar así como así.

—Más aún teniendo en cuenta que ahora mismo somos enemigos acérrimos de la reina —anuncia Evander con una mueca.

—Nuestra única opción es buscar a los dioses durmientes —responde Gwen, pasándose las manos por el pelo corto y despeinando su flequillo oscuro—. Pero me temo que será una misión peligrosa inmiscuirnos sin invitación en el castillo de la reina.

—No tenemos elección —admite Nyx, analizando la situación—. Si queremos contener a mi madre y salvar al pequeño Ajax, es nuestra única opción.

—Sigo rechazando la idea —dice Adam, con cara de intranquilidad.

—No te gusta porque pone en peligro a Ivy —replica Everett—. Pero dada nuestra situación actual, todos estamos ya en riesgo.

—Everett tiene razón —argumenta Gwen, sin mirarle—. Lo mejor que podemos hacer es ceñirnos al plan que tenemos: detener a la reina Diantha. Después de hoy, ella buscará la forma de eliminarnos. Le estamos causando muchos inconvenientes.

—Vale —se aventura Evander y se levanta—. Pero si vamos a hacer esta locura, primero tenemos que comer algo. Y comprar algo de ropa. No sé tú, pero estos son mi último par de pantalones. —Mira hacia abajo con una mueca, refiriéndose a los vaqueros rotos que lleva.

Nyx baja la cara y, con voz compungida, revela: —Lo perdimos todo cuando mi madre quemó la cabaña...

—Ya hemos perdido nuestra casa antes —le dice Evander con una sonrisa reconfortante—. Pero de alguna manera, siempre reconstruimos.

—Evander tiene razón —añade Adam—. En los últimos meses, hemos perdido nuestros hogares, los de nuestras manadas, y algo más.

—No quiero perder mi librería —dice Gwen, en tono de niña. Se levanta y se acerca a una pequeña estantería junto a la ventana. Abre un cofre y saca un fajo de billetes, que le tiende a Adam—. Pero no podemos ir a ninguna parte con este aspecto. Será mejor que compremos ropa y provisiones para el viaje.

Todos asentimos y nos organizamos, y yo acompaño a Adam a comprar provisiones mientras los demás se quedan en casa para asearse.

Con una vieja sudadera de Gwen y unos pantalones que me quedan un poco ajustados, salgo al exterior junto a Adam. No tiene mucho mejor aspecto con sus pantalones manchados de sangre y una camiseta rasgada. Rebelde del garito más grunge de la ciudad, desprende vibraciones de tío bueno.

Adam se da cuenta de mi sonrisa de lado y levanta una ceja gruesa. —¿Qué pasa?

—Creo que pareces un rebelde. Un rebelde ardiente con actitud de chico malo.

Adam se echa a reír y me pasa un brazo por encima del hombro, con tanta naturalidad que casi me deja sin aliento. —No hemos tenido tiempo de comportarnos como una pareja normal —le digo, un poco deprimida. Con los brazos cruzados, caminamos por la calle desierta y bohemia donde vive Gwen.

—¿*Cuándo hemos tenido* tú y yo un atisbo de normalidad durante nuestra relación? —pregunta Adam, la brisa despeinando sus rizos.

—¡Nunca!

—Pero lo haremos —dice.

—¿Me lo prometes? —le pregunto, mientras apoyo una mano en su vientre, plano y de abdominales marcados. El fuerte y penetrante olor de su cuerpo: madera, cuero y algo más impregna todo a mi alrededor, causando estragos en mis sentidos. Me pongo de puntillas para

poder besarle—. ¿Y cómo será la vida cuando tengamos algo de normalidad?

—Diferente —jura con expresión pensativa.

Entre conversación y conversación, llegamos al centro comercial, que es pequeño y está un poco deteriorado, pero tiene lo que necesitamos. Luego nos colamos en unos grandes almacenes y compramos ropa para los chicos, ya que Nyx y yo podemos pedirle todo prestado a Gwen. Para conseguir comida suficiente para el viaje, nos desviamos a la tienda más cercana.

—Estaremos en deuda con Gwen después de esto —le digo a Adam, cogiendo una tarrina de helado del congelador y comiendo un poco con una cuchara de plástico. Gimo de placer; el helado de galleta de chocolate es justo lo que necesito para recuperar parte de mi ánimo perdido.

—No te preocupes. Lo pagaremos todo en cuanto pueda acceder a las cuentas bancarias de la manada —me asegura Adam, abriendo una bebida energética y echando varias latas al carro de la compra.

Unas chicas jóvenes al final del pasillo ven a Adam y se ríen mientras lo señalan. Las miro, sabiendo lo que aprecian, lo que ven en Adam: la increíble belleza de su rostro, ojos verdes, labios carnosos, espesos rizos rubio miel, hombros grandes y torneados, y su figura de 1,80 metros. Es el tipo más atractivo que he visto nunca.

Pero es mucho más que eso. Sé que es amable, valiente, empático y un líder que se preocupa por el bienestar de los suyos. Pero lo mejor es todo lo que esconde a plena vista, y me asombra. Me recorre un sentimiento reconfortante al saber que es *mío*: estamos unidos de por vida.

—Debes de tener mucho dinero —bromeo, siguiendo los pasos de Adam mientras mete un surtido de trastos en el carrito. Por desgracia, es una pequeña tienda apartada del camino y la variedad de alimentos no está bien surtida, así que de momento tendremos que conformarnos con barritas de cereales y zumos de frutas artificiales.

—Yo sí —me asegura, sin prestar atención al asunto—. No es por presumir, pero soy jodidamente rico.

Me dedica una sonrisa de suficiencia que le sienta bien y luego me atrae contra su cuerpo. Su mano se enreda en mi pelo mientras sus labios abren los míos en medio de un beso inesperado que me enciende por dentro.

Mientras le miro, con la respiración contenida, me doy cuenta de que las adolescentes que le observaban han desaparecido de mi vista.

—¿Por qué ha sido eso? —Pregunto, con la respiración entrecortada.

—Me estaba cansando de las niñitas del fondo de la tienda —admite con sorna, lo que me hace reír al comprender lo que ocurre.

Decidimos que no hay mucho más que aprovechar aquí, nos apresuramos a pagar y salimos al frío invierno, notando lo rápido que ha oscurecido.

—Voy a echar de menos las comidas caseras de Nyx —digo, mirando el contenido de nuestras bolsas.

—Quizá podamos volver a tomar algo pronto —dice Adam, como para animarme.

Es cuando nos apresuramos a volver, cruzando la esquina, cuando nos fijamos en el grupo de chicas que estaban observando a Adam. Se ríen y charlan con un chico alto de pelo cobrizo que está apoyado en un farol con una luz brillante.

Las chicas nos miran y señalan mientras el chico, joven y atractivo, levanta la vista para recibirnos. Y se me hiela la sangre en las venas.

—¡Mierda! —Adam dice, dejando caer las bolsas.

—Me preguntaba dónde te habías metido, hermanita —dice el chico, acercándose a nosotros.

—Sorin —susurro, notando que todas las chicas nos miran.

—No vayáis a montar una escena ahora... —advierte Sorin con una sonrisa socarrona y peligrosa —. Me importa una mierda lo que pase con esas chicas de ahí atrás, pero estoy seguro de que a vosotros dos sí.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, sintiendo el calor hervir en mis manos. Pero sé que Sorin tiene razón. No puedo atacarle ahora. De lo contrario, pondría en peligro la vida de las niñas, por no hablar de la existencia secreta de las otras razas que se esconden entre los humanos.

—Debería matarte por lo que le hiciste a mi reina —susurra Sorin, revolviéndome un mechón de pelo.

—Si intentas algo contra ella, juro que te mataré, sin tener en cuenta a las chicas —jura Adam, interponiéndose entre nosotros.

Sorin le mira, divertido. —No pretendo hacer daño a mi hermana pequeña —le tranquiliza con una sonrisa amarga, carente de risa—. Pero solo porque mi reina me ha pedido que no lo haga... Aunque me gustaría devolverte el favor de lo que le has hecho.

—Entonces... —pregunto con una ceja levantada, tratando de ganar tiempo.

Sorin me mira complacido y admite: —La reina Diantha ha pedido que te reúnas con ella. Tiene un trato que ofrecerte.

—Ni por todo el oro del mundo me plantearía... —dice Adam, pero Sorin le interrumpe.

—La reina se ofrece a entregar a la niña, Sadie, sana y salva, a cambio de que te reúnas con ella —afirma.

Un pulso rápido cruza mi corazón, y sé que Adam está pensando lo mismo. Antes de que pueda decir nada, doy un paso adelante y pregunto: —¿Por qué nos daría a Sadie? ¿Qué quiere?

Sabiendo que tiene mi atención, Sorin dice: —Te reunirás con la reina y responderás a sus preguntas. Si no te gusta el trato, ella te devolverá ilesa. Pero si aceptas, cambiará a la niña por lo que piensa pedirte.

—¡No puede ser! —grita Adam, pero de nuevo le ignoro.

—¿Cómo sé que no estás mintiendo? —pregunto, y la expresión de Sorin se vuelve seria.

—Por mi palabra de hada de la Luz, juro no mentirte sobre esto, o que acabes con mi vida a cambio —responde Sorin, y un extraño brillo nubla sus ojos.

De algún modo, sé que dice la verdad.

—De acuerdo —digo, dando un paso adelante—. Iré contigo.

—¿Qué? ¡No! —exclama Adam con rabia y miedo.

—¡Excelente! —responde Sorin con una sonrisa genuina.

Antes de que Adam o yo podamos hacer nada más, Sorin me coge la mano, chasquea los dedos y todo se vuelve cegador.

—¡Ivy! —grita Adam, aterrorizado.

Me vuelvo hacia él y estallan las farolas de alrededor. Las chicas gritan y Adam intenta agarrarme la mano, pero es demasiado tarde.

Para cuando la luz se desvanece del pequeño rincón junto a la tienda, Sorin y yo hemos desaparecido.

CAPÍTULO 7: SANGRE REAL



C aigo al suelo en cuanto Sorin me suelta, pero me pongo en pie de un salto, intentando descifrar, entre el miedo y la ansiedad, dónde estoy.

Pero este lugar *no* se parece a *nada que haya* visto antes, con altas hileras de majestuosas estatuas rodeándome en la distancia. Estoy en medio de una sala sin techos, coronada por una especie de bóveda celeste con muchas formaciones y estrellas en medio de un manto de colores claros, que bailan entre el lavanda y el naranja, parecidos a una puesta de sol o un amanecer. En el interior de la espectacular sala no hay paredes. En su lugar, una densa niebla blanca circula por todas partes, sobre el suelo de granito, y mucho más allá, dando al lugar un cierto aire de intimidad. Como si en lugar de paredes, la niebla definiera la habitación.

Y en el aire flota un aroma exquisito: madreselva, pan horneado, lluvia, flores y campos. Es casi indescriptible, y aunque no puedo distinguir el aroma exacto, sé que son todas mis cosas favoritas, como si trataran de hechizarme.

—¿Dónde estamos? —le pregunto a Sorin, notando que las altas estatuas tienen rostros extraños pero hermosos. No parecen humanas y son más reales y hermosas que cualquier cosa que haya visto. Proyectan poses heroicas y lucen detalles dorados que adornan sus cuerpos desnudos.

—Te encuentras en la corte de su majestad, la reina Diantha —dice Sorin con aire de suficiencia.

Camina y la habitación se traga el eco de sus pasos. Me conduce a través de lo que parece una escena interminable hasta que llegamos ante un alto trono, que se alza en lo alto de unas escaleras revestidas de extraños cristales brillantes, cuya luz baila por la habitación.

En el trono, sentada con orgullo, está la reina. Lleva el pelo suelto y gruesos rizos caen tocando el suelo. Viste una túnica blanca brillante de exquisito acabado que le envuelve el pecho. Adornos y flores doradas adornan su pelo y va descalza.

Sorín la observa con asombro y le hace una reverencia. La reina ya no es una mujer vieja y enferma, sino que vuelve a hacer alarde de su exuberante figura, sus labios carnosos y su deslumbrante belleza. La piel oscura de Diantha tiene manchas doradas que brillan como diamantes. Se pone en pie, sin prisa, y desciende las escaleras, erguida -más de dos metros- frente a mí.

—Has aceptado mi invitación. Eres más lista de lo que pensaba —dice con una sonrisa burlona.

—¿Qué es lo que deseas de mí? —Pregunto, sin dejar que el miedo se insinúe en mi voz.

Sorin me mira como si hubiera abofeteado a la reina y se levanta, dejando atrás su reverencia. — ¡Te dirigirás a la reina como *Alteza*, le harás una reverencia y no *hables a* menos que ella te lo ordene! —ladra con las mejillas rojas encendidas por la ira.

Pero la reina Diantha levanta una mano y hace callar a su leal súbdito. —Está bien, Sorin. Ya puedes irte.

Por primera vez, la expresión de Sorin es inexpresiva y perpleja. Sin embargo, veo detrás de su fachada la indignación que siente por la orden de su ama. —¡Pero... mi reina! —exclama, mientras su rostro decae.

—Puedes irte, Sorin —repite, y su mirada helada se posa en el joven de pelo cobrizo—. Yvaine y yo discutiremos esto *a solas*.

Sorin se muerde la lengua. Se contiene mientras intenta mantener la compostura. Asiente, lleno de ansiedad, y se marcha sin decir una palabra más.

En cuanto se ha ido, la reina Diantha se da la vuelta y sube las escaleras, encaramándose de nuevo a su trono. La sigo, incapaz de prever si considera mis acciones una ofensa o un éxito.

Me observa con una mirada analítica y aburrida. —Debo admitir que es toda una sorpresa que tu padre haya engendrado una criatura tan poderosa —admite.

No puedo evitar fruncir los labios en una mueca.

La mención de mi padre no es de mi agrado, pero permanezco callada. Con los puños apretados, miro a la reina y respiro lentamente, pensando en cómo ganar tiempo y quizá recuperar a Sadie. —Sorin dijo que querías ofrecerme un trato.

—En cierto modo —confirma, aunque la palabra no parece gustarle. Imagino que está acostumbrada a dar órdenes, no a negociar—. He decidido que te quiero como parte de mi corte.

—De ninguna manera —respondo, mordiéndome la lengua después de hacerlo, porque sé que una negativa no es la mejor manera de conseguir lo que quiero.

Diantha sonrío de forma perezosa pero amarga. Mi insolencia no le agrada. —No entiendo por qué deseas que me una a tu corte. Sabes que soy reacia a tus deseos —digo, tratando de apaciguarla.

—Mis deseos —aventura y cambia de posición en el trono—. ¿Qué sabes tú de mis deseos? —La reina levanta una ceja perfecta.

—Sé que quieres declarar la guerra a los Hijos del Crepúsculo. Y... tú y mi padre crearon la droga, Elixir, para controlar a las otras razas.

La reina Diantha se echa a reír y me mira como si fuera idiota. —Niña ilusa —dice en un tono melodioso y arrogante—. Si quisiera dominar a todas las razas, ya podría haberlo hecho. Podría haberles declarado la guerra hace tiempo.

—No conozco tus planes —admito—. Pero tus acciones hablan por sí solas. Tus acciones no son las de una persona que quiere la paz. —Cruzo los brazos.

—Mis acciones son las de una madre *desesperada* —arremete la reina, enfatizando cada palabra

—. Una madre que haría *cualquier cosa* para recuperar a su hija.

—¿Cualquier cosa? Como destruir el mundo tal y como lo conocemos, solo para obligar a alguien a volver a tu lado.

—El mundo tal y como lo conoces será destruido de todos modos —dice Diantha con arrogancia, aunque no parece complacida de que esté debatiendo con ella. Sus ojos, claros e inteligentes, tienen un brillo peligroso. —¿No te lo ha dicho Nyx, querida? Creía que erais grandes amigas. —Sonríe, mostrando sus afilados dientes. Resisto el impulso de estremecerme.

—¿No me has dicho qué? —Pregunto, siguiéndole el juego.

Diantha parece complacida con mi pregunta. —La mera presencia de Nyx en tu mundo pone en peligro a todos sus habitantes —revela y se levanta—. Ya que Nyx y yo no somos meros miembros de la realeza. La realeza entre las hadas difiere en tu reino. Ejercemos poderes inimaginables para los mortales. Poderes que podrían causar el fin de la humanidad si se desequilibraran.

La miro, intentando decidir si dice la verdad. Complacida por mi evidente incomodidad, Diantha suelta una carcajada. —¿No lo sabías? ¿No te confió mi hija este secreto? ¿Que su muerte, o cualquier cambio en su sistema físico o nervioso, podría provocar cambios letales en el planeta? ¿Sumergirlos en una noche eterna, por ejemplo?

—¡Mentirosa! —Grito porque no sé qué más decir, pero está claro que mis palabras causan su deleite.

—No soy una mentirosa. Las hadas no podemos mentir. Aunque tú sí puedes por tu sangre humana —revela—. Pero lo que digo es verdad. Por eso intento recuperar a mi hija. Por eso la necesito a mi lado, para devolver el equilibrio a las dimensiones. Aunque Nyx no quiera aceptarlo, su presencia en tu reino destruirá todo lo que conoces en algún momento.

—No... No puede ser —susurro.

—Y por eso te quiero en mi corte —continúa Diantha, ignorando mis palabras—. Posees un poder muy extraordinario y peligroso, Yvaine. Un poder que, sin comprenderlo, podría destruirte. Seamos sinceros, me desagradas y sé que te desagrado, pero admiro tu fuerza y reconozco que tu lugar está aquí, en mi corte, no en el reino humano.

—Lo que dices no tiene sentido. —Sacudo la cabeza para aclarar mis pensamientos—. Sé que mientes. O que *omites* información. Porque *si* lo que dices es cierto, ¡solo ayudaste a crear Elixir para conquistar el mundo! Dime que me equivoco...

Mis palabras parecen pillarla desprevenida y me observa con una calma que me pone nerviosa. Con los ojos entrecerrados, intenta recuperar el control de la situación.

—Puede que no lo creas, pero tengo razones de peso para alinearme con el doctor Taylor —dice Diantha con cautela, midiendo sus palabras.

—¿Y cuáles podrían ser? —pregunto, pero ella no responde.

—Lo único que desea es mantener el control sobre éste y el otro reino —responde una voz familiar. Me doy la vuelta y veo a la mujer alta y hermosa, de pelo rojo y ojos dorados, que mira

a la reina como si fuera una serpiente venenosa.

—¿Qué haces aquí? —pregunta la reina Diantha, y se levanta—. ¡Te prohíbo entrar en esta corte!

—He venido a por mi hija —dice Diane, levantando una mano y abriendo los dedos que tenía cerrados en un puño, mientras un resplandor cegador se extiende por la habitación.

Con mi visión periférica, veo el momento preciso en que la reina Diantha abre los labios, dispuesta a protestar, pero un calor sofocante se extiende por la sala, y los rayos de luz lo llenan todo y el mundo parece detenerse.

La reina Diantha permanece en una posición extraña, como si intentara huir o aferrarse a mí. Tiene la boca abierta, formando una O perfecta, mientras la sorpresa graba su bello, aunque perverso, rostro.

—Vamos —dice Diane con urgencia—. Tenemos poco tiempo.

Corro para alcanzar a mi madre y me detengo a su lado, pero Diane no pierde el tiempo y sigue avanzando.

—Pero espera, ¿podemos salvar a Sadie?

Me entusiasma tenerla a mi lado, pero no puedo olvidar el motivo de esta peligrosa excursión, que es recuperar a la hermana pequeña de Adam y Everett.

Sin embargo, Diane sacude la cabeza y me coge de la mano, tirando de mí y caminando deprisa. —La reina debe de tener a la niña prisionera en las mazmorras. No puedo adentrarme tanto en el castillo —confiesa con el ceño fruncido.

—Entonces no puedo irme —digo, tratando de aflojar nuestras manos—. ¡No volveré sin Sadie!

—Escucha, Yvaine. No dejaré que te haga lo que le ha hecho a Sorin —argumenta Diane, y se detiene a mirarme.

Me pone las manos en los hombros y se agacha, mirándome a los ojos. —Bajo ninguna circunstancia debes quedarte a solas con la reina. Si se da cuenta de que no puede convertirme en su aliado, no dudará en asesinarte —me asegura mientras su voz se tambalea por la emoción.

—¿Pero por qué?

—Porque ha descubierto lo poderosa que eres. Sabe que puedes destronarla.

—¿Yo? ¡Sería imposible! —Argumento.

Al otro lado del pasillo, oímos gritos y pasos. —No hay más tiempo para esto —dice Diane y me agarra de la mano, corriendo a toda prisa.

La sigo por los pasillos, enrevesados y complejos, subiendo y bajando por salas que parecen provocar un trance.

Diane se detiene en una habitación vacía, cierra la puerta y se acerca a un espejo.

—¡Espera! —Imploro—. Necesito saber de qué estás hablando.

Diane me observa con ojos atentos y escrutadores. Tras un momento, parece decidirse y afirma: —La sangre de Diantha no es real. Al menos, no directamente. Hace mucho tiempo, la familia real era mía, no de ella.

—¿Es cierto? —pregunto, desconcertada.

—Lo es —responde Diane con orgullo—. Yo era la princesa heredera real, e iba a casarme con el hermano mayor de Diantha. Nunca sucedió porque ella lo asesinó, le robó sus poderes y creó una guerra dentro del reino para hacerse con el trono. Después, me desterró del reino.

—Entonces... ¿tú, y no Diantha, deberías ser la verdadera reina de las hadas?

Diane asiente. —Mucho tiempo después nació Sorin, pero juró lealtad a Diantha. Solo un miembro de la estirpe real puede destronar a Diantha, y ella lo sabe. Pero yo no puedo hacerlo, solo mi descendencia. Por eso se ganó la confianza de mi hijo, y ahora va tras de ti.

—Pero, pero no entiendo nada de...

—Pronto lo harás —se apresura a asegurarme Diane.

Me abre la mano y deposita en mi palma un objeto parecido a un alfiler con forma de flor. Debe de ser el que utilizó para emitir la luz cegadora, porque aún está caliente.

—Úsalo para ganarte el favor del dios dormido de la luz —me dice Diane—. Es vital que lo hagas, Ivy. Gana su favor y usa su poder para deponer a Diantha del trono.

—¿Pero cómo...? —empiezo.

En ese momento, oímos pasos por el pasillo. Diane se acerca corriendo, me agarra de la mano y me empuja contra la superficie del espejo.

Al principio, creo que se va a hacer añicos, pero me abro paso y caigo en medio de un abismo negro, con Diane de pie al otro lado.

—¡No, espera! —Grito, tratando de sostener sus manos.

Pero me suelta los dedos y me deja caer en cuanto se abre la puerta detrás de ella. Cuando Diane se vuelve hacia la puerta, caigo y todo se vuelve negro.

Perdí el recuerdo de mi madre tras la visión de una última sonrisa esculpida en sus orgullosos labios mientras me veía partir.

CAPÍTULO 8: A TRAVÉS DEL ESPEJO



ADAM

—¡Maldita sea, te lo dije! Ese cabrón de Sorin apareció de la nada, justo delante de la tienda. Se llevó a Ivy con él antes de que pudiera detenerlo en medio de una explosión —digo, lleno de rabia y aterrorizado.

Sin poder evitarlo, entierro la cara entre las manos, intentando calmarme, pero el recuerdo de Ivy y su mano tendida hacia Sorin en el momento en que todo sucedió aún me atormenta.

Con un rápido movimiento, me pongo en pie, llamando la atención de todos. Mi mirada se cruza con la de Nyx, que está sentada frente a mí en el sofá. —Necesito que me lleves al mundo de las hadas —ordeno.

—¡Imposible! —dice Nyx sacudiendo la cabeza—. Es demasiado peligroso. Mi madre te estará esperando con un ejército de soldados.

—¡No me importa! Todo lo que quiero es que vuelva Ivy.

Everett también se levanta. —Cuenta conmigo y también podemos buscar a Sadie.

Por la expresión de su cara sé lo que está pensando: sigue enfadado porque no he tomado la misma iniciativa que él para buscar a Sadie. Me doy cuenta de lo enloquecedor que es mi plan, y una parte de mí sabe que es una tontería creer que salvaré a alguno de los dos solo con Everett a mi lado.

Sin embargo, parece que el pensamiento pasa por la cabeza de todos. Es Gwen, con su tono petulante y ronco, quien dice: —No podemos transportarnos todos a la dimensión de las hadas y esperar encontrar a Ivy. Por muy desesperados que estemos, será imposible.

—¡Da igual, no me importa! —Digo molesto—. Necesito recuperarla y me niego a dejarla a merced de esa mujer.

—Igual que hiciste con tu hermana, ¿verdad? —Everett observa mi expresión con una ceja levantada y desafío en su mirada acalorada.

Un gruñido sale de mis labios. —¡No empieces con esto ahora!

—¿Que no empiece qué? ¿Recordarte lo imprudente que actúas ante la idea de perder a Ivy, y lo poco que te importa perder a tu hermana? —Grita.

Mi cuerpo se mueve sin pensar y empujo a Everett. Pierde el equilibrio pero se mantiene erguido.

Su mirada feroz se clava en la mía mientras avanza un paso, listo para atacar, pero Evander se desliza entre nosotros.

—¡Basta! No vamos a hacer esto ahora! —Evander grita molesto.

—Pensaremos en una forma de recuperar a Ivy —promete Nyx, poniéndose de pie—. Pero ahora mismo, tenemos que mantener la calma.

Gwen, que está al otro lado de la habitación, se levanta también y grita emocionada: —¡Ivy! —Corre hacia el espejo que hay sobre la chimenea.

Me doy la vuelta y veo el reflejo de Ivy al otro lado del espejo. Gwen se sube al sofá y alcanza la mano de Ivy a través del espejo, tira de la pelirroja y la saca del espejo, llevándola de nuevo al salón.

Me aparto bruscamente de Everett y Evander y corro hacia Gwen, mientras Nyx agarra la mano de Ivy antes de que caiga al suelo.

—¡Mierda! —grita Gwen y se mira al espejo—. ¿Qué coño ha pasado? ¿Cómo coño has usado el espejo como portal?

—Fue mi madre —responde Ivy con una mueca de dolor mientras se levanta.

La miro estupefacto, pero me alegro de que esté aquí conmigo, sana y salva tras desaparecer con Sorin. De algún modo, nuestro vínculo se rompió.

Me mira y me pone las manos en el pecho. Su expresión de desconcierto y ansiedad me hace sentir un inmenso alivio. Casi podría sentarme a llorar.

—¿Tu madre? —pregunta Nyx, interrumpiendo el momento mientras se acerca a nosotros—. ¿Cómo? Mi madre exilió a Diane de su corte. No puede acercarse al castillo aunque quiera.

—No sé cómo lo hizo —confiesa Ivy mientras toma asiento. Nyx la observa y Gwen coge el espejo y lo rompe.

Todos la miramos, desconcertados, y la bruja dice: —No pienso dejar que nadie siga a Ivy a través de mi espejo. —Con tranquilidad, se sienta, cruzada de brazos, dejando los fragmentos de cristal roto esparcidos por el suelo.

Decidiendo ignorar las excentricidades de la bruja, cojo la mano de Ivy, que le explica a Nyx: —No sé cómo lo hizo, pero apareció en la sala del trono y me dio esto... —Ivy abre la palma de la mano y muestra un alfiler con forma de orquídea—. Mi madre dijo que es un amuleto para ganar el favor del dios dormido de la luz.

—Pero... ¿cómo? —susurra Nyx, perpleja y mirando fijamente el broche—. ¿Cómo consiguió tu madre este objeto?

Ivy se muerde el labio y, a través de nuestro enlace, percibo su ansiedad. —Diane me dijo... Bueno, dice que la reina Diantha no pertenece al linaje de la realeza de las hadas. Que mi madre, Diane, era la *verdadera* heredera real de la corona —declara con voz trémula y llena de dudas.

—¡Imposible! —afirma Nyx, pero veo la confusión en sus ojos.

—Mi madre dijo que Diantha comenzó una guerra, hace mucho tiempo, para tomar el trono. Me contó que Diantha asesinó a su hermano mayor, que era el prometido de mi madre. Le robó su poder y lo utilizó para hacerse con el trono y exiliar a mi madre —explica Ivy, dejándonos a todos boquiabiertos.

—Ni siquiera sabía que mi madre tenía un hermano mayor —admite Nyx, horrorizada.

—¿Así que no sabes si es verdad? —pregunta Ivy a Nyx, que niega con la cabeza.

—No lo sé, pero las hadas no podemos mentir mientras estemos en nuestro mundo. La magia nos lo impide —asegura Nyx, lo que hace que Ivy vuelva a morderse el labio.

—Entonces, ¿es cierto que tu presencia en nuestro mundo podría causar una catástrofe sin precedentes? —le pregunto.

Nyx mira a Ivy mientras los demás la observamos con asombro y miedo.

—Algo así —confirma Nyx, con el ceño fruncido, mientras mira su regazo—. Pero no sucederá. Tendría que colapsar con mis poderes al máximo. Podría causar un cataclismo, sí, pero es una situación improbable.

—¿Lo sabías? —Le pregunto a Evander.

Coge la mano de Nyx. —Confío en Nyx y en su control sobre sus poderes. Sé que no ocurrirá nada malo, ni siquiera en el peor de los casos. —Nyx le dedica una vaga sonrisa de agradecimiento.

—Lo que yo entiendo de todo esto —dice entonces Gwen, interrumpiendo el hilo de la conversación—. A ver si lo he entendido bien... ¿Ivy y Sorin son los verdaderos herederos de la corona?

Ivy asiente. —Mi madre me contó que Diantha tomó a Sorin como su mensajero personal para evitar que ocupara su trono. Ya que solo la descendencia de mi madre puede destronarla.

—Pero eso significa que tu poder podría estar a la altura del de la reina —afirma Gwen con una sonrisa orgullosa.

—Quizá con mucho entrenamiento y tiempo, pero es una posibilidad —confirma Nyx.

La idea no parece agradar a Ivy, que baja la cara y se queda mirando el broche entre sus dedos temblorosos.

—Solo sé que con esto... —Ella mira fijamente el broche de oro—. Podríamos ganarnos el favor del dios durmiente de la luz y derrotar a la reina. Podríamos salvar a Sadie —dice, y sus ojos recorren la habitación, deteniéndose en Everett.

Everett asiente con los puños cerrados. Ahora mismo, lo único que debe estar pensando es que Ivy ha vuelto, pero nuestra hermana aún no.

—Tenemos que ponernos en marcha —insta Gwen—. Si Ivy es tan peligrosa para la reina como dice Diane, sé que podría enviar a su ejército a por nosotras.

—Tienes razón —asiente Nyx, poniéndose en pie. Aún parece débil tras la pelea con su madre,

pero eso no le impide actuar con aplomo, como siempre hace—. Debemos irnos pronto, antes de que Sorin nos persiga —dice.

—Me encantaría que eso ocurriera —dice Everett, en un ronco susurro, y se da la vuelta.

—Pongámonos en marcha. Podemos estar listos en menos de dos horas —dice Gwen.

Se dirige a la cocina y comienza a trabajar en sus pociones, guardando frascos y pequeños tarros en una bolsa que arroja sobre la mesa.

Asimismo, Nyx se apresura a ayudar mientras Evander y Everett empacan.

—Ven conmigo —le digo a Ivy y la cojo del brazo.

No espero, sino que tiro de ella hacia la habitación de Gwen, cerrando la puerta tras nosotros al entrar.

—¿Qué coño ha sido eso? —Gruño, incapaz de controlar mi ira.

Ivy me mira confundida.

—Lo... lo siento, Adam —dice.

—¡No! —La corté—. Una disculpa no resuelve esto. ¡Huiste con ese bastardo sin pensar en las consecuencias! Podría haberte matado, ¡o usarte para chantajearnos!

—¡Lo siento! —Ivy dice de nuevo—. Pero tenía que intentarlo, Adam. No podía rechazar la oferta si podíamos recuperar a Sadie. —Las lágrimas en sus ojos me hacen sentir como un bastardo.

—¡Mierda! —Suspiro exasperado, agarro a Ivy y la abrazo con fuerza.

Me enterra la cara contra el pecho y me rodea el torso con los brazos. —Lo siento mucho —susurra con voz entrecortada—. Pero no podía... no podía perder la oportunidad de recuperar a Sadie. —Sigue llorando y sus sollozos se convierten en silenciosos hipo.

—Lo sé, lo sé... pero creía que te había perdido, Ivy. —Suspirando, entierro la cara en su pelo y la estrecho más contra mi cuerpo.

Al tenerla cerca, me sentí un poco más tranquilo, sabiendo que a pesar de todo, ella está aquí a salvo en mis brazos.

Levanta la cara y le seco las lágrimas con el pulgar. Su mirada azul queda impresa en la mía y mi rostro desciende en busca de sus labios.

Un suspiro lento sale de su boca. Cierra los ojos e inclina la cabeza para que mi boca se encuentre con la suya. Me aprieta la camisa con las manos y se pone de puntillas mientras inspira.

La beso, disfrutando del sabor de su aliento pegado a mi lengua y sintiendo cómo sus labios tiemblan contra los míos. La emoción y la ansiedad de saber que estamos juntos de nuevo son mi perdición.

—No vuelvas a hacerlo —le digo, acariciándole la mejilla y mordiéndole el labio inferior.

—No prometo nada —responde entre murmullos, con una sonrisa insinuada reflejada en su mirada. La misma sonrisa que, sin poder evitarlo, provoca la mía.

—¡Eh, vosotros dos! —brama Gwen, al otro lado de la puerta, haciéndonos dar un respingo—. ¡No hay tiempo para morreos. Tenemos que irnos! —grita con una risita.

Inhalando, Ivy se separa de mí. —¿Esto terminará alguna vez?

—No lo sé —le respondo, besándole el dorso de la mano y secándole las lágrimas que le quedan en la cara—. Pero sea lo que sea lo que nos depare el destino, será mucho mejor si lo afrontamos juntos.

Ivy asiente y abre la puerta, dispuesta a soportar lo que venga después. Dejamos atrás el último refugio que hemos conocido, sin saber cuándo volveremos a encontrar la paz en medio de nuestros caóticos días.

CAPÍTULO 9: SIN VUELTA ATRÁS



ADAM

— Ivy —susurro, intentando despertarla mientras el coche se detiene.

Se revuelve contra mí y hace una mueca con los ojos entreabiertos mientras se separa de mi cuerpo con un bostezo que la hace estirarse, mirando a su alrededor, aún medio dormida.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Hemos llegado —respondo apartándole un mechón de pelo de la cara.

Ivy se frota los ojos con una mano, intentando despertarse. Se recoge el pelo en una improvisada coleta y sale del coche detrás de Gwen, que se estira mientras mira a su alrededor.

Observo cómo sus ojos se posan en la imponente figura colosal de Stonehenge, que se encuentra a pocos kilómetros de donde aparcamos el coche. Las rocas intemporales -viejas como el tiempo- se yerguen en medio del paisaje desierto, transmitiendo una extraña vibración, clara para los Hijos del Crepúsculo pero anónima para los humanos.

Everett, a mi lado, observa las ruinas, recordando, como yo, cuando, hace años, vinimos a visitar este lugar con nuestra familia.

Eran otros tiempos entonces, y ahora parecen tan lejanos, pero aún están vívidos en mi memoria. La imagen de mis hermanos pequeños jugando por el prado y observando el monumento con gran admiración mientras mi padre, aficionado a la historia y la arqueología, nos contaba mitos y leyendas relacionados con la construcción. Algunos eran reales y otros eran interpretaciones de humanos que no tenían un conocimiento real.

—Joder, qué frío hace aquí —se queja Gwen y se frota los brazos, devolviéndonos a Everett y a mí a la realidad.

La temperatura no parece molestar a Ivy ni a Nyx, lo cual es obvio. Ambas llevan chaquetas ligeras sobre jerséis primaverales sin el menor atisbo de que las temperaturas cercanas a los cero grados les afecten. Una parte de mí se pregunta si tal vez sea su naturaleza. En el caso de Nyx, el frío se asocia con las sombras, así que quizá le resulte indiferente, mientras que con Ivy he notado que, a medida que aumentan sus poderes, también lo hace su tolerancia al frío. Su temperatura corporal también ha cambiado, lo que me lleva a preguntarme si el poder de la luz que late en su interior modifica su metabolismo más de lo que pensamos.

—¡Eh! —grita una voz en cuanto Evander y yo salimos del vehículo.

Al girarme, un guardia de seguridad corre hacia nosotros, linterna en mano.

—¡Mierda! —Susurro, chasqueando la lengua.

—Déjame a mí —dice Gwen.

La bruja camina hacia el hombre con pasos tranquilos y decididos. Es interesante verla marchar hacia él con pasos danzantes como si fuera una elfa.

—¡No podéis estar aquí! —dice el hombre, mirándonos y sabiendo que nos hemos saltado la verja.

—Lo sé, lo sé —dice Gwen para aplacarle, y se mete una mano en el bolsillo—. Nos iremos enseguida. —Le guiña un ojo.

—Márchese *ahora*. El monumento está cerrado y no se permiten visitas —continúa el guardia, pero a Gwen no parece molestarle su prisa.

Saca un bote de polvos y el guardia nos mira a todos, sin darse cuenta de lo que está haciendo Gwen. Se sorprende cuando ella le arroja el polvo a la cara después de exhalar.

El hombre tose y parece petrificado. Tiene los ojos muy abiertos, pero una expresión vacía se apodera del resto de su rostro. Gwen le da una palmada en el hombro. —Sigue patrullando —le dice—. No has visto nada fuera de lo normal.

El guardia asiente y comienza a alejarse, silbando a su paso, como si no se diera cuenta de nuestra presencia.

—Tengo que admitir que traer a Gwen tiene sus ventajas —dice Everett con la mirada fija en ella. Sonríe a Ivy y Nyx mientras camina de vuelta hacia nosotros mientras la brisa helada le despeina el flequillo.

—Sí. Muchas ventajas, pero no le digas que te lo digo yo —le digo a mi hermano.

—No os preocupéis. Os he oído a las dos. —Gwen nos dedica una sonrisa angelical mientras enreda su brazo con el de Ivy—. ¿Vamos a acabar con esto o qué?

Todos asentimos y cruzamos el valle, acercándonos a las ruinas, que permanecen silenciosas en el centro del lugar.

—¿Qué es ese zumbido tan raro? —pregunta Ivy, molesta, llevándose las manos a los oídos.

—¿Nunca has estado en Stonehenge? —pregunta Nyx, e Ivy niega con la cabeza.

—El monumento posee una poderosa carga energética. Los humanos no pueden percibirla, pero nosotros sí —explica Evander, entrelazando sus dedos con los de Nyx—. La mayoría de los Niños del Crepúsculo saben que Stonehenge es un poderoso portal entre dimensiones.

—Aunque sigue siendo un misterio, incluso para nosotros —añade Nyx de pasada, observando el monumento con respeto—. Se cuentan leyendas sobre este lugar incluso entre los de mi especie. Recuerdo haber oído hablar de los dioses dormidos, pero nunca creí que fuera real, ni que nadie los encontrara aquí.

—Eso es porque ignoras muchas cosas, incluso sobre tu propia raza, princesa Nyx. Y tal vez por

eso traicionaste a los tuyos —dice una voz de la nada.

A mi lado, Ivy se tensa cuando la voz toma forma a través del cuerpo de Sorin, que se materializa detrás de una de las grandes rocas, emergiendo como un espectro. Junto a él, varias hadas guerreras emergen de sus escondites, observando a nuestro pequeño grupo con expresión seria.

—Esto no tiene buena pinta —murmura Everett, de pie a mi lado.

Los ojos de Sorin siguen fijos en Ivy, y sé que esta vez va a por ella. Nuestros intentos de llegar a los dioses antes que él han sido infructuosos, pero cueste lo que cueste, no dejaré que le ponga un dedo encima a mi compañera.

—Deberías haber escuchado a la reina —dice Sorin, dirigiéndose a Ivy—. Tu destino sería otro, de ser así.

—Ella no decidirá mi destino por mí —proclama Ivy con un gruñido. Su cuerpo refleja el poder que lleva dentro, su piel se vuelve ardiente con estelas de energía que brotan de la punta de sus dedos, y entonces el aura de Nyx se materializa.

Gwen se adelanta y lanza una piedra a la cara de Sorin. Él la atrapa y mira a la bruja con una ceja roja levantada.

—Quería asegurarme de que no eres una alucinación —sugiere Gwen, con una sonrisa torcida y peligrosa jugueteando en sus labios—. Tú y yo tenemos asuntos pendientes, guapo.

—Mi disputa no es contigo. —Sorin parece desinteresado, mientras Gwen sigue mirándole.

—¡Qué pena la mía contigo! —grita la bruja y echa a correr hacia él.

Los guerreros de Sorin la sujetan mientras un grito de miedo brota de Nyx e Ivy, que corren tras Gwen mientras el resto nos despojamos de nuestras ropas y nos cambiamos.

El dulce aroma que impregna la esencia de las hadas carga el aire, y las veo surgir de todas partes a medida que mis sentidos se sensibilizan. Su luz es insoportable, y sus rostros son extraños pero hermosos mientras se lanzan hacia nosotros.

Y de la nada, una implosión estalla en la atmósfera, haciendo que me detenga detrás de Ivy justo antes de que caiga. Vacilante, miro hacia delante y me doy cuenta de que la explosión procede de Gwen, que ha abierto una grieta en medio de la tierra, desequilibrando a Sorin y dejándole una herida sangrante encima de la ceja.

Gwen sonríe como una loca. Está claro que no ha olvidado que él causó la muerte de sus hermanas en el aquelarre.

Se limpia la sangre de la frente y avanza hacia ella, declarando: —¡Morirás por tu insolencia!

No tengo tiempo de involucrarme en su lucha. Las hadas guerreras de Sorin descubren escudos de espejo que cuelgan de sus brazos, y podemos ver a los enfurecidos engendros a través de sus reflejos.

—¡Cuidado! —grita Everett en mi mente, dándose cuenta de lo que ocurre, pero es demasiado tarde.

El primero de los engendros se materializa en campo abierto. Sus miembros se alargan, mientras sus labios se abren en un rugido mortal, mostrando los grotescos dientes de la criatura.

El monstruo corre hacia Gwen, pero Evander, el más cercano a ella, lo detiene. Sus dientes atrapan al necrófago, agarrándolo por la yugular mientras sus garras arañan y lo empujan al suelo.

El necrófago se agita, pero Everett corre hacia él y le destroza el brazo. Un chasquido insoportable impregna el aire con un sonido horrible y el pútrido olor de la sangre podrida.

Odio sentir ese asqueroso sabor pegado al paladar, pero en cuanto Ivy se sube a mi grupa, sé que no tengo más remedio que marchar contra ellos. Levanta las manos mientras una vibración pulsante recorre sus dedos, y veo ondas de sonido que salen de su cuerpo y se catapultan hacia un grupo de tres engendros que cargan contra nosotros.

Las hadas que las han traído marchan hacia Nyx. Sé que no podemos permitir que las hadas tomen Nyx o asesinen a Ivy y Gwen, así que me apresuro a actuar. Mientras Ivy cae de mi espalda, absorbiendo la vida de un necrófago, cojo impulso y hundo mis dientes en el pecho de otro mientras se agita. Me clava las garras en el hombro derecho, lo que me hace soltar un gruñido, pero mis dientes destrozan la dura piel blindada y no tardan en golpear su caja torácica. De un mordisco, desgarró el corazón ensangrentado y perforado de la criatura, que se queda inmóvil mientras lanzo su corazón por los aires.

Ivy salta entonces por encima de mí, lanzando sus manos hacia otro necrófago. Las orejas y los ojos de la criatura estallan por su vibración, y grita de agonía. La mano de mi compañera, bañada en sangre, se posa sobre mi hombro herido, y siento el cosquilleo familiar de su poder mientras ella me cura.

Sus ojos, de un azul eléctrico brillante por la magia, se fijan en los míos, y luego se apartan al ver que las hadas traen otro grupo de engendros a esta batalla.

Mientras tanto, Gwen y Everett se enfrentan a Sorin en lo alto de la colina. Se ríe como un loco. Le veo lanzar hacia ellos una frecuencia de resonancia similar a la que usa Ivy, y mi hermano cae al suelo mientras Gwen intenta sujetar a Sorin.

—Tenemos que ayudarles —dice Ivy, subiendo de nuevo a mi grupa.

Asiento y corro, sabiendo que todos los que me importan están en peligro. La adrenalina recorre mis terminaciones y mis patas palpitan contra el suelo mientras corro colina arriba, sintiendo la vibración de las piedras sagradas que nos llaman como un himno o una invocación.

Sorin abre la boca y lanza un grito aterrador lleno de ecos hacia Gwen y Everett, pero Ivy lo detiene y se interpone entre ellos, saltando al llegar a la cima de la colina. Extiende una mano para detener el ataque de Sorin, que incapacita a mis amigos y a mi hermano, pero también hace que los engendros caigan al suelo, chillando de agonía hasta que les estallan los tímpanos y caen al suelo muertos.

En cuanto Sorin se fija en Ivy, el grito de su voz se hace más fuerte, intentando así derribarla, pero ella se lo impide. La resonancia cruza el aire y atraviesa las piedras que hay detrás de nosotros, haciéndome comprender que si esta resonancia los alcanzara a todos, los destruiría.

Nyx se acerca a nosotros con un aura cargada a su alrededor y una herida en el brazo mientras Evander la apoya. La observo crear los remolinos de sombras y oscuridad mientras lanza a las hadas a través de los portales.

—¡Tenemos que darnos prisa! —grita Nyx mientras Evander derriba a otro necrófago, aplastándole la cara, despejando el camino para que la princesa hada llegue hasta nosotros.

Pero pronto, el resto de hadas y engendros nos atacan, y sé que con Sorin liderando el asalto, no tendremos mucho tiempo para actuar antes de estar a su merced u obligados a huir.

—¡No podré aguantar esto mucho más tiempo! —dice Ivy, mientras Sorin aumenta una nota con el feroz estallido de sus gritos, que atraviesan el aire mediante vibraciones que abren grietas en la tierra.

—Déjame ayudarte —gruñe Gwen.

Se levanta y avanza sin miedo, colocándose junto a Ivy. La veo poner las manos sobre uno de los hombros de Ivy mientras le hace señas a Nyx para que haga lo mismo.

La princesa obedece por instinto mientras Gwen recita palabras extrañas; apenas puedo oírlas que pronto se pierden de mi mente.

Nyx parece imitarla a medida que aumenta el poder de Ivy, y Sorin ya no parece capaz de contenerla. Lo observo vacilar mientras las ondas vuelven hacia él, y entonces el aire estalla alrededor de Sorin, y este cae contra el suelo, derribado por su propio poder al golpear su cabeza contra una de las rocas del monumento.

—¡Ahora! —grita Gwen, soltando a Ivy, y todos corremos hacia el centro de Stonehenge.

Las hadas quedan en pie, y los engendros les siguen, pero Nyx levanta sus portales en una barrera que nos rodea a nosotros y a las piedras, dejándonos aislados del mundo durante al menos unos minutos.

—¡Cómo demonios hemos abierto esto! —chilla Ivy mientras Gwen avanza hacia las rocas junto con Nyx.

Ambas se miran, asienten, y Gwen saca una pequeña navaja, cortándose la mano, y Nyx dice: —Solo hay una forma de abrir los portales...

Un sacrificio de sangre, pienso, asqueado.

Las barreras de sombra que nos rodean retumban cuando las hadas intentan derribarlas, mientras Gwen nos pasa la navaja para que los demás nos cortemos. Una vez más, la bruja susurra palabras extrañas, ininteligibles, y Nyx e Ivy se unen a ellas, y la resonancia del monumento parece adormecerse por un momento antes de cambiar.

Una puerta oscura y sin fondo emerge en medio del caos que tenemos ante nosotros. Las sombras de Nyx se rompen cuando las hadas de luz pulsan para abrirse paso, y veo que la princesa duda, pero luego susurra: —Es ahora o nunca... —Nyx coge de la mano a Gwen e Ivy, que apoya su mano libre en mi compañera.

—¡Ya estoy mejor! —susurra Ivy, dejándome sentir el miedo que brota de su voz y de su

corazón.

Juntos, como una unidad, avanzamos hacia el desorden y la puerta que conduce al laberinto donde descansan los antiguos dioses de las leyendas, tan antiguos como el tiempo.

Entramos en un mundo desconocido, y un grito de rabia de Sorin atraviesa la distancia, sabiendo que ha perdido y que no ha podido impedir que atravesáramos el plano. Con una brusca sacudida, caemos en medio de la nada, y la puerta que ha unido las dos dimensiones se cierra, creando un camino de ida sin retorno.

CAPÍTULO 10: DIOS DURMIENTE



ADAM

—¡A dam! —Oigo los gritos de Ivy, llenos de terror en medio de la distancia.

Repito mi nombre durante largo rato, haciéndome perder la cabeza, producto de la ansiedad.

—Adam, Adam, Adam —la oigo susurrar.

—¿Adam? —vuelve a decir, y entonces me despierto.

Ivy está a mi lado, sentada en la cama. Su cabello cobrizo despeinado cae a un lado de su cara, formando una cascada perfecta y ondulada que perfila su piel jaspeada, iluminada por los rayos del sol matutino. Tiene una taza de té caliente en una mano, apoyada en el regazo, y solo lleva una fina bata de seda abierta, que me permite ver parte de sus pechos, llenos y apetecibles.

Una ligera ceja se alza entre sus rasgos perfectos, y ella extiende una mano, rozando mi cara sudorosa mientras mi respiración se calma. —Adam, ¿estás bien?

Asiento con la cabeza, dejando que todo vuelva a mí. —Tuve un sueño muy extraño.

—¿Un sueño? —pregunta Ivy, dejando la taza de té en la mesilla de noche. Se da la vuelta y se sienta detrás de mí, masajeándome los hombros para liberar la tensión—. Cuéntame lo que has soñado.

—No lo recuerdo todo —admito—. Sé que me llamabas una y otra vez. Estabas desesperado...

—Eso es porque llevo un rato intentando despertarte, dormilón. —Se ríe.

Ivy me besa el cuello. Sus suaves labios recorren la curva de mi piel, trazando el camino desde mi oreja hasta mi hombro. Me muerde los músculos y siento cómo presiona sus pechos contra mi espalda al abrirse la bata, dejando que la suave piel entre en contacto con mi cuerpo desnudo.

Un gruñido sale de mis labios. —Basta —digo, dándome la vuelta—. Creo que lo que soñé era importante, pero no puedo concentrarme por tu culpa.

Pero Ivy no se aparta y dice: —Fuera lo que fuera, solo era un sueño. —Cambia de posición y se acerca a mí, apartando las sábanas para dejar al descubierto mi erección matutina, y se sienta en mi regazo.

Esta vez, un gruñido sale de mis labios. Mis manos se posan en sus caderas mientras Ivy se afloja

la bata, permitiéndome trazar con los ojos las líneas de su cuerpo desnudo: los pechos turgentes, los pezones rosados y la línea que recorre el centro de su abdomen hasta la base del pubis, que ella frota contra mí.

Sus manos se aferran a mis hombros y me dejo caer contra las almohadas, perdido en el placer. —¡Mierda! —Susurro—. Estás tan mojada.

—Eso es porque te he echado de menos —dice Ivy, inclinando su cara sobre la mía y acercándose a mis labios.

Su boca encuentra la mía en medio de un lento beso y mis manos se aferran a su cintura. Coge mi erección y la guía entre sus piernas hasta su abertura. Ivy introduce la punta de mi sexo en su interior, y la siento gemir de placer mientras levanta la cara, empujando contra mis caderas, llevándome completamente dentro de ella.

Un gemido, igual de tentador, sale de mis labios al sentirla, e Ivy se mueve contra mi cuerpo, marcando el ritmo mientras un gemido sale de su boca.

Me centro en ella, en la forma en que la luz de la mañana baña sus pechos perfectos, su cuerpo, sin una marca ni impureza: ella es la perfección. Sus piernas se cierran con más fuerza contra mis caderas cuando vuelvo a empujar mi erección dentro de ella, y ella se aferra a mí, jadeando de placer y clavándome las uñas en el pecho, y mis manos agarran uno de sus pechos.

—¡No pares! —dice entre sollozos de placer, acelerando el ritmo.

Sin poder evitarlo, me levanto y la rodeo con mis brazos. El ritmo se acelera y la pasión me consume. El aroma de Ivy y sus gemidos de satisfacción con cada nueva pulsación pronto se convierten en la mejor música del mundo.

Le muerdo el cuello y ella aparta su melena pelirroja para que pueda continuar. Sus pechos me oprimen el pecho mientras su piel sudorosa penetra en la mía con su delicioso aroma.

Pero sé que algo no va bien.

—Sigue, Adam... Sigue —suplica Ivy entre jadeos—. Vamos... ¡Antes de que el bebé se despierte!

Mis ojos se abren de par en par y la miro con incredulidad. —¿Qué bebé? —pregunto, sintiéndome desorientado.

Me mira con la mirada perdida, las cejas sudorosas y una sonrisa de burla pintada en los labios. —Nuestro hijo, por supuesto —declara Ivy y levanta una ceja—. El pequeño Paxton... la criatura de nueve meses que duerme en la habitación de al lado. Ya conoces a Paxton y Emma... los ladrones del sueño. —Suelta una risita.

—¿Emma? —Digo, aún más desconcertado.

—Tu pequeño de tres años. La luz de tu vida —se burla Ivy y pone los ojos en blanco—. Vamos, Adam. Por favor... No tenemos tiempo para esto. Paxton se despertará en cualquier momento y...

Pero no la dejo terminar. Me levanto de un salto y trato de entender qué está pasando.

—No tenemos hijos —le digo.

En mi mente están los recuerdos, por supuesto. Los recuerdos están ahí: El nacimiento de Emma, el embarazo de Ivy y nuestro hijo pequeño, pero no puede ser real.

Aterrorizado, me vuelvo hacia ella justo cuando se levanta y tira de su bata, cerrándola sobre su cuerpo.

—¿Qué te pasa hoy? —pregunta insatisfecha.

—Ivy, no tenemos hijos —repito.

—¡Claro que sí! —dice, y al otro lado del pasillo oigo el llanto de un niño.

Pone los ojos en blanco y se recoge el pelo en una coleta. —¡Ves! ¡Está despierto y no he podido terminar! Será mejor que me lo compense más tarde, sr. Ajax.

La veo salir corriendo de la habitación y cruzar el pasillo hasta una habitación donde descansa un bebé de pelo rubio.

—¿Papi? —dice una voz a mi lado, y cuando miro hacia abajo una niña de ojos verdes y pelo cobrizo se frota los ojos para sacudirse el sueño—. Papi, ¿puedes prepararme tortitas para desayunar?

—¿Puedes preparar a Emma para ir al colegio? —pregunta Ivy, corriendo a mi lado con un niño en brazos—. Tengo que cambiarle el pañal a Paxton.

Mis ojos permanecen fijos en la niña, que levanta los brazos para que la cargue. —¿Puedes subirme, papá? —pregunta, con voz infantil y cara parecida a la mía y a la de Ivy.

Y mientras la niña habla, algo dentro de mí se quiebra, y oigo de nuevo los gritos de Ivy resonando en la distancia.

—Adam, Adam —me llama, a través de nuestro vínculo, en la distancia.

—No eres real —le digo a la niña y salgo corriendo de la habitación.

—¡Adam! —grita Ivy detrás de mí mientras la niña rompe a llorar, pero yo sigo corriendo.

—Adam, ¿qué pasa? —grita Ivy mientras salgo corriendo de casa, mirando la nieve caer.

La antigua villa donde vivía mi manada está intacta, y sé por este recuerdo que en esta realidad, yo soy el alfa y que estoy casado con Ivy. Pero nada de esto es real. No puede serlo.

—¡Adam! —Ivy grita.

—¡Basta! —Grito.

De vuelta a casa, encuentro un espejo y miro mi reflejo. No parezco más viejo, pero tengo barba, y me doy cuenta de que han pasado muchos años. En esta realidad, todo encaja, pero nada es real.

El grito aterrorizado de Ivy dentro de mi cabeza es mi realidad.

—¡Adam! —me vuelve a llamar esta Ivy, y el eco de su voz se repite en mi cabeza mil veces, cruzado con el de la Ivy aterrorizada, llamándome desde algún lugar de mis recuerdos.

—¡Despierta! —Me digo en el espejo y lo aplasto con el puño.

Cuando la chica que está a mi lado grita, la realidad se rompe y todo parece hacerse añicos, con los trozos de espejo cayendo al suelo y mi reflejo resquebrajándose.

Y entonces, lo recuerdo todo.

—¡Adam! —grita Ivy, y abro los ojos.

Su mirada aterrorizada me golpea en las tripas. Ivy está tumbada sobre mí, con la cara sucia por el cansancio. Tiene el pelo revuelto, los recuerdos de la batalla se le ven claramente en los ojos y manchas de sangre cubren su pie.

—¿Qué ha pasado? —Pregunto después de sentarme, abrazándola fuerte.

Me devuelve el abrazo y hunde la cara en mi cuello. —No lo sé —susurra entre sollozos.

—Pensé que era un sueño —le digo.

—Yo también —afirma con una sonrisa temblorosa—. Yo también lo soñé.

—Es por este maldito lugar —afirma Gwen, cerca de nosotros. En cuanto habla, los dos damos un respingo y nos levantamos. Gwen se acerca, con Everett a su lado y Nyx siguiéndola más atrás. Evander también parece despertar del trance.

—El claustro de los dioses es un laberinto para los visitantes que les hace perderse en sus peores pesadillas o en sus sueños más hermosos. Así, te consumen y te roban la vida poco a poco —afirma Gwen con desagrado.

Ivy hace una mueca, pero yo en cambio me fijo en las estructuras circundantes. Seguimos de pie en medio de Stonehenge, pero no hay tierra bajo nuestros pies, solo una densa niebla, pero todo el monumento está intacto.

Y entre las colosales piedras se asientan imponentes estatuas de hombres y mujeres con rostros feroces, amables, burlones y temerarios. Los observo, sus imágenes me resultan familiares, aunque no recuerdo por qué.

Gwen también los observaba, con cierta ansiedad en el rostro.

—Los dioses durmientes —susurra Ivy mientras Nyx y Evander nos alcanzan.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —pregunta Everett, mirando a su alrededor. Salvo el monumento y las estatuas, no hay nada que demuestre que hay vida en este lugar.

—Supongo que tendremos que averiguarlo cuando hayamos cumplido nuestra misión —dice Gwen con amargura.

Ivy pasea por el recinto y yo la sigo, cogiéndole la mano y mirando las estatuas. —¿También tuviste el sueño con los niños? —le pregunto.

Ella asiente y mira la estatua de una hermosa mujer de rostro fiero. —Siempre he querido tener una niña llamada Emma —murmura.

—Creía que era solo mi imaginación —respondo.

—No fue así. Lo que vimos ocurrirá, pero no aquí ni ahora. Pero quizá... algún día —declara Ivy con una pequeña sonrisa.

Los demás buscan entre los dioses, admirando las estatuas a medida que nos alejamos del centro del círculo.

—¿Cómo sabremos cuál buscar? —le pregunto a Ivy, al notar que ninguna de las estatuas tiene un nombre o símbolo distintivo.

—No lo sé —se aventura y saca el broche de su madre del bolsillo—. Pero quizá esto nos ayude.

En cuanto habla, el broche brilla y todos nos volvemos para mirar. Una estatua emite un zumbido. Con el corazón palpitante, Ivy y yo nos acercamos a la estatua de un hombre alto y apuesto, de pelo rizado y mirada poderosa.

—He oído que no es un dios amable —dice Nyx desde atrás—. Mi madre lo adoraba, pero en secreto y en silencio: nuestra raza lo desaprobaba.

—¿Por qué? —pregunta Ivy, observando al imponente hombre.

—Porque era un dios cruel y vengativo. Un dios que carece de empatía.

—Todos son así —dice Gwen, con un visible estremecimiento—. Por eso los encerraron en este recinto.

—Y, sin embargo, si queremos recuperar a Sadie y detener a la reina, solo podemos aspirar a ganarnos su confianza —dice Everett con mirada insegura.

—Tenemos que intentarlo —dice Ivy tras respirar hondo y dar un paso al frente.

Aprieto su mano entre las mías. —Donde tú vayas, iré yo —le prometo.

Sonríe y asiente mientras Gwen le entrega de nuevo la navaja, en una petición silenciosa y obvia.

—Confiamos en ti —dice Gwen, sabiendo que lo que ocurra a partir de ahora dependerá de Ivy.

Ivy asiente, mirando a nuestros amigos uno por uno, y luego da un paso adelante, y yo la sigo.

Su mano se levanta y el cuchillo emite un brillo desafiante en medio de la oscuridad cuando su filo alcanza la piel de Ivy. Siento su dolor en mi mente cuando su palma se cierra, aferrando el broche, y su voz es clara y estable cuando declara: —Dios de las Profundidades, Señor de la Luz y la Melodía. Ven a mí, te invoco a ti, uno de tus descendientes, para que hoy cumplas mi petición.

El eco de su llamada se pierde en la distancia y, por un momento, no ocurre nada.

Pero cuando su sangre cae y toca el suelo, el mundo cambia. Se mueve, entre vibraciones lejanas que parecen aullidos, y a través de una luz cegadora, haciéndome perder el sentido de todo lo que me rodea.

Durante el caos, mantengo la mano de Ivy entre las mías. Y bajo ninguna circunstancia la dejaré marchar, aunque sé que nuestro final puede acercarse con los latidos de un dios de piedra adormecido hace siglos por aquellos que juraron servir y honrar su voluntad.

CAPÍTULO 11: RENACER DE LAS CENIZAS



IVY

—¡V en a mí! —le digo al dios entre gritos, sintiendo que mi voz se eleva en el silencio que reina en la sala y a través de la vibración del aire. La fuerza de mi súplica me hace temblar y, mientras cojo la mano de Adam, siento que el mundo da vueltas, dejándome mareada.

Gotas de mi sangre caliente caen y al tocar la tierra, el eco de mi voz deja de repetirse en la distancia, y todo se vuelve silencio. Sin ningún cambio aparente en la realidad circundante, y con el miedo subiendo por mi cuerpo, me doy cuenta de que lo que estoy intentando es una completa locura.

Bajo la mano mientras la mirada de Adam se detiene en los rasgos del hombre tallados en piedra. —No lo entiendo —dice mi compañero—. Debería haber funcionado.

—Yo tampoco lo entiendo —susurro—. No sé por qué...

—Ivy —dice Adam y se gira, mirando a su alrededor—. ¿Dónde está todo el mundo?

Con pereza, me doy la vuelta, pensando que encontraré a Gwen a mi espalda, junto a Nyx. Hace un momento estaban detrás de nosotros, pero ahora no hay nadie: Evander y Everett tampoco están.

—¿Adónde han ido? —Le susurro a Adam, pero él niega con la cabeza.

—Creo que la pregunta correcta es: ¿adónde *hemos* ido?

Con eso, siento una terrible presión en el ombligo que me tira hacia abajo, mientras a mi lado, Adam también se desploma al suelo.

Un grito de dolor se atasca, saliendo de mis labios. Adam gruñe y la tierra parece temblar.

Por encima de nosotros, algo cae, y cuando miro hacia arriba, observo que fragmentos de la estatua del dios se desmoronan, revelando una nueva superficie bajo la roca. Firme y lozana, la piel de una deidad se revela entre el resplandor luminoso de su cuerpo, y el aire se vuelve sofocantemente caliente.

—¡Cuidado! —grita Adam, que arremete y me empuja para apartarme de una piedra. Nos ponemos en pie y nos tambaleamos, esquivando las rocas y alejándonos todo lo que podemos, pero el movimiento de la tierra es demasiado repentino y su luz es cegadora.

Entre el calor, los temblores y la luz cegadora, unas risas violentas, cargadas de crueldad, surcan

el aire, rompiendo el silencio que de otro modo reinaría, mientras los pasos de un dios descalzo se manifiestan por primera vez sobre la tierra en mucho tiempo.

Aterrorizada, miro hacia arriba, sabiendo que el miedo que provoca la criatura no es natural, sino *primitivo*. Su aura y su mera presencia me inundan de terror y dolor.

Al observar su rostro, comprendo que, aunque hermoso, no parece humano. Los ojos del dios son óvalos negros como el carbón, sin rastro de iris blanco, dientes puntiagudos como colmillos y cabellos rojos dorados como volutas de fuego que esparcen a su alrededor chispas que pronto se encienden.

La criatura, de más de dos metros de altura, mira a su alrededor y a sus manos, grandes y brillantes como el sol, sonríe con labios gruesos y carnosos, y luego su mirada se centra en mí.

Adam grita, pero no puede hacer nada para protegerme. Esta vez no. El dios salta hacia mí con precisión, haciendo que mi cabeza golpee el suelo con un doloroso golpe que retumba entre mis dientes, haciendo que todo vuelva a girar. Su calor, abrasador, me quemaría viva si solo fuera humana. Sin embargo, duele, haciéndome gritar, y sus manos se cierran en torno a mis muñecas, haciendo que todo mi cuerpo se estremezca.

—Una hija de la magia... —susurra la criatura en una lengua extraña, que de algún modo entiendo. Me mira, con esa extraña belleza de su mirada impresa, y junto a mi palma, que aún sangra. Su lengua, roja y bífida, sale de su boca, lamiendo la sangre de mi piel mientras grito—. Tan dulce... y tan tentadora. Voy a disfrutar comiéndote, pequeña niña híbrida, y cuando termine de sorber el tuétano de tus huesos, saldré al mundo y permitiré que todos me vean una vez más como un forjador de sueños y pesadillas.

—¡Dejadla en paz! —grita Adam, muy cerca detrás de nosotros.

El dios de la luz se tambalea, volviendo la mirada, buscando al intruso que se interpone entre él y su presa. Golpea al gran lobo de pelaje claro, que le gruñe, lleno de rabia.

En respuesta, el dios de la luz gruñe a Adán. —Hijo de la luna, no me molestes o te devoraré a ti también —jura el dios, tendiendo una mano hacia Adán.

Adam esquiva y, en su lugar, golpea al dios con la cabeza. Una vez que el dios pierde el equilibrio, se levanta molesto, mirando a Adán como si fuera una simple mosca o insecto.

Me pongo en pie y dejo que la magia fluya por mi cuerpo, curando las heridas causadas por el dios, e intento llegar hasta Adam, pero el dios de la luz, que me da la espalda, se interpone entre nosotros.

—¡Tú morirás primero, lobezno, y yo me daré un festín con tu sangre!

Adam gruñe y salta hacia él, pero un grito horrible, distinto a todo lo que he oído, sale de los labios del dios dormido. Adam y yo caemos al suelo y el dios arremete contra Adam con sus palmas ardientes y le golpea en el pecho con tanta fuerza que me parece oír cómo le estallan las costillas.

El peso del golpe hace volar a Adán, que cae al suelo, mientras el ágil dios corre hacia él. Salta, cae encima de Adán y le aplasta la cara con un pie descalzo, mientras se ríe. Adán lucha en vano por librarse de la ira del peligroso dios.

—¡NO! —Grito desesperada, corriendo hacia ellos, y cuando Adam clava sus mandíbulas en el tobillo del dios, éste ruge mientras brota sangre caliente de la herida. Adam se aparta y el aire se llena de un terrible olor a carne quemada.

—¡Déjale en paz! —Grito desesperada, intentando golpear al dios que me ignora.

Agarra a Adam por el cuello y lo levanta. Mientras aprieta, oigo crujir los huesos del cuerpo de Adam. La fuerza sobrehumana de la criatura me mortifica y me llena de miedo al darme cuenta de que si aprieta más, rompería el cuello de Adam, quitándole la vida.

—¡Basta! —Digo con un rugido, lágrimas corriendo por mi cara.

Mi primer instinto es arrojarme a los pies del dios. Abrazo el calor y le rodeo el tobillo con los brazos, aferrándome a él, mientras mis dedos tocan la herida abierta que surca su piel con espesa sangre dorada, hasta que el líquido, caliente como la lava, impregna mis dedos.

Conteniendo un gemido, dejo fluir mi esencia, y entonces entro en contacto con el poder del dios, tan abrasador e inagotable, que siento que podría consumir el universo.

Aunque sé que podría destruirme, no puedo permitirme mostrar ningún temor. En lugar de eso, absorbo su poder con premura, sintiendo cómo el calor trepa por mi cuerpo, tiñendo mi pelo y mis ojos, otorgando al mundo que me rodea una capacidad de comprensión diferente. Con mis sentidos expandidos, veo bajo las sombras las figuras de las ruinas de una antigua sociedad y las cenizas de cuerpos cercenados flotando por el suelo, cubriendo el aire con una espesa niebla gris. La realidad me golpea con una clara comprensión de que este dios ha devorado repetidamente todo lo que le rodea, dejando solo rastros de ruina.

—¡Para ya! —Grito llena de miedo, empujando mi cuerpo contra él, más poderoso ahora, cargado de una fuerza imposible y demoledora.

Mis manos suben y ondas de sonido se dibujan a través de mis ojos como si siempre hubieran estado claros y entonces, usando esas mismas ondas de energía y sonido, empujo contra el dios, haciéndolo caer.

En cuanto suelta a Adam, corro hacia el lobo y pongo mis manos sobre su cuerpo, curando las heridas. Basta una pizca del poder del dios para sanar su cuerpo roto y destrozado. Escucho cómo sus pulmones se llenan de aire y se levanta entre jadeos, habiendo recuperado la fuerza y la conciencia, y con los ojos de un increíble tono verde bosque, abiertos y lúcidos.

En cuanto lo veo, una sonrisa se dibuja en mis labios, pero dura poco. El grito de furia del dios me hace girarme precipitadamente mientras Adam gruñe con unas fauces feroces.

—¡Tú! —grita el dios y se me queda mirando un momento. Alarga una mano e intenta agarrarme, pero yo empujo las ondas sonoras creadas por su voz hacia él para atacarle.

El dios, por supuesto, me esquivo, pero eso no impide que su mirada siga clavada en mí. Esta vez, con algo extraño en los ojos: una especie de fascinación.

—Eres la hija de mis hijos —habla con una voz gruesa que retumba en mí, haciéndome estremecer—. Sangre de los míos... —Su rostro pierde la rabia, dejando al dios un aspecto pensativo.

Asiento con la cabeza, sabiendo que tal vez era el momento que estaba esperando, y rebusco en mi bolsillo para enseñarle el broche que me regaló Diane.

El dios suelta un leve grito ahogado. —¿Cómo? —pregunta, y supongo que se refiere al broche.

—Mi madre me lo dio para probar mi linaje.

Adam, a mi lado, observa al dios con recelo mientras mira el broche entre mis dedos.

—Le regalé ese broche a mi hija hace muchas, muchas, décadas... —explica, con algo parecido a la nostalgia.

—Su hija lo pasó a su siguiente generación y así sucesivamente. De la madre de mi madre, y luego a mí... He venido aquí porque necesito tu ayuda.

Al principio, creo que va a negarse, pero me mira a la cara como si intentara analizarme, y siento que sus ojos desalmados leen en lo más profundo de mis recuerdos y emociones.

—Un dios nunca da ayuda sin pedir algo a cambio, ni siquiera para sus hijos...

—Entonces pídemelo algo a cambio, pero necesito tu poder para recuperar a alguien muy importante para mí —suplico, y sabiendo que Adam se opondrá, doy un paso rápido hacia el dios y lo miro con el miedo y la ansiedad reflejados en mis orbes. —Necesito ser más poderosa que Diantha, la reina de las hadas, lo bastante como para desafiarla sin miedo.

El dios de la luz me mira y suelta un gruñido. —Ningún rey o reina es rival para mí ni para mis parientes consanguíneos. Si eres hija de mis hijos, con el tiempo descubrirás el poder de hacer lo que me pides.

—Ese es el problema... el tiempo. No tengo tiempo que perder ni que esperar. —Respondo—. ¡Si no detengo pronto a la reina, destruirá mi mundo y a mis seres queridos!

Durante largo rato, el dios de la luz me mira. —Lo que pides, incluso a un descendiente de sangre mía, es arriesgado —declara, con una nota de advertencia, carente de cualquier otra emoción reflejada en sus palabras.

—Correré el riesgo —digo—. Y haré lo que sea necesario para detener a Diantha.

—Si te concedo lo que me pides —dice el dios— debes concederme algo de igual valor.

—Lo haré —le profeso con premura, y entonces se acerca a mí.

Al hacerlo, su cuerpo cambia y su aspecto adopta una forma más humana, con la estatura de un hombre joven, pelo cobrizo, pero no de fuego, e iris blancos que rodean unos ojos oscuros.

Su piel, de un extraño tono ceniza, parece ser el último rasgo, junto con su inexplicable belleza, de la poderosa criatura que es. Se acerca a mi lado y, con ojos feroces e intemporales, me estudia mientras me tiende la mano.

Tratando de armarme de valor, le entrego el broche, que él mira con anhelo durante un momento antes de que desaparezca entre sus dedos. Vuelve a dar forma a los restos, que pronto relucen entre sus dedos hasta que solo queda un guijarro ambarino aferrado entre el pulgar y el índice.

—Cómetelo —ordena el dios mientras me lo tiende.

En ese momento, Adam sale de la fase y me abraza. —Ivy, piénsalo primero. No sabemos lo que este... este dios puede hacer —pronuncia con evidente suspicacia.

Pero el dios no se inmuta ante las palabras de Adam, y me doy cuenta de que si no hago lo que me pide, puede que no salvemos a Sadie.

Así que cojo la piedrecita, que está caliente, y la sostengo un segundo antes de decir: —Puede que sea nuestra última oportunidad de salvarla. —Y me trago la joya.

Siento como si el propio sol quemara mi cuerpo y caigo. El grito de Adán resuena en toda la caverna, mientras el impávido dios me observa con tranquilo silencio.

—¿Qué le has hecho? —pregunta Adam, acunándome en sus brazos.

—Le he dado lo que pedía —expresa el dios en el mismo tono neutro que ha utilizado antes—. El poder de un dios, pero para conseguirlo, su cuerpo mortal debe perecer en las cenizas. Si sobrevive al cambio, tendrá lo que busca de mí.

Durante mi sufrimiento, grito y me contoneo... Adam me sujeta y mira fijamente al dios. —¡Juro que te mataré si ella muere! —declara.

Por primera vez, una especie de sonrisa se dibuja en los labios del dios.

—¡Lo que morirá en ella tiene que morir! —El dios se agacha a mi lado.

Me mira a los ojos, y por un momento su mirada me parece familiar y peligrosa. —Una vez que consigas lo que quieres, hija de mi sangre, será mi turno de pedirte un favor... Me liberarás sobre la tierra para que pueda vengarme de aquellos que me han aprisionado.

Uno de sus dedos se acerca a mi frente, y oigo a Adam aullar, apartándolo, pero el dios me alcanza de todos modos. Su calor se funde con la intensidad que siento en mi interior, quemando mi cuerpo y permitiéndome renacer de las cenizas de mi piel.

Y mientras grito mientras me consumo, Adam sigue repitiendo mi nombre, rogándome que resista el cambio, que no muera en el camino. Su voz, ronca y llena de dolor, es lo último que oigo antes de caer presa de la inconsciencia.

Su voz y la mirada del dios imprimen la oscuridad de mis pensamientos, junto con la promesa de que tendré que liberarlo.

CAPÍTULO 12: LA CRONOLOGÍA



ADAM

—¡Maldito seas! —Le grito al dios, desesperado, sintiendo la rabia arder en mi interior. Desde que conocí a Ivy, me he enfrentado una y otra vez a la posibilidad de perderla, demasiadas para soportarlas—. ¡Te destruiré por esto!

Pero la figura del dios dormido ya no está frente a nosotros, sino que siento la gélida brisa nocturna golpeándome la cara justo a tiempo para que las primeras gotas de llovizna caigan sobre mi cabeza.

—¡Adam! —grita una voz conocida, lo que me hace mirar y ver a Gwen corriendo hacia nosotros, seguida de mi hermano, Nyx y Evander.

Everett es el primero en llegar hasta nosotros. —¿Estáis bien? —pregunta, y noto que teme la posibilidad de perdersen. Asiento con la cabeza, intentando recordar que ellos no han sido testigos de todo lo que ha pasado.

—¿Has encontrado al dios? —pregunta Nyx, y luego mira a Ivy, que yace inconsciente en mis brazos.

Gwen intenta despertarla, pero la temperatura de Ivy es demasiado alta. Le aparta la mano, fijándose en su pelo, demasiado rojo, y en su piel, tan pálida, del color de la ceniza. —¿Qué le ha pasado?

—Fue uno de los dioses —explico con voz ronca, poniéndome en pie y llevando a Ivy en brazos. Su pulso se acelera como el de un colibrí. Retumba en su pecho con la fuerza atronadora de una tormenta—. Le dio algo para convertirla en una criatura tan poderosa como Diantha, pero dijo que para ello, la parte mortal de Ivy debía morir primero. —Miro a mi compañera, sintiendo su dolor como si fuera mío. En su interior no hay rastro de conciencia, solo un torbellino sin principio ni fin del que nada bueno parece salir.

—¿Y ha funcionado? —pregunta Everett, observando a Ivy con ojos nuevos.

—No lo sabremos hasta que despierte —le digo a mi hermano mientras Nyx se acerca.

—Pase lo que pase, tenemos que buscar refugio. No podemos quedarnos aquí y esperar a que Ivy reaccione —afirma Nyx.

—Deberíamos volver a mi apartamento —dice Gwen, y vuelve a apoyar la palma de la mano en la mejilla de Ivy—. Pase lo que pase, la ayudaré si cuando pueda acceder a mis hierbas e

instrumentos mágicos.

—Vale —digo, dándome cuenta de que los coches en los que llegamos no están a la vista.

Nyx se da cuenta de lo mismo, así que levanta los brazos. —Usaremos los portales de sombra.

Sus manos se abren y despliega un camino de sombras ante nosotros, que seguimos. Gwen lo atraviesa con Everett y Evander, y yo entro, seguido de Nyx.

La conocida sensación de mareo y vértigo me consume, pero en cuanto pasa, descubro que no estoy donde esperaba. O mejor dicho, el lugar que esperaba encontrar no se parece a lo que tengo delante.

—¿Qué ha pasado aquí...? —pregunta Gwen, llena de tristeza.

A nuestro alrededor reina el desorden. El pequeño y organizado apartamento está ahora hecho escombros, con las ventanas rotas esparcidas por el suelo; la estantería está volcada y los libros esparcidos por el suelo, con sus páginas rotas ondeando en la brisa helada. Hay frascos de pociones y hierbas secas rotos sobre la vieja alfombra otomana, y sillones volcados y rotos.

Pero lo más aterrador es el olor que flota en el aire. Reconozco el olor como la pútrida esencia de los necrófagos.

Todos entienden al mismo tiempo. —Necrófagos... —Evander dice mientras Gwen avanza.

Ella mira por la ventana cuando oímos un extraño silbido. Al acercarme a ella, deduzco cuál es la causa, pues en la calle, corriendo entre la nieve y la lluvia helada, hay una figura oscura, arrastrando los restos de un brazo ensangrentado que tiñe de rojo el halo de nieve oscura.

El grito de una criatura nos alerta a todos de lo que está ocurriendo y, sin pensarlo, Evander sale corriendo por la ventana, seguido de Gwen, Everett y Nyx. Yo voy, sujetando a Ivy con todas mis fuerzas y cayendo dos pisos con facilidad, mientras me pongo en pie y miro a mi alrededor, buscando la causa del tumulto.

Pero no hay nada, sino destrucción a nuestro alrededor. Las cenizas vuelan por el aire viciado y los cristales se hacen añicos en medio de las calles abandonadas de lo que antaño fue una concurrida y bohemia zona de la ciudad. Hay signos de abandono en los escaparates que rodean la pequeña y desvencijada librería, cada uno de los cuales refleja los símbolos del caos en que se ha sumido esta parte de la ciudad.

—¡Es por ahí! —dice Everett, al oír el grito, mientras echa a correr a toda prisa hacia un callejón lleno de nieve y basura, donde encuentra, en medio de todo, a una niña rodeada de engendros.

La chica no huele igual que los humanos y, al verla, me doy cuenta de que es una cambiante, una de las mías. Everett y Evander perciben su olor flotando en el aire entre la sangre, lo que les impulsa a saltar con más fuerza sobre los necrófagos que acorralan a la chica.

Mi hermano se enfrenta a la criatura, que ruge con aliento ácido, pero las manos de Everett capturan la cara de la criatura y la retuercen. Se libera a tiempo para que Everett le dé un puñetazo en la boca y lo arroje contra un muro de hormigón. Trepa sobre su cuerpo, agarra la cabeza del necrófago y sus piernas empujan contra sus hombros, produciendo un chasquido repugnante cuando rompe el cuello de la criatura y separa su cabeza de los hombros.

Evander se desplaza y desgarrar al segundo necrófago con sus fauces abiertas, mientras Nyx se lanza a por el tercero. Sus sombras se alzan y se abren como las fauces de una bestia voraz mientras despedazan a la criatura entre chasquidos, manchando la nieve con la oscura sangre de las criaturas.

La chica al final del callejón grita aterrorizada, y Gwen y yo corremos hacia ella. —¿Estás bien? —pregunta Gwen.

La niña observa a la bruja y olfatea el aire, sintiendo el olor de los otros lobos cerca. Asiente y se seca las lágrimas con las manos sucias.

—¿Puedes explicar lo que ha pasado aquí? —pregunta Gwen cuando la niña rompe a llorar de nuevo.

—Mi... Mi padre... —solloza la niña.

—Gwen, no tenemos tiempo para esto —dice Nyx, mientras Gwen levanta a la niña, que no deja de llorar—. Vienen más.

A toda prisa, corro hacia la entrada del callejón y me doy cuenta de que los necrófagos llenan la calle.

—Están por todas partes —dice Evander, desapareciendo y sacudiéndose los pantalones.

Salimos todos juntos del callejón y miramos a nuestro alrededor. —Tenemos que salir de aquí —digo.

—¿Pero dónde? —pregunta Nyx, con cara de desolación—. ¡Todo está arruinado!

—En cualquier sitio. Cualquier sitio es mejor que aquí —declara Evander.

Sin pensarlo, corremos calle abajo, siguiendo el camino que tomamos Ivy y yo, comprando provisiones para nuestro viaje y observando la devastación. Los negocios están cerrados, con los escaparates destrozados y la mercancía esparcida por el suelo, y el olor a sangre seca flota en el aire.

—Esto no puede ser —susurra Gwen, conmocionada, mientras se detiene a mirar el centro comercial, con sus puertas cerradas y un muro improvisado construido con puertas de madera y metal y sacos de cemento apilados como un fuerte—. ¿Qué ha pasado aquí?

—El tiempo ha pasado. Eso es lo que ha pasado aquí —dice Everett, cuya mirada se posa en un cartel derruido encaramado a una de las pocas vidrieras que se mantienen en pie.

El decreto obliga a los pequeños comerciantes a cerrar sus tiendas y buscar refugio en las zonas fortificadas de la ciudad debido a la alerta roja provocada por el reciente brote de engendros que ha consumido la ciudad.

—¿Cómo? —Gwen mira el cartel, leyendo la fecha con horror—. ¡Han pasado más de seis meses! —declara conmocionada.

—Debe de ser por la dimensión de sombra de los dioses durmientes —musita Nyx y nos mira con asombro y terror.

—Pero solo estuvimos fuera unas horas —dice Evander.

—Para nosotros fueron horas, pero para este mundo, fue más tiempo —declara Nyx, aún horrorizada.

Gwen suelta un gemido. —Debemos hacer algo. Buscar a los nuestros. No sabemos qué puede haber pasado con el resto de las razas...

—Solo podemos buscar refugio buscándolos. —Nyx levanta las manos y yo la miro, viendo el dolor y la tristeza que nublan sus ojos.

Pero antes de que pueda abrir sus portales, oímos un grito aterrador, un sonido ensordecedor y desquiciado, que nos distrae el tiempo suficiente para que tres grandes engendros salten desde los tejados hacia nosotros.

Los demás aparecen como cucarachas en la oscuridad. Se arrastran por las esquinas y las ruinas de los negocios, trepan por muros abandonados, destrozan coches mientras se impulsan para llegar hasta nosotros.

Al principio creo que son diez, pero luego me doy cuenta de que parecen ser más... veinte, treinta, incluso cuarenta...

—Mierda —dice Gwen, y tanto Evander como Everett la secundan con maldiciones.

Se desplazan sin importarles si alguien cercano las ve o no, mientras Gwen y Nyx retroceden. Gwen sigue sujetando a la chica como yo a Ivy, cuya inconsciencia es ahora más exasperante que nunca.

—¡Tenemos que correr! —grita Gwen.

Las criaturas, conscientes de que se van a quedar sin comida, saltan hacia nosotros. Lo hacen en medio de lo que parece un ataque orquestado, haciendo gritar a la niña hasta que se le corta la voz y se desmaya del susto.

Nyx levanta una cúpula de sombras sobre nosotros mientras Evander y Everett se abalanzan sobre las criaturas. Tienen las mandíbulas abiertas y los colmillos preparados para cortar la piel putrefacta de las criaturas mientras se abalanzan sobre ellas.

—¡Evander! —grita Nyx, aterrorizada, lanzando tentáculos de sombra contra los engendros que atacan a los lobos. Uno de ellos abre las fauces y muestra unos colmillos afilados como cuchillos, que clava en la espalda de Evander antes de que éste se sacuda y lo ataque, rompiéndole las cuencas de los ojos. Pero su ataque no es lo bastante rápido, y otro necrófago muerde a mi beta en la pierna y lo derriba.

—¡Protege a Ivy! —Grito a Gwen mientras la dejo caer a sus pies y me desplazo sin pensarlo, saltando en la distancia y aterrizando sobre el necrófago que intenta desmembrar la pierna de Evander.

Lo ataco a tiempo antes de que destroce los huesos de Evander, pero otro de ellos salta sobre mí. Everett le muerde en el cuello, destruyéndole la piel, pero entonces un nuevo necrófago ocupa el lugar del anterior mientras otro arremete contra Everett y lo tira al suelo.

Con todas ellas a mi lado, hay demasiados enemigos que vencer. Nyx y Gwen luchan con todas sus fuerzas sin dejar de proteger a la niña y a Ivy.

Un necrófago me tira al suelo y me muerde la pierna, provocándome un aullido de dolor. Un tercero me atrapa pisándome la cola, y lucho por alejarme de ellos cuando aparece otro necrófago y los ataca. Al mirarlo, reconozco la magia de Gwen impresa en los movimientos de la criatura. Me giro a toda prisa, notando cómo la bruja susurra hechizos mientras mueve las manos como un titiritero para hacer bailar a los engendros, que se desgarran la piel unos a otros y se cortan antes de caer muertos.

Pero por cada uno que matamos, aparecen otros diez o quince, y pronto me doy cuenta de que es una batalla perdida. No tendremos fuerzas para derrotarlos a todos a la vez.

—¡Sácanos de aquí! —Gwen le dice a Nyx.

—¡No puedo abrir un portal! —Nyx gruñe—. ¡Si lo hago, los engendros nos seguirán allá donde vayamos!

Entonces, oigo el grito aterrorizado de Gwen y me giro, viendo cómo un necrófago se abalanza sobre ella. Evander ataca al necrófago por la espalda mientras Everett atrapa a Gwen cuando cae, salvando a la chica a tiempo.

—¡No importa si nos siguen unos pocos! —le dice Gwen a Nyx—. ¡Si nos quedamos aquí, seguirán viniendo y moriremos!

Nyx gruñe pero asiente con esfuerzo e intenta abrir uno de sus portales mientras nos ayuda a huir.

Los engendros, como si presintieran que su presa puede escapar, se abalanzan sobre Nyx, golpeando con sus zarpas y garras las sombras, creando el círculo protector de la princesa, intentan romperlo para llegar hasta ella.

—¡NO, Nyx! —grita Evander en mi cabeza y se lanza contra los engendros.

En cuanto lo hace, el resto le seguimos. Arrancamos y desgarramos sus cuerpos, luchando contra ellos, pero son demasiados, los suficientes como para oscurecer la visión de Nyx desde todas las perspectivas, pues han cubierto sus sombras.

Y mientras pienso en ello, recuerdo a Ivy tendida a los pies de Gwen y me pregunto cuánto peso y daño pueden soportar las defensas de Nyx antes de derrumbarse...

—¡NYX! —grita Evander en mi cabeza, luchando con todas sus fuerzas contra los cientos de engendros, mientras Gwen se esfuerza por abrir un espacio entre los atacantes y nosotros para llegar hasta Ivy y Nyx.

Y entonces, durante el pandemónium, percibo algo diferente. Una presencia que se manifiesta en los límites de mi conciencia.

La presencia poderosa y ampliamente conocida se manifiesta en el mismo instante en que los haces de luz emergen por las grietas que se forman entre los cuerpos de algunos engendros. Y los haces de luz queman la piel de las criaturas, que se apartan, aterrorizadas.

Pero no tienen tiempo para huir. Aunque lo intentaran, no podrían esconderse de la consumidora presencia de la luz al otro lado de lo que antes había sido un campo de sombras. Ni aunque lo intentaran, podrían huir de ella, del poder manifiesto de Ivy, que por fin ha despertado.

—¡A cubierto! —Digo en mi cabeza a los lobos, sintiendo que la alerta nubla mis sentidos.

Everett agarra a Gwen a tiempo y sale corriendo con Evander. Mientras le sigo, todo lo que nos rodea explota, consumido por la luz cegadora y el calor que todo lo quema y abarca, que destroza los cuerpos de cientos de engendros que, hasta hace unos segundos, estaban atacando a Nyx.

En medio de la lluvia de cuerpos calcinados y la sofocante presencia del calor, una figura emerge junto a Nyx, que de algún modo se ha protegido de la luz que podría destruirla.

Justo a su lado se alza una criatura gloriosa y aterradora, con ojos de llamas anaranjadas y cabellos más rojos que el fuego. La criatura, hermosa y aterradora, me mira y, mientras la observo, reconozco los restos de la persona que una vez fue, pero que tal vez nunca vuelva a ser.

Hija de dioses y humanos. Una vez mortal y ahora siempre dominante con energía. Mi compañera, que ha consumido el poder del dios durmiente para demostrar que ningún otro camina sobre la tierra que pueda igualar su poder o autoridad.

CAPÍTULO 13: POR EL DESTINO DE TODOS



GWEN

¿Qué demonios ha pasado aquí?

En el momento en que termina la explosión, cientos de necrófagos que nos rodeaban caen esparcidos por el suelo como restos deformes de cuerpos que una vez tuvieron forma humana. Y la nieve derretida, la sangre y las vísceras se acumulan en pequeños charcos oscuros a lo largo del hormigón.

Mi primera preocupación es la seguridad de Nyx, pero la princesa está de pie junto a Ivy, ilesa pero conmocionada, como nosotros, por lo que ha ocurrido. Cuando Ivy está junto a la princesa hada, su mirada se asemeja más a la de una deidad que a la de un humano. Su piel brilla, con el pelo rojo hecho de fuego, y sus ojos, de un naranja intenso, no poseen iris.

—¿Ivy...? —llama Adam, mirando a su compañera con asombro. Después de vestirse, avanza hacia ella, notando cómo la mirada de la pelirroja se fija en él, pero sus ojos son interrogantes, casi sin ver.

Pero, tras un largo momento, Ivy parece inspirar. Parpadea, un poco confusa, con una arruga surgiendo en su ceño, y al cabo de un momento, cambia. Su pelo adquiere un tinte rojo más apagado, su piel se vuelve casi de un blanco enfermizo y sus ojos, antes anaranjados, se vuelven azules antes de desplomarse.

Nyx la atrapa y Adam viene corriendo hacia ellos. Yo le sigo de cerca, con Everett pegado a mi lado, y Evander se deja caer junto a su compañera, igual que Adam lo hace junto a Ivy.

—¡Ivy! ¿Estás bien? —pregunta sorprendido el Alfa a su compañera.

Con el ceño fruncido, Ivy asiente y susurra: —Sí. —Su voz suena ronca y débil.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Nyx, sin comprender. Pero ninguno de nosotros sabe qué demonios ha pasado.

Incluso Ivy parece confundida mientras sacude la cabeza y continúa. —Yo... no lo sé. No estoy segura. —Sus ojos se abren de par en par y noto que no tienen la misma intensidad de siempre. Parece débil y enferma—. Solo recuerdo que oía voces... cientos de voces dentro de mi cabeza, y luego vinieron el calor y el dolor, tan intensos que no podía controlarlos. Tenía que dejarlo salir o me destruiría. —Los labios de Ivy se contraen en una mueca mientras inhala un suspiro como si sintiera dolor.

Adam la observa con cautela, y Nyx dice: —Fue el poder del dios... debió consumirla. Actuó por instinto ante una situación peligrosa. —Nyx mira a Ivy, esperando oír confirmación.

—Sí, fue demasiado para mí —susurra Ivy, refugiándose contra el pecho de Adam, que la abraza y tira de ella contra él.

Tras pensarlo un momento, decidí que no era el momento de analizar la situación. Al menos no en medio de un cementerio de cadáveres después de esta masacre. —Debemos irnos —le digo a Nyx, tratando de llamar su atención.

Comprende mi urgencia. —Lo sé, pero ¿hacia dónde? No sabemos en qué situación se encuentran las otras razas, ni si nos darán cobijo.

—Iremos al refugio de los lobos —anuncia Adam sin apartar la mirada de Ivy—. Robert Fudge nos dará cobijo y nos pondrá al día de la situación general del gremio.

No me entusiasma la idea. Robert ha asumido la responsabilidad de la manada de Adam y de las otras manadas de Londres al enterarse de lo sucedido, pero buscar refugio con los lobos no me resulta atractivo. Pero no podemos separarnos, y no sé cuál es la posición de mi aquelarre, así que decido que es nuestra mejor y quizá única opción.

—De acuerdo —respondo con los brazos cruzados.

Nyx está junto a Adam, que aún sostiene a Ivy en brazos, mientras Everett lleva a la niña que rescatamos de los engendros.

Nyx ha abierto uno de sus portales. Respira lenta y largamente y, al cabo de un momento, abre una puerta de sombras que atravesamos, sabiendo que podríamos encontrarnos con más necrófagos en cualquier momento.

Everett, alto e imponente, se coloca a mi lado antes de cruzar. Evito mirarle, intentando que el aroma que impregna su cuerpo no me llame. Contengo una maldición mientras le evito, sabiendo que cualquier cosa entre nosotros es imposible. Mi hechizo se debilita cada día que paso sin reforzarlo y, por eso, Everett no puede evitar sentirse atraído por mí.

Sin saberlo, el vínculo le llama hacia algo que, con el tiempo, se revelará. Y aunque él no quiera admitirlo, es inevitable para ambos.

Al cruzar el portal, la familiar sensación de vértigo me invade y luego desaparece mientras la brisa marina me golpea la cara e inhalo profundamente. Me alivia oír los pasos de mis compañeros detrás de mí.

—¡Qué asco! Huele fatal —me quejo, con el olor a lobo flotando en el aire.

—Huele a casa —susurra Evander a mi lado con un deje de nostalgia.

Delante de nosotros hay una fortaleza construida en la depresión que forma una cresta prominente en medio de una verde colina y amplias llanuras, un recinto para los lobos, que han utilizado la formación como una fortificación natural que les permite mantenerse protegidos.

—¡Quietos! —grita una voz que surge en mitad de la noche, mientras el aullido de los lobos surge en la oscuridad para indicar a los vigilantes que han llegado intrusos.

Un grupo de al menos quince lobos, grandes como casas y con dientes afilados, nos rodea. Adam los observa y se adelanta con Ivy en brazos, sin miedo a su propia raza.

—Soy Adam Paxton Ajax —declara—. Alfa de la Manada del Centro de Londres, y exijo que Robert Fudge nos reciba y nos dé asilo.

El lobo se mueve y mira a Adam con expresión desconcertada pero aliviada.

—¡Alfa Adam! —grita un lobo, corriendo hacia él, lleno de felicidad.

Otros dos lobos le siguen, y por las miradas de Adam, Everett y Evander, entiendo que son de los suyos.

—¡Está vivo! —dice otro lobo y nos mira al resto—. Todos lo estáis... Es un alivio saberlo.

—El alfa Robert tiene que saberlo. De esta manera, los llevaremos directamente a él —afirma el lobo.

Se echan hacia atrás y se agachan para que nos subamos a sus espaldas. La idea me gusta aún menos, pero entiendo que es necesario.

—Cuando todo esto termine —me susurro a mí misma—. No quiero volver a ver otro lobo en mi vida... —Pero sé que es imposible porque estoy unida a uno, y algún día tendré que enfrentarlo.

Decidiendo que puedo ignorar el asunto un poco más, me resigno a montar a lomos del lobo, que echa a correr en cuanto me acomodo sobre él. Everett y Evander se mueven y me siguen mientras Adam lleva a Ivy en brazos, reacio a soltarla.

Entramos en la gran fortificación de los lobos, que parece una ciudad en miniatura. Me sorprende descubrir que es más grande de lo esperado, con vastos campos verdes rodeándolo todo.

Nyx también parece haberse dado cuenta. Cuando llegamos al centro de la ciudad, donde descansa una enorme mansión, le digo: —Esto podría servir.

Me mira y comprende lo que quiero decir. La amplia extensión de playa, las altas formaciones rocosas y las entradas a las cuevas marinas y bosques que rodean el lugar lo distinguen del resto del mundo. Sería el refugio perfecto para formar una fortaleza que protegiera a todas las razas.

Pero, para ello, Fudge tendría que renunciar a su territorio, y dudo que eso ocurra nunca.

—¡Alfa Adam! —grita una voz fuerte que avanza hacia nosotros, y cuando me doy la vuelta, veo a Fudge, representante de los cambiante de pie frente a la mansión.

El hombre nos saluda apresuradamente, como si fuéramos fantasmas salidos de sus pesadillas. —Os dimos por muertos hace meses... —afirma, inspeccionándonos a todos.

—Como verás, no estamos muertos, pero hemos estado fuera *mucho* más tiempo del que nos hubiera gustado —dice Adam y se acerca a Fudge con autoridad—. Necesitamos refugio.

Fudge asiente y se hace a un lado. —Por aquí, por favor. Extiende el brazo y nos deja entrar.

Su equipo omega se encarga de guiarnos a una amplia y lujosa habitación donde podemos descansar, pero la escena me parece demasiado formal con la situación actual de la carrera.

—Alfa Fudge, necesitamos saber qué ha pasado en Londres con los necrófagos —digo, sin perder tiempo.

—Hemos sido testigos de su desenfreno —dice Nyx con el ceño fruncido.

—Me temo que no has visto lo peor —explica Robert tras cerrar las puertas dobles para que podamos hablar a solas—. Han devastado la ciudad. El Primer Ministro ha declarado el estado de alerta y ha evacuado las zonas más alejadas del centro de Londres debido a los ataques masivos de los necrófagos. Todavía no entienden lo que está pasando, pero nosotros... Bueno, nosotros sabemos...

—Dr. Taylor —aventura Nyx, sacudiendo la cabeza.

—Mi padre... —dice Ivy, despertándose y frotándose la cabeza con las manos como si le doliera la cabeza. La pobre Ivy sigue teniendo un aspecto horrible—. ¿Ha creado nuevos engendros?

—No es solo él —explica Fudge—. Sino también la reina Diantha. Cree que somos los culpables de la desaparición de la princesa Nyx y ha declarado una guerra sin cuartel a todas las razas. Nos atacó con sus ejércitos y desató en la ciudad muchos más engendros de los que podíamos enfrentar. Nos obligó a recluirnos en nuestros refugios, a la espera de que la situación mejorara.

—Ese es el problema —le digo a Fudge, molesto—. Nunca va a mejorar.

—Tenemos que formar un refugio para todos lo antes posible —afirma Nyx con desesperación.

—Y tiene que ser aquí —termino, atrayendo la atención de Fudge hacia mí.

—Lo que exiges es demasiado pretencioso, bruja —dice el lobo con el ceño fruncido, haciendo que una sonrisa amarga cruce mis labios. *Sabía que dirías eso, imbécil.*

—Es... —inquirí con una ceja levantada—. Solo vosotros tenéis un recinto lo suficientemente fortificado y espacioso para custodiar a todas las razas, y eso es porque los lobos siempre han sido los protectores de los Hijos del Crepúsculo.

—Gwen tiene razón —dice Adam, mirando a Fudge—. Nuestros juramentos dictan que defendamos a los Hijos del Crepúsculo, y por eso siempre hemos tenido la ventaja de elegir los dominios de los lobos. Porque éstos garantizan la seguridad de todos en tiempos de crisis.

—¡No puedes exigirme tanto! —grita Fudge—. No en estos tiempos y después de una ausencia tan grande por tu parte.

—No es una exigencia, sino un recordatorio —dice Nyx, bajando la mirada a sus manos. Parece debatir largamente sobre algo que no quiere compartir con los demás—. Nuestra supervivencia depende de *todos* nosotros. Debemos colaborar, o perderemos esta guerra. Estoy cansada de decirlo, ¡pero mi madre no parará hasta conseguir lo que quiere!

—¡Debes dejarnos construir la ciudad cúpula en este recinto, Fudge! —Adam declara con pasión.

Al principio, creo que Fudge se negará, pero entonces Adam continúa con una proposición que parece interesarle mucho. —Piénsalo bien... La ciudad protectora será la primera de muchas que surgirán y protegerán a las razas de los engendros y las amenazas exteriores. En el futuro, podría

ser la cuna de la civilización. La capital de un nuevo mundo nacido de la defensa de los lobos... Y por supuesto, será una ciudad de lobos...

Fudge se queda un momento con la boca abierta antes de negar con la cabeza. —Aun así... no podemos... Sería demasiado arriesgado.

—No si colaboro contigo —dice Nyx, ganándose la atención de todos—. Me quedaré aquí y formaré los primeros escudos de sombra. Asegurarán la ciudad como ninguna otra protección puede hacerlo.

Adam, Everett e Ivy miran a Nyx con el mismo horror que yo, pues sin ella no podemos seguir adelante con nuestro plan para salvar a Sadie.

Pero la princesa, consciente de nuestros sentimientos, nos mira antes de dar a entender su decisión. —No podemos esperar más para actuar en beneficio de todas las razas.

—Nyx tiene razón —dice Evander—. Si nos quedamos, podemos lograrlo.

—Pero sin ti, no podremos entrar en el reino de las hadas —dice Everett.

—Podrás hacerlo —dice Nyx, cuya mirada se encuentra con la mía—. Me encargaré de que estés a salvo al entrar y salir de la dimensión de las hadas y, en tu ausencia, me aseguraré de que tengas un recinto seguro al que regresar.

Fudge, por supuesto, no parece contento con esta decisión, y una parte de mí se pregunta si se resistirá al plan. Pero el lobo sabe, como todos nosotros, que no es rival para la princesa hada, y si ella toma el control de la situación, poco podrá hacer para oponerse.

Él ya debería saber lo capaz que es Nyx. Ella tiene suficiente poder para sacarlo de su camino si es necesario por el bien de su plan. Por supuesto, no seré yo quien se lo diga.

—De acuerdo —dice Adam, suspirando—. Nos tomaremos un tiempo para descansar y, después de pensarlo un poco, partiremos hacia el reino de las hadas.

—Me temo que eso no será posible —dice Nyx con un suspiro audible.

—¿Por qué? —preguntan Everett y Adam al mismo tiempo.

—Porque solo podré abrirte una puerta para que te cues en el reino de mi madre durante la primera noche de luna nueva, y será...

—Mañana —termina Fudge por ella.

—Así que, de nuevo, estamos a contracorriente —afirma Everett, sacudiendo la cabeza.

—¿Cuándo no hemos estado? —pregunto con amargura, mirando en otra dirección.

Si Nyx tiene razón, partimos en menos de veinticuatro horas hacia un reino hostil, desconocido y lleno de trampas. Un lugar del que podríamos no regresar.

Pero si lo hacemos... Me pregunto, de qué manera nos marcará el tiempo al volver a casa, cuánto tiempo pasará en este mundo antes de que regresemos, y cuánto tiempo pasará para mí... ¿Y cuánto habrán cambiado las cosas cuando mis pies vuelvan a pisar esta tierra?

Mirando a Everett, me doy cuenta de que no piensa en otra cosa que en recuperar a su hermana, aunque le cueste la vida. Y sé que no puedo dejarlo solo en esto.

Porque aunque me cueste todo, y aunque él no lo sepa, es mi compañero predestinado, y no dejaré que muera en medio de esta misión. Lo daré todo, mi propia vida, por él.

Joder, pienso, recordando la razón por la que siempre he odiado los vínculos de pareja. Estáis atados al destino del otro para siempre, para bien o para mal.

CAPÍTULO 14: VOCES EN LA OSCURIDAD



Las voces en mi cabeza son constantes. No paran, ni siquiera mientras duermo. Vienen a mí como fantasmas y me persiguen hasta que siento que me estoy volviendo loca.

—¿Estás bien? —pregunta Adam, con la mirada fija en mi rostro. Asiento con la cabeza, intentando mantener la calma, con una sonrisa forzada. No quiero que se ponga más nervioso de lo que sé que ya está.

—Todo va bien. Me siento un poco mareada —digo, ocultando la verdad. Sabe que el poder del dios que llevo dentro está ocupado atormentándome, pero no quiero decirlo en voz alta. Porque siento que hacerlo otorgaría más poder a esta locura que me atormenta.

Del mismo modo, mi respuesta no parece convencer a Adam, y eso es porque sabe que le oculto cosas. Su mano toma la mía y me besa los labios, dejándome el sabor impreso de la sal marina en la boca cuando nuestros labios se separan.

—Pase lo que pase, estoy contigo —me asegura.

—Lo sé. Asiento y le sigo por el oscuro sendero.

Hoy, la noche ha caído temprano, aunque Gwen dice que se debe a la tormenta que se aproxima a la ciudad. Por sus gestos y su lenguaje corporal me doy cuenta de que no cree que este plan vaya a funcionar. Gwen sabe que esta misión será mucho más difícil sin Nyx. Todos lo sabemos.

Nyx avanza delante de nosotros, seguida por Robert Fudge, que no le ha quitado el ojo de encima desde que llegamos. Debe percibirla como una amenaza, una nueva líder, para arrebatárle el control. Junto a Nyx está Evander, que permanece a su lado, y Everett y Gwen, que parecen dos sombras, ambos vestidos de negro sin haberlo planeado.

Adam me aprieta la mano cuando Nyx se detiene donde empieza la playa, y la piedra da paso a la arena del mar.

—Una vez que entres en los dominios de mi madre, el tiempo pasará de forma diferente para ti. Será mucho más lento, pero para nosotros serán días o quizá semanas, mientras que para ti serán solo horas —comenta.

Se acerca a Gwen y le entrega algo, una especie de brújula, que la bruja acepta y examina. —Por lo tanto, muévete con rapidez. Esta brújula te marcará el camino a través del reino porque puede ser confuso... Pero si sigues la brújula, sabrás el camino.

—¿Y cómo sabremos cuándo volver? —pregunto.

—Cada luna nueva, el portal se abrirá y podré sacarte del reino de mi madre. Te estaré esperando durante cada luna nueva hasta que regreses. Cuando llegue el momento y caiga la noche, la brújula te dirá que tienes el camino despejado para volver. Si no regresas durante el tiempo revelado por la brújula, deberás esperar hasta la siguiente luna nueva para entrar en nuestro plano.

—Genial —dice Gwen con el ceño fruncido, y se guarda la brújula en el bolsillo.

—Hay otros métodos para volver, por supuesto, pero no puedo controlarlos —dice Nyx con una sonrisa de disculpa.

—No te preocupes. Volveremos pronto —le aseguro a Nyx, tomando su mano entre las mías.

Ella asiente y me aprieta los dedos. —En tu ausencia, me encargaré de forjar un recinto seguro al que puedas volver cuando completes la misión.

Sus brazos me envuelven en un abrazo de bienvenida y sé que está preocupada. Me suelta, abraza a Gwen y pronto formamos un pequeño círculo de despedidas y promesas.

—Volveremos —le digo a Nyx con voz segura.

Ella asiente y se da la vuelta, y sus manos suben, creando sombras y un nuevo portal para nosotros.

—Nos veremos en la luna nueva —dice Nyx mientras atravesamos el portal.

Las sombras lo cubren todo, y cierro los ojos, intentando ignorar el vértigo que me consume hasta que todo pasa, dejando solo sensaciones extrañas, producto del reino de las hadas.

En cuanto nos cruzamos, las voces de mi cabeza resuenan con más fuerza, producto de mi magia. Su deseo de salir y consumir el mundo, de alimentarse de él, me vuelve loca. Adam me mira, ignorándolo todo, notando en cambio la ansiedad que me corroe a causa de los poderes que el dios me ha otorgado.

—¿Ivy...? —pregunta, pero Everett le interrumpe.

—Está aquí —dice en tono ansioso—. *Por fin* podremos rescatar a Sadie. —Su mirada se centra en Gwen, que mira la brújula—. ¿Puedes encontrarla con ese artefacto?

—Creo que sí —dice Gwen frunciendo el ceño—. Pero no estoy segura. La magia de este lugar es como una carga magnética a mi alrededor. Siento que altera mis sentidos.

—Déjame ayudarte entonces —digo, tendiendo la mano hacia la brújula—. Tal vez pueda leerla mejor gracias a mi sangre.

Gwen me mira con duda, y una parte de mí se pregunta por qué. Pero al cabo de un momento, me entrega la brújula. El objeto no parece ser más que una brújula normal de metal que se siente fría al tacto, pero en lugar de tener puntos cardinales, tiene otros símbolos: 'Invierno', 'Primavera' y 'Atardecer' son algunos símbolos que se leen entre las indicaciones.

—Aparentemente, nuestro destino es hacia el 'Día'. —Le devuelvo la brújula y veo cómo gira.

Sobre nosotros, es crepúsculo, más oscuro que el comienzo de la noche, pero a lo lejos hay un cielo de violeta y naranja que recuerda a las horas previas al amanecer.

—Ya lo suponía, pero no tiene mucho sentido —dice Gwen suspirando.

—No importa. Debemos darnos prisa —dice Everett, siguiendo el inicio del camino colina abajo delante de nosotros.

Gwen le sigue de cerca, corriendo para poder igualar las largas zancadas de Everett, y yo intento seguirle, pero Adam me detiene.

—No me mientas —dice con su intensa mirada verde clavada en la mía—. Dime qué te pasa.

Mordiéndome el labio inferior, respondo: —Es el poder que me ha concedido el dios. Me atormenta. Me temo que no puedo controlarlo.

—Eso no pasará —me tranquiliza, cogiéndome la mano entre las suyas.

—No lo sabes —le digo y le suelto la mano—. De todos modos, ahora no es el momento de pensar en ello. Debemos seguir adelante y encontrar a Sadie cuanto antes y salir de este lugar.

Sin querer mirar porque temo lo que encontraré en sus ojos, me apresuro a seguir a Gwen y Everett, que están cerca del bosque.

Pero este bosque no se parece a nada que haya visto antes. El musgo que lo rodea, que crece en las rocas y el sotobosque, es de un verde brillante y colorido que ilumina el sendero, que de otro modo no estaría iluminado.

Sobre nuestras cabezas, ni siquiera las estrellas se atreven a iluminar el cielo, así que este moho es nuestra única luz de guía. Pero los árboles no parecen reales ni tienen su forma natural. Sus esbeltos troncos, con forma de cuerpos humanos congelados en extrañas poses, y sus hojas de intenso color bailan entre el burdeos y el morado oscuro.

—¿Dónde demonios estamos? —susurro, notando que mi voz no crea eco en el ambiente. Parece como si el bosque se tragara hasta el sonido.

—Por lo que tengo entendido, en algún lugar de 'Noche'. —Gwen exhala un suspiro, molesta—. Una vez oí decir a Nyx que en su reino los puntos cardinales son las estaciones del año y las cuatro fases del día, pero nunca la creí. Pensaba que era una broma.

—Y en medio de todo eso, ¿dónde está el palacio de la reina?

—En el 'Amanecer', siguiendo el camino del 'Día' —dice Gwen con fastidio.

—Tardaremos una eternidad en llegar —se queja Adam.

—No, no lo creo. Por lo cerca que se ve la luz al otro lado del camino, deduzco que Nyx nos envió tan cerca de la frontera como pudo. De todos modos, tenemos que planear lo que haremos cuando lleguemos al castillo —les digo—. Por lo que pude averiguar en mi última visita, dudo que Sadie esté en algún lugar accesible...

—Silencio —dice Everett, mirando a su alrededor. Por un momento, temo que su petición se deba a que no le gustan mis declaraciones, pero entonces me doy cuenta de que está intentando

identificar algo—. ¿Qué fue eso?

—¿Qué quieres decir? —pregunta Gwen, mirando en todas direcciones, asustada.

—Eso... —susurra Everett, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

Intento escuchar, pero solo oigo el sepulcro que reina a nuestro alrededor.

—Yo también lo oigo —dice Adam, mirando a nuestro alrededor.

—Mierda —se queja Gwen y da un paso atrás—. No me digas que es un fantasma. Porque odio esas malditas cosas...

—No creo que lo sea —dice Everett, frunciendo el ceño—. Más bien... parece ser...

—Música —dice Adam, y se adentra en medio del bosque, siguiendo la oscuridad.

Everett le imita mientras Gwen y yo les observamos.

—¿Oyes algo? —pregunto, a lo que ella sacude la cabeza.

—No, pero esto me da una sensación horrible.

Por instinto, les seguimos, corriendo cuando notamos que aceleran el paso.

—¡Adam, espera! —Le grito, pero no se detiene. En lugar de eso, corre por el bosque mientras Everett se ríe como un niño pequeño.

—¡Suenan tan bonito! —dice mientras Gwen y yo nos miramos asustadas.

—Mierda —dice mientras los dos lobos se mueven y echan a correr—. ¡Mierda, mierda, mierda!

Recogemos la ropa de ambos y los seguimos por el bosque a toda prisa, esperando encontrarnos con ellos a la vuelta de la esquina.

—¡Adam! —Grito aterrorizada, sintiendo que mi corazón va a estallar de miedo.

Justo cuando creo que ya no puedo correr más, me fijo en las figuras de luces que flotan en el bosque, sus cuerpos se asemejan a un tono musgoso. Allí, las figuras destacan. Solo reina la oscuridad, por lo que sus vibrantes imágenes resplandecen, permitiéndome distinguir sus rasgos, similares a los de las mujeres.

—¡Mierda! —grita Gwen—. ¡Sirenas!

Al principio, no la creo mientras mis pies chapotean en charcos de agua y me doy cuenta de que estoy en una especie de pantano.

—¡No podemos dejar que entren en el agua! —brama Gwen—. ¡O las sirenas los matarán!

Aterrorizada, observo a Adam y Everett, que corren tras las criaturas a un ritmo más lento. Sus huellas se pierden a medida que se adentran más y más en el barro y el agua.

—¡Deténganlos! —Le grito a Gwen, aterrorizada.

—¡No puedo! —se queja, luchando por llegar a Everett, que ha cambiado a su forma humana—.

Mi magia no funciona aquí. Podría hacerles daño.

Me doy cuenta con pavor de que tengo que hacer algo, y las voces dentro de mi cabeza se vuelven locas de excitación, dichosas de que me vea obligada a desatar su poder.

—¡Adam! —grito cuando noto que la criatura apoya sus manos hechas de luz sobre el rostro de mi compañero, que también se ha desplazado hacia atrás.

Cuando permito que emerja mi poder, estallando a través de dolorosas emanaciones de luz y sonido que brotan de mí como el sol en mitad de la noche. El calor sofocante me hace gritar al sentir que todo mi cuerpo arde. El vapor se eleva a medida que el agua circundante se evapora, y el sonido ruge a través del aire, perforando la distancia y alcanzando a Adam y Everett.

Aterrorizadas, las sirenas chillan cuando las luces las enfrentan y se desvanecen entre el ruido aterrador que las evapora en el aire. Otras criaturas pertenecientes a este oscuro entorno, que yo desconocía, se debilitan entre la agitación de mi poder, o desaparecen a portes debidos, adentrándose en medio de la noche eterna del bosque.

Ante la fuerza del impacto, Adam y Everett caen al lago, despertando del encantamiento. Gwen se zambulle en el agua para escapar del calor abrazador de mi poder.

Todo sucede demasiado rápido, con voces que cantan en mi cabeza y se convierten en susurros, y todo se acaba. La luz se apaga, dejando que la fría y eterna noche me rodee.

—¡Qué coño ha pasado! —grita Adam, saltando fuera del agua y corriendo hacia mí.

Everett le sigue mientras Gwen se sienta y tose agua.

—¡Odio... a las putas... sirenas! —grita Gwen y pisa el barro para dejar atrás la ciénaga.

Le tiende la ropa a Everett y éste se viste mientras Adam hace lo mismo. Esta vez, la fatiga provocada por la explosión de energía no dura tanto como en otras ocasiones.

—¿Estás bien? —pregunta Adam, poniendo su mano en mi mejilla.

Asiento y él me aprieta contra su cuerpo. —Joder, Ivy, lo siento... no sé qué me ha pasado.

—¡Es por culpa de esas putas sirenas! —ruge Gwen, chapoteando para salir del agua. Everett la sigue de cerca.

—Encandilan a cualquiera que escuche su canción, atrayéndolo a sus trampas hasta ahogarlo.

Se escurre el agua embarrada y se despeina el pelo mojado. —¡Tenemos que salir de aquí! No sabemos qué otras criaturas odiosas reinan en este lugar —declara, dando pasos apresurados para dejar atrás el pantano en este extraño bosque.

La sigo después de ponerme en pie con la ayuda de Adam, y Everett nos sigue. Mientras reemprendemos la marcha, rezo para que no encontremos otras criaturas tan peligrosas como las sirenas por el camino, o de lo contrario nunca llegaremos a Sadie a tiempo.

CAPÍTULO 15: EL ÚLTIMO ALIENTO



—**E**stá ahí —dice Gwen, señalando un punto en la distancia.

El castillo de la reina Diantha surge de las nubes como una aparición. No se parecía a nada que hubiera visto antes, con sus altas torres de cristal y oro. Parece más una réplica de un castillo de cuarzo que una verdadera formación.

Gwen mira el castillo con el mismo desaliento que yo, porque ninguno de nosotros sabe cómo entrar en la fortaleza. Guardias, hadas y engendros rodean el castillo, protegiéndolo. Algo que sabíamos de antemano, aunque en la distancia no podemos verlos.

Adam se inclina sobre Gwen, observando la brújula mientras Everett explora el territorio. —La brújula señala un punto al otro lado del castillo —nos informa Adam.

—Ahí debe ser donde tienen a Sadie —dice Gwen frunciendo el ceño—. Pueden ser los aposentos del Dr. Taylor.

No puedo evitar la mueca que se dibuja en mi rostro cuando lo menciona. La idea de volver a ver a mi padre no es agradable. Con cada encuentro, me doy cuenta de lo brutal y aterrador que es.

—Eres la bruja que consigue cualquier cosa. Eres famosa por ello —dice Everett mirando a Gwen.

Se ha sentado al pie de la ladera, contemplando el castillo de la reina Diantha. La espesa maleza verde está tan crecida que casi le roza la cara, y su pelo rubio claro se agita con el viento. —Puedes encontrar cualquier cosa, a cualquiera, incluso a Sadie. O una forma de llegar a ella.

—No es tan sencillo... —empieza Gwen, pero algo en la mirada de Everett parece desarmarla.

—Podríamos usar los espejos —le digo a Gwen, tratando de encontrar una solución rápida a esta situación—. Igual que mi madre me sacó de aquí la última vez. Podrías localizar a Sadie y usar un espejo para transportarnos hasta ella.

—Es más complicado de lo que parece. —Gwen se masajea la frente con el pulgar y el índice.

—Por favor —suplica Everett, su voz suena desesperada—. He esperado tanto tiempo para esto. Lleva tanto tiempo desaparecida que no puedo rendirme cuando estamos tan cerca de rescatarla.

Su mirada permanece fija en los ojos claros de Gwen, quien, tras chasquear la lengua, aparta la vista y asiente.

—Hay un lago cerca —nos dice—. Servirá para lo que necesitamos.

—Pongámonos en marcha entonces —se aventura Adam y nos mete prisa.

Los cuatro nos ponemos en marcha, dejando atrás el castillo de Diantha y concentrándonos en un plan. Gwen nos conduce a través de la espesura y de un bosque iluminado por la luz del cálido sol hasta que oímos correr el agua del claro entre las rocas y llegamos a la orilla de un tranquilo lago.

La superficie del agua es áspera y está rodeada de una extraña calma. Contemplo con apatía el agua sin olas y me fijo en mi reflejo, pero la imagen me perturba.

Hay algo extraño en mí, algo que no reconozco en mí y que asocio con las voces de mi cabeza.

Susurrando maldiciones, Gwen se agacha en el suelo, desplegando un mapa mientras saca un péndulo de su bolsillo.

—Dame la mano —le dice a Everett, que extiende la palma sin objetar.

Gwen lo mira y luego corta la piel de Everett con su navaja, manchando de sangre la punta del péndulo, y saca de su bolsillo la vieja cinta para el pelo de Sadie.

—Bien, pequeña, veamos dónde estás...

El péndulo oscila, decidido, como si un imán lo guiara por el mapa. Observo cómo cambia de posición y de forma. No es una imagen del mundo que conozco, pero las montañas cambian, así como los nombres y los mares, dando lugar a un mundo desconocido para mí: el mundo de las hadas y el territorio de la reina Diantha.

El péndulo cae en la misma dirección que marcó antes la brújula, mostrándonos el paradero de Sadie, y Gwen se levanta.

—Ven aquí —le dice a Everett, con tono cortante. Él la sigue sin rechistar y ella se detiene frente al lago. Mira la superficie transparente como si intentara descifrar un enigma y maldice en voz baja.

Cuando se gira, su mirada se centra en Everett. Adam y yo contenemos la respiración, ansiosos, sin saber qué está pasando. —Necesito que pienses en ella, en Sadie —le dice Gwen a Everett, con un tono muy serio.

—No he hecho *otra cosa que* pensar en Sadie desde que desapareció. Me ha consumido —confiesa Everett, con una expresión de dolor en el rostro.

—Entonces piensa más intensamente en ella. Hazlo recordando cada peca, el tono de sus ojos, el sonido de su risa. Actúa como si la tuvieras delante. Necesito que te concentres o no podré llegar a ella.

—Vale —dice Everett y asiente, cerrando los ojos.

Adam se coloca junto a Everett y le imita. Observo a los dos hermanos, recordando a su hermana, mientras intento hacer lo mismo, pensando en su risa, su voz tierna y dulce...

En el fondo de mi mente, oigo a Gwen susurrar algo. Algo que me suena familiar, pero que no

puedo entender porque su voz es muy suave.

Y entonces, tras un minuto de silencio, exclama: —¡Allí! —Y abro los ojos, acercándome a la superficie del lago y mirando el reflejo que se forma en las pequeñas olas.

No es la imagen de Everett, Adam o Gwen, sino la de Sadie reflejándose al otro lado. Está sentada en el suelo, con la cara oculta entre los brazos, cantando para sí misma, con voz débil.

El corazón de Adam late con fuerza, al igual que el de Everett, que intenta dar un paso adelante para alcanzar el reflejo de su hermana, pero Gwen se lo impide.

—Ni se te ocurra —advierte, sacudiendo la cabeza.

Tiene los ojos fijos en la imagen, extiende una mano y deja que el péndulo oscile sobre la superficie del agua por encima de la cara de Sadie.

—Llévame hasta ella —susurra Gwen—. Llévame a dondequiera que esté esa persona... Rompe las protecciones, destroza las alarmas, une la sangre con la carne y el reflejo que se vislumbra al otro lado del espejo.

Cogiendo la mano de Everett, derrama su sangre en el agua, y las gotas rojas se funden en la superficie transparente. Desesperado, Adam se muerde el dorso de la mano y deja que su sangre se mezcle con las olas.

—Llévame hasta ella —suplica Gwen una y otra vez—. Rompe las cadenas; haz añicos las alarmas. Llévame con ella...

Y, de repente, ocurre algo. Sadie levanta la cara como si oyera algo, y la imagen se vuelve mucho más nítida que antes, casi como si estuviera delante de nosotros, lo bastante cerca como para tocarla.

—¡Ahora! —grita Gwen.

Everett no espera. Salta al agua y, aunque solo le llega hasta los tobillos, su cuerpo se hunde en las olas cuando aparece al otro lado del reflejo.

Siguiendo su ejemplo, Adam salta también, mientras Gwen y yo hacemos lo mismo. El mareo dura solo un instante, como cuando atravesamos los portales de sombra de Nyx, hasta que caemos al otro lado.

—¡Sadie! —grita Everett mientras corre hacia la chica.

Me tomo un momento para sentarme y me doy cuenta de que estamos en una pequeña habitación sin ventanas, con una luz pálida, un catre, un pequeño retrete, una mesilla de noche y poco más.

Sadie, que está más pálida y delgada que la última vez que la vi, levanta la cabeza en cuanto oye la voz de su hermano, y la sorpresa y la alegría aparecen en su rostro cuando Everett la estrecha entre sus musculosos brazos.

—Eres tú... —susurra la chica mientras las lágrimas caen por sus mejillas—. Has venido... Has venido por mí.

—Estoy aquí —dice Everett, llorando también—. Estoy aquí, Sadie. Estás a salvo, te lo prometo.

Le pone las palmas de las manos en las mejillas y la besa en la frente mientras Sadie rompe a reír y Adam se acerca a ellos.

—¡Adam! —dice la joven, emocionada.

Everett la ayuda a ponerse en pie mientras ella rodea el cuerpo de su hermano mayor con los brazos.

—¡No puedo creer que te hayamos encontrado! —susurra Adam, llorando.

Ella le dedica una hermosa sonrisa y luego se vuelve para mirarme.

Cuando lo hace, otra voz surge de sus labios: —También es un placer volver a verte, hermanita.

Oigo la voz y me doy cuenta de que hemos caído en una trampa. Pero ya es demasiado tarde. Al darme la vuelta, noto vibraciones que cruzan el aire, y el espejo que tenemos detrás, a través del cual nos hemos colado en la habitación, se rompe en mil pedazos.

—¡No! —grita Gwen.

Sorin emerge entonces de una pared como si se hubiera mezclado; me doy cuenta de que se mantenía oculto mediante una ilusión en el preciso momento en que se acerca, y Sadie cae inconsciente en brazos de Everett.

—¡No! —grita Adam y corre hacia mí mientras Sorin avanza.

Me mira, divertido, y me tiende una mano. Sus labios se abren y de su boca salen ondas sonoras que atraviesan el ambiente y nos empujan a Gwen y a mí contra la pared mientras golpea nuestros cuerpos contra el pesado metal.

—Fue una tontería ir a por ti. Sabía que morderías el anzuelo y acabarías viniendo a por Sadie —declara Sorin con una sonrisa malévola.

Adam arremete contra Sorin, desplazándose hacia él, pero Sorin lo detiene lanzando una de sus ondas contra él y Everett. Todos caemos al suelo tras ser alcanzados por las ondas de Sorin, y Everett lucha por proteger a su hermana pequeña de la resonancia.

—¡Basta! —Grito molesta.

En mi cabeza rugen los susurros que no me han abandonado desde que el dios de piedra me dio su don, y la luz se extiende por mi cuerpo al liberar el poder. Y de nuevo, el calor lo invade todo mientras veo las ondas de luz y sonido en el aire. Las atrapo entre mis manos, sintiendo la resonancia dentro de mi cuerpo y sabiendo que puedo manipularlas a voluntad.

Las voces de mi cabeza gritan de alegría mientras Sorin me observa atónito un instante antes de que yo le devuelva su propio ataque, y él se eleva por la habitación, chocando contra la litera, que se hace añicos bajo su peso.

En ese momento, Gwen y yo caemos al suelo. Nos levantamos mientras Adam, Everett y Sadie se unen a nosotros.

—¡Tenemos que salir de aquí! —grita Gwen, sabiendo que estamos en verdadero peligro.

Las ondas toman forma entre mis dedos y las lanzo contra la puerta, rompiendo toda la

estructura. Los soldados del otro lado caen al suelo, dispersados por el impacto.

Adam corre y ataca a las primeras que intentan ponerse en pie. Sus mandíbulas destrozan los cuerpos rotos de las hadas mientras Everett corre, intentando poner a salvo a Sadie.

Gwen le sigue. La bruja tiene un corte sangrando en la cabeza, pero no parece grave.

—Tenemos que encontrar otro espejo —dice.

Asiento, sabiendo que nuestra única posibilidad de escapar es formar otro portal, pero entonces Sorin se levanta.

—Oh, no, hermanita. No irás a ninguna parte —declara.

Su gemido, envuelto por la fuerza de su ataque, atraviesa la habitación y me atraviesa a mí, golpeándome en el pecho y tirándome al suelo. Gwen cae a mi lado y Adam corre a atacar a Sorin, que grita riendo mientras la bruja se pone en pie.

—Me tienes cansada, cabeza de zanahoria. Voy a acabar contigo —exclama.

Abre los brazos y levanta las manos mientras lanza un hechizo contra Sorin, que intenta esquivarlo sin conocer las intenciones de la bruja. Se agacha, hunde los dedos en el suelo, que se ha convertido en arena, bajo el cuerpo de Sorin, y la solidez desaparece mientras él se hunde de rodillas entre arenas movedizas.

Adam alcanza a Sorin con la precisión de su mordisco, clavándole sus afilados colmillos en el hombro, haciendo que la sangre brote a borbotones, y Sorin lanza un grito de dolor. Sus labios se abren, y el grito perfora el aire. Las ondas se transforman en un ataque que lanza a Adam contra el techo.

—¡No! —Grito horrorizada.

Lo veo caer, pero justo antes de que toque el suelo, Everett lo sostiene, dejando a Sadie a mi lado. Entonces me agacho, toco la cara de la chica y uso mi poder para revitalizar su cuerpo.

Sus mejillas se iluminan en cuestión de segundos y se despierta. Sus ojos, grandes y azules, miran sorprendidos, sin entender nada de lo que está pasando.

—Ya tendremos tiempo de saludarnos más tarde —declaro con una sonrisa tras ponerme en pie.

Me sigue mientras Sorin se libera de la arena, producto del hechizo de Gwen. Entonces Everett le gruñe y da un solo paso para apoyar a su hermano.

Los dos lobos saltan sobre el hada, empleando todas sus fuerzas para atacar al enemigo. Cuando Sorin lanza un nuevo grito contra Adam y Everett para debilitarlos, yo lo desvío, estirando las manos y deteniendo la resonancia con las mías y disparándola de nuevo contra Sorin, aunque él la esquiva.

—¡Mierda! —grita Gwen.

Al girarme, veo por qué ha maldecido, pues a la entrada del recinto se encuentra mi padre, junto con un pequeño ejército de engendros.

—Veo que has aprendido un truco o dos, hija... —dice mientras retrocede, mientras las horribles

criaturas sueltan un atronador chillido antes de saltar hacia nosotros.

—¡Protege a Sadie! —Le ordeno a Gwen mientras corro hacia los necrófagos.

Se coloca frente a la niña, que grita y se pone a cubierto detrás de la bruja mientras ésta hace estallar las luces del techo, que no se dispersan sino que gimen, como almas en pena, mientras pequeñas criaturas de luz y fuego se esparcen por la habitación. Su luz me ilumina, y un grito enloquecido sale de mi garganta mientras mis manos se estiran, controlando las ondas sonoras. Y entonces, obedezco a los cientos de voces que hablan en mi cabeza y arremeto contra los engendros. Les oigo reír de un modo petrificante mientras el sonido atraviesa la distancia y las ondas estallan alrededor de los engendros, destruyendo sus tímpanos, sus ojos, haciendo saltar la sangre oscura mientras las criaturas caen entre gritos agónicos.

La fuerza del ataque hace que el agotamiento se apodere de mi cuerpo, pero las luces danzan a mi alrededor, trayendo lo que parecen ser restos de mi ataque. Y con cada nueva reposición de poder, me siento vivo y con más energía.

Mi padre me observa. Por primera vez, asombrado y tal vez asustado, desde que destruí su ejército de engendros con un solo ataque.

—Ivy... —se aventura en un susurro.

—¡No! —Grito con vehemencia, molesta—. Pagarás por todo lo que has hecho y por todo el sufrimiento.

Tras una leve pausa, mi padre sonrío y dice: —Por mí, perfecto. Pero primero, tienes otras cosas de las que ocuparte.

Con sus palabras y su mirada de confianza, sé que algo va mal y me giro a tiempo para verle huir. Veo a Sorin elevarse sobre los demás y dirigirse hacia Sadie y Gwen.

—¡No! —Rujo.

En un instante, corro hacia ellos mientras el aura de luz de Sorin resplandece. Lanza un ataque, producto de una descomunal onda de sonido que rebota en todas direcciones mientras Adam y Everett corren a toda velocidad hacia las chicas.

Gwen levanta un escudo sobre ella y Sadie, pero el ataque de mi hermano es demasiado poderoso. Las golpea, derribándolas, y Sorin da pasos victoriosos hacia Gwen y Sadie.

—Ya estoy harto de vosotros. De todos vosotros —declara Sorin.

—¡Cállate! —Le grito.

Con todas mis fuerzas, recojo los destellos de poder que surgen de mí y los lanzo a través de una onda que va directa hacia Sorin. Él se gira en el segundo exacto y sonrío mientras extiende una mano, atrapando parte de mi poder entre sus dedos y lanzándolo contra Everett, que ha alcanzado a Sadie.

—Despídete de tus amigos —insiste Sorin, divertido.

Pronto el mundo a mi alrededor baila a una velocidad lenta... Veo como Everett usa su cuerpo para proteger a Sadie y como Gwen usa uno de sus hechizos para alejarlo del ataque pero no

puede mover a Sadie también.

Entonces, los labios de Adam se abren y grita el nombre de su hermano mientras los ojos de Everett se abren como platos. Observo conmocionado cómo las ondas impactan en el pecho de la chica... Oigo el crujido, un sonido insoportable, y entonces Sadie cae contra la pared, con los ojos agrandados y estrellándose contra el suelo como una muñeca de trapo: un cuerpo sin alma. Yacía sin vida.

El grito de horror de Everett se eleva entre el sonido, desgarrador y desesperado, mientras él y Adam saltan contra Sorin, que ríe como un loco enloquecido.

Pero aunque lo maten, no cambiará lo que ha pasado. Sadie yace en el suelo, muerta, y no hay nada que podamos hacer al respecto.

CAPÍTULO 16: DESPEDIDA



ADAM

El aullido de Everett resuena en la habitación, roto y lleno de rabia. No soy consciente de que estoy gritando con la misma intensidad y dolor. Y algo dentro de mí se hace añicos cuando veo caer el rostro de Sadie, su mirada vacía fija en la nada, como una despedida silenciosa. Sorin ha apagado la vida de sus hermosos ojos azules.

Sé que estoy corriendo, pero no sé a qué velocidad. A mi alrededor, todo sucede a toda prisa. Everett arremete contra Sorin, que lo aparta de un puñetazo, mientras Ivy, que corre detrás de nosotros, lo embiste con una onda expansiva más contundente que la anterior.

La onda golpea a Sorin mientras mis dientes se hunden en la piel de su brazo. Siento el dulce sabor de la sangre mágica, la sangre de las hadas, mientras un grito de dolor sale de su boca e intenta apartarme, pero mis garras son más rápidas y se clavan profundamente en su mejilla y en uno de sus ojos cuando el glóbulo estalla. Su grito suena bien a mis oídos.

Ambos caemos al suelo, su cuerpo impacta contra la madera, y Everett corre hacia nosotros. Se desplaza y hunde los dientes en el cuello de Sorin, que vuelve a gritar de dolor mientras su sangre corre por el suelo.

—¡Basta! —grita una voz nueva cuando Diantha se manifiesta en la sala.

La Reina de las Hadas envuelve la habitación con una luz abrazadora que nos abrasa a todos, pero yo no puedo soltar a Sorin. Gwen corre y recoge el cadáver de Sadie mientras Ivy se lanza contra la reina.

La ira y el dolor hierven en la sangre de mi compañera con la misma intensidad que siento en mi interior. La luz y la intensa presencia de Ivy se enfrentan a Diantha, que la mira como si fuera la peor de las amenazas. La reina levanta las manos y expulsa una oleada de luz y calor hacia Ivy, tratando de consumirla con su poder. A través de nuestras conciencias unidas, siento la reacción de Ivy, las voces que la enloquecen, gritando en su interior mientras el poder del dios se desata sobre ella al recibir la bola de energía que impacta en su cuerpo.

Supongo que la reina pretendía destruirla, reducirla a cenizas, dejando sus restos esparcidos por el aire, pero Ivy absorbe la energía de la luz, que la enciende desde dentro. Con el cuerpo pintado de oro y el pelo incendiándose, levanta las manos y dice con voz victoriosa y antinatural: —Mi turno. —Y entonces se lanza contra la reina.

Y esta vez es Diantha quien observa aterrada cómo sus cuerpos impactan, y la pelirroja deja que

la luz atraviese sus dedos, estallando, convirtiéndose en una extraña melodía hipnótica y envolvente. Me giro, soltando a Sorin de mi agarre porque no he oído nada igual antes. Es hermosa y deprimente, como si las notas pusieran nombre a mi dolor.

Esas mismas notas golpean a la reina y la derriban. Ivy se eleva sobre Diantha mientras canta con su peculiar voz, y sus manos se posan sobre la piel de la reina, rozando sus mejillas y absorbiendo su luz.

Y casi de inmediato, Diantha envejece a una velocidad vertiginosa. Su pelo se vuelve gris, las arrugas cubren su piel y sus ojos se apagan. Y mientras esto sucede, Ivy se transforma, cada vez más brillante, hasta que su resplandor es tan cegador que debo apartar la mirada.

Dentro de su cabeza, las voces ya no gritan, sino que todas cantan la extraña melodía. Y a medida que sus voces se hacen más fuertes, la de Ivy y su consciencia se desvanece.

—¡Ivy, para! —grita Gwen.

Se lanza contra Ivy, y los dedos de Gwen arden al entrar en contacto, pero veo cómo vence al dolor y aparta la mano de Ivy de la reina Diantha, que cae al suelo. Ahora es una criatura deforme y envejecida, casi un cadáver. Entonces Ivy se vuelve hacia ella, y Gwen levanta la brújula mientras ésta brilla de forma extraña. Al principio, pienso que se debe a su poder. Pero luego noto que cuanto más brilla la brújula, más se apaga el poder de Ivy. Por lo que entiendo, la brújula está absorbiendo la fuerza de Ivy.

Cae al suelo en cuanto extingue su aura y Gwen se embolsa el artefacto. La bruja lo sostiene mientras corro hacia ellas.

—Tenemos que salir de aquí —dice Gwen.

Tiene la cara roja por el calor de Ivy. Me sube a Ivy a la espalda y corre hacia Everett, que mira los restos de Sadie.

—Tenemos que salir de aquí, Everett, por favor —suplica Gwen, y él la mira como si no la reconociera.

Su mirada azul claro se fija por un último instante en Sorin, tendido en el suelo tan débil que ya no es una amenaza para nadie. Luego vuelve a mirar a Gwen, intentando decidir si debe obedecerla.

Mi hermano se cambia de sitio y Gwen se sube a su espalda, con Sadie sujeta entre sus brazos. Con la cara oculta por el suave pelo rubio, parece que la niña esté durmiendo, lo que me llena de dolor.

Everett y yo echamos a correr, siguiendo las indicaciones de Gwen, que utiliza la brújula para sacarnos de allí.

—¡Alto! —grita, frente a una puerta que abre de un tirón, tras la cual hay una habitación similar a aquella en la que estaba Sadie: otra celda.

Gwen se apresura hacia un espejo colocado sobre el pequeño lavabo. Se corta la palma de la mano y susurra algo, y justo cuando pienso que lo que sea que esté haciendo no funcionará, la veo colocar la brújula en el espejo, y este brilla como antes, cuando la energía se apoderó de Ivy.

Entonces, unos tintes dorados recorren el espejo y Gwen mete la mano en él, comprobando que puede cruzarlo.

—¡Vamos! —insta y se apresura a saltar al otro lado.

Sin demora, salto hacia el espejo, cruzando su lisa superficie con Ivy a mi espalda, y Everett me imita. El vértigo dura solo un instante antes de que aterricemos en medio de un prado familiar al caer la tarde.

Gwen se precipita a la superficie al otro lado del portal, descubriendo un monumento colocado en la pradera con algo muy parecido en su centro. Se apresura a destruirlo sin rechistar y luego cae al suelo, exhausta.

Everett y yo retrocedemos. En cuanto lo hacemos, nos ponemos los pantalones y contemplamos el prado, grande y familiar, pues hace solo unas horas que estuvimos aquí. Es el mismo campo verde, perteneciente al rebaño de Robert Fudge, que linda con la playa. En el que nos despedimos de Nyx y Evander.

Pero algo parece haber cambiado. Muy por encima de nuestras cabezas, distingo una formación en forma de cúpula de un tono oscuro que se asemeja a un cristal tintado.

Justo cuando la miro, una bandada de pájaros deja de volar a través de la cúpula, adentrándose en el territorio cubierto por ella, perdido en la distancia, y me doy cuenta de que no es sólida, sino... —Es una sombra —susurro, sabiendo que esto tiene algo que ver con Nyx.

—¡Todo esto es culpa tuya! —grita Everett, y solo tengo un segundo para darme la vuelta antes de ver cómo arremete contra Gwen.

La agarra por el cuello y la levanta, mirando a la bruja con odio mientras ella lucha por liberarse de su agarre. Corro hacia ellos para apartar a Everett de Gwen, pero ella le da un puñetazo en la cara y se libera de él.

Gwen cae al suelo mientras Ivy se incorpora. Me apresuro a ayudar a mi compañera, que está mareada y desorientada, y mientras Gwen se pone en pie, Everett vuelve a enfrentarse a ella.

Pero ella levanta las manos, teñidas de una extraña aura verde, el aura de la magia. —¡No te atrevas a culparme de lo ocurrido! —grita entre lágrimas—. Te salvé el pellejo dos veces. Sin mí, no estarías vivo.

—¡Me apartaste del camino! —grita Everett, fulminando con la mirada a Gwen—. ¡Si no fuera por ti, Sadie seguiría viva!

—¡Habríais muerto los dos, idiota! —replica Gwen.

—¡Al menos habría muerto con ella! —proclama Everett.

—¡No! ¡Maldita sea, no puedo dejarte morir! —declara Gwen, con lágrimas de rabia en los ojos.

—¿Por qué? —ruge Everett—. ¿Qué te importa si vivo o muero?

Gwen le mira con algo cercano al asco y se arranca del cuello una fina cadena con un amuleto en forma de piedra.

La deja caer al suelo, y Everett jadea y exhala, mirando a Gwen como si fuera la primera vez que la ve, y ella le grita: —¡Por eso! Maldito idiota, ¡por eso no podía dejarte morir!

—¡No! —grita, mientras Ivy y yo los miramos confundidos.

—¡Eres mi compañera predestinada! —grita Gwen, y mis ojos se abren de sorpresa—. Y si tú mueres, yo muero. Por eso no podía dejar que Sorin te asesinara.

Sorprendido, Everett retrocede e intento detenerlo antes de que se vaya.

—Everett, lo que pasó no fue culpa de nadie. Sadie...

Se me llenan los ojos de lágrimas al mencionar a mi hermana. No puedo mirar su cadáver. No puedo verla tendida en la hierba, inerte, y pensar que nunca volveré a oírla reír.

—No —dice Everett, y su mirada se encuentra con la mía. Sus ojos, llenos de furia, me miran con tal ferocidad que siento que podría asesinarme con su mirada—. No puedes decir nada de esto. De todos nosotros, tú eres el peor, Adam.

—¡Everett! —grita Ivy—. No puedes culparnos por esto. Todos hicimos lo que pudimos para salvarla...

Ivy tiene los ojos enrojecidos por el llanto, el dolor y la debilidad, pero Everett la ignora.

Respira hondo, nos mira y, tras un momento, jura: —A partir de ahora, soy un lobo sin manada.

Y siento el dolor interior, el dolor que me recorre. La manada ha perdido a un miembro, y lo sé al sentir la ausencia de Everett, su desconexión con la voz de mi cabeza, con la conciencia del lobo.

Se aleja otro paso, y desde la distancia oigo los gritos de voces familiares.

—¡Ivy, Gwen! —grita Nyx.

—¡Adam, Everett! —llama Evander.

En mi visión periférica, los veo acercarse. Parecen diferentes: cansados, tal vez, o un poco mayores, pero Everett no los espera.

—¡Maldito seas, lobo idiota! —brama Gwen, con los ojos llenos de lágrimas y la mirada enfurecida—. ¡Maldito seas! Después de todo lo que hemos sacrificado por ti, por Sadie, ¿crees que puedes hacerte la víctima?

La mira con desdén, lleno de dolor. —¡Nunca te tendré en cuenta aunque seas mi compañera predestinada!

Se da la vuelta y se aleja, transformándose en lobo a medio camino y desapareciendo tras perderse en la espesura.

—¡Maldita sea! —grita Gwen, llena de ira, y pateo el suelo—. Maldito lobo... ¡Malditos compañeros destinados!

Se seca las lágrimas con el dorso de la mano y nos mira con expresión dolida. —Lo siento, chicos. Pero yo... simplemente... no puedo quedarme.

—¡No, Gwen, espera! —suplica Ivy, tendiendo una mano hacia ella, pero la debilidad la consume y tropieza antes de poder alcanzar a Gwen. La cojo antes de que caiga y levanto la vista, pero Gwen ha desaparecido.

De repente, Ivy rompe a llorar y yo la acuno, sabiendo que no puedo hacer nada para consolarla. Me rodea el cuello con los brazos y se aferra a mí mientras las lágrimas se derraman por mi rostro. En menos de lo que para mí era un día, lo he perdido todo: a mis hermanos y el poder de cambiar mi destino.

—Ivy —dice Nyx, acercándose a nosotros mientras coloca una de sus palmas contra la cara de mi compañera.

Se miran y noto los sutiles cambios en sus rostros. Nyx tiene el pelo mucho más largo y un aspecto más maduro.

—¿Evander? —Pregunto, intentando que no me consuma la ansiedad—. ¿Cuánto tiempo... cuánto tiempo estuvimos fuera?

Evander mira a Nyx con preocupación. Una forma que me hace reconocer que lo que tengan que decir no es bueno.

—Ocho años —responde Nyx con voz suave.

—¡No! —grita Ivy en mis brazos, rompiendo a llorar.

Como puedo, contengo el pánico, pero por dentro lo siento arder junto con la impotencia. —¿Cómo es posible? —les pregunto.

Nyx sacude la cabeza, pero es Evander quien me responde. —Creemos que, de algún modo, Diantha alteró el tiempo dentro de la dimensión de las hadas para mantenerlas prisioneras más tiempo del previsto.

—Ivy —llama Nyx con urgencia. Le tiende la mano—. Necesito que me des la brújula que te di para el reino de las hadas.

—No lo tengo —responde Ivy.

—Gwen lo lleva consigo. Lo usó para absorber el poder de Ivy cuando Ivy y Diantha se enfrentaron —digo, recordando lo que hizo Gwen.

—Me lo temía —dice Nyx, con cara de preocupación—. El poder del dios parece descontrolarse dentro de Ivy. Es muy peligroso. Necesito esa brújula para asegurarme de que el poder no se vuelva contra nosotros.

—No sabemos dónde ha ido Gwen —dice Ivy—. Se fue después de su discusión con Everett...

—Entonces me temo que nuestro destino depende de Gwen —declara Nyx.

—Volverá —dice Ivy, pero parece insegura.

—No lo sé —responde Nyx, sacudiendo la cabeza, apesadumbrada. "El mundo ha cambiado desde que te fuiste... Temo lo que Gwen encuentre al salir de esta cúpula. Las brujas... Bueno, casi todas han desaparecido a manos de los necrófagos. Su reina las traicionó.

—¡No! —grita Ivy, horrorizada.

—¿Y las manadas? —pregunto, lleno de temor.

—Sobrevivieron, pero solo porque estaban en nuestro refugio cuando ocurrió todo.

—Fudge está muerto —añade Evander, cuya mirada permanece fija en la mía—. Hace años. He estado al frente de las manadas esperando a que volvieras, Adam... Necesitan a su Alfa para seguir adelante. Te necesitan a ti.

Asiento con la cabeza, dejando mi mirada fija en Ivy, cuyos ojos ya no parecen contener el dolor.

—¿Qué pasará ahora? —pregunta Ivy.

—Sin Gwen, no tengo forma de saberlo... Al menos, no hasta que recupere mi brújula. Pero dudo que eso ocurra cuando se enfrente a la búsqueda de los de su especie —dice Nyx con el ceño fruncido.

—Sé que Everett tampoco volverá —digo, llena de pena—. No hasta que se vengue de Sorin por matar a Sadie.

—La venganza no traerá la paz a su alma —afirma Nyx con pesar.

—No traerá la paz a ninguno de nosotros, pero conozco a mi hermano y sé que no se detendrá.

—¿Así que todo depende de ellos? —pregunta Ivy, cuyos ojos se inundan de lágrimas—. ¿Cualquiera que sea el camino que Gwen y Everett decidan tomar?

Asiento con la cabeza. —Puede que sí —respondo—. Por lo que tengo entendido, tenemos mucho que reconstruir en este lugar. Pero puede que ya no llevemos la voz cantante en esta historia.

Mis ojos pasan del rostro eternamente joven de mi hermana a la mirada azul de Ivy. Ella me observa, con lágrimas corriendo por sus mejillas, y camina hacia mí.

Sin hablar, beso su frente, sus mejillas y sus labios, sintiendo el sabor salado de su dolor pegado a mi boca y sabiendo que ella es todo lo que me queda.

Ahora debemos reconstruir este mundo, que ha seguido su curso sin nosotros: reconstruir sobre las cenizas de un pasado incendiado. Seguir adelante sin nuestros amigos, o seres queridos, sabiendo que sus decisiones afectarán al destino de todos nosotros de forma incierta.

Pero, por ahora, todo lo que sé es que tengo a Ivy y a mi manada. Y que por ellos, debo seguir adelante. Por ellos, debo sentar una nueva base de paz en este mundo.

Las decisiones de mi hermano y su compañera podrían traer la redención para todos o el caos, pero sea lo que sea lo que depare el futuro, lo afrontaré de la mano de mi compañera y eterna compañera.

CAPÍTULO 17: DESEOS DE VENGANZA



GWEN

Estoy de pie frente a las ruinas de mi antiguo hogar, con lágrimas cayendo por mi cara. Lágrimas amargas que saben a guerra contra mi piel.

La otrora gran mansión, hogar de mi aquelarre y dominio de las brujas, ahora no es más que un montón de escombros y cenizas. Me duele el corazón cuando me invaden los recuerdos. Aquí fue donde crecí, donde mi clan vivió y prosperó. Pero ahora, todo ha desaparecido.

Y lo había sido durante ocho años; no puedo olvidar la cruel maniobra de Diantha, reina de las hadas, que nos mantuvo prisioneros en su reino durante un período de tiempo alterado. Lo que para nosotros eran horas se convirtieron en años en el Plano Mortal, y ahora ocho años me separan de mis amigos, de mi familia y de este mundo.

Ocho largos años en los que algunos de mis aliados se han convertido en mis enemigos. Años en los que mis enemigos han cambiado el mundo por capricho.

—No debería ser así —digo mientras miro mis manos, manchadas de ceniza y tierra quemada. Manos que una vez levanté entre orgullosos juramentos por una reina que nos traicionó.

En el pasado, fui una orgullosa miembro del clan de brujas liderado por la reina Sabine. Sabine y yo no siempre estábamos de acuerdo en todo, pero ella era astuta, poderosa e inteligente, y aunque yo repudiaba muchas de sus prácticas, la admiraba en silencio.

Pero nos engañó, se volvió contra mi clan y destruyó todo lo que apreciábamos. Mi familia, mis amigos, todos desaparecieron. Yo soy la única que queda.

Pero no permitiré que se salga con la suya. Me *vengaré*.

Mientras observo la destrucción, siento crecer mi ira y mi determinación. No descansaré hasta que la reina bruja pague por lo que nos ha hecho. Se lo haré pagar, con mi vida y mi fuerza, en nombre de mi clan y mis hermanas.

Respirando lentamente, suelto la tierra y la ceniza entre mis dedos y me doy la vuelta para dejar atrás las ruinas, no sin antes prometer venganza para mí y para los espíritus de mi clan caído. No descansaré hasta vengar a mis hermanas.

Y sé que mi viaje de venganza ha comenzado.

Mientras me adentro en el bosque que rodea el que fue mi hogar durante muchos años, pienso en Everett, el lobo idiota y engreído que es mi compañero predestinado; y no solo en él, sino

también en Ivy, Adam, Nyx y Evander. Mis amigos, a quienes abandoné, para buscar mi destino, siguiendo mi sed de venganza.

Hace semanas que no hablo con Nyx, desde que regresé del plano de las hadas. Y sé que sigue esperando, buscándome y deseando el regreso de la brújula que contiene el poder del Dios Durmiente de la Luz. Un deseo razonable, lleno de protección para mí, pues el poder de este dios, puede consumir el mundo y destruir a su portador.

Pero ahora mismo, no puedo hacer lo que ella quiere de mí. Me meto la mano en la chaqueta y agarro la brújula entre los dedos. Su calor casi me quema las yemas de los dedos, y su pulso, un presagio de la vida que late dentro del artefacto, palpita contra mi piel. Sé que esta brújula es peligrosa y que podría matarme, pero no me importa. La usaré para vengar a mis hermanas y acabar con la reina, y luego, cuando todo haya terminado, pagaré las consecuencias de mis actos y me alegraré de ello.

Mientras camino, mis pies se hunden en la tierra húmeda que inunda toda la escena. Conozco esta tierra como la palma de mi mano y puedo navegar por ella con facilidad, así que pronto encuentro un pequeño arroyo y decido acampar para pasar la noche, ya que no tengo hogar al que regresar ni ningún otro lugar adonde ir.

Así que recogí leña para el fuego y monté la tienda, observando las llamas y reflexionando sobre lo sucedido mientras intentaba no pensar en la única persona en la que no puedo dejar de pensar.

Sé que no puedo hacerlo sola. Debo encontrar a otros que también busquen vengarse de la reina bruja por su traición. Los magos, por ejemplo, se han mantenido al margen de esta guerra. Su líder es un cobarde renuente y un hombre codicioso con quien nunca me he llevado bien, pero los magos son poderosos y astutos, así que tal vez puedan ayudarme.

Decido que no es tan mala idea buscarlos y pedirles apoyo, aunque nadie sabe dónde se esconden estos parias. Pero al menos encontrarlos me da un plan, ya que no tengo otros movimientos en mente, por ahora. Pero lo haré.

Mientras preparo la escasa cena a base de pan duro y algunas sobras con las que preparé un guiso, pienso en Everett, que está en su propia búsqueda de venganza. Everett, cuya ira le hizo apartarse de mí, negando nuestro vínculo y haciendo que me odiara de tal manera, que la sensación punzante de su rabia sigue clavada en mi pecho. El dolor es casi insoportable y me aprieto el pecho.

Me tumbo en mi tienda, mirando fijamente la lona oscura que hay sobre mí. El sonido del arroyo cercano me tranquiliza, pero los pensamientos sobre Everett asolan mi mente.

Quizá lo más difícil de procesar sea cerrar los ojos y verle de pie frente a mí, lleno de indignación, con los puños cerrados y pensando en lo que le ha pasado a su hermana. Sadie está muerta, y es culpa mía. Tuve que elegir entre la vida de Everett y la suya, y aunque no me arrepiento de mi elección, sé que él me odia por ello.

—Putra mierda —susurro, llevándome las manos a la cara y frotándomelas con rabia. Siento desesperación en mi interior y un profundo dolor que sé que no es solo mío.

Ya tengo suficiente dolor que soportar, ¡tengo que sentir el suyo también!

Los pensamientos de Everett siguen revoloteando en algún rincón de mi mente. Sus sensaciones confusas, o destellos de imágenes, flotan en mi mente. Estamos demasiado lejos el uno del otro para saberlo con certeza. Por mucho que estemos decididos a odiarnos, al vínculo no le importa eso. A veces puedo verle, en sueños o en recuerdos, y de algún modo, sé que está bien, aunque no haga más que detenerse en su dolor y rumiar su indignación.

Lo veo moverse por Londres en su forma humana, escondido entre las ruinas de una ciudad que una vez fue la capital más renombrada del mundo, para pasar desapercibido a los ojos de aquellos que serían nuestra perdición. En mi mente, le oigo maldecir, y cuando sus pensamientos le llevan a mí, cosa que ocurre más a menudo de lo que a ninguno de los dos nos gusta, se llena de odio y maldice, distrayendo su mente con cualquier pretexto hasta que piensa en algo que no sea yo.

Han pasado semanas desde que nos separamos, pero no puedo dejar de pensar en él, y esa batalla constante entre la nostalgia por él y el deseo de venganza no hace más que agotarme.

Así que cierro los ojos, intentando apartar de mi mente los pensamientos sobre Everett y concentrarme en mi misión: asesinar a Sabine, la reina bruja.

Pero justo cuando me estoy durmiendo, oigo una voz en mi cabeza. Una voz que no debería poder oír.

Gwen, buscas venganza... El rencor te invade y el dolor arde con cada latido de tu corazón. Quieres destruir a todos los que te han hecho daño y romper el vínculo con el que no deseas estar unida... Gwen Adler, puedo concederte esos oscuros deseos. Puedo darte lo que quieras... susurra la voz.

Puedo sentir su poder llamándome, tentándome con promesas.

Las palabras parecen tan reales que, por un momento, me hacen saltar, atenazada por el miedo, manifestándose dentro de mis pensamientos. Son voces transmitidas en medio de un lenguaje denso e incongruente que probablemente se olvidó hace miles de años. Pero puedo entender lo que dice esta voz. Es la voz que pertenece al dios sellado dentro de la reliquia.

No. No eres real, me digo, cerrando los ojos y llevándome los dedos al pelo para calmarme.

Sabes que lo soy, repite la voz con un denso ceceo que me eriza la piel. Y sabes que puedo concederte todo lo que me pidas. Lo hice con tu amiga, ¿no? La hija de mis descendientes... Le di a Ivy el poder de acabar con sus enemigos...

—¡Y casi la matas en el proceso! —grito, de pie en medio del claro del bosque, sintiendo cómo el miedo y la rabia se apoderan de mi cuerpo. El miedo atroz amenaza con consumirme.

Ella no es tan fuerte como tú, se jacta la voz. Tú, Gwen, dominas tu propia esencia. Me necesitas tanto como yo a ti. Juntos, podríamos lograr cosas maravillosas. Trazar el destino de este mundo a nuestro antojo...

—¡No! —Le grito a la voz, avanzando a trompicones por el bosque.

Si no apoyas mis deseos, ¿por qué aún no me has entregado a Nyx? Sabes que ella podría destruirme. Sellarme donde nadie vuelva a oír mi voz...

—Te necesito —admito entre dientes apretados, con los pies descalzos hundiéndose en el agua helada del lago, buscándola para aclarar mis pensamientos.

Y yo te necesito a ti, dice la voz, riendo. Podemos ser aliados. Destruiré a tus enemigos y te daré el poder para vengar a tus hermanas. Puedo librarte de esos sentimientos de odio que te atan a ese lobo, Everett...

La imagen de Everett entra en mis pensamientos. Su pelo rubio plateado, sus ojos azules cristalinos y su porte imponente rebosan fuerza. Recuerdo el odio en su mirada, la promesa de que nunca me amaré.

Aprieto las manos y trato de alejar esos pensamientos de mi mente. Sé que el poder de este dios es peligroso y que me volverá loco. Pero también sé que lo necesito para acabar con Sabine.

—Basta —digo a la voz del Dios Durmiente, llena de furia pero también de determinación—. Utilizaré tu poder para vengarme y vengar a mis hermanas, pero no permitiré que me utilices. Conozco tus deseos y no pienso ser un instrumento para conseguirlos.

Por un instante, la voz dentro de mi cabeza se calla. Pero la siento, presente en el borde de mi conciencia, lista para atacar al menor signo de debilidad. Intento mantener la calma.

Compuesta e inhalando un suspiro para permanecer serena y controlar mi acelerado pulso, sostengo la brújula y la observo. No soy una bruja cualquiera, sino Gwen Adler, la que logra, la que atrae y la que *destruye*. Esta brújula no me corromperá porque yo no se lo permitiré. Mantendré el control.

—Haremos las cosas a mi manera o no las haremos. Pero tú no me dirigirás —le digo a la brújula.

Con paso decidido, vuelvo a la tienda y me meto en el saco de dormir. A medida que avanza la noche, sé que debo decidir. No puedo dejar que la reliquia me consuma, pero tampoco puedo permitir que Sabine siga gobernando impunemente. Debo equilibrar estos dos deseos para vengarme sin perderme durante la venganza.

Horas más tarde, caigo en un sueño intranquilo, con la mente llena de pensamientos sobre Everett y el poder de la reliquia. Sé que el camino por delante será difícil, pero estoy decidida a seguir adelante. No descansaré hasta haber impuesto mi venganza, pero debo evitar que el Dios Durmiente me controle.

CAPÍTULO 18: UN DIOS TRAICIONERO



EVERETT

La lluvia cae a cántaros sobre Londres. Es un día gris, de cielos monótonos y calles empapadas en las que la gente camina deprisa, intentando llegar a destinos que no consigo descifrar. Sus miradas vacías y sus vidas vacías me son indiferentes.

Estoy delante de una gran pantalla que decora Oxford Street. Hay muchas más repartidas por el centro de la ciudad, y en cada una de ellas se está emitiendo la misma noticia. Una entrevista en la que se ve la cara regordeta de un presentador de informativos, acompañado de una rubia mucho más joven, que ríe de forma falsa y tonta.

Delante de los presentadores hay un hombre, vestido con un traje gris oscuro, barba blanca peinada y ojos astutos, que sonríe con amabilidad, aunque la hostilidad es evidente en las comisuras de sus ojos. Han declarado a este hombre "salvador de la ciudad", si no del mundo. Pero la gente no sabe con qué facilidad les ha engañado.

Por encima de la capucha de mi chaqueta, puedo sentir las estruendosas gotas de lluvia que, sumadas al chapoteo general de los que me rodean, crean un eco uniforme que silencia las conversaciones pasajeras. Pero ese sonido, lleno de susurros, de ida y vuelta, no aplasta la relajante conversación entre el presentador y su invitado.

En la pantalla, el Dr. Taylor y los presentadores de las noticias charlan como si Taylor fuera el hombre del año. Hablan de su supuesta cura para el Elixir, la droga que convirtió a cientos, si no miles de personas, en Ghouls. Pero yo sé la verdad. El Dr. Taylor fue el creador de la droga, no su salvador.

Mis manos se cierran en puños mientras veo la entrevista. —Estamos aquí con el Dr. Taylor, que ha revolucionado el mundo creando la cura para el Elixir. Dr. Taylor, cuéntenos cómo lo ha conseguido.

El Dr. Taylor se aclara la garganta antes de hablar. Parece medir sus palabras. —Solo hice lo que cualquiera habría hecho en mi situación. Esta droga nos estaba arrebatando a miles de personas, afectando a la población de una forma nunca vista, y alguien tenía que hacer algo, así que mi equipo y yo trabajamos sin descanso en la investigación y el desarrollo de la cura, sabiendo que no pararíamos hasta obtener resultados.

—Mientes —murmuro entre dientes, cerrando las manos en puños y escuchando a Taylor soltar mentiras.

A mi alrededor, la multitud se agolpa. Ahora mismo, el doctor es una celebridad. Ha salvado Londres, por así decirlo, o eso cree todo el mundo. Lo tratan como si fuera un dios, pero en mi experiencia, los dioses pueden ser traicioneros, vengativos y malvados.

El presentador asiente con entusiasmo, sus ojos brillan de emoción mientras prosigue con la entrevista, que probablemente haya sido la cumbre de su carrera.

—Sí, es usted un verdadero humanitario. ¿Qué planes tiene para el futuro? ¿Hay algún otro reto médico que le gustaría abordar?

¿La aniquilación de todos los Niños del Crepúsculo? Pienso para mis adentros. Ese podría ser su próximo objetivo. O tal vez la esclavitud humana.

—Bueno, siempre hay más retos en el campo de la medicina, pero por ahora, mi objetivo principal es garantizar que la cura para el Elixir sea accesible para todos los que la necesiten. — El doctor afirma con una sonrisa que pretende ser amistosa, pero preveo otros planes ocultos entre sus palabras.

Verle hizo que el odio creciera en mi interior. Mi lobo, enloquecido de rabia contra el hombre que había secuestrado y experimentado con mi hermana, se moría de ganas de despedazar aquella cara de sonrisas falsas bien elaboradas.

El presentador asintió, pero el Dr. Taylor parecía pensar en otra cosa. Su expresión era de distanciamiento.

—Por supuesto, eso es muy importante. Dr. Taylor, gracias por acompañarnos hoy y por todo su increíble trabajo. Estamos deseando seguir sus logros en el futuro.

Con eso, la entrevista terminó, y el Dr. Taylor se levantó para abandonar el estudio, escapando del presentador y del equipo de producción a toda prisa, como era inusual, pero, por supuesto, eso no lo entenderían. No podían ver al monstruo que se había sentado frente a ellos.

Pero le entiendo, y pienso darle caza. Uno a uno, acabaré con los que han acabado con la vida de mi hermana.

A toda prisa, atravieso Londres. Los policías vigilan las concurridas calles y la zona, y estoy seguro de que tienen una foto o una descripción mía desde que el doctor informó a las autoridades de nuestras descripciones: Adam, Ivy, Gwen, Nyx, Evander, la mía y la de otros. Cualquiera que sea enemigo de sus planes ya no es bienvenido en Londres, la capital encubierta de los cazadores.

Pero he tenido que colarme en la ciudad en la zona principal de la ciudad. Es el único lugar donde huir, ya que el doctor no erradicó a todos los ghouls. Todavía existen, y sospecho que el doctor Taylor los utiliza para mantener a raya a la población, controlando las salidas y entradas a la zona principal de la ciudad a través de puestos vigilados que le mantienen informado de todo lo que le interesa.

Pensando que debería salir de la ciudad para poder planear mi próximo movimiento, me muevo, esquivando a la multitud, intentando pasar desapercibido, hasta que siento algo. Algo que me eriza la piel y hace gruñir al lobo que llevo dentro por la tensión.

Hay algo extraño en el rostro del hombre que tengo delante, uno de los policías privados que

vigilan la ciudad en busca de necrófagos y que viste el uniforme de la farmacia del doctor Taylor. Algo en su expresión me hace saber que me reconoce, y esa es la razón por la que mi lobo se ha puesto alerta.

—Mierda —exclamo en voz baja, sabiendo que tengo que moverme a toda prisa para salir de aquí.

Mi corazón late con fuerza mientras intento determinar la mejor ruta de escape, pero las calles están demasiado abarrotadas y hay muy pocos escondites potenciales. No puedo esquivar al hombre, que ahora camina hacia mí con sus compañeros sin llamar su atención, así que no me queda más remedio. Y me doy cuenta, sin pensarlo dos veces, de que debo huir.

Mis pasos se apresuran, convencido de que mis perseguidores no se detendrán hasta atraparme. Y sé que llevan armas especiales fabricadas por los cazadores, aunque ellos no lo saben. Armas que están hechas para frustrar un ataque de engendros, pero que bien podrían funcionar con un Niño del Crepúsculo.

—¡Eh, esperad! —dice un hombre, y mientras grita, otros se unen.

Mientras corro, oigo las voces de los policías detrás de mí y sé que me persiguen. Mi mente trabaja rápido mientras busco un lugar donde esconderme, veo un callejón cerca y decido correr hacia él.

El callejón está lleno de basura y escombros, e intento esquivarlos mientras sigo corriendo, con los pensamientos llenos de tensión.

A medida que sus pasos se acercan más y más, sé que tengo que actuar rápido si quiero escapar.

—¡Eh, tú! ¡Detente! —vuelve a gritar el policía.

En ese momento, uno de ellos me alcanza y, sin tiempo para reaccionar, me agarra del brazo, intentando detenerme.

Pero soy un luchador experimentado, y un lobo, así que me libero rápidamente de su agarre. Sorprendido, el policía me lanza puñetazos, pero los esquivo con facilidad. Se va cansando a medida que le propino golpes precisos y potentes, hasta que el hombre cae al suelo, aturdido, lo que me permite huir antes de que los demás me alcancen.

A toda prisa, desesperado por no dejar que me atrapen y sintiendo que el corazón me late a mil por hora, empiezo a correr hasta que veo la señal de salida al final del callejón.

—¡Detenedle! —grita un hombre, pero cada vez se alejan más.

Acelero, sintiendo el impulso del lobo de correr dentro de mí hasta llegar a la salida del callejón. A toda prisa, cruzo la calle, empujando a los peatones sin pararme a observar a nadie ni pedir disculpas, mientras intento esconderme.

Al otro lado de la calle y entre los escombros de un edificio abandonado hay un montón de cajas que algún vagabundo utiliza como refugio por las noches, cuando llueve o nieva. El olor es terrible, pero sin dudarlo me meto dentro, sintiendo que el corazón me late con fuerza en los oídos e intentando mantener la calma. Inspiro y cierro los ojos, intentando controlar mi respiración, mi pecho subiendo y bajando, hasta que oigo a los policías corriendo calle abajo.

hasta que sus pasos pasan por delante de mí. No me han visto, así que por el momento estoy a salvo.

Así pasa el tiempo. Primero un minuto y luego dos, hasta que mi corazón ralentiza su ritmo; las calles vuelven a la normalidad y el mundo retoma su monótona rutina mientras yo intento pensar.

El problema es que no puedo hacerlo. Cada vez que cierro los ojos, la presencia de Gwen se reproduce detrás de mis párpados, tan clara que siento que casi puedo tocarla u olerla.

En mi interior, mi lobo lamenta la ausencia de su compañera predestinada. La llama en el silencio entre gemidos lastimeros, pero me niego a estar con ella.

—Ni en un millón de años —susurro molesto.

El obstáculo es que Gwen, más allá de cualquier otra cosa, puede ser útil. Es una bruja poderosa, una bruja que, como Nyx, puede abrir portales, y puede que sea la única persona que pueda ayudarme.

Sabiendo que tengo pocas opciones, salgo de mi refugio y empiezo a caminar por Piggott's Lane, pasando entre la gente y ocultando mi pelo claro, que me delata, en la capucha de mi chaqueta, mientras intento pensar.

De todas las personas, Gwen es la última a la que quiero pedir ayuda, pero ahora mismo me doy cuenta de que no tengo muchas opciones. Al menos, no si quiero llegar hasta Sorin.

Decido que lo mejor que puedo hacer es buscar a la bruja, mientras me escabullo por un callejón lateral, que linda con unos pequeños grandes almacenes abandonados, y desde allí me arrastro por las callejuelas hasta una tubería que los Hijos del Crepúsculo utilizaban para entrar y salir de la ciudad.

El olor es espantoso y, en cuanto me dejo caer en medio de la oscuridad, un hombre alto y fornido me detiene.

—Para —grita, con su aliento caliente y fétido pegado a mi cara.

—Me llamo Everett, y soy un lobo metamorfo. Un lobo solitario —aclaro.

El hombre me olfatea. Sé que es uno de los míos porque huele a lobo, pero, al igual que yo, debe de ser un lobo solitario o pertenecer a una pequeña manada de forajidos.

Está vigilando el túnel contra atacantes o peligros para los Niños de la Noche. Tras confirmar, por mi olor, que soy un lobo, el hombre me suelta y me permite continuar mi camino.

Me apresuro a alejarme de él, sabiendo que me queda un largo camino por recorrer. Anoche soñé con Gwen. Estaba en una especie de riachuelo, discutiendo con alguien. No sé por qué, pero estaba en el bosque acampando en mitad de la noche, pero hoy se ha trasladado a las afueras de la ciudad, y a esa pequeña librería de segunda mano que tenía en el barrio bohemio.

—Voy a por ti —le digo a la bruja entre pensamientos extraviados, con un gruñido atascado en la garganta.

La idea complace a mi lobo, pero no dejo que se regocije demasiado en los hechos. Camino durante horas, siguiendo los senderos en ruinas que los Niños del Crepúsculo han creado para

entrar y salir de la ciudad para mantenerse a salvo, e ignorando lo obvio: las personas olvidadas, heridas o rotas a las que el Dr. Taylor obligó a hacer su vida dentro de las tuberías y túneles de un Londres corrupto y sucio.

Cuando llego a mi destino, han pasado horas, pero aún no ha caído la noche.

—Espera. Voy a comprobar la zona —afirma el guardia del túnel, que huele a brujo, mientras sale a inspeccionar la calle.

Espero con paciencia, sabiendo que no pueden arriesgarse a dejarme salir si hay engendros en la zona, porque podrían colarse por las tuberías y todos correríamos peligro. Pero esto no llega a suceder, gracias a Dios.

—Eres libre de irte. Pero ve con cuidado, lobo. Esta es una zona peligrosa. Asiento, sabiendo que no miente, y salgo de las tuberías.

En cuanto lo hago, me recibe una ráfaga de aire frío. Me cubro el cuerpo con la ropa, maldiciendo mi suerte porque empieza a llover, y cruzo la calle a toda prisa.

Está claro que otras personas han pasado por aquí, ya que sus huellas marcan las calles abandonadas. Pero no son buenos augurios. Hay partes de lo que una vez debió ser un coche desperdigadas por el lugar, con trozos de ropa desvencijada, mierda y huesos humanos blanqueados expuestos a la intemperie durante demasiado tiempo.

Decido no mirarlos, ignorar que ya no tienen ni el tuétano de los huesos, o que por el tamaño algunos son de niños, y camino deprisa, al trote, hasta que veo la pequeña y destruida librería.

En cuanto atravieso el porche, sé que Gwen está aquí. Lo siento dentro de mí, en el latido de mi lobo, cuyo pulso late al ritmo del suyo, y noto cómo un escalofrío me recorre la piel.

—En algún momento tendrás que dejarla marchar —le digo al lobo, mientras camino entre las estanterías desparramadas y destrozadas, llenas de libros rotos, cuyas páginas se entremezclan unas con otras—. Porque no pienso estar con ella. Ni en un millón de años. Ni aunque mi vida dependiera de ello...

El lobo suelta un gruñido que retumba en mi pecho. No está satisfecho con mi decisión, pero no voy a cambiar de opinión.

Subo los escalones de dos en dos, me apresuro a llegar al pequeño apartamento del segundo piso, abro la puerta a toda prisa y me encuentro con algo inesperado.

A diferencia de lo que esperaba, o de lo que recuerdo, la habitación ya no está destrozada, sino que tiene el mismo aspecto que la primera vez que la vi, con la alfombra turca extendida entre el sofá para dos personas, el otro sofá más pequeño y la estantería con volúmenes de la colección de Gwen. La lavanda y la miel cargan el aire, el aroma flota a mi alrededor, y supongo que es de algún tipo de infusión.

—Odio decirlo, pero sabía que ibas a aparecer por aquí en algún momento —dice Gwen en cuanto me ve llegar, saliendo del pasillo que conduce a su habitación y haciendo que mi corazón lata más deprisa sin que pueda evitarlo.

Por un momento me quedo mirándola, contemplando sus ojos, grandes y verde oliva, que

permanecen fijos en los míos. El pelo de Gwen, negro como la noche, le llega hasta la barbilla, a juego con el flequillo que le cae sobre los ojos y le enmarca la cara. Lleva ese jersey verde esmeralda que tanto le gusta, el mismo que le hace parecer una niña. Aunque sé que no lo es. Unas mallas negras cubren sus esbeltas piernas y, a diferencia de mí, va descalza.

—No te hagas ilusiones... —Digo, dando un paso hacia la habitación, mientras los labios de Gwen dibujan una sonrisa prepotente y llena de sarcasmo.

—¿Contigo? Nunca me haré ilusiones. —Deja el libro que sostiene en el sillón.

Con un gruñido entre los dientes, avanzo hacia ella y me da la espalda, dirigiéndose a la pequeña cocina pintada de amarillo limón. —Bien. Porque sé que puedes sentirlo. Sabes muy bien por qué estoy aquí —declaro.

—Sí. Y no necesito una conexión mágica contigo para saberlo. Destilas odio y sed de venganza por todos los poros de tu piel. —Sirve té en dos tazas.

Harto de su actitud engreída, avanzo y la cojo del brazo, haciendo que se gire para mirarme.

—Sabes bien lo que deseo —declaro, cuando los ojos de Gwen se encuentran con los míos. Por un instante percibo su miedo, pero en un abrir y cerrar de ojos desaparece.

—Lo sé bien —dice entre dientes apretados—. Deseas venganza.

—Deseo encontrar a Sorin. —Suelto mi agarre sobre ella.

—Y según tú, ¿qué tiene que ver eso conmigo? —Cruza los brazos bajo el pecho.

Sin dejarla replantearse la situación, la acorralo entre mi cuerpo y la pared, provocando que sus labios suelten un gemido de sorpresa.

—Tú, brujita, vas a ser la que me ayude a encontrarlo —declaro—. Vas a encontrar a ese hijo de puta por mí. Planeo vengar la muerte de mi hermana y asesinarlo.

CAPÍTULO 19: EL ALFA DE LOS LOBOS



ADAM

Entre mis dedos corre la arena de la playa que baja por la colina de Polzeath, en Cornualles, donde Nyx ha establecido el recinto protector que acoge a todos los refugiados y Niños del Crepúsculo, e incluso humanos, que se han aliado contra el Dr. Taylor y sus cazadores, o, que han huido para buscar de aquellos que pudieran enfrentarse a la fuerza unida que forman los cazadores, brujas y ghouls.

Este lugar es quizá uno de los pocos sitios del país donde aún se respira cierta paz. Cuando la brisa salada flota, el olor del mar impregna el ambiente, trayendo consigo el ritmo de las olas y las gaviotas, y es fácil olvidar todo lo malo que ocurre en el mundo. Pero nos encontramos aislados porque un tirano transformó y destruyó nuestra ciudad a lo largo de los años, solo para reconstruirla a su antojo.

Pero aquí, el mundo no parece haber cambiado. Al menos, no demasiado. La playa es preciosa, y el lugar salvaje al pie de una colina, rodeado de árboles donde el paisaje cambia constantemente, parece un espejismo.

Pero, lo que en el pasado fue una playa para turistas, y más tarde se convirtió en el refugio de los Hijos del Crepúsculo, ahora es un cementerio. Debido a las guerras y a todas las muertes, Nyx debe decidir incinerar a los muertos, siendo que, a lo largo de los años, sus cenizas han ido a parar al océano y a la arena, como si los espíritus de los que han partido se hubieran quedado entre las olas, contemplando las idas y venidas del mar.

Todo mi mundo ha cambiado, pero el mundo de todos lo ha hecho. El Dr. Taylor se ha asegurado de que así sea. Pero debemos seguir adelante, un día a la vez y momento a momento.

—¿Adam? —dice detrás de mí una voz que conozco demasiado bien. De connotaciones melodiosas y tranquilas, y mis manos, antes cerradas en puños, se aflojan mientras me concentro en recuperar la compostura.

Al girarme, veo a Ivy avanzando por la arena hacia mí. Ivy lleva su largo pelo rojo cobrizo suelto, dejando que la brisa marina juegue con él. Camina descalza, abrazada a sí misma con brazos menudos y una expresión de preocupación pintada en sus ojos, grandes y claros.

—¿Estás bien? —pregunta, viniendo directamente hacia mí.

No, quiero decírselo, pero fuerzo una sonrisa en mis labios. —Lo estaré pronto.

Me mira y frunce el ceño. Sabe que le estoy contando una mentira piadosa, ya que puede sentirlo

a través de nuestro vínculo, pero evita echarme en cara la verdad. En lugar de eso, me rodea con los brazos y me deja que hunda la cara en su pelo perfumado mientras ella se esconde en mi pecho.

La siento respirar, sabiendo que en su interior su mente se arremolina como un torbellino. Las voces del Dios Durmiente ya la han abandonado, pero sigue oyendo sus llamadas durante sus pesadillas nocturnas.

Desde que regresamos, Ivy no parece ser la misma. Está cansada y llena de temores, con fuertes dolores de cabeza, y a veces incluso perdida en sus pensamientos, como si una parte de ella estuviera ausente del mundo. Ante mi inseguridad y ansiedad por la situación, Nyx me confesó que los poderes del dios son demasiado peligrosos para que cualquiera pueda hacer uso de ellos, y mucho menos una niña medio humana como Ivy.

Al sentir la presión de su cuerpo contra el mío, la estrecho contra mí, sabiendo lo cerca que he estado de perderla. Nyx dice que para acabar con todo esto necesita suprimir el poder del dios, pero claro, antes tiene que recuperar la brújula que contiene ese poder. La misma brújula que Gwen no devolvió, llevándosela con ella hace semanas, y no se la había visto desde entonces.

—¿Adam? —me llama Ivy de nuevo, obligándome a girarme y mirarla—. Deja eso de ser un dios... —Vuelve a seguir mi hilo de pensamiento.

—¡Sabes que no puedo hacer eso! —Tomo su cara entre mis manos y con ternura beso sus labios salados. El sabor del océano en sus labios me hace gemir.

Siente la piel fría al tacto, pero no es por el viento ni por la estación. Desde que volvimos y perdió el control del dios, la piel de Ivy ha estado por debajo de su temperatura corporal típica, y tiene un aspecto más pálido de lo habitual, con grandes ojeras.

Me dedica una sonrisa reconciliadora, intentando en vano calmarme. —De todos modos, tendrás que parar, al menos por hoy. Venía a decirte que todo está listo para que comparezcas ante el Alto Consejo. —Se aparta y me mira a los ojos.

—Vale —susurro, besando sus labios por última vez y cogiendo su mano entre las mías mientras nos alejamos del apacible mar.

El Alto Consejo que nos ha gobernado a todos se ha deteriorado con los años, aunque Nyx, su actual líder, lo ha dirigido muy bien. Ella se ha encargado de reunir a los miembros presentes para juzgar mi petición de convertirme en alfa de las manadas y ocupar mi lugar como representante de los lobos entre los miembros del consejo.

La sesión, que hace años se celebraba en la gran sala subterránea donde una vez Ivy desencadenó una terrible batalla contra Sorin, las hadas la celebran ahora en un recinto especial que Nyx ha construido para la ocasión. Se trata de una gran sala ovalada con techos de cristal que se abren al cielo y que se alza en el centro de la Ciudad del Crepúsculo, que es como Nyx ha bautizado el recinto protector que ha creado bajo su cúpula de sombras.

La mano de Ivy aprieta la mía cuando entramos en el edificio. Me dedica una sonrisa de disculpa y afecto y se aparta de mí, sabiendo que debo enfrentarme solo al Alto Consejo. Junto con tantos otros que están aquí para presenciar el juicio, Ivy toma asiento entre las gradas, esperando a que aparezca el Alto Consejo.

Afortunadamente, no tardan en aparecer. En el pasado, el Alto Consejo estaba formado por los representantes más fuertes de cada una de las razas, pero con el tiempo, eso también ha cambiado. Las brujas son ahora aliadas de los cazadores, mientras que los humanos se han enterado de nuestra existencia, o al menos parte de ellos, y los brujos han desaparecido del mapa, así como las hadas, decidiendo cada uno tomar su propio bando.

Como resultado, la unidad fusionada desapareció, dejando tras de sí un Alto Consejo, del que forman parte los líderes de las razas que han permanecido.

Nyx, por supuesto, lidera el consejo en nombre de las hadas, o al menos de las pocas que han escapado de Diantha, o que han permanecido fieles a Nyx, la Princesa de las Sombras. Adriana, la pequeña pero eterna vampiresa, sigue siendo la líder de los vampiros. Su expresión es tan apagada como siempre al subir al estrado, luciendo la larga melena rubia que tan bien la caracteriza y que enmarca su rostro de rasgos infantiles y eternos.

Mientras tanto, sin un alfa para ocupar el puesto, Evander toma el lugar de los lobos para ocupar ese rango porque Evander es un beta pero nunca ha querido estar al mando. Sin embargo, tras la muerte de Robert Fudge, no había nadie más capaz que él para liderar las manadas.

Una adición intrigante es una silla humana, que se ha unido al consejo. Aquí, Amara, una joven humana, representa a los humanos. Tiene un aspecto fuerte y decidido, la piel morena, los ojos verdes y el pelo negro recogido en una coleta.

Amara fue bióloga especializada en comportamiento animal en el pasado, lo que le permitió detectar patrones específicos en la droga Elixir. Tras algunas investigaciones, se dio cuenta de que estaba asociado a una enfermedad que afecta al funcionamiento del cerebro. Por lo que tengo entendido, creó un estudio que permitiría devolver la consciencia a los transformados, pero, antes de que pudiera probar si esto era posible o no, el Dr. Taylor y su equipo de investigación secuestraron a Amara. Sin embargo, miembros de los Hijos del Crepúsculo la rescataron más tarde y la llevaron a Nyx para que fuera protegida por la Ciudad Cúpula.

Ahora continúan sus investigaciones sobre lo que se supone que será un gran avance que nos permitirá volver a los transformados. Pero aún estamos muy lejos, que yo sepa.

Se sienta en una de las sillas vacías del consejo y me observa con ojos firmes y analíticos. La mujer, de no más de treinta años, parece amable, pero posee una mirada inteligente que te atraviesa y te hace sentir que puede descubrir el funcionamiento de cada átomo de tu cuerpo.

—Bueno, ahora que estamos todos presentes, creo que podemos dar por iniciada la reunión —afirma Nyx, mientras el resto de los miembros del consejo asienten.

—Creo que es obvio por qué estamos todos reunidos aquí hoy —dice Evander mientras me mira, y luego a Nyx—. Hemos venido con la idea de que Adam ocupe el lugar que le corresponde como alfa de los Clanes Lobo.

—Es mi derecho de nacimiento —argumento, mientras doy un paso al frente—. Mi padre fue el líder de este consejo y alfa de los Clanes Lobo, y antes que él, también lo fue mi abuelo. Es mi deber para con las manadas protegerlas y guiarlas a través del turbulento camino al que nos enfrentamos durante esta guerra. —Me mantengo erguido, con la mandíbula firme y la mirada seria.

—Pero, en el pasado, no fuiste capaz de hacerlo —afirma una voz que surge de las gradas y me obliga a girarme para ver quién habla.

Es entonces cuando mis ojos se encuentran con Max, el sobrino de Fudge, que tal vez esperaba poder ser el próximo alfa, aunque por ahora le niegan el derecho.

Max, de piel morena y ojos rasgados, me mira con cierto odio dibujado en sus ojos oscuros. —Sé bien que no soy el único que recuerda que nos abandonaste a todos y que, durante casi un año, dejaste el peso de la manada al cuidado de otros.

—Nunca tuve intención de hacerlo —profeso, mirando a Max—. Pero solo cumplía con mi deber.

—¿Y qué deber es ese, si se puede saber? —pregunta arqueando una ceja—. ¿Qué deber aleja a un alfa de su manada?

—El deber de intentar salvar el mundo, tal vez —proclamo, sintiendo que hay algo frívolo en su voz que me inquieta.

Max, al igual que muchos otros, estalló en carcajadas. —Vaya, pareces un engreído. Aunque siempre pensé que lo eras —dice.

—No se trata de ser engreído. El Dr. Taylor y la reina Diantha amenazaban no solo a las manadas o al territorio londinense, sino al mundo entero. Detenerlos era imperativo. Si no lo hubiéramos hecho, las manadas no habrían tenido ningún lugar al que pertenecer o en el que estar a salvo.

—Si esa era tu misión, has fracasado —anuncia Max—. Porque el Dr. Taylor tomó el control de Londres y ahora manipula el mundo a su antojo.

—Tal vez, pero la reina de las hadas está aislada en su mundo tras una batalla en la que casi muere —afirmo—. Puede que no haya puesto de mi parte para detener al doctor, pero hice todo lo que pude para proteger a los míos, y siempre lo haré.

Por un momento, Max me mira con veneno en los ojos. La ira que arde en su rostro es evidente cuando salta de las gradas y avanza hacia mí.

—No te aceptaré como líder a menos que me derrotes en un combate sangriento —declara.

—Bien —le digo con indiferencia, encogiéndome de hombros.

Un combate de sangre es un combate en el que dos lobos luchan por el papel de alfa. La lucha no termina, ni se decreta un vencedor hasta que uno de los dos lobos sangra.

Si Max gana, tendré que ceder una vez más al mando de los lobos, pero si lo hago, demostraré que soy el mejor para liderarnos.

—¿Es ese vuestro deseo, entonces? —Nyx nos pregunta—. ¿Decidir el liderazgo de los lobos a través del combate? —Tanto Max como yo asentimos.

—Déjalos —dice entonces Adriana, suspirando—. Los lobos siempre han sido criaturas luchadoras. Lo arreglan todo a puñetazos y mordiscos... pero bueno, esa es su naturaleza, así que déjales luchar.

Nyx frunce las cejas por un momento, pero pronto se da cuenta de que no puede hacer nada al respecto.

—Bien. Entonces será como ellos digan —afirma—. Pueden decidir quién se queda con el título de alfa a través de su lucha.

—¡No! —grita Ivy desde las gradas, pero Max la ignora.

—Acabemos con esto de una vez —declara.

Abandona el edificio, buscando el bosque, ya que no se permiten peleas de ningún tipo en el recinto. Va en contra de las leyes del Alto Consejo. Mis ojos se encuentran con los de Ivy, llenos de miedo, pero decido que es algo que debo hacer, así que sigo a Max, sabiendo que toda la multitud, incluidos los miembros del consejo, vendrán tras nosotros para conocer el resultado de la pelea.

Max me lleva a un claro del bosque. Sé que es un lobo fuerte y astuto, pero estoy decidido a ganar.

Lo miro mientras se quita la camisa y se cambia de ropa, revelando el enorme lobo color chocolate en el que se transforma. Desde que éramos pequeños, Max y yo nos conocemos, y aunque nunca nos hemos llevado bien, tampoco nos he considerado rivales. Pero eso ha cambiado. Aquí y ahora, mi liderazgo depende de demostrar que soy el lobo más poderoso.

Sin esperar, me muevo, dejando que la naturaleza del lobo se apodere de mis sentidos, que ahora están agudizados. Mis ojos solo tienen un segundo para enfocar a Max antes de que él, con un gruñido, se lance directamente hacia mí.

La pelea comienza sin esperarlo, entre movimientos bruscos, cargados de tensión y ferocidad. Max y yo nos miramos fijamente. Nuestras miradas se cruzan y ambos sabemos que solo uno de los dos saldrá victorioso; sus fauces se abren para atacarme y, con un gruñido, arremete contra mí, dispuesto a destrozarme en cuanto su mordisco me alcance.

Pero yo soy más rápido, y una parte de mí puede leer en sus movimientos, así que lo esquivo, sabiendo que busca dominarme mordiéndome la nuca y haciéndome sangrar. En lugar de eso, le doy una fuerte patada en el estómago y arremeto contra él, pensando que podré atraparlo, aunque Max se mueve con precisión, esquivando por poco mis dientes y mordiendo el aire.

Nos lanzamos el uno contra el otro, nuestros cuerpos chocan con fuerza, entre retumbos que suenan como truenos, y nuestros dientes buscan hundirse en la piel del otro para chorrear la sangre del enemigo, aunque esto no llega a suceder.

Se abalanza sobre mí una y otra vez, empujando mi cuerpo contra los árboles, tratando de acorralarme. Golpeo un tronco con las costillas y el impacto me deja sin aliento, pero antes de que Max pueda morderme, me muevo, esquivando sus dientes y dejando que mis zarpas atrapen una de sus patas traseras, derribándolo.

Se levanta de rebote, se pone en pie y suelta un gruñido mientras se abalanza sobre mí y ambos rodamos por el suelo. Siento cuando su peso cae sobre el mío y, con las patas delanteras, lo empujo mientras sus dientes abren sus afilados colmillos, buscando desgarrarme el hocico.

La pelea se hace eterna, pero no me rindo. Un solo golpe bastaría para que uno de los dos ganara,

y Max lo sabe, así que carga contra mí una vez más, lanzándome tierra a los ojos con una de sus patas para cegarme mientras intenta roerme.

Por un momento, la desesperación se apodera de mí. Max cae sobre mí y me aprisiona. Sus dientes están tan cerca de mi yugular que casi puedo sentir su aliento destrozándome la piel y haciendo que brote la sangre.

Forcejeo, sabiendo que, si llega el caso, Max habrá ganado el combate, pero, con un esfuerzo sobrehumano, me libero de su agarre retorciendo el torso y clavándole las garras en el cuello, obligando a Max a aullar de dolor y a caer al suelo, mientras el sabor de su sangre, espesa y salada, inunda mis sentidos.

Un rugido sale de mis mandíbulas y mis hermanos, muchos de los cuales han cambiado de forma, se unen a mi canto mientras Max vuelve a su forma humana.

—¡No, no puedes serlo! ¡No puedes ser el alfa! —grita Max, presa de la ira y la frustración.

Ivy corre hacia mí. Me rodea el cuello con los brazos y se arrodilla en el suelo mientras me abraza. —¡Lobo idiota, no vuelvas a hacer algo así! ¿Me oyes? —Sonrío mientras me regaña.

Con cuidado de no mancharla de sangre, le doy un suave lametón en el brazo para tranquilizarla, y oigo su corazón latir a mil por hora.

Max me mira, lleno de ira, de odio, pero su sangre ha tocado el suelo antes que la mía. Según la ley de los lobos, ha perdido con dignidad y debe aceptarme como alfa.

—Bueno, eso ha sido interesante. —Adriana mira divertida a Nyx—. ¿Qué me dices? —pregunta a la líder del consejo.

Por un momento, Nyx me mira con sus ojos oscuros, como intentando determinar qué piensa al respecto. Pero, parece armarse de valor. —Yo digo que Adam ha cumplido con su deber. Ha ganado la lucha con justicia. A partir de ahora, lo reconoceremos como alfa de los Clanes Lobo y representante oficial de los lobos ante el Gran Consejo.

Sus palabras me llenan el pecho de orgullo y hacen que el aullido de los lobos se eleve por encima del sonido del mar y más allá del canto de las olas.

CAPÍTULO 2o: CASI, PERO NO DEL TODO UNA
HIJA



ALEKSANDRA

—Entonces... —Digo con voz uniforme, aunque no hay necesidad de hacerlo ya que el hombre que tengo delante puede sentir la tensión flotando en el aire. El sudor resbala por su rostro mientras su mirada permanece tensa y fija en un punto lejano; puedo ver cómo se le acelera el pulso en el cuello. Sabe que no debe darme malas noticias—. ¿Lo que intentas decirme es que él, un solo lobo, se ha escapado de todos vosotros en nuestro propio territorio?

Mis cejas se alzan y entrecierro los ojos mientras lo miro con odio. El hombre que tengo delante pertenece al escuadrón especializado de la policía, uno de los que Taylor se ha encargado de formar con un entrenamiento similar al de los cazadores. Entre ellos, solo los de más alto rango conocen la verdad: que existen ciertas criaturas, seres malditos cuyas vidas se mezclan con las humanas. Deben rastrear a esos elementos por todo Londres, neutralizarlos y traérmolos para que podamos mantener la ciudad a salvo, pura de toda esa basura cuyas identidades se mezclan con la de los humanos.

—Lo-lo siento, señorita Aleksandra... —dice El Vigilante, que es como llamamos a la guardia especial de élite que entrena a los cazadores para formar parte del cuerpo de policía de la ciudad—. Hicimos lo que pudimos... —El hombre traga saliva con fuerza, tratando de excusarse.

—Bueno, no fue suficiente. —Coloco las manos en las caderas y le fulmino con la mirada.

El Observador permanece en silencio, lleno de tensión, y por un momento puedo oír su respiración acelerada en medio de la habitación, por lo demás silenciosa.

Decido olvidarme de él, al menos mientras intento pensar cómo contarle a Taylor las noticias no tan agradables que hemos conocido. Que los Hijos del Crepúsculo siguen teniendo acceso a la ciudad a través de túneles que no hemos logrado identificar.

Con una respiración lenta y acompasada, concentro mis sentidos en la tarea que tengo entre manos. La sangre mancha mi dedo y mis palmas, sangre caliente que late dentro de un cuerpo aún vivo.

La criatura que tengo ante mí es hermosa, o al menos lo habría sido si fuera humana. Una muchacha, de no más de quince o dieciséis años, con el pelo rubio rojizo y la piel de porcelana, cuyos ojos tienen grandes ojeras y las mejillas hundidas en el rostro, en un estado evidente que revela inanición. El dulce olor de su piel, así como su cuerpo esculpido, es una trampa, ya que su especie conquista a los humanos a través de su apariencia para alimentarse de ellos más tarde.

La criatura, una vampiresa, convertida hace unos cinco años por lo que he podido saber, permanece dormida gracias a un suero especial, mucho más fuerte que la anestesia utilizada en humanos, que mantiene su cuerpo en reposo; su corazón sigue latiendo a un ritmo lento pero constante, aunque es un misterio cuánto tiempo más lo hará.

Deslizo la mano por la abertura que he hecho en su pecho y me olvido de la sensación viscosa de sus entrañas. Mis dedos se mueven con facilidad entre músculos y órganos mientras extraigo muestras de su cuerpo. Muestras de sangre, tejido, trozos de músculo e incluso partes vitales del cuerpo, como el corazón y los pulmones, se regeneran ante mis ojos a una velocidad increíble, aunque, debido a la anestesia, se recuperan mucho más despacio de lo que deberían.

Tardo minutos, puede que incluso una hora, en terminar mi tarea, pero no me doy cuenta del tiempo ya que me concentro en todo lo que hago sin preocuparme del resto del entorno. En cuanto mis manos abandonan el cuerpo, la herida cicatriza por sí sola, reponiendo los tejidos con asombrosa rapidez y sin dejar rastro siquiera de una cicatriz.

Pronto volverá a estar intacta. Aunque odiamos a los de su especie, los mantenemos bien alimentados y nutridos y en condiciones óptimas para nuestros experimentos, así que cuando terminamos, conecto una vía intravenosa con sangre fresca a las venas de la niña para nutrir su sistema. La sangre humana es un alimento que ella desea y necesita para sobrevivir.

Suelta un suave suspiro. Sus labios se abren en una lenta inhalación, pero sus ojos permanecen cerrados. Su piel recobra su color, aunque aún parece demacrada. —Ya puede llevar a la sujeto de pruebas 20-36 a su celda —ordeno a mi ayudante en el quirófano mientras desliza la camilla por el suelo para llevarla al complejo que hemos reservado para especímenes como ella.

Una vez que se van, me quito los guantes y me limpio las manos con cuidado, utilizando productos químicos preparados para la ocasión. La sangre de los vampiros, así como la de los cambiaformas, es peligrosa para nosotros los humanos, ya que siempre existe la posibilidad de que entre en contacto con nuestro sistema sanguíneo, provocando mutaciones irreversibles que nos convertirían en monstruos de la misma especie.

Si eso ocurriera, me suicidaría antes de aceptar ser uno de ellos.

Tras lavarme las manos con tenacidad, asegurándome de que ninguna impureza queda impresa en mi piel, etiqueto y guardo los frascos. El Vigilante sigue a mi espalda, temblando de miedo e intentando estar callado como un ratón, pues sabe que no le conviene molestarme. Pero, por supuesto, eso no le impide temblar como una hoja, incapaz de controlar su ansiedad.

—Entonces... Sr. Preston —digo, mi habla es lenta, etiqueto cada vial y observo cómo los tejidos se han recuperado e incluso reformado. Las células de estos organismos son extraordinarias. Permanecen vivas durante periodos de gran longevidad e incluso se regeneran hasta completarse bajo ciertos estados de prueba, lo que nos permite replicar órganos enteros sin tener que prescindir de nuestros preciados sujetos de prueba. Basta con extraer un trozo de corazón y someterlo a las condiciones adecuadas, y se reconstruirá, formando un nuevo corazón perfecto que podremos utilizar para nuestros experimentos.

Al girarme, veo al Vigilante, cuyos ojos intentan evitar los míos. Es joven, pero yo también, ya que acabo de empezar mi vida con veintitantos años. El problema es que, a diferencia de mí, sus veintipocos le hacen estúpido e inexperto, mientras que mi edad no afecta a mi rendimiento en lo

que respecta a mi profesión.

Cruzándome de brazos, observo, divertida el sufrimiento de sus ojos: —¿Qué crees que deberíamos hacer con este error tuyo? —Le miro fijamente, levantando una ceja.

—Yo... —dice, pasándose la lengua por los labios resecos. Intentando mantener la calma, se recupera lo mejor que puede antes de continuar—. Permittedme que localice a estos individuos. Ordenaré a un equipo de caza que se adentre en los callejones de Londres y atravesie las cañerías. No pararemos hasta localizar los túneles que están utilizando para entrar y salir de la ciudad.

—¿Sabes cuántas entradas tienen repartidas por Londres que conectan con el sistema de tuberías? —pregunto con voz moderada, paseándome por la habitación mientras dejo la bata de laboratorio colgada en un rincón. Mi pelo, castaño oscuro, cae sobre mis hombros y baja hasta mis caderas en cuanto lo suelto de la coleta—. Al menos unos cientos de miles, teniendo en cuenta las conexiones con los túneles antiguos y ferroviarios, las entradas a las criptas y las ciudades ocultas... Llevaría toda una vida rastrear los caminos que podrían estar utilizando. Y eso sin tener en cuenta que lo más probable es que rotaran en medio de ese laberinto para asegurarse de que no los detectáramos, claro.

—Pero me vendría bien un equipo de rastreo...

—Creo que tus habilidades encajan mejor con una misión de limpieza —le digo al vigilante, sin poder evitar que una sonrisa se dibuje en mis labios—. Por ahora, quizá lo mejor sea enviarte a la Zona C para que hagas limpieza del lugar, ¿no crees?

Zona C, conocida como la periferia de Londres. Desde que tomamos el poder, hemos dividido la ciudad en tres zonas diferentes. La Zona A o Londres Central, contiene la mayor fuerza de seguridad y protección. Aquí es donde se encuentra la mayor parte de la población humana porque la protegemos de los ataques de los Ghouls.

La Zona B es la zona de transporte donde vive la población más pobre de la ciudad. No dispone de tantos recursos como la Zona A y, por tanto, la protección es menor, por lo que tiene ataques esporádicos, aunque somos rápidos en contenerlos ya que no es conveniente que los enfermos y dañados estén muy cerca de nuestra zona protegida.

En cuanto a la Zona C... Bueno, esta es la zona abandonada de la ciudad. Los límites de Londres, donde los ghouls se dispersan en secreto, para que puedan vagar libres y a sus anchas, permitiéndoles mantenerse bien alimentados y creando un muro protector en la ciudad que mantiene a los enemigos, como los Hijos del Crepúsculo, alejados de nosotros. Los cazadores controlan esta zona tanto como los cuidadores de los zoológicos controlan a los animales que yacen encerrados en sus jaulas, pero nunca olvidan que estas criaturas son tan salvajes e indómitas como las bestias de la selva y el bosque.

Mis palabras hacen temblar de miedo al vigilante. —Señorita, por favor... No me haga esto... —susurra, sabiendo que le he encargado una misión suicida. Cuando alguien nos falla, lo enviamos a la Zona C a hacer una misión de limpieza o algo similar, sabiendo que no durará mucho ahí fuera. La gente rara vez sobrevive más de una semana antes de ser convertida o devorada.

—Por ahora, creo que es la mejor opción. Cuando vuelvas, podemos hablar de reasignarte a otro

destacamento. Eso es todo —le digo, suspirando de aburrimiento mientras me alejo.

El hombre intenta seguirme, suplicarme, pero los guardias armados que patrullan el recinto se lo impiden.

Mis pasos se pierden, amortiguando sus gritos y súplicas, resonando por los pasillos desiertos hasta que llego a una zona de alta seguridad con varios controles de seguridad.

Al final de los pasillos fortificados hay un gran despacho blanco, pulcro e impecable, en el que se sienta un solo hombre, el Dr. Joseph Taylor, líder de los cazadores.

Está sentado frente a una red de televisores de alta gama que contienen imágenes precisas de toda la ciudad. El territorio vigilado es vasto y contiene información sobre los tres sectores de Londres y otros lugares de interés para los cazadores.

—Maldita sea —dice el Dr. Taylor en cuanto me oye entrar.

Me acerco, sabiendo que existe cierta confianza entre él y yo. Tras la marcha de Ivy hace años, me convertí en la persona más cercana al doctor, aunque no puedo decir que me vea o me trate como a una hija o a un familiar. Sin embargo, se ha encargado de formarme como su sucesora.

—¿Qué pasa? —le pregunto sin alterar el tono.

Señala un grupo de cámaras destinadas a vigilar puntos concretos fuera de la ciudad, portales que se encuentran en zonas tácitamente vigiladas.

—Esa zorra lo ha conseguido —declara Taylor, frotándose los dedos sobre su barba recortada—. Ha sellado todas las entradas y salidas de su reino.

Entiendo que el doctor se refiere a su vieja aliada, Diantha, la reina de las hadas, que hace semanas selló los caminos a su dimensión tras sufrir un golpe que casi la destruye.

La información no es exacta, ya que Taylor no tiene contacto directo con la reina, ni siquiera con su pareja o cualquiera de sus invitados dentro de la corte. A su regreso del mundo de las hadas, el doctor Taylor informó a un selecto grupo de cazadores, entre los que me encontraba, de que Ivy Taylor, su propia hija, había atacado a la reina junto con sus aliados, el grupo de los Hijos del Crepúsculo.

Durante este tiempo, Ivy ha cambiado. Se ha transformado en una de las criaturas más peligrosas y poderosas de la Tierra, algo que consternó y aterrorizó a alguien que antes la consideraba una hija. Puede que no tuviera forma de saberlo, pero Ivy se ha transformado en un monstruo mortal. Uno que merece ser erradicado.

Desde el ataque, la reina Diantha ha permanecido encerrada en su dimensión. Exilió a todos los que no pertenecían a su raza y puso fin a sus tratados con el Dr. Taylor, conteniendo en su reino partes indispensables de nuestra investigación, así como experimentos útiles a los que ahora no tenemos forma de acceder.

Durante todos estos años, el Dr. Taylor había tenido cuidado de no caer presa de la diferencia espacio-temporal que separa nuestros mundos. Las horas del mundo de las hadas en nuestra tierra se convierten en años. Se cronometraba para volver siempre, para hacer que la organización de los cazadores avanzara según nuestros designios y planes.

Pero ahora, el hada reina ha estafado parte de esos planes.

—No es sorprendente. Era previsible que lo hiciera. Tú mismo lo dijiste. Ha sufrido un golpe del que le será difícil recuperarse.

—¡Eso no le da derecho a dejarme sin mi investigación! —declara Taylor, lleno de ira y golpeando el respaldo de la silla.

Se levanta y empieza a pasear por la habitación.

Por dentro, culpo a esa maldita Ivy de todo esto, pero claro, es algo que no puedo decir, o al menos, no delante de él. —Puede que vuelva, señor. Una vez que se recupere de sus heridas...

—En nuestro mundo podrían pasar siglos para eso. —Taylor se sirve un vaso de licor, que bebe de un solo sorbo—. ¡Siglos! Ivy casi la ha aniquilado. —Sacude la cabeza con incredulidad.

—No entiendo cómo ha podido hacer eso —le digo, odiando a Ivy, mi mejor amiga del pasado, pero también impresionada por sus dotes.

—Aparentemente, Diane no me contó todo sobre su linaje. Me ocultó secretos peligrosos. ¡Esa maldita perra me estaba usando todo el tiempo!

Contengo una mueca, incapaz de decir que, en efecto, no podemos esperar otra cosa de esas criaturas. —¿Qué desea que hagamos, señor?

—Tenemos que encontrar a Ivy —promete el Dr. Taylor—. Usar su poder es la única forma de abrir un portal para que podamos volver a entrar en el plano de las hadas y recuperar lo que es nuestro.

—Pero protegen a Ivy dentro del recinto de los Niños del Crepúsculo... —Sé que la pequeña traidora no saldrá de la seguridad de su santuario a menos que sea vital o ponga en peligro su vida.

—Tal vez. Pero Ivy sigue siendo leal a sus amigos. Y no todos están dentro del recinto... —Taylor deja de caminar y se vuelve hacia mí con una sonrisa malvada en la comisura de los labios.

Se acerca de nuevo a las cámaras y me muestra las imágenes de la persecución de hoy por Londres, que es la razón por la que envió al jefe de vigilantes a ese trabajo de misión suicida.

Observando las cámaras, me fijo entonces en un rostro familiar. En cuanto la imagen se detiene el tiempo suficiente para analizarla, me doy cuenta de que el tipo, de no más de veinte años, que ha estado huyendo de nuestros servicios de protección, no es otro que uno de los amigos de Ivy. El menor de los hermanos Ajax. Everett.

—Mierda —murmuro en voz baja.

—Puede que haya escapado —afirma el Dr. Taylor, mirando la imagen congelada—. Pero no habrá llegado muy lejos. Se mueve solo por la ciudad, aunque desconozco la causa. Pero, de haber salido de la Zona A, se habría trasladado a la Zona B o a la Zona C en cuestión de horas antes de poder salir del recinto vigilado.

—La Zona B no ha dado informes de incidentes de ningún tipo hoy —le digo—. Y en cuanto al

perímetro vigilado que limita con la Zona C, en las afueras de Londres, no han informado de nuevos sucesos.

—Debe permanecer dentro de la ciudad. Ha venido aquí por un motivo concreto y no se irá hasta que lo consiga. —El médico se frota la barbilla pensativo.

—¿Estima, entonces, que está en la Zona C? —Pregunto, y el Dr. Taylor asiente.

—Eso es lo más probable. Debe estar en algún tipo de refugio...

—Una bruja —digo, recordando algo en el fondo de mi mente—. Una amiga suya es una bruja que tenía una tienda de libros usados en esa zona.

—¡Búsquenlo ahí! —ordena el doctor.

—Enseguida, señor. —Asiento, afirmando que he recibido la orden, sabiendo que es nuestra mejor oportunidad de atrapar a uno de los amigos de Ivy.

—Lleva contigo un equipo de cazadores expertos. A quien necesites, pero es imprescindible que no los dejes escapar, ¿entendido?

—Por supuesto, señor. —A continuación, envío una orden a través de mi teléfono para actualizar mi equipo que vamos a salir de inmediato.

El médico asiente, dándome la espalda y concentrándose en sus cámaras. —No me falles, Aleksandra. —Su voz suena neutra, pero me lo tomo como una orden, ya que conozco al doctor lo suficiente como para tomármelo en serio.

—No lo haré, señor —prometo, saliendo de la habitación y armando un plan en mi cabeza.

Sé por experiencia que no compensa decepcionar al médico, pero también que yo rara vez lo hago.

En este juego del gato y el ratón, yo soy el cazador, y siempre conseguiré mi presa. Si Ivy se ha convertido en una fuerza imparable de la naturaleza, capaz de hacer daño a las criaturas más poderosas que existen, entonces seré yo quien le recuerde que tiene puntos débiles: sus amigos, a los que no me importará destruir uno a uno, hasta llegar a ella.

Es un reencuentro que anhelo con impaciencia, aunque no por el calor de nuestra amistad... no lo hay.

CAPÍTULO 21: GRITO DE GUERRA



GWEN

El cuerpo de Everett se cierra a mi alrededor, ocupando el espacio que se condensa entre su calor y la pared, que me deja prisionera. Prisionera de su cuerpo, firme e inamovible como una roca, de su olor -caliente y denso- y de su mirada, abrasiva y destructora, que amenaza con romperme.

Coloca un brazo sobre mi cabeza y apoya la frente en él. Everett se inclina sobre mí, con los ojos fijos en los míos y la respiración entrecortada.

Y cuando miro a Everett, de pie, con la espalda apoyada en la fría y dura pared, intento mantener la compostura mientras sus ojos azules como el hielo se clavan en los míos. Y siento que se me acelera el pulso. Odio cómo me hace sentir y cómo hace que me estremezca de deseo y lo odie al mismo tiempo.

Está tan cerca que siento su cálido aliento en mi piel. El corazón me late con fuerza mientras lucho contra los sentimientos encontrados que me invaden.

Le odio, le odio con todas mis fuerzas. He luchado contra esta conexión desde el momento en que supe que existía y más cuando juré odiarme para siempre. Pero ahora, cara a cara con Everett, no puedo hacer otra cosa que desear acercarme a él. Mis impulsos conducen los latidos de mi corazón hacia él, deseando que mi cuerpo y el suyo se encuentren y nuestros latidos se sincronicen. Pero, una parte mucho más consciente de mí, más decidida y feroz, clama por alejarlo y declararle la guerra.

Hay dos personalidades que yacen latentes dentro de mí, y siento que ninguna de las dos puede ganar esta batalla. Es frustrante y confuso, y maldigo el día en que lo conocí mientras mi cuerpo sigue librando una guerra que no puedo ganar.

—Al final, vas a darme lo que quiero —declara Everett con voz lenta y ronca mientras deja que el hielo y el fuego de su mirada me consuman.

—¿Por qué estás tan seguro de eso? —pregunto, intentando mantener la calma mientras noto el delator temblor en mi voz que revela la fuerza que posee sobre mis terminaciones nerviosas.

Quiero gritarle que se aleje, que deje de tocarme, pero permanezco en silencio, atrapada en su mirada hipnotizadora. El olor de su colonia me obliga a recordar momentos pasados que quisiera olvidar, pero no puedo.

Su mano acaricia mi mejilla a un ritmo lento que permite que las yemas de sus dedos delineen

los contornos de mi cara, haciendo que el ritmo de mi respiración se acelere. Y a pesar de todo lo que siento, no puedo evitar cerrar los ojos y disfrutar de su tacto por un momento. Es tan fácil olvidar el pasado cuando él está cerca, haciéndome sentir tan viva.

—Vas a hacerlo, Gwen, independientemente de cualquier otra cosa. Colaborarás conmigo porque me lo debes —afirma, con un tono lleno de hielo.

Mis ojos, cerrados por su tacto, se abren de golpe al recordar todo lo que ha hecho, cómo me ha herido y cómo seguimos rechazándonos. Y con toda la fuerza que poseo, lo empujo lejos de mí, intentando recuperar el sentido mientras lo miro con odio a través de unos ojos llenos de lujuria.

—No me toques, Everett. No te atrevas a hacerlo. —Mi voz tiembla mientras lanzo la amenaza.

Sin poder evitarlo, me muevo por la cocina, intentando alejarme de él. Me tiemblan las manos y siento que el corazón me late desbocado mientras me retumba en los oídos.

Pero no se atiene a mis deseos. Aunque no me sigue, sus ojos sí lo hacen, y siento que me queman la espalda. Y la intensidad de esa mirada me inquieta. La fuerza con la que puede influirme, incluso con toda mi resistencia para impedirlo, me consume.

Se ríe, su mirada llena de arrogancia. —No volverás a huir, ¿verdad?

—Fuiste tú quien huyó —le recuerdo, dejando las tazas sobre la encimera porque mis manos no dejan de temblar.

—¡Huí porque no podía soportar mirarte a la cara ni un segundo más! No después de lo que me hiciste... a mi hermana y a mi familia.

Sus sentimientos laten dentro de mí mientras se acerca. Y sé lo que quiere decir. Se refiere a Sadie y a su muerte, pero también a cómo le engañé con la verdad obligándole a ignorar nuestro vínculo predestinado.

—Odias a las brujas —le grito, intentando sostenerle la mirada—. Y odio la idea del vínculo. ¿Qué esperabas que hiciera? ¿Deseas que te vincule conmigo? —Me pongo en pie, entrecerrando los ojos, con los puños en las caderas.

—¡Esa no es la cuestión! —Golpea el mostrador con el puño—. ¡Era mi decisión, y tú me la quitaste!

La rabia en su mirada, así como su comportamiento, es clara para mí. Se contiene tanto como yo para no explotar.

—También es mi decisión —declaro—. ¡Mía! Puedo elegir no formar parte de ti. Maldita sea, ¡los lobos siempre son así! Regidos por el instinto primitivo de fortalecer la manada, atándose de por vida a una persona, ¡sin elección!

—Si eso es lo que piensas de los míos, no entiendes nada. No te das cuenta de lo importante que es esto. Y sí, tienes razón. Puede que deseara una persona mejor con la que vincularme, en lugar de una bruja asquerosa culpable de la muerte de mi hermana. Pero aún así era mi derecho, ¡y tú me lo quitaste!

Sintiendo que la ira me recorre, le grito en la cara: —¡Te he salvado la vida! Dos veces. Y odio

las consecuencias de mis decisiones que causaron la muerte de tu hermana, ¡pero no podía dejarte morir!

—¡Ella era todo para mí! —Everett ladra—. ¡Todo... y tú me la quitaste!

—¡Bueno, si eso es lo que piensas, lo lamento! —Siento la garganta en carne viva de tanto gritarle. Me arden los ojos y me tiemblan las manos, incapaces de contener todas las emociones que me embargan—. ¡Maldita sea, debería haberte dejado morir!

—¡Sí, tal vez deberías haberlo hecho! —Avanza con furia hasta que estamos cara a cara—. ¡De esa forma, me habría ido, junto con nuestro asqueroso vínculo!

El odio en su mirada, en sus palabras, es inconfundible. Lo siento palpar en mi interior, pero también percibo en el fondo, oculto entre la ira y el dolor rugientes, el amor que siente por mí. Sentimientos que no puede controlar, aunque luche contra ellos con todas sus fuerzas.

No puedo evitar desearlo también, pero me odio por herirle con mis palabras.

—¡Maldita mierda! —Grito, estallando, sintiendo la magia brotar de mis dedos, incapaz de ser contenida mientras los recipientes de cristal a mi alrededor se hacen añicos entre explosiones—. ¡Que se joda todo!

Con ganas de destrozarlo todo a mi paso, marchó hacia el salón, pero Everett me sigue de cerca.

—¡Esta vez, haremos las cosas a mi manera! —Por detrás, me agarra del brazo y me hace girar—. Me ayudarás a volver a ese puto reino y encontrar a Sorin Crius. Pagarás por la muerte de Sadie.

—¡Y una mierda! —Digo, soltándome de su agarre—. No voy a llevarte a una puta misión suicida.

—Lo harás —me ordena.

—No, no lo haré. Tengo cosas propias que hacer, como encontrar a mis hermanas. Debo liberar a las brujas esclavizadas por la reina. —Mi pecho se agita mientras lo miro fijamente.

—¿Eso es todo? —Con las manos apretadas a los lados y las fosas nasales encendidas, me mira con desprecio—. ¡Una vez más antepones tus necesidades a las mías!

—¡Pongo a los que aún están vivos antes que a los muertos! —Grito de frustración—. La venganza no te traerá la paz. No te devolveré a Sadie. Ir al reino de las hadas solo conseguirá que el maldito Sorin nos encarcele y nos ponga a merced de la reina.

—No dejaré que eso ocurra —declara Everett con los dientes apretados, los puños apretados a los lados.

—No hay forma de evitarlo —argumento—. Porque estarás en su terreno, jugando con sus reglas. Y te destruirán sin pestañear.

—Está bien —dice Everett con la mandíbula tensa—. Pero al menos habré muerto intentando vengar a mi hermana.

—¡Habrás muerto por una tontería! —Mi cuerpo se llena de ira y frustración por no poder

negociar con él.

Con una brusquedad que nos sobresalta, las ventanas, incluso las puertas, estallan, pero no a causa de mi magia, sino de un grupo de cazadores. Entran en la habitación a toda prisa y nos apuntan con sus armas.

—¡Mierda! —Tan metidos en nuestra pelea, no nos dimos cuenta de que ya no estábamos solos, y el peligro había entrado en la habitación y en nuestra vida.

Los músculos de Everett se tensan, mientras mi corazón palpita con fuerza al notar que una chica vestida toda de negro avanza hacia nosotros con paso seguro, mirada audaz y rostro atractivo, observándonos con una sonrisa llena de picardía en sus gruesos labios.

—Es un placer volver a vernos —declara, mirando a Everett. Yo la miro confuso, sin saber qué hacer.

Everett frunce el ceño un momento, asociando la información y atando cabos mientras asimilo sus pensamientos. —Aleksandra —anuncia con sorna.

—Me alegra ver que no te has olvidado de mí. —Aleksandra le sonríe con mala intención.

Tiene una pistola en las manos, que no duda en apuntarnos. Nos estudia un momento, complacida, y luego dispara.

—¡Cuidado! —brama Everett, cogiéndome en brazos y corriendo a toda prisa.

El problema es que no hay adónde huir. Los cazadores están en el pasillo que lleva a mi habitación, en la cocina y en el salón.

—¡Ve a la cocina! —Le grito.

Acelera sin soltarme y yo levanto las manos en mitad del discurso. Llueven disparos por toda la escena mientras los cazadores se acercan, siguiendo nuestros pasos y acorralándonos con cada nuevo movimiento.

Sé que no tenemos tiempo para pensar, ni siquiera para actuar. Hay demasiados cazadores, y todos ellos poseen armas cuya tecnología ha sido alterada en nuestro tiempo de ausencia para frustrar las habilidades de los Hijos del Crepúsculo. No sé hasta qué punto han evolucionado sus sistemas, pero confío en que la magia sigue siendo demasiado impredecible como para que puedan dominarla. No pueden anticipar la magia y los hechizos ni cómo se utilizan.

Siguiendo una corazonada, creo un hechizo protector a nuestro alrededor que desvía las balas justo antes de que nos alcancen. El efecto es inmediato, y veo cómo vuelan al alcanzar al más cercano y descuidado de los cazadores mientras los demás se abalanzan sobre nosotros.

—¡Tienes que abrirnos paso por la ventana de la cocina! —Everett asiente y me suelta.

Mientras él se defiende de los cazadores que tengo detrás con la fuerza de sus puños, yo desvío mi atención hacia los que tenemos delante, que son al menos veinte. Corren hacia mí, pero yo poseo defensas que ellos no tienen: la ventaja de estar en mi casa.

—Bien, esto va a ser interesante —murmuro.

Agachándome apresuradamente, apoyo las palmas de las manos contra el suelo y bajo la moqueta, palpando el polvo y las irregularidades de la madera. Inspiro un suspiro y dejo fluir mi magia mientras el mundo a mi alrededor se revoluciona a chorros.

Con una sola palabra, la magia abandona mi cuerpo, la madera cruje y el suelo tiembla y se desmorona como la arena. —¡Cuidado! —Oigo gritar a los cazadores, que intentan trepar por los sofás para mantener el equilibrio.

—Veamos si les gusta esto... —Los veo caer mientras el suelo cede y toda la estructura se derrumba.

Las sacudidas hacen temblar la cocina, pero Everett ha luchado contra los cazadores. Le rompe una taza en la cabeza a un cazador, que cae inconsciente, me agarra de la mano, me lleva en volandas y luego salta por la ventana.

Contengo la respiración, aferrada a su cuello, e intento olvidar la terrible sensación de vértigo mientras el lobo cae desde más de dos pisos de altura, aterrizando como el aire en el suelo, y huye con urgencia.

—¡No escaparéis! —grita la voz de Aleksandra desde detrás de nosotros, emergiendo de entre los escombros.

Apunta a Everett con la pistola y siento cómo gruñe cuando la bala le atraviesa el cuerpo. Su dolor se convierte en el mío, pero el lobo no se detiene.

En lugar de eso, Everett se desplaza y, conmigo a la espalda, echa a correr a toda velocidad, alejándose de los escombros de lo que una vez fue mi hogar, dejando atrás a un grupo de cazadores enterrados entre los escombros, con el único grito de Aleksandra resonando en la distancia, declarando la guerra.

CAPÍTULO 22: UN PASADO BORROSO



GWEN

Everett continúa, sabiendo que los cazadores les persiguen, y acelera el paso, corriendo a través de la ciudad y por campos llenos de huesos, escombros y agujeros mientras su olfato nos protege de la aproximación de los engendros.

Con las manos cerradas en puños, me aferro a su pelaje con todas las fuerzas que poseo e intento que mi ritmo cardíaco vuelva a bajar. ¿Cómo demonios nos han alcanzado los cazadores? Es obvio que nos han estado siguiendo, o que nos tienen en el punto de mira ya que, sin duda, ha sido una emboscada. Lo que no puedo entender es el motivo del ataque.

Siguiendo la línea de pensamiento de Everett, le observo mientras dobla una esquina y se detiene. Ha corrido un buen número de kilómetros para alejarse lo más posible de mi casa, pero es solo cuestión de tiempo que nuestros enemigos, persiguiéndonos en coche, nos encuentren, listos para la guerra.

A toda prisa, salto de su espalda y corro entre las cajas y la basura amontonada en el callejón, encontrando lo que Everett buscaba por sí mismo: un respiradero de alcantarilla que conecta con las tuberías de la ciudad, utilizadas por los Niños de la Noche para transportarse a un lugar seguro, sin ser detectados.

Sin dudarlo, empujo con esfuerzo la tapa de la alcantarilla, asomándome a la oscuridad del túnel, e intento no vomitar por el fuerte y repugnante aroma. —Tú primero —le digo a Everett, sabiendo que en este instante soy más fuerte que él.

Everett me observa, decidiendo si debe obedecer, y jadea con un hilillo de baba corriéndole por la cara, revelando que se siente agotado y dolorido.

—¡Vamos, no tenemos todo el día! —Le presiono hasta que me obedece.

Él salta a la tubería y yo le sigo, usando mi magia para cerrar el túnel una vez que estamos dentro, y mis dedos se iluminan, concediéndonos algún tipo de visibilidad en la húmeda oscuridad.

Con una de mis manos apoyada en el pelaje de Everett y el corazón latiéndome con fuerza, sigo caminando. —Vámonos.

Tengo que reunir fuerzas para no gritar, ya que la fuerza de mi magia ha enterrado y destruido todas mis cosas y mi hogar. La mochila que llevo conmigo, que tuve tiempo de coger antes de huir, así como la bolsa de viaje de Everett, son nuestras únicas pertenencias y la ayuda contra los

peligros que podemos encontrar.

El túnel, que parece no tener principio ni fin, se extiende ante nosotros. De niña aprendí, como todo el mundo, a recorrer estos caminos, pero mucho ha cambiado desde entonces, así que estoy desorientada. Sin embargo, me alejo lo suficiente de los caminos principales y me adentro en los túneles que nosotros, los Hijos de la Noche, hemos excavado y tapado a lo largo de los años para utilizarlos en casos como éste, casos de profunda necesidad.

Pero Everett parece débil. El dolor es inconfundible en su rostro, un sufrimiento que va más allá de nuestra conexión y me alcanza como una punzada agónica. Cuando se desploma, producto del agotamiento, mis sentidos ya están alerta y expectantes, así que atrapo su hocico entre mis manos antes de que caiga al suelo.

—Mierda, estás ardiendo de fiebre —le digo, al notar la elevada temperatura, incluso para un lobo, y la preocupación me consume.

Everett jadea, le cuesta respirar. Está claro que la bala de Aleksandra contenía algún tipo de veneno.

—Espera —le digo—. Tengo que sacarte esa cosa antes de seguir adelante.

Sé dónde está la bala porque su dolor es el mío, así que deslizo los dedos por el pelaje blanco como la nieve y bajo hasta su muslo trasero, donde encuentro la bala incrustada.

El problema es que la munición no es como las demás, ya que la diseñaron para atravesar la piel sin que se soltara. En cuanto mis dedos la rozan, descubro que tiene una especie de clip que se abre al impactar y se aloja en los tendones y los músculos.

—Tienes que estar bromeando... —Digo, molesto, tratando de mantener la calma, para que no se dé cuenta de lo molesto que estoy.

Mis ojos buscan los de Everett, pero su fiebre sube rápidamente y sé que le cuesta entenderme.

—Confía en mí. —Le miro fijamente, sabiendo que me odia, pero Everett no tiene elección. No esta vez porque, una vez más, su vida está en mis manos.

Deja caer la cabeza al suelo, sin decir ni transmitir nada, mientras yo inspiro profundamente y reúno fuerzas para hundir la mano en la herida caliente y palpitante. Un gruñido de dolor sale de su hocico mientras mis dedos recorren el músculo hasta encontrar la bala.

Entonces, sin mirarlo dos veces, tiro de él, arrancándole parte del músculo en el proceso, ya que la bala se incrusta en el tejido circundante. Everett gruñe y suelta un feroz aullido, enseñándome los dientes, dejándose llevar por el impulso y dispuesto a morderme.

—¡Lo siento, pero era necesario! —Le enseño el aparato y frunzo el ceño, esperando que entienda que no quería causarle tanto dolor.

Jadea más fuerte. La bala puede estar fuera, pero el veneno sigue activo, así que tengo que moverme con prisa.

Rebuscando entre mis cosas, encuentro un frasquito de desinfectante casero que tengo a mano para estos casos, así que me apresuro a echarlo en la herida, dejando que el olor a romero llegue

a mis fosas nasales. Everett aúlla pero aguanta el dolor palpable. Entonces, pienso en qué ingredientes podría contener el veneno, que debe ser genérico, ya que una toxina específica que dañe a los lobos no tendría sentido para un cazador si tuviera que enfrentarse a un grupo de Hijos del Crepúsculo.

—Debe contener acónito —susurro, recordando la lista de posibilidades que tengo en la cabeza.

Uno a uno saco los viales, mientras Everett se desmaya, incapaz, por la incomodidad, de aguantar mucho más. —¡Quédate conmigo, maldita sea!

Su pecho desnudo sube y baja con un ritmo errático; su piel está sudorosa, y mantiene la pierna a la altura de la herida, que es negra con venas oscuras que recorren su piel, revelando la ruta del veneno.

Ignorando el hecho de que está desnudo, pongo todos los ingredientes que creo que pueden ayudar en un tarro y lo mezclo y agito, observando a Everett con preocupación.

El problema es que mis suposiciones no son lo suficientemente buenas como para adivinar qué hay en el veneno, y podría fallar. Podría estar pasando por alto algún ingrediente letal que permanece activo en su sistema, de todos modos.

—¡Mierda! —jadea por el intenso dolor.

Y entonces, casi como si se encendiera una bombilla en mi cabeza, recuerdo un hecho vital: Everett y yo somos una pareja predestinada. Con su vida y la mía unidas, soy quizá la única persona en el mundo que puede curarle con el mero poder de mi presencia.

—Me vas a odiar por esto... —Declaro en un susurro, sabiendo que la decisión que tengo delante no será del agrado de ninguno de los dos.

Pero el ritmo cardíaco de Everett aumenta por segundos y sé que debo actuar con urgencia. Maldiciendo para mis adentros, me pincho la mano con un trozo de metal y dejo que mi sangre se vierta en el contenido del recipiente.

Luego, sin dudarlo, me lo meto en la boca, con cuidado de no tragármelo, y camino hacia Everett.

Antes de hacer nada, lo miro a él y al pelo plateado que se le pega a la frente por el sudor y a sus labios carnosos y entreabiertos. Aunque no fuera mi pareja, el cabrón me parecería atractivo, pero el hecho de que sea la persona a la que me encuentro destinada hace que su belleza sea aún mayor, lo que hace que me odie a mí misma y a él aún más.

A pesar de todo, me acerco a él, abriendo los labios y pensando una y otra vez. *Vamos, traga y no luches. Trágatelo y no te resistas...* Cierro los ojos, sintiendo la presión de sus labios calientes contra los míos, y su lengua, que primero se resiste al beso, pero luego lo devuelve con un fervor urgente.

Inspiro un fuerte suspiro, sintiéndole tragar el líquido. Después, alejo mis labios unos centímetros de su boca, con la respiración perdida, mi frente apretada contra la suya y mis manos ahuecando su cara. Mi respiración se acelera y me siento mareada. El mundo gira a una velocidad vertiginosa y luego todo se vuelve negro.

Ya no lo tengo delante, pero veo destellos de mi pasado. Destellos de mi infancia que siempre quise olvidar. El hambre, la violencia, el dolor. Las brujas me acogieron como a una de las suyas y me enseñaron a ser fuerte. No tenía madre, ni padre, ni familia, pero ellas se convirtieron en mis hermanas. Me acogieron y me dieron un nombre, un hogar y un significado.

Los veo frente a mí y sus rituales. Los cánticos en las noches de luna llena y la sangre que se derramaba contra la hoguera. Juramos ser siempre una. No hay vínculo más fuerte que el de nuestra hermandad. El mundo es cruel; nos ha abandonado, pero nos teníamos la una a la otra para sobrevivir.

—Basta —gimo, embargada por mis recuerdos y sin ganas de revivir las visiones. La oscura habitación donde vivía antes de encontrar a mis hermanas y el aquelarre llena mi mente. Y el hombre, sus pasos firmes con botas resonando contra el suelo mientras se acercaba en mi busca...

Años más tarde, mis hermanas del aquelarre me ayudaron a cazar al hombre cuando yo tenía unos doce años. Quemamos su casa y la vimos arder, y su voz chillona pidiendo clemencia se convirtió en un bálsamo curativo para las heridas de mi pasado.

La reina bruja, perteneciente al aquelarre del que una vez formé parte, había contemplado la escena conmigo. Me puso la mano en el hombro mientras cantaba: —Solo la magia nos une. La magia, que pertenece a tus hermanas y da sentido a tu vida. Ningún otro debe ser tu vínculo. A ningún otro vínculo, debes responder...

Gimiendo, me alejo de Everett, con el corazón acelerado y el estómago revuelto. Me alejo unos pasos, arrastrándome a toda prisa, y vomito en un rincón, sintiendo el amargo sabor de la bilis aferrándose a mi boca.

—¿Gwen? —me llama.

En cuanto me giro, me fijo en Everett, que ha abierto los ojos con la mirada fija en mí. La tensión es densa e intento sonreír a pesar de ella y limpiarme la boca con el dorso de la mano.

—Bien, te has despertado. Puedes añadir otra raya a tu pelaje, porque, maldita sea, acabo de salvarte la vida otra vez.

Pero Everett no responde. En lugar de eso, se incorpora y se pasa las manos sucias por el pelo hasta que se lo aparta de la frente y su mirada perdida parece vagar.

—Gwen, ¿quién era ese hombre? —pregunta.

—¿Qué hombre? —pregunto, intentando comprender sus palabras.

—El hombre que te tenía encerrada en el cuartito oscuro. —La mirada de Everett se encuentra con la mía, y sus ojos se abren de par en par.

Por un momento, siento un apretón helado dentro de mi estómago y, de nuevo, estoy a punto de vomitar. —¿Cómo... Cómo sabes de él? —pregunto entre titubeos, temblando por dentro.

—Porque lo he visto —me dice Everett con voz tranquila—. Lo he visto todo, Gwen. He visto tus recuerdos.

En mi interior, siento caer un peso de plomo, sabiendo que la magia siempre tiene un precio.

Pero su vida me ha pasado una factura que es un peso demasiado grande para soportar. La conciencia de que, a cambio de salvar a Everett, tengo que compartir con él lo único que siempre he intentado olvidar.

La razón por la que estoy tan unida a mis hermanas, y lo único que me hace odiar el vínculo de pareja con todas mis fuerzas.

Como su presencia es un recuerdo constante del pasado, intento, con todas mis fuerzas, olvidar.

CAPÍTULO 23: CONFÍA EN MÍ



EVERETT

Con un ruido sordo, la madera de la puerta cede mientras una nube de polvo se eleva en el aire viciado.

Gwen tose, se cubre la cara con las manos y pasa a mi lado, atravesando los escombros.

—Creo que esto servirá por ahora —le digo a la bruja.

Asiente con la cabeza y mira alrededor de la habitación, antaño confortable. La escena parece postapocalíptica, similar a ver una película de terror o de zombis. Un sofá blanco volcado en medio del suelo durante tanto tiempo que ahora lo cubre el polvo; las páginas de un periódico viejo esparcidas por el suelo, y un jarrón estrellado contra el suelo, con las ramas de flores secas esparcidas por la alfombra.

Después de asegurarme de que la puerta no se atasca, la cierro y entro en la habitación con Gwen mientras la ayudo a enderezar el sofá. Mira a su alrededor, abrazada a sí misma, evitando mi mirada.

Ha sellado su mente para mantenerme alejado de sus pensamientos, sentimientos y emociones, lo que me parece útil, ya que tampoco deseo saber lo que piensa. Por ahora, no quiero tratar con la bruja más de lo necesario.

—Iré a la cocina a ver si encuentro comida —me dice Gwen y marcha por el pasillo, dejando huellas en el polvo.

Camino en dirección contraria, inspeccionando el espacioso apartamento de tres habitaciones. Está claro que era el hogar de una familia: mamá, papá, una niña y un bebé de pocos meses. Hay dibujos y juguetes esparcidos por el suelo junto con la ropa, recreando el camino que debieron seguir los miembros de esta familia antes de huir.

Una parte de mí se pregunta si lo habrán conseguido. Mientras entro en la habitación principal y rebusco en el armario, con la esperanza de encontrar ropa que me quede bien, pienso en mi familia y en cómo nuestra historia no es muy diferente a la del resto de Londres. Los cazadores y los ghouls también nos atraparon a nosotros. Nuestra casa quemada, nuestra familia destrozada, sin posibilidad de escapar.

Durante mi búsqueda, he encontrado algo de ropa para llevar dentro de casa que nos será útil para nuestro viaje.

Al volver a la cocina, oigo el grito de victoria de Gwen tras abrir el grifo del agua. —Todavía funciona —dice con confianza, después de ver cómo un chorro de agua marrón deja paso tras varios minutos a agua limpia.

—Bien. Es una gran noticia —respondo, pensando en darme un baño y lavarme toda la suciedad que he acumulado tras pasar casi dos días en las cloacas.

Gwen asiente y cierra el grifo. —También dejaron varias latas de comida. Espero que te gusten las alubias y el jamón enlatado.

—No especialmente —respondo con poco ánimo, pero agradecida de saber que, de todos modos, tendremos algo que comer esta noche.

Gwen aparta la mirada y husmea en busca de un cucharón mientras yo la observo, cruzado de brazos. Desde nuestro incidente, cuando huimos de los cazadores y casi muero, apenas me ha dirigido la palabra. Aunque sospecho que no tiene nada que ver con lo que pasó, sino con lo que vi en sus recuerdos.

Las imágenes siguen presentes en mi cabeza. Una Gwen mucho más joven, quizá de cinco o siete años, encerrada en una pequeña habitación oscura con un catre en un rincón y una pequeña muñeca en las manos. La niña, que vestía harapos, saltó asustada y tembló en cuanto sonaron los pasos que anunciaban la llegada del hombre por las desvencijadas escaleras de madera.

Gwen deja la lata con un ruido sordo sobre la encimera. —No —dice con un tono peligroso en la voz y se vuelve para mirarme—. Te prohíbo que pienses en eso, Everett.

Me mira fijamente y sé que en sus ojos no hay locura, sino también dolor. Hago una mueca con los labios. —No puedo evitarlo —anuncio, y entro en la habitación—. Aún no me has explicado qué son esos recuerdos.

—No tengo por qué —responde Gwen con determinación, abriendo la lata con un cuchillo.

—Tal vez, pero sigo sin entender por qué puedo ver en tus recuerdos.

Suspira y deja la lata y el cuchillo a un lado. —Tú y yo estamos atados, maldita sea, y para salvarte tuve que usar mi sangre. La sangre contiene recuerdos, y mis recuerdos se colaron en tu memoria cuando estabas inconsciente y muy débil.

—¿Así que me hizo ver lo que te pasó y lo que hiciste? —pregunto.

—Si hubiera sabido que ibas a ver mis recuerdos, quizá habría evitado usar mi sangre para salvarte —añade Gwen con una sonrisa llena de sarcasmo y tensión. Una clara advertencia—. Pero no puedo retractarme de lo que hice, así que te pido por favor que dejes de pensar en ello.

Me da la espalda y sigue husmeando en las estanterías mientras suspiro.

—Bien —respondo, dándome la vuelta—. Voy a darme un baño.

—Sí, hazlo tú, por favor —añade en tono malhumorado—. Ya hueles bastante mal, junto con ese asqueroso hedor de las cañerías.

—Tú tampoco hueles a rosas —le digo, pero ella me ignora.

Decidiendo que, de todos modos, no tengo paciencia para aguantarla ahora mismo, vuelvo a meterme en la habitación y cierro la puerta tras de mí mientras enciendo la ducha, que suelta una mezcla de óxido y suciedad fangosa durante casi cinco minutos antes de que salga agua clara.

El agua está demasiado caliente porque las tuberías están estropeadas, pero no me importa. Dejo que el calor me queme la piel y me borra los terribles recuerdos.

Los de Gwen y los mías, todas, mientras intento olvidar y concentrarme en el presente.

El problema es que no puedo, porque incluso sin tener los recuerdos de Gwen fijos en mis pensamientos, ni mis propios demonios acechándome, no puedo evitar pensar en ella y en sus labios cuando me besó para hacerme tragar el antídoto.

Comprendo la razón por la que lo hizo. Comprendo que, de lo contrario, podría haber muerto, pero una parte de mí la odia porque estaba muy cerca; la otra parte, y esto es más difícil de admitir, no la odia sino que la desea.

Dentro de mí, puedo oír al lobo; puedo sentirlo pensando en ella, recordando el tacto de su cálida piel mientras su lengua se deslizaba por mi boca para bajar el remedio entre mis labios y mi garganta. —Basta —bramo entre gruñidos al lobo, pero me ignora.

Centra sus pensamientos en Gwen, en lo mucho que la anhela y en lo mucho que la desea. La idea de tenerla entre mis brazos es ahora constante y casi asfixiante. En los días que he tenido que pasar cerca de ella, incluso cuando ninguno de los dos ha intentado acercarse, la idea de sentir su piel contra la mía se ha vuelto tan tentadora que durante segundos he pensado que una parte de mí iba a ganar la batalla y ceder, pidiéndole a la bruja que se acercara, o simplemente tomando su cuerpo contra el mío en medio del impulso de besar sus labios una vez más.

—¡No! —digo molesto, golpeando los azulejos del baño y oyendo el crujido al romperse bajo la fuerza de mi puño.

Con rabia contenida, cierro el agua del grifo y salgo del baño, vistiéndome con la ropa que he cogido del armario. Los joggers negros y una sudadera granate me sientan casi del todo bien. El hombre que vivía en esta casa no era tan alto como yo, pero era más robusto, así que su ropa al menos no se me pegaba al cuerpo.

Pero cuando salgo al pasillo, la ligera tranquilidad que he ganado tras la ducha desaparece, enmascarada por el inconfundible olor a magia que se mezcla con algo más.

—Engendros —susurro mientras mi lobo gruñe dentro de mi pecho.

Sin pensarlo, me precipito por el pasillo y entro en el salón, donde encuentro a Gwen frente al sofá. Tiene en la mano el cuchillo que utilizaba para abrir las latas. Su cuerpo parece tenso, y su mirada se dirige a la entrada abierta del apartamento, donde un solo ghoul está de pie en la puerta olfateando el aire.

—No te muevas —me ordena Gwen.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —le susurro con desesperación, aunque me parece ridículo hablar así, ya que los ghouls tienen un oído tan sensible como cualquier lobo, así que pueden oírnos.

Extrañamente, la criatura no reacciona a nuestras palabras ni a nuestra presencia, y Gwen parece darse cuenta de ello. —Haz lo que te digo, Everett. Por una vez en tu maldita vida, haz lo que te digo sin quejarte.

Su tono tenso me indica que la situación es precaria y, por un instante, siento la tentación de desafiarla, pero no lo hago. Mi cuerpo permanece estático, listo para saltar y apartar a Gwen del camino del necrófago si fuera necesario, pero intentando mantener la calma.

Asiente como si me diera las gracias y espera mientras el ghoul sigue olfateando el aire.

La criatura da un paso hacia el interior del apartamento y se detiene en el umbral.

—¿Qué coño es eso? —le pregunto a Gwen, fijándome en las pequeñas líneas negras que recorren el suelo, creando un círculo alrededor de la alfombra que cubre la entrada. Antes no estaban ahí.

Pero Gwen no me responde. En cambio, avanza con pasos lentos y sin hacer el menor ruido hacia el ghoul.

Se gira para mirarla como si pudiera oírla, salvo que no centra su mirada en nada en particular. No mira a Gwen, ni me mira a mí.

El demonio da otro paso. Entra en el apartamento, cruzando el círculo.

Y entonces, de la nada, Gwen salta hacia él, cuchillo en mano, justo cuando la criatura centra su mirada y observa al ghoul antes de que pueda soltar un chillido de advertencia.

Sus movimientos son rápidos. Le clava el cuchillo en el pecho y la sangre, espesa y negra, brota a borbotones. Me precipito hacia ella, sin preocuparme de nada más, mientras detengo la garra con la que el ghoul planeaba atrapar a Gwen y le rompo los huesos, impidiendo que la toque.

—¡Solo aguanta un poco más! —me ordena Gwen.

Clava el cuchillo en el pecho del ghoul, desgarrando la piel ensangrentada y liberando un olor pútrido que hace presa en el aire. El ambiente se carga de tensión mientras el ghoul lucha, sus aullidos crean ecos que podrían romper ventanas si tuvieran cristal y no tablones de madera, mientras la criatura se debate entre mis brazos.

Con decisión, el ghoul cae al suelo, pero sé que debe haber más. Les oigo subir las escaleras del edificio mientras Gwen cae al suelo. —Tenemos que salir de aquí —le digo apresuradamente.

—No —dice ella—. ¡Espera un momento!

Gwen se empapa las manos en la sangre del ghoul y dibuja en el suelo. Delinea el círculo de tiza negra en la alfombra y luego dibuja algunas runas.

En cuanto termina, aparece en escena el primer ghoul. Estoy listo para saltar sobre él cuando veo que se acercan dos o tres más. Pero ninguno de ellos se abalanza sobre nosotros, sino que inspeccionan la entrada y luego huyen en otra dirección como si siguieran un sonido invisible.

Gwen entra corriendo en la habitación. Se apresura, con las manos llenas de sangre, y traza con los dedos los marcos de las ventanas mientras dibuja runas.

Durante varios minutos, la veo correr por la casa, repitiendo el mismo patrón. Gwen avanza hacia el demonio, se empapa las manos de sangre y corre hacia la cocina, atraviesa las habitaciones y recorre los pasillos hasta que se detiene.

La bruja tiene el pelo revuelto y manchas de sangre cubren su rostro cuando termina. A Gwen le falta la ropa y tiene los labios entreabiertos por el agitado ritmo de su respiración, pero el pasillo, y el mundo circundante, se han quedado en silencio.

—Dime de qué iba todo eso —le exijo a Gwen.

—Magia... —Señala al ghoul—. He usado la sangre del ghoul para mantenernos ocultos. Los demás pensarán que aquí no hay nada y seguirán el rastro de sangre hasta otro lugar —explica—. Mientras estemos dentro de este apartamento, estamos a salvo. Al menos, por ahora.

—¿Así que las runas y todo eso son para despistar a los necrófagos? —Pregunto, y Gwen asiente—. Podrías habérmelo explicado todo.

—Fue improvisado —añade encogiéndose de hombros, y luego me mira fijamente a los ojos—. Sé que me odias, Everett, y yo tampoco siento mucha simpatía por ti, pero necesito, aunque no quieras, que confíes en mí.

—Confío en ti —le digo a Gwen con reticencia, y ella asiente.

—Bien, porque para sobrevivir los próximos días, debemos trabajar en equipo, aunque lo odiamos.

—¿Eso significa que me ayudarás a encontrar a Sorin?

—No —me corta—. No soy idiota. Además, tengo mi misión, pero no niego que ese cabrón pueda atacarnos en algún momento. Que yo recuerde, todavía nos odia.

Me mira entonces, a la ropa manchada de sangre y a su propio aspecto, y contiene una mueca. —Siento que las cosas no vayan como tú quieres, pero es lo que hay. Si te sirve de consuelo, esto tampoco es lo que yo deseaba.

—No me sirve de nada —le grito.

—Bien. Entonces tendrás que encontrar tu propia comodidad. Voy a darme un baño. Necesito quitarme toda esta mierda de ghoul.

—Buena suerte con eso. —La despido, y mientras marcha por el pasillo, miro fijamente al necrófago de la alfombra—. Solo para aclarar, ¿vamos a dormir con esa cosa en medio de la sala de estar?

—Si no quieres alertar a todos los ghouls de la zona, sí, si no, puedes tirarlo por la ventana. —Gwen sonríe como un ángel odioso desde el fondo del pasillo.

Cierra la puerta de la habitación tras de sí mientras suelto un gruñido. —Estupendo —añado, desviando mi atención de los ojos rojos y moribundos del ghoul, y mientras me deslizo hacia la cocina, pensando en quitarme la ropa y volver a darme un baño, intento decidir si mi apetito volverá durante nuestro viaje, o si tendré que acostumbrarme a comer con repugnancia mientras dure la misión.

CAPÍTULO 24: EN MEDIO DE LA OSCURIDAD



GWEN

—¿E stás seguro de esto? —le pregunto a Everett con los brazos cruzados mientras le veo extender las sábanas sobre el desgastado sofá—. Hay dos buenas camas en esas habitaciones. Incluso la cuna del bebé parece más cómoda que esa cosa.

—No te preocupes. Estaré bien —me asegura mientras se estira en el sofá, y yo me contengo de reír al ver sus piernas colgando del extremo del gastado mueble.

Suspiro y me paso los dedos por el pelo. Después de darme una larga ducha caliente, vuelvo a estar limpia por primera vez en lo que parece una eternidad. La sensación es deliciosa e inquietante a la vez. Me obliga a recordar lo agotada que estoy.

—Es tu decisión... —Suelto una risita y me encojo de hombros—. Que conste que he sido amable y te he ofrecido una cama más grande.

Everett suspira y me ignora con la mirada fija en el techo y las manos apoyadas en el regazo. —Duérmete, Gwen —me dice en vez de buenas noches.

—Lo que tú digas, lobo alfa —le digo, con una mano levantada, caminando hacia el dormitorio principal.

Al tumbarme en la cama, me siento como si hubiera vuelto a la normalidad, excepto, por supuesto, que eso no ha sucedido. De hecho, resulta extraño estar tumbada en un dormitorio normal, con sábanas limpias -más o menos- y el silencio de la noche poblando las calles. Es como si todo lo que hemos vivido el último año hubiera sido un mal sueño. Como si los ocho años de mi vida que me robó *Diantha*, la reina de las hadas, no fueran más que una pesadilla. *Sabes muy bien que no lo es*, dice una voz en mi cabeza, una voz que, cada día que pasa, me atormenta un poco más.

Suspirando, me cubro la cara con las manos. —Otra vez no —susurro con un gemido.

Pero la voz está presente, y casi puedo verla. La figura, bañada en luz, alta e imponente, rodea mi visión. Mi corazón late con fuerza contra la brújula maldita que lo encierra. *Todo lo que Diantha te ha quitado es auténtico, Gwen, y lo sabes. Lo que la reina te ha quitado también es auténtico.*

—Por una puta noche, ¿podrías dejarme dormir en paz? —pregunto, pero la voz me ignora.

Cada día te encuentras más agotada. Pero eso no se lo has dicho a tu amante, ríe la voz entre burlas.

—¡Everett no es mi amante! —Me cubro la cabeza con la manta, esperando que el Dios Durmiente se *duerma* y me deje en paz.

Pero te sientes unida a él, aunque no quieras.

—No mucho —murmuro, y la voz se calla por un momento, hasta que entiende lo que quiero decir. Es inquietante tener a tantas personas o entidades metidas en la cabeza. Es casi como si mi mente fuera un establecimiento público al que cualquiera puede acceder.

La voz se echa a reír. *Gwen, sé sincera contigo misma. ¿Crees que puedes deshacerte del vínculo sin mi ayuda?* Gruño con frustración. *Sabes que es imposible. ¿Qué piensas hacer? Sea lo que sea, no tienes forma de conseguirlo,* me dice la voz del dios, y sé lo que quiere decir porque puede ver en mi conciencia, en lo más profundo de mis pensamientos más privados, y por eso sabe lo que planeo hacer.

Sabe que deseo liberarme del vínculo con Everett, que dentro de mí he ideado un plan desquiciado, pero que podría funcionar para romper el nexo, y se aprovecha de ese conocimiento para poder burlarse de mí.

No lo lograrás, niña. Ningún mortal podría romper ese vínculo.

—Eso ya lo veremos —desafío, esforzándome por hacer caso omiso de su voz y tratando de ignorar a los cientos de ellos que murmuran sobre muerte, caos y destrucción en torno a la presencia del dios.

Cierro los ojos mientras intento erradicar la presencia de mi interior, pero me resulta casi imposible. Mientras entierro la cara en las almohadas y me tapo los oídos, las imágenes siguen agolpándose en mi cabeza.

Pobre niña. El dios se ríe. Siempre te pones metas imposibles en el camino.

—No sabes de lo que hablas —digo entre susurros, molesta.

Oh, pero yo lo sé mejor, se burla el dios, mientras su presencia se manifiesta en mi mente y a través de mi cuerpo.

Siento el calor, casi como si el sol me tocara. Y entonces no veo nada, solo luz.

Me levanto de la cama sintiendo que el corazón me late con fuerza, pero mi cuerpo no responde. Nada en mí lo hace porque no sé dónde estoy ni qué está pasando.

—¿Qué coño crees que estás haciendo? —Le grito al dios.

Mostrándote cuánto me necesitas, dice el dios, mientras el mundo a mi alrededor se oscurece de nuevo.

Y por un momento, no reconozco nada hasta que todo se vuelve extraño y lúcido. Hay un catre detrás de mí, el lavabo a la derecha, e incluso la muñeca de trapo sobre la cama...

—No... —Susurro— ¡No! —estallo, poniéndome en pie de un salto y golpeando la madera.

Me late el corazón, alarmado y lleno de terror. —¿Qué coño has hecho? —Le grito al dios—: ¡SACADME DE AQUÍ!

Pero la voz dentro de mi cabeza calla. En su lugar, golpeo la puerta y oigo el sonido de pasos que se acercan.

—¡No! —Grito y me alejo de la puerta, que se abre de golpe.

Y así, sin más, vuelvo a tener ocho años, no veinticuatro.

Los ojos inyectados en sangre en medio de esa cara de barba desaliñada permanecen fijos en mí mientras el hombre avanza hacia mí. —¡Ven aquí, monstruito! —me ladra con su marcado acento.

—¡No! —grito, intentando alejarme de él, pero es igual que antes. Su mano se cierra alrededor de mi brazo y tira de mí, arrastrándome por el suelo sembrado de grava.

—¡Para! —Grito, haciéndome eco de mis poderes, pero no puedo acceder a ellos. Están ausentes de mi cuerpo, tan lejos como la libertad que una vez conocí.

—¡Tendrás el castigo que te mereces, diablillo asqueroso! —grita el hombre y me arroja dentro de una caja de madera con sus herramientas. La cierra mientras golpeo clavos y martillos.

Mi piel se raspa al contacto con la madera. —¡Sácame de aquí! —le digo al dios, pero me responde con una carcajada.

Crees que puedes dominarlo todo, pero olvidas que en el fondo eres pequeña y débil, Gwen, se burla la voz del dios.

Veo al hombre, a través de una rendija, levantar la mano y romper una botella. —Criaturas como tú no deberían existir —brama.

Sé lo que va a ocurrir, incluso antes de que ocurra. Destruye la botella, coge la boquilla rota entre las manos y levanta la tapa, sonriendo con malvadas intenciones. Me apunta y me perfora la piel del brazo, haciendo que mi sangre fluya.

Siento el dolor como si esto estuviera ocurriendo, pero sé que no es así. Me doy cuenta de que esto solo está ocurriendo en mi cabeza. Y el dios quiere crear cosas para volverme loca, para hacerme ceder a sus designios.

Eres débil sin mí, Gwen. Me necesitas...

El hombre me agarra y me tira sobre una mesa. Sus manos se cierran alrededor de mi cuello mientras me asfixia. —Criatura asquerosa... ¡Antinatural!

Por mis mejillas corren densas lágrimas llenas de desesperación, pero me controlo. Incluso en medio de la asfixia, me recuerdo que esto no es real.

Vi morir a este hombre. Le oí gritar mientras quemábamos su cuerpo en las llamas.

—No volverá a ocurrir —me prometo.

Con las manos, tanteo la mesa hasta que localizo uno de los clavos oxidados que yacen olvidados sobre la superficie. Lo atrapo entre los dedos y, sin vacilar, lo clavo en la palma de la mano del hombre.

Su reacción es inmediata, me suelta y grita, arrancándose el trozo de metal de la piel. Ruedo

fuera de la mesa, aprovechando la oportunidad, y mi cuerpo cae al suelo. Un trozo de cristal se clava en mi piel, pero ignoro el dolor, capturando un trozo de cristal mientras me lanzo contra el hombre.

—¡Nunca más! —Me prometo a mí misma mientras fluyen las lágrimas, apuñalándole con el cristal y cortándole la piel.

Hundo el trozo roto de la botella más profundamente en su piel. Mis manos sangran y tiemblan, pero siento el calor cuando encuentran la sangre, los músculos y los tendones, y el hombre cae, aullando.

—¡Maldita criatura!

—¡Nunca volveré a temerte! —Grito con veneno y lo apuñalo de nuevo.

Sus lamentos perforan el espacio, llenando mis sentidos con su cacofonía y mareándome por un momento, pero la adrenalina me impulsa a seguir.

—¡Nunca volveré a ser una prisionera! —Dejo que mi sangre se mezcle con la suya mientras le apuñalo una y otra vez.

—¡Gwen! —grita una voz distinta a las demás, pero no la oye.

—¡No! —Respondo, aterrorizada.

—¡Gwen! —repite la voz mientras unas manos firmes me agarran por las muñecas.

—¡No, no me toques!

—¡Gwen, despierta!

Abro los ojos y, por un momento, todo parece real. Pero entonces, me concentro en la figura que se cierne sobre mí: unos ojos azules como el hielo en cuya mirada me reflejo; mis miedos, impresos en unos ojos muy abiertos y llenos de lágrimas, y mi expresión enloquecida de dolor y ansiedad.

Solo entonces soy consciente de quién es y salgo de la ensoñación establecida por el dios, mientras profundizo en la realidad. Así, me doy cuenta de que Everett está encima de mí, sus piernas entrelazadas con las mías y sus poderosas manos cerradas en torno a mis muñecas. Mis manos se han convertido en puños, y la sangre mancha mis uñas, lo que me hace pensar que le he arañado, pero, por suerte, su cuerpo ha curado las heridas con rapidez.

Mi respiración es agitada, y la suya también. Everett me observa mientras las lágrimas corren por mi cara y espera a que me calme. Su pelo rubio, casi blanco, le cae sobre la cara entre el desorden causado por la pelea.

—Suéltame —le digo.

—No— responde Everett, con voz firme—. No hasta que sepa que estás bien.

—Estoy bien. —Oigo el tono ronco y rasposo de mi voz de tanto gritar.

—Gritabas y no parabas de decir que no te volverían a encerrar.

—Estaba teniendo una pesadilla. —Me remuevo bajo su peso e intento liberarme.

Después de escrutar mi cara un momento, cede. Sus manos sueltan las mías y su cuerpo se aleja de mí mientras se sienta a un lado de la cama.

Al cabo de un momento, me enderezo, masajeándome las muñecas; pero Everett no me ha hecho daño. Solo ha utilizado la fuerza suficiente para inmovilizarme sin hacerme daño.

—Gwen, he visto lo que soñabas. He oído su voz —me dice.

—¿De quién? —pregunto, fingiendo inocencia.

—¡Ese... ese hombre! —Everett aprieta las manos en puños.

—Solo son pesadillas. —Me doy la vuelta en la cama—. No es nada de lo que tengas que preocuparte.

Permanece en silencio, pero tras un tiempo interminable, responde: —Sé que es algo de tu pasado, Gwen.

—Y ya te he dicho que no es nada de lo que tengas que preocuparte. —Sé que no puedo engañarle, y sigo sintiendo su presencia a mi lado.

Aunque estoy cansada de hablar, suspiro y me siento en la cama. —Escucha, son cosas de las que no quiero hablar y en las que tú no quieres involucrarte. Que sepas que es algo que enterré hace mucho tiempo en mis recuerdos.

Everett argumenta: —No parece que sea así.

—Todos estos líos me han agitado últimamente.

—¿No tendrá nada que ver con la otra voz? —me pregunta y frunce el ceño.

—¿Qué otra voz? —Levanto una ceja, temiendo su respuesta.

—La voz que oyes todo el tiempo y que te vuelve loca. La que habla de matar. ¿Es sobre el dios durmiente?

Mierda, pienso. —No es nada de lo que tengas que preocuparte —le aseguro, tratando de ser evasiva.

—Dices mucho eso. Para ti no hay nada de qué preocuparse, ¿verdad? —Su mirada es fría, me inquieta.

—Es porque lo tengo todo bajo control —añado, con la garganta seca.

Everett me coge la muñeca con un movimiento rápido y tira de ella hasta que mi brazo queda frente a nosotros. Allí, sobre la piel inmaculada, se ven claramente los cortes que me he hecho. La sangre bajo mis uñas no es suya, sino mía. Me desgarraba la piel en sueños mientras luchaba contra el maldito bastardo que me tenía encerrada.

Los duros ojos de Everett se quedan clavados en los míos. —No me digas que lo tienes todo bajo control —suelta, y es obvio que está agitado.

Sin poder evitarlo, me siento junto a él. —Puede que te resulte difícil de creer, pero puedo lidiar con esto.

—Ese es el problema. Según tú, puedes con todo. —Se levanta en un movimiento fluido, y nuestro vínculo me demuestra que está cansado y molesto mientras sus emociones hierven a través del nexo con un calor que me abrumba—. Sigues diciendo eso y dejándome fuera de todo como si tuvieras el poder de decidir. Pero no lo tienes. Sea lo que sea en lo que estés metida, me arrastra a mí también, maldita sea, porque si algo te pasa a ti, me pasa a mí también. Si tú mueres, yo muero.

Estoy trabajando en ello, me digo.

—Escucha, grandullón. Si te digo que puedo manejar algo, es porque puedo. Puede que no me creas pero...

—Y una mierda —me corta y se acerca a mí.

Antes de que me dé cuenta, Everett está muy cerca, con las manos a los lados, apoyadas en la cama, y sus intensos ojos azules fijos en los míos, deteniendo mi respiración.

—Estoy cansado de tu actitud —declara—. Porque aunque ninguno de nosotros quiere estar en esta situación de mierda, lo estamos, y ya es hora de que te des cuenta.

—Soy consciente de ello —respondo, impertérrita—. Y por eso sigo salvando tu peludo culo. Porque tengo muy claro que si mueres, yo muero contigo.

—Bien —se burla Everett—. Si lo tienes tan *claro*, empieza a actuar como tal y, por una puta vez, mira más allá de tus intereses y suposiciones y considera lo que los demás pueden aportarte. —Me fulmina con la mirada antes de salir de la habitación dando un portazo.

Mi corazón late como loco, fuera de control, y sintiendo el silencio que Everett ha dejado dentro de la habitación. Sus emociones son ardientes y están llenas de verdades que se clavan en mi piel como dardos, y estoy segura de que no lo dejaré pasar.

Lo único que se me hace evidente es que si yo puedo sentirle, lo más probable es que él pueda sentirme a mí, y sabe que más allá del odio y la rabia que nos profesamos, sigue existiendo una parte oculta que cobra fuerza con cada nuevo momento que pasamos juntos, y que nos impulsa a entregarnos al deseo que surge de lo inevitable.

Pero incluso en la muerte, no me rendiré a la debilidad. Lucharé contra este lazo con todas mis fuerzas, y sé que Everett hará lo mismo.

CAPÍTULO 25: EL MENSAJE DE UN CUERVO



Despacio... susurra la voz en mi cabeza que pertenece al demonio, porque no hay forma de que reconozca a esa entidad como un dios. *Crece en tu interior poco a poco y a un ritmo perfecto... Y será mío en cuanto su piel toque el aire de la tierra y sus ojos se abran al mundo de los mortales...*

—¡No! —Grito, con los ojos abiertos, llenos de terror.

Pero dentro de la habitación, todo parece tranquilo, sin símbolos de la entidad que atormenta mis pesadillas.

Con movimientos cansados, me llevo las manos a la cara, intentando relajar la respiración mientras me limpio las gotas de sudor que recorren mi rostro. Y aunque sé que el día es frío, siento que me quemo de una forma asfixiante, la piel caliente con cada movimiento que hago y la ropa pegada al cuerpo por la humedad que corre empapando las sábanas.

Adam ha dejado una jarra de agua y un vaso a mi lado porque sabe que en los últimos días siempre tengo sed. Es evidente que sospecha lo que está pasando, pero sé que aún no puedo decírselo. Al menos no ahora que están pasando tantas cosas en nuestras vidas.

Así que camino a paso medido hasta el cuarto de baño, donde me quito la ropa y me meto directamente en la ducha, dejando que el agua fría corra sobre mi piel, pero no me produce ningún alivio.

Y por mucho que intente evitarlo, mi tortura no es física, sino también mental. El tormento del dios se hace más fuerte cada día que pasa. Reclama algo que promete que le pertenece por derecho. Es algo que él declara haber creado, aunque yo sé que no es cierto. Porque este niño que espero es mío y solo de Adam. No tiene nada que ver con la magia ni con otras entidades, solo es fruto de nuestro amor.

Salgo de la ducha y me dirijo al espejo chorreando agua. Mi reflejo desnudo vuelve a través de la imagen y, al mirarme, me doy cuenta de los detalles que mantienen a Adam preocupado por la noche. Los que sé que él ve en mí con preocupación, y no solo por las profundas ojeras que ni siquiera el maquillaje puede disimular, sino por todo lo demás: mi piel ha palidecido, se me ven las venas, he adelgazado y mis pómulos son mucho más prominentes.

No solo eso, sino que ahora tengo hambre todo el tiempo, y cada vez que como, tengo náuseas y me siento agotada, pero no puedo dormir por más que lo intento, y cada vez que lo hago, vuelven

las pesadillas.

Esto no es lo que quiero, pero está ocurriendo y no puedo evitarlo. Al principio, pensé que se producía por el trauma de todo lo que había vivido, pero entiendo que mi cuerpo está cambiando y que tal vez se deba al bebé que llevo dentro, que podría provocar los cambios en mi metabolismo y mis hormonas.

Pero sé que todo es culpa suya, del Dios de la Luz. Ese mismo dios que me atormenta, diciendo que mi hijo le pertenece. ¡Es mi hijo, no suyo! El dios desea reclamarlo como precio por prestarme sus servicios. Pues me asegura, que una vez que mi hijo nazca, renacerá en el mundo mortal.

—Pero no te lo llevarás para ti— le digo al dios, con la mirada fija en mi reflejo y sobre todo en mis ojos—. No permitiré que te lo lleves como pago por todo el caos que nos has causado.

Dentro de mi cabeza, el dios se ríe. *No hay mucho que puedas hacer al respecto.* Me recuerda con voz jovial, justo antes de desvanecerse.

Es entonces cuando mis ojos se cierran, mis manos se cierran en puños y pongo mis pensamientos en evitar lo que no puedo permitir que ocurra. Mi corazón se acelera y sé que debo sellar al dios antes de que mi hijo venga al mundo.

Gwen. Necesito encontrar a Gwen, pase lo que pase.

—¿Ivy?

La voz de Adam suena dentro de la habitación, así que me apresuro a coger una toalla antes de que entre en el baño, pero es demasiado tarde. Me observa y sus ojos recorren mi figura, notando los cambios evidentes en mi cuerpo. Le he ocultado el embarazo, pero todo lo demás es visible, aunque mi vientre sigue plano. La forma en que voy cambiando, deteriorándome, y el agotamiento se va marcando en mi cuerpo.

—Aquí, déjame ayudarte —dice con voz suave, tratando en vano de ocultar la preocupación que siente.

Al contrario que yo, Adam parece más fuerte, mucho más guapo cada día que pasa. La marcha de Everett le ha causado una herida de la que no ha podido recuperarse y aunque intenta en vano ocultármelo, salvo por las molestias de Everett, ha recuperado el liderazgo y la asociación con su manada y eso le ha hecho mucho más fuerte cada día que pasa. Ahora parece más cordial y más decidido, lo que se nota en su rostro, de rasgos atractivos y sanos.

Me ayuda a secarme y me envuelve en una manta. —No tienes muy buen aspecto —confiesa, mientras suelto una pequeña carcajada.

—Hoy en día duermo poco —le digo, aunque eso es algo que él ya sabe.

Porque aunque intento ocultárselo, y aunque él no sabe de qué van mis conversaciones con el dios, Adam sabe que la voz de esa entidad me sigue, vaya donde vaya.

—Será mejor que vaya a ver a Nyx —dice Adam, tras una larga pausa mientras me ayuda a vestirme.

Asiento con la cabeza, porque no se me ocurre otra cosa que hacer, así que le sigo, dejando que su mano coja la mía y me guíe mientras descendemos por los pasillos de la mansión que ahora pertenece a Nyx, líder del consejo, hasta llegar a su despacho personal.

Está reunida con Adriana, líder del clan de vampiros, y Evander, que está apoyado en la pared detrás de Nyx, con los brazos cruzados y una expresión seria en el rostro.

Para mí, la tensión es palpable en cuanto entramos en la habitación, pero Adam siempre ha sido bueno manteniendo la calma y fingiendo ignorarla. —Buenos días —le dice a Adriana, la vampiresa, cuando entramos en la habitación.

—Y a ti, joven alfa, ¿cómo llevas el liderazgo de tu manada?

—Me siento muy bien al volver con mi manada —confirma Adam mientras me ayuda a sentarme.

Adriana me inspecciona con expresión irritada y sin muestras de disimulo en su rostro infantil de ojos tan maduros. Algo en su aspecto me pone nerviosa cada vez que la veo, pero soy incapaz de descifrar el motivo. —¿Y tú, Ivy? ¿Cómo te sientes después del regreso?

—Bien. —Es una mentira obvia que ella no se cree, por supuesto.

—Su apariencia, tal vez, dice lo contrario.

—Ivy se encuentra algo mal. —Adam me protege, insinuando en su respuesta que no permitirá que Adriana se entrometa más.

La vampiresa suspira, molesta, e ignora a Adam. —Es lamentable, pero es el caso de muchos de nosotros. Y me temo que las cosas empeorarán a menos que encontremos una solución a nuestro problema.

Una de las cejas de Adam se levanta ante la evidente insinuación de Adriana, que probablemente sea el motivo por el que Nyx parece tan tensa.

Tras una pausa, el hada suspira y dice: —Adriana me estaba planteando la situación de los vampiros y su... falta de comida.

La palabra me eriza la piel, al igual que a Adam. Pero a Adriana no parece afectarle. —Como no podemos salir de la Ciudad Cúpula, eso ha limitado profundamente nuestra capacidad de alimentarnos —se queja.

—Nuestro banco de sangre hace todo lo posible para proporcionarle sangre a usted y a los suyos —le asegura Nyx.

—Pero no es suficiente —replica Adriana, cruzándose de brazos con resolución—. Una bolsa de sangre al día no mantiene saciado el apetito.

—Es todo lo que podemos hacer por ahora. Si quieren más sangre, pueden cazar animales...

—¡No te burles de nosotras! —Adriana mira a Nyx con los ojos entrecerrados y el asco claro en su expresión—. No somos lobos que puedan saciar su apetito con la sangre de ovejas y ganado. Sangre fresca y presas es lo que necesitamos. Los vampiros somos tan depredadores como otras razas y necesitamos cazar.

—El problema es que ahora mismo no puedo permitir que salgan del recinto. —Nyx parece cansada mientras se frota las sienes. Una parte de mí sospecha que llevan muchas horas en medio de este debate—. Los cazadores están vigilando todo el perímetro en busca de las entradas a la Ciudad Cúpula. Tienen ghouls vigilando toda la zona. Si te dejo salir, o a los tuyos, puede que no te veamos volver.

—Será mejor que encontremos una solución a esto o, de lo contrario, los míos buscarán otras formas de introducir sangre fresca en la ciudad. —Adriana cruza los brazos bajo el pecho, lanzando un inequívoco desafío.

Es una amenaza evidente, y la mirada de Nyx se detiene en la suya.

—No permitiré... —empieza.

—No tendremos que llegar a eso —termina Adam, cortando a Nyx y mirando a Adriana con determinación—. Encontraremos una solución. Danos un poco más de tiempo. —Se queda mirando a la vampiresa esperando su respuesta.

—Bien —responde ella, bajándose de la silla y caminando hacia la entrada—. Pero te advierto... mi paciencia se está agotando.

—No puedo seguir así —dice Nyx, escondiendo la cara entre las manos igual que hago yo en cuanto Adriana se va.

—¿Está la situación muy tensa con los vampiros? —le pregunto.

—No solo con ellos... —Nyx dibuja una mueca en sus labios, su disgusto claro—. Sino con todo el mundo. Los necrófagos y los cazadores han hecho que la comida escasee en la zona, y aunque podemos cultivar la nuestra... —Suspira frustrada—. Nuestros recursos son limitados.

—Me temo que no todo el mundo es feliz manteniendo una dieta de patatas, setas y pescado —afirma Evander mientras se acerca para masajear los hombros de Nyx.

—Los lobos podemos organizarnos para ir de caza por la zona. Utilizaremos algunos de los cursos de agua ocultos para que los cazadores no nos descubran y traeremos carne. Eso aligerará un poco el ambiente —asegura Adam.

—Podríamos incluir a los vampiros en nuestra cacería. Quizá así consigan alguna presa para saciar su apetito.

—¿Sería mejor tender una trampa a los cazadores? —Les pregunto entonces—. No soy muy partidario de la idea, pero los cazadores son humanos, y son la presa precisa que necesitan los vampiros. Si los lobos se organizan con los vampiros, podrían atacar a los cazadores y darles duro. Eso no desestabilizaría sus filas, sino que también resolvería la cuestión de la sangre con los vampiros.

—Podría funcionar —dice Adam, leyendo en mis pensamientos el resto de la idea y notando cómo va tomando forma.

—Es un plan demasiado arriesgado para llevarlo a cabo —dice Nyx.

—Puede ser, pero situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas —le asegura Adam

—. ¿Por qué no me dejas hablar de esto con Adriana? No me encanta la idea de acercarme mucho más a esa sanguiuela, pero quizá podamos llegar a un acuerdo, estoy seguro.

—Oye, es una buena idea —dice Evander mientras mira a Nyx con cariño—. No tienes que hacerlo todo tú sola, cariño. Ahora tienes ayuda.

—Lo sé, y te lo agradezco. —Nyx nos dedica una sonrisa cansada—. Es solo una costumbre. Pero me encuentro harta de lidiar con todo yo sola y, si te soy sincera, me vendría bien algo de ayuda con todo el asunto de Adriana y los vampiros.

—Déjame manejarlo entonces —termina Adam mientras me mira—. De todos modos, ahora mismo, tenemos problemas más grandes.

—Tenemos que encontrar a Gwen —le digo a Nyx, con una pizca de urgencia grabada en la voz.

La expresión de Nyx se transforma y levanta las cejas. —Me gustaría saber dónde está, pero ya sabes cómo es Gwen. Cuando quiere esconderse de alguien, es la mejor.

—Lo que sea —dice Adam—. No sé qué tipo de problemas está pasando ahora, pero ha complicado las cosas por aquí con su ausencia y llevándose la brújula.

—Lo sé —dice Nyx, y la preocupación es inconfundible en su rostro.

—¡Ella no conoce todas las consecuencias de usar ese poder! —Declaro, sintiendo en lo más profundo de mi conciencia, la oscura risa del Dios de la Luz.

—Ojalá pudiera decirte que confío en que Gwen recupere el sentido común y nos devuelva la brújula, pero una parte de mí sabe que eso no ocurrirá. —Nyx sacude la cabeza—. Si busca venganza contra Sabine, la reina de las brujas, dudo mucho que se digne a regresar hasta que haya obtenido su venganza. Y para entonces, el poder del dios puede haberla destruido.

Me destruirá a mí también por el camino, pienso. Las manos de Adam se cierran en puños al percibir mi pensamiento.

—Tenemos que encontrarla entonces —dice.

—¿Cómo? —La voz de Nyx suena desesperada y llena de desesperación—. Yo misma lo he intentado al menos una docena de veces, pero es ella quien tiene los hechizos. Ni mis sombras ni yo podemos dejar atrás a Gwen ni localizarla cuando se esconde.

—Igualmente, ¡tiene que haber algo que podamos hacer! —dice Adam—. No puedo quedarme de brazos cruzados y ver cómo Ivy se desvanece por el camino.

Sus palabras, tan terminales, me hacen apartar la mirada, avergonzada. Pero es cierto que me estoy desvaneciendo y no hay nada que pueda hacer al respecto. A menos que volvamos a tener la brújula con nosotros, podría contar mis días.

Tras el tenso silencio que sigue a las palabras de Adam, Evander dice: —¿No lleva Gwen siempre un cuervo con ella?

—¡Sí, ahora me acuerdo! —respondo después de asentir.

—¿Y qué? —pregunta Adam, frunciendo el ceño.

Pero Nyx parece seguir la línea de pensamiento de Evander. —Las brujas usan a los cuervos como protección y también como mensajeros... —Los ojos de Nyx se abren de par en par, redondos como platos.

Adam abre la boca para volver a preguntar, pero Nyx se levanta. —Podemos enviar un mensaje con un cuervo. Los cuervos saben encontrarse unos a otros, así que éste encontrará al cuervo de Gwen, y podemos seguirlo hasta donde esté o explicarle la situación y confiar en que decida volver con nosotros y ayudar.

—Eso podría funcionar —digo con esperanza.

Adam me mira entonces, y le cojo la mano, tratando de mantenerle calmado. —Bien, pero si se niega a volver, iré tras ella.

Sus dedos aprietan los míos y sé, aunque no lo diga, que la idea de perderme le asusta.

Y es por eso que por ahora mantengo a nuestro bebé en secreto, porque no quiero agobiarlo más. Si ya le aterroriza la idea de perderme, no quiero pensar en cómo se sentirá sabiendo que puede perderme a mí, pero también al hijo que esperamos.

CAPÍTULO 26: SEGUIR AL CUERVO



EVERETT

—**M**ierda —dice Gwen, mientras se detiene en medio de la carretera.

La mañana acaba de llegar, pero el frío no se ha ido con ella. Los rayos del sol parecen tardar en salir entre el cielo lleno de nubes y a través del gris de la estación, así que su insistencia en mirar al cielo me parece innecesaria, pues sobre nosotros no hay más que nubes llenas de nieve que amenazan con estallar sobre nosotros en cualquier momento.

Pero las palabras de Gwen tienen un matiz oculto que hace que yo también levante la vista y me fije en el pequeño punto casi invisible que aparece a lo lejos, emergiendo de entre las nubes y volando directamente hacia nosotros.

—Corvux —declara Gwen, mientras corre.

El cuervo desciende del cielo y se posa en el brazo extendido de Gwen, con curiosos ojos negros como el ónice y partes iguales de su cuerpo blancas como la nieve y negras como la noche. Con un fuerte graznido, el cuervo mira a Gwen, ladeando la cabeza. Tras hacerle lo que parece una caricia con el pico, estira una pata hacia ella, lo que permite a Gwen desenrollar un trozo de papel atado a su pata como si fuera una paloma mensajera.

—¿Qué es eso? —le pregunto a Gwen mientras los alcanzo.

—Un mensaje de Nyx y Adam. —Su voz suena jadeante y siento que se me revuelven las tripas por dentro. Lo último de lo que quiero oír hablar es de lo único en lo que no puedo dejar de pensar: mi familia.

—¿Qué quiere mi hermano? —pregunto, intentando que mi voz no denote emoción y sin saber si lo he conseguido.

—Quiere que volvamos. Aparentemente, Ivy está *muy* enferma.

Se me forma un nudo en el pecho. No puedo odiar a Ivy aunque quisiera, aunque tampoco le tengo simpatía ahora mismo. Pero eso no es culpa suya. Al relacionarla con mi hermano, no puedo evitar pensar en él cuando la recuerdo.

Una imagen de mi pasado, cuando mis sentimientos por Ivy se manifestaron sin saber que era la pareja predestinada de Adam, me hace pensar que ahora mismo no puedo sentir nada por ella, aunque quisiera.

Para ser sincero, no puedo sentir nada por nadie que no sea Gwen, y aunque intentara pensar en

un tipo de chica que pudiera gustarme, lo único que puedo definir en mi mente es la inquietante imagen de la bruja con la que me encuentro destinado a estar.

Maldiciendo mi suerte, pero agradeciendo que la distracción de Gwen le impida prestar atención a mis pensamientos, decido apartar la idea de mi cabeza mientras la miro, e intento adivinar sus pensamientos.

Pero Gwen ha enrollado el papel y se lo ha metido en el bolsillo de la chaqueta, mientras da pasos, pareciendo inquieta. —Vámonos. Debemos darnos prisa.

—¿No piensas contestarme? —Me apresuro a alcanzarla.

Menea la cabeza. —Lo que han hecho es una forma sutil de intentar localizarme. Usando un cuervo para rastrear a otro... —Gwen se deshace del papel rompiéndolo.

—Tal vez. O quizá solo querían informarte de una situación que les preocupa.

—Sé muy bien lo que le está pasando a Ivy —dice Gwen—. El poder de esta maldita cosa la está consumiendo. Tienen que sellar al dios para que pueda volver a la normalidad. —Gwen se lleva la mano al bolsillo, donde supongo que tiene la brújula.

En mis recuerdos, reúno la imagen del caos que precedió a aquella terrible batalla, y veo a Ivy instilada con el poder del dios. Un poder tan aterrador que incluso podría someter a la Reina de las Hadas, una de las criaturas vivientes más poderosas del mundo, si no la que más.

Ese mismo poder que la hizo aislarse del mundo, tratando de recuperar sus fuerzas, yace sellado en la brújula que Gwen lleva consigo en todo momento. Es el mismo poder que podría ayudarme a vengarme de Sorin.

—Ni se te ocurra —me interrumpe Gwen y me fulmina con la mirada. Tiene un brillo feroz en sus ojos entrecerrados—. Ni siquiera sabes lo que estás pensando. Esta cosa es peligrosa. Podría matarte.

—¿Entonces por qué lo tienes? —le pregunto, arqueando las cejas—. ¿Por qué no se lo devuelves a Ivy y Nyx si es tan peligroso?

Gwen se muerde el labio inferior, dudando. —Porque lo necesito.

—Para derrocar a la reina de las brujas... —Completo su frase y ella asiente—. Bien, podría usarlo yo mismo para encontrar a ese maldito Sorin.

—Ya te lo dije, Everett, la venganza no te quitará el dolor de perder a Sadie.

—Tampoco traerá de vuelta a tus hermanas muertas —le escupo con veneno.

—Tal vez. Pero en mi caso, es diferente. Todavía hay brujas prisioneras de la reina. Necesito liberar a mis hermanas y esto me ayudará a hacerlo.

Se gira, dispuesta a poner fin a la conversación, pero yo no me doy por satisfecho. En lugar de eso, le agarro la mano y la obligo a girarse y mirarme.

—Sorin sigue siendo un peligro para todos nosotros —recalco, sin dejarme intimidar por la fiereza de su mirada—. Y puede que la venganza no me devuelva a Sadie, pero si no actuamos,

nos devolverá el favor que le hicimos a él y a su preciada reina prendiéndoles fuego. —Mi cuerpo se acerca más al suyo, y Gwen tiene que ponerse de puntillas cuando la atraigo contra mí y la miro a los ojos—. Dime que crees que no irá a por ti o a por tus hermanas una vez que sea lo bastante fuerte para hacerlo. ¿Recuerdas el convento inicial, Gwen? Las aniquilará a todas sin dudarle ni un segundo.

El miedo relampaguea en sus grandes y expresivos ojos, y puedo ver en sus pensamientos los recuerdos, que afloran tan nítidos como los míos.

Gwen se libera de mi agarre. —Nos ocuparemos de Sorin a su debido tiempo. —Se adentra en el bosque, evitando mi mirada.

Inspirando para calmarme pero lleno de fastidio, la sigo, porque sé que se negará a hacer otra cosa que no sea lo que ella quiere, lo que me deja en jaque. Podría buscar otra forma de entrar en el reino de las hadas por mi cuenta, pero eso implicaría acudir a Nyx y pedirle ayuda, cosa que dudo que me conceda, por no mencionar que me desagrada bastante la idea de volver a ver a Adam y tener que reconocerle como Alfa de todos los Lobos, así que me abstengo. Por ahora, mi mejor opción es quedarme con Gwen y, al menos, estando con ella, tengo la seguridad de que ambos seguiremos vivos.

Pero su reticencia sigue molestándome, y más sabiendo que nos hace actuar de formas diferentes. En su mente puedo verlo, la ira burbujeando junto con el miedo, manifestándose a través de cada sueño.

Al pensar en los sueños de Gwen, el cuervo suelta un graznido que me obliga a levantar la vista. Está unos pasos por delante de mí, mirando hacia el linde del bosque. Su paso rápido y distraído le impide ver el pequeño -casi invisible- hilo bajo sus pies.

—¡Gwen! —Grito, reconociendo el peligro y lanzándome sobre ella un segundo antes de que caiga.

Se vuelve en mi dirección, mirándome con la mirada perdida, pero mi mano se cierra alrededor de su muñeca en el momento exacto en que la trampa eleva a Gwen por encima de nuestras cabezas y la estrella contra un árbol. El cuervo grazna, aterrorizado, y ella lanza un grito de terror cuando la trampa la mantiene prisionera en lo alto del árbol.

—¡Everett! —grita y lleva las manos hacia la red plateada, pero las aparta con un nuevo grito de dolor—. ¡Mierda, está saturada de veneno!

Me doy cuenta de que es una trampa tendida por los cazadores, que deben tener alertas que les avisan cuando tienen nuevas presas. Si no actúo ahora, ambos podríamos estar en verdadero peligro.

—¡Voy a por ti! —Le grito a Gwen, sin pensar, y solo reaccionando.

Tomando impulso, me apresuro a saltar a la rama más cercana y noto movimiento detrás de mí. Al girarme, veo que los vehículos se acercan a nosotros desde lejos. —*Mierda* —susurro.

—¡Everett! —Gwen grita, notando el coche igual que yo.

Es una cuestión de vida o muerte, así que trepo por las ramas sin detenerme. Mi único objetivo es sacarla de allí lo antes posible mientras siento cómo mi corazón martillea con fuerza contra mis

costillas, hasta el punto de resultar desagradable.

Cuando llego hasta Gwen, descubro que el cuervo sigue picoteando la red metálica y, en su intento por liberarse, ha hecho que se le desprenda la piel que rodea el pico. —No te muevas y sujeta a tu pájaro —adviento a Gwen, que se apresura a obedecer.

Ella sostiene el cuervo en sus manos mientras yo me quito la bufanda y lo hago rodar entre mis manos para forzar la apertura de la red, pero ésta cede lentamente y queda bien sellada. Mientras trabajo, siento cómo el veneno se filtra por mi piel y mis sentidos, absorbiéndose por los poros de mi piel con cada roce.

Gwen tose, y siento el miedo y la ansiedad que consumen su cuerpo. Hay algo en el metal que le impide hacer magia, así que está aterrorizada, sabiendo que los cazadores están cada vez más cerca. —¡No te dejaré aquí! —Rujo con pasión.

Al cabo de un momento, decido quitarme el pañuelo de las manos y dejo que mis dedos se aferren al metal. Pronto siento un espasmo de dolor que me atraviesa mientras el veneno me corroe la piel, como si fuera ácido. —¡Detente! —Gwen grita—. ¡Te estás haciendo daño!

Pero la ignoro y, en cambio, me obligo a olvidarlo todo, concentrándome en Gwen y sabiendo que debo liberarla, hasta que por fin, poco a poco, la red se desgarras y se abre con el espacio suficiente para que Gwen se libere.

Entonces me coge de la mano y el cuervo sale volando y grazna sobre nuestras cabezas. Los dedos de Gwen se enredan en mi cuello, la agarro por debajo de los pechos y la ayudo a tomar impulso mientras sale de la red. —Estás sangrando. —Me mira las manos, que se niegan a curarse aunque ya deberían haber empezado a hacerlo.

—Nos ocuparemos de eso más tarde —prometo, asegurándola a mi espalda y saltando entre las ramas para bajar al suelo.

Me quito la ropa, o al menos, todo lo que puedo. —Mierda. Me gustaban estos pantalones. —Reconozco que no tenemos tiempo para desnudarme del todo mientras me cambio de ropa.

Gwen retrocede para dejarme espacio, pero en cuanto cambio de forma delante de ella, coge mi mochila y la poca ropa que he guardado y se sube a mi espalda mientras agarra con sus dedos el pelaje de mi cuello y entierra su cara contra mi piel para que no me caiga mientras corro.

Y sin pensarlo, me alejo corriendo, con ella agarrada a mí mientras el cuervo vuela delante de nosotros. —¡Síguenlo! —Gwen grita—. Él nos guiará a través del bosque.

Obedezco porque no se me ocurre un plan mejor mientras siento la vibración del coche de los cazadores a nuestras espaldas, desandando el camino que hemos hecho e intentando alcanzarnos.

Gwen recita entonces sus hechizos, su voz se pierde en los cánticos y las estelas de su aura calientan mi pelaje. La siento, su aroma se desvanece en el aire frío y a través de mi respiración, perdida en la carrera mientras ella, de algún modo, borra el camino tras nosotros.

El cuervo suelta entonces un graznido. —No pares, pase lo que pase —me dice Gwen, con tono serio.

Quiero preguntar qué pasa, pero no puedo, aunque ella lee entre mis emociones y la pregunta. —

Delante de nosotros hay un precipicio, pero no te detengas. Sigue al cuervo —me ordena.

Obedezco por instinto porque sé que no nos dejará morir, y mientras la oigo acelerar el ritmo de sus cánticos, los coches que vienen detrás parecen hacer lo mismo.

Y aunque me dijo que no me detuviera, por un instante vacilo, justo cuando veo el precipicio dibujado ante nosotros. Mis patas están a punto de detenerse por mero instinto, y una parte de mí se pregunta hasta qué punto estoy loca por seguir a un animal que puede volar cuando yo no puedo. —¡Sigue al cuervo! —ordena Gwen, intuyendo mis pensamientos.

Así que me apresuro en medio de mi carrera y sigo al cuervo, sintiendo como el suelo desaparece bajo mis pies y detestando por un instante esa sensación de ingravidez que se aproxima en el segundo anterior a la caída.

Detrás de mí, oigo los frenos de un coche y la maldición de los cazadores. Cierro los ojos, preparándome para la caída, esperando el grito de Gwen.

Pero la caída nunca llega. —¡Sigue corriendo! —Gwen grita.

Es entonces cuando abro los ojos y veo lo que está pasando. O mejor dicho, siento que debajo de mí no hay camino, pero de alguna manera, mis patas se mueven sobre la superficie del aire como si corrieran por encima del agua.

Me río por dentro, sintiendo los efectos de la magia de Gwen a nuestro alrededor, mientras ella sigue susurrando.

Los disparos de los cazadores proceden entonces del otro lado del borde del acantilado. Pero para entonces, Gwen y yo ya hemos cruzado el barranco y nos adentramos en el bosque. Mis patas vuelven a pisar la tierra, mientras se mueven a toda velocidad, esquivando el ritmo de las balas y las flechas mientras la canción cantada de Gwen acompaña cada uno de mis movimientos.

Y de algún modo, por primera vez, me siento dichoso de encontrarme unida a una bruja, aunque sea una posibilidad que ni en un millón de años se me habría ocurrido considerar.

CAPÍTULO 27: TREGUA



GWEN

El shock recorre mi cuerpo cuando las patas de Everett golpean el suelo, pero el lobo no se detiene. En lugar de eso, sigue corriendo, sabiendo que la ventaja que hemos establecido sobre los cazadores no significa nada si descansamos y les damos tiempo para que nos alcancen.

Con fuerza, me sujeto contra su pelaje mientras el cuervo que vuela sobre nosotros me señala el camino. Sus ojos se unen a los míos, así que puedo ver la imagen del bosque abriéndose y extendiéndose en la distancia, en medio de lo que una vez fue un pueblo rodeado de verdor y colinas ondulantes.

El lobo asiente y sigue corriendo, aunque el dolor en sus patas es evidente. El veneno, que actúa como ácido, le ha corroído la piel, dejándole las patas en carne viva. Pero sin quejarse, Everett ignora el dolor y acelera con todos los músculos de su cuerpo tensos, sin importarle cuánto terreno tenga que cubrir antes de ponernos a salvo.

—Es por ahí —digo, señalando el camino mientras el cuervo cruza en dirección opuesta a la ciudad, ya que sería un destino demasiado obvio para los cazadores.

En lugar de eso, nos adentramos un poco más en el bosque hasta llegar a lo que solía ser la casa de un cazador o un ermitaño. Everett se detiene en cuanto grazna el cuervo, se posa en uno de los troncos podridos del tejado y nos espera.

Dejo la mochila de Everett a su lado mientras se desplaza y rebusco en la mía hasta encontrar la tiza de color carbón que llevo conmigo. Con rapidez, dibujo en la tierra, marcando runas que brillan con un intenso color púrpura antes de desvanecerse.

—¡Entra en casa! —Grito en cuanto cambia de forma y se pone los pantalones.

Everett obedece sin rechistar. A estas alturas, ha aprendido a confiar en mi capacidad para mantenernos a salvo, así que, a toda prisa, coge nuestras cosas y entra corriendo en casa, procurando no arrancar la puerta de sus goznes al entrar.

Mientras tanto, voy rodeando el lugar, siguiendo las indicaciones del cuervo, que grazna mostrándome el lugar donde debo marcar las runas hasta que formen un círculo protector que oculte la casa de los intrusos.

—Había olvidado lo útil que era tenerte conmigo —le digo al cuervo, que me observa con sus ojos despiertos y perspicaces. Se limpia las plumas, mientras yo entro en la casa, y sé que si

ocurre algo, el cuervo me avisará de la presencia de los cazadores.

—¿Estamos a salvo? —pregunta Everett cuando llego.

Ha tomado asiento junto a la desvencijada chimenea sin encender. Ha caído la tarde, así que la temperatura no tardará en bajar, y hay que actuar antes de que desaparezca la luz del sol.

Miro por la ventana y contemplo al cuervo. Everett también lo observa. —Por ahora estamos a salvo —le digo.

—¿Dónde se ha metido tu pájaro? —pregunta.

—Seguirá nuestro camino y borrará las huellas para que los cazadores no nos encuentren aquí. Los atraerá a la aldea, guiándolos en dirección opuesta a donde estamos.

—Tu gallina es lista. —Everett parece burlarse, aunque su voz es seria.

Sonrío con desgana y me siento a su lado. —Lo es, pero no le gustará que le llames así, así que te aconsejo que no dejes que te oiga decirlo. Ahora ven, dame las manos.

La sonrisa divertida pero tensa de Everett es el primer gesto amable que veo cruzar sus facciones en mucho tiempo.

Con vacilación, me lo muestra para que pueda examinar sus heridas. Everett está de suerte, pues yo sé curarlas, ya que mis manos también han sufrido el veneno corrosivo de los cazadores. —Te prepararé algo para curarlas —le digo, vertiendo agua de una de nuestras cantimploras sobre su piel para limpiarla.

Asiente sin moverse y espera mientras rebusco en mi bolso y mezclo los aceites y las hierbas. Luego le aplico la pasta, parecida a una sustancia arenosa que se pega a los dedos, y él suspira aliviado. —Frótate bien las manos con eso y luego deja que te las limpie. La pasta eliminará todo rastro de veneno y permitirá que tu piel se cure.

—Tengo que admitir que es útil tener una bruja cerca todo el tiempo —dice Everett, después de frotarse las manos, mientras se aplica los aceites que le he dado para bajar la inflamación y ayudarle a recuperarse más rápido.

—No tiene nada que ver con la brujería —le explico, mientras me extiendo la mezcla en las manos para curármelas y siento un alivio inmediato—. Al menos, no siempre. Con las heridas, es más fácil conocer las plantas que pueden ayudarte a preparar remedios: Caléndula, romero y lavanda, por ejemplo. —Me encojo de hombros, me enjuago las manos y luego las unjo con el aceite—. Teniendo en cuenta que mi único mérito en este momento es ser una estudiosa de las hierbas, más vale que agradezcas tener a tu lado a una persona culta. Bruja o no, no todas saben trabajar con hierbas ni tienen mi talento. —Levanto la barbilla con una nota de orgullo.

Al contrario de lo que esperaba, Everett no me regaña por lo que he dicho, sino que me mira fijamente con sus intensos y fríos ojos azules.

Una de sus manos se acerca a mi cara y me siento tensa por un momento, pero en su rostro puedo leer que no tiene malas intenciones. Me aplica un poco de ungüento y me frota la mejilla, provocándome una punzada de dolor en el cuerpo mientras el antídoto limpia el veneno de mi piel.

—Gracias —le digo y me enjuago la cara.

—¿Por qué querías saber tanto sobre hierbas y pociones? —me pregunta.

Su voz no es hostil, ni áspera, y posee una calma envuelta en curiosidad que capta mi atención.

Encogiéndome de hombros, le quito importancia al asunto mientras guardo los envases en mi bolso. —Simple curiosidad.

—No te creo —responde.

Mis labios se dibujan en una línea firme. Es difícil admitir qué me llevó a querer aprender este tipo de cosas, pero como es complicado ocultarle mis pensamientos y sentimientos, decido confesarlo. —De pequeña... yo... yo... sufría, digamos que... —Suspiro, mientras las palabras se me atascan en la garganta.

—No pasa nada —me dice Everett con ese tono tranquilo que tiene—. Ya lo he visto. No tienes que contármelo si no quieres.

Sé que se refiere a mis recuerdos de la habitación pequeña y del hombre que me pegó, así que asiento y omito esa parte de la historia. —Cuando las brujas me adoptaron... —Empiezo y trago saliva—. Mi poder estaba en un estado muy crudo y peligroso. La magia requiere que tengamos un enorme autocontrol y, durante un tiempo, las emociones potencian la magia, pero no puedes dejar que estas te dominen o, de lo contrario, todo se descontrolará.

—Lo mismo ocurre con los lobos —confirma Everett—. Tenemos nuestra primera conversión cuando cumplimos unos dieciséis años, pero es un momento peligroso. Cuando aparece nuestro lobo, nuestras emociones son volubles, nos causan agitación, y transformarnos es un proceso que requiere mucho autocontrol, o nos perdemos en la mente del lobo y nos convertimos en simples bestias de instinto.

—Es algo así —admito frunciendo el ceño—. Y no era la mejor controlando mis emociones. Tenía mucho dentro, pero estaba ansiosa por aprender, así que Sabine, la reina de las brujas, me entrenó en muchas artes que no requerían el uso estricto de la magia por mi parte. Fue entonces cuando aprendí a crear remedios herbales y venenos.

—Una práctica beneficiosa —dice Everett con una sonrisa.

Su extraña y particular calma me desequilibra por un momento. —¿Y por qué te encuentras tan hablador de repente? —le pregunto enarcando una ceja.

Se levanta, ignorando mi pregunta, y se encoge de hombros. —Solo me interesaba saber un poco sobre ti. —Me mira antes de dirigirse a la chimenea—. ¿Crees que podemos encender esto? ¿Es seguro, o el fuego guiará a los cazadores hasta nosotros?

—Las runas nos mantendrán ocultos. —Oigo el graznido del cuervo acercándose, lo que indica que ha desdibujado nuestro rastro.

A continuación, Everett recoge la leña que podemos utilizar de los viejos muebles del interior de la casa y, durante un rato, el trabajo se vuelve rutinario y tranquilo. Encendemos el fuego, pelamos algunas patatas y zanahorias para hacer un guiso y colocamos los sacos de dormir lo más cerca posible del fuego.

Por desgracia, la noche ha caído pronto y la nieve sigue cayendo, así que el frío es inevitable. La casa tiene cristales rotos y le falta una buena parte del tejado, así que la brisa gélida se cuela por todos los espacios, provocándome escalofríos.

—Putra mierda —me quejo mientras dejo la leña junto a Everett y me froto las manos. La gélida temperatura me hiela los dedos y, por lo que veo, bajará aún más en mitad de la noche.

—Toma —dice Everett, y me tiende una pequeña olla llena de sopa.

Me siento a su lado y soplo para beber el caldo. La sopa está caliente y me quema la lengua, haciéndome gritar, pero al menos me alivia el frío.

Tras observarme un momento y no decir nada, Everett se acerca y se sienta detrás de mí muy cerca.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —le pregunto, con un tinte nervioso en la voz.

—No te muevas —me ordena.

Con rapidez, sus brazos me rodean y, aunque la proximidad de su cuerpo me hace tensarme, disfruto del calor que emana de él, incluso por encima de las capas de ropa.

—Joder... ¡eres como una maldita estufa humana! —Declaro, aliviada de no sentir el frío tan intenso como antes.

—Los lobos tenemos una temperatura corporal muy alta. —No dice nada más, deja que sus brazos me envuelvan.

El problema es que no solo me envuelven sus brazos y su calor, sino que toda su presencia me consume. Mi corazón se acelera al sentirle, y cuando sus manos se posan en mi regazo, mi nuca se acomoda contra su pecho. —¿Por qué eres tan amable conmigo ahora? le pregunto en un susurro, recordando cómo me salvó hace unas horas.

Everett no responde de inmediato, sino que permanece en silencio durante un largo momento. —Llevo tiempo pensando que jugamos en el mismo bando.

—Has tardado en darte cuenta —susurro con amargura, pero permanezco cerca de él y de su calor.

—Creo que ayudarnos mutuamente es más fácil que pelearnos todo el tiempo —afirma, y yo asiento con la cabeza.

—Sí. Yo también lo creo. —Y tras un momento, añado—: He estado pensando en tu situación con Sorin y todo el asunto de la venganza... —Espero por si Everett quiere decir algo, pero no lo hace—. Y la verdad es que estoy de acuerdo contigo. Ese maldito bastardo no dejará de cazarnos a menos que hagamos algo.

—¿Qué propones que hagamos? —me pregunta.

—Pienso conseguir las reliquias de las brujas —respondo tras pensarlo un momento.

A mis espaldas, Everett se mueve sin soltarme y nuestros rostros se encuentran.

—¿No estarás hablando de otro objeto que nos ponga en peligro como esa brújula? —pregunta, y

yo niego con la cabeza.

—Las reliquias de las brujas son los tres artefactos de poder concedidos a la primera de las brujas que formaron nuestro clan. Cuando la reina de las brujas está a punto de fallecer, entrega estos objetos a la siguiente generación para formar a la próxima reina que reinará sobre las brujas.

—Así que estos son los objetos que dan poder a los tuyos.

—Algo así —respondo—. En todo caso, son las mayores ventajas que puedo obtener para enfrentarme a Sabine. Con el poder combinado de las reliquias y el poder del Dios Durmiente, frenaré a Sabine, liberaré a mis hermanas e incluso me enfrentaré a Sorin.

—Tal vez —admite Everett, analizando la situación—. Pero, si Nyx y Adam dicen que Ivy ha enfermado demasiado por usar el poder de ese dios...

—A mí no me pasará lo mismo. —Me abstengo de mirarle e intento convencerle—. Porque puedo controlar el poder de la brújula, o al menos podré hacerlo cuando tenga las reliquias.

—Bien. Entonces deberíamos buscarlas —dice Everett, y yo asiento.

Mi cuerpo se acomoda contra el suyo y, por un momento, me olvido del frío e incluso de nuestro desamor. Su cuerpo caliente y su aroma son todo lo que necesito para mantener la calma, aunque no lo note.

—¿Dónde están estas reliquias? —pregunta Everett.

—No sé dónde están dos, pero la primera está en la mansión de mi antiguo aquelarre.

Everett asiente. —Iremos a buscarla entonces, al amanecer.

—Gracias —susurro.

—¿Por qué?

—Por la tregua —aventuro.

No me reconoce de inmediato, pero cuando lo hace, su voz está tensa. —No me he olvidado de Sadie —declara, y siento la presión, el mismo dolor en su voz.

—Lo sé. ¿Pero alguna vez dejarás de culparme por ello? —pregunto, sintiendo que se me hace un nudo en la garganta.

Se queda callado un momento, como si estuviera pensando. —No lo sé, Gwen. Pero por ahora, supongo que debemos cooperar juntos.

—Es mejor que intentar no matarnos mientras huimos de los cazadores —digo entre susurros.

Asiente y, tras un momento, se calla.

Respiro lenta y pausadamente, sintiendo su agradable aroma en el aire mientras intento entrar en calor.

Pero su presencia me llena de una extraña pero cierta armonía. Y aunque sé que estamos lejos de

establecer una alianza, al menos, mantener una tregua entre nuestros odios me da mayor tranquilidad, sabiendo que puedo contar con él por *ahora*, de todos modos.

CAPÍTULO 28: TODOS SOMOS UNO



EVERETT

El sonido de un metal perforando el bosque despierta a Gwen en mitad de la noche, haciendo que su pequeño cuerpo dé un respingo y sus ojos se abran como platos.

A diferencia de ella, yo esperaba una visita indeseada de los cazadores. Me pongo en pie, mientras Gwen se levanta como un rayo y ambos nos acercamos a las ventanas rotas de la cabaña, donde vemos pasar el vehículo de reconocimiento de un cazador.

Los faros del coche repiquetean contra la madera de la cabina y esperamos con la respiración contenida mientras las ruedas frenan, iluminando nuestros rostros.

—¿Estás segura de que no pueden vernos? —le pregunto a Gwen, susurrando.

—Si hubieran podido, nos habrían apuntado con armas, no con luces. —Puedo oír lo tensa que está por su respuesta entrecortada.

Me ha explicado que los cazadores pueden ver la cabaña, pero no a nosotros. Las runas nos mantienen ocultos, lo que les impedirá registrar el lugar, esperamos, de todos modos.

Nos apresuramos a empaquetar nuestras cosas por si acaso, y con las mochilas al hombro y el cuerpo tenso, nos quedamos esperando para luchar y huir si es necesario.

Tras unos tensos minutos, los vehículos de los cazadores desaparecen del paisaje. Observamos cómo desaparecen, las luces disminuyen mientras siguen conduciendo a paso lento por el bosque densamente arbolado.

Solo entonces Gwen suspira aliviada y se deja caer sobre uno de los sacos de dormir. —Necesitaré un año de sueño para recuperarme cuando todo esto acabe —susurra.

Asiento con la cabeza mientras sorbo un gran bocado frío de la sopa que sobró la noche anterior. No es que tenga hambre, pero sé que esta puede ser mi última oportunidad de comer en todo el día, así que es mejor hacerlo ahora, mientras tengamos tiempo.

Mientras tanto, Gwen se remueve y se peina el flequillo con los dedos, tratando de mantenerse lo más pulcra posible. Su ropa oscura, a juego con la mía, me recuerda el hecho recurrente de que siempre me ha gustado vestir de negro de cara al combate.

—¿Qué? —Gwen pregunta, notando que la miro fijamente.

—Nada, solo me preguntaba por qué ahora siempre vas de negro.

—Ah, eso —dice y se encoge de hombros—. Así es más sencillo. La ropa negra y la batalla parecen ir de la mano. —Su respuesta me hace pensar un poco en mi lógica.

Asiento con la cabeza, sabiendo que no hay mucho más que decir, así que espero mientras terminamos de recoger nuestro pequeño campamento. A estas horas, el sol ya debe de haber salido, pero como las nubes llenan el cielo, me resulta difícil saberlo.

Al cabo de un rato, el cuervo suelta un graznido molesto, que me hace dar un respingo mientras Gwen se vuelve para mirar al pájaro. —Se han alejado lo suficiente para que podamos seguir adelante —anuncia.

No. Ahora mismo, lo único en lo que tengo que concentrarme es en el calor de correr, en la adrenalina que siento cuando mis patas se abren paso a través de las capas de nieve y tierra húmeda, esprintando a través de la distancia para alcanzar mi objetivo.

Ante la insistencia de Gwen, hacemos dos pequeñas paradas en el camino. La primera en una colina que nos da cobijo y nos permite observar el entorno, y la segunda cerca de un río helado donde hacemos un alto para comer algo. En medio de la carrera, me he cruzado con un grupo de conejos y he cazado dos, y Gwen los despelleja, preparando la carne para que tengamos comida suficiente para ahora y esta noche.

—No nos queda mucho tiempo. En cuanto crucemos esa colina, veremos las ruinas de la mansión —me dice Gwen, después de recoger nuestro improvisado campamento, levantarse y señalar a lo lejos.

Yo también me pongo en pie, echándome hacia atrás y dejándola cabalgar sobre mi espalda mientras corro con satisfacción, sintiendo cómo cada músculo de mi cuerpo cede a esa petición de adrenalina.

Tras cuatro o cinco horas de viaje, nos detenemos al pie de la colina que nos ha señalado Gwen, cuya ladera domina el bosque, donde escondida entre él se encuentra la mansión de las brujas. —Está ahí —susurra Gwen.

Asiento con la cabeza, recordando las imágenes que visualicé a través de sus ojos cuando acampé en esta zona, y luego vuelvo a mi forma humana. Tras vestirme, cojo la mochila y comienzo a descender la colina. —¿Vamos?

Asiente con la cabeza, se cruza de brazos y sigue mi paso con la mirada baja. Sé que no está contenta de estar aquí; su humor ha ido cambiando a lo largo del día, y cuanto más nos acercamos a nuestro destino, más tensa se pone, pero no puedo culparla por ello, ya que yo tampoco estaría tranquilo si tuviera que volver a las ruinas de mi antiguo hogar.

Irónicamente, compartir tanto tiempo con Gwen me ha hecho comprenderla mejor. Empatizar con ella no es algo que me agrade, pero es inevitable. Al poder compartir sus pensamientos y sentimientos, no puedo evitar formarme una idea más clara de quién es y de cómo piensa y siente.

—¿Te estás enamorando, lobito? —Bromea, siguiendo la línea de mis emociones.

—Ya te gustaría —respondo con un gruñido, mientras bajamos la colina.

—Creo que es lo único que ambos intentamos evitar —afirma, con lo que estoy de acuerdo.

Pero no siempre fue así. Durante años, la idea de encontrar a mi pareja predestinada me entusiasmó, y es el vínculo más poderoso que poseemos como lobos; nos fortalece, nos hace mejores. Da sentido a nuestras vidas.

—Yo no pienso lo mismo... Para mí, esto es solo una maldición. —Ella aparta sus ojos de mí.

—Las brujas y los lobos no se parecen en nada —declaro.

—No todas las brujas piensan como yo —añade, eligiendo sus palabras con cuidado—. Es solo una elección de vida.

Aunque sigue sin mirarme, puedo sentir el vaivén de sus emociones, por mucho que intente evitarlo, y sé que los sentimientos y pensamientos de Gwen con respecto al amor están más relacionados con sus recuerdos del pasado.

—Es más complicado que eso —gruñe Gwen, intuyendo mis deducciones.

Pero entonces, en mitad de la conversación, se detiene y me tiende la mano para que haga lo mismo.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

Espera antes de responder. —Algo ha cambiado. —Se queda mirando mientras el cuervo se detiene sobre sus cabezas. Su peculiar mirada no augura nada bueno.

Intento inhalar, aceptando los aromas que flotan en el aire. Los vapores de la magia son distintos, pero no puedo diferenciarlos de nada que no haya sentido antes. —¿Qué ha cambiado? —le pregunto a Gwen.

—No lo entenderías. Es cosa de brujas.

Su ceño fruncido me indica que algo no va como esperaba. Camina con cautela, dando un solo paso adelante como si intentara calibrar el terreno.

Y entonces, las criaturas salen de la nada y nos atacan.

No son lo que esperaba. No son como los fantasmas que se ven en las películas, ni se parecen a los espectros que uno imagina de niño, sino que son formaciones oscuras creadas con nieve y ramas caídas; con corteza de árbol y troncos podridos.

Sus gritos desgarradores impregnan el aire mientras el cuervo comienza a chillar y aletear sobre nosotros. —¡Mierda! —exclama Gwen mientras se tira al suelo, esquivando el golpe de una rama que se alza sobre nosotros, y entierra los dedos en la nieve.

Me lanzo hacia ella, para esquivar el ataque de una criatura formada por la nieve cuyo cuerpo se derrite y se abalanza sobre nosotros, pero Gwen es más rápida y crea una especie de escudo para evitar el ataque.

—¿Qué demonios son esas cosas? —exclamo.

—¡Esas son las razones por las que debo destronar a Sabine! —grita Gwen.

Se levanta, intentando pronunciar un hechizo, pero hay demasiadas criaturas atacándonos desde todos los rincones. —¡Cuidado! —Cojo a Gwen en brazos y salto con ella para evitar el ataque

de esas cosas que surgen del suelo, formadas por rocas y ramas retorcidas, que lanza contra nosotros.

Con mi cuerpo, protejo a Gwen, que se aferra a mi pecho y esconde la cara mientras las rocas golpean mi espalda y mi cabeza. Entonces siento la presión de algo que me asfixia, y mi cuerpo se separa del de Gwen mientras una especie de fantasma de aire trepa sobre mí y me asfixia.

—¡Everett, no! —grita Gwen mientras arremete contra nosotros.

Grita una especie de conjuro y, con una rapidez pasmosa, la criatura me suelta. El cuervo desciende frente a nosotros y grazna a los fantasmas, mientras cambia de forma, adoptando el cuerpo de un gato blanco y negro.

El felino, de pelaje erizado, gruñe a las criaturas y corre entre ellas, marcando una especie de camino, y Gwen coge un puñado de tierra entre las manos. —Tierra y agua juntas son las formas de mis hermanas dormidas; ¡que la Tierra vuelva a la Tierra y libere sus espíritus! —brama Gwen, mientras lanza la bola de lodo helado contra los espectros.

Salvo que la Tierra no las atraviesa, sino que se estrella contra sus figuras, haciéndolas chillar entre gritos agónicos, y Gwen me agarra de la mano. —¡Corre!

Sin esperar más órdenes, la cojo en brazos, pues soy mucho más rápido que ella, y atravesamos el escenario de fantasía y terror hasta que entramos en el edificio en ruinas que es la mansión de la vieja bruja.

En cuanto la puerta se cierra tras nosotros, los gritos abrumadores de los espectros se acallan, y entonces todo queda en silencio. —¡¿Qué coño ha sido eso?! —exclamo, dejando a Gwen en el suelo, y me dejo caer con la espalda apoyada contra la madera.

Gwen da un grito ahogado y se desliza a mi lado. —Son los fantasmas de mis hermanas —exclama con los ojos cerrados, intentando procesar las imágenes—. Sabine debe de haber venido después que yo. Quizá sepa que busco las reliquias de las brujas. Ha despertado a los espíritus de las brujas muertas para ordenarles que custodien este lugar.

—¿Puede hacer eso? —le pregunto, impresionado. Gwen asiente.

—Las brujas estamos unidas por la sangre y la memoria. Cuando morimos, pueden invocar nuestros espíritus, protegiendo a los nuestros. Pero nadie se ha atrevido nunca a utilizar la muerte de un clan para atacar a las propias brujas —declara Gwen, cerrando las manos en puños.

El dolor dentro de su pecho es inminente, y yo lo siento dentro de mí, reforzado por mi dolor y mi pérdida. Para ella, es como perder a Sadie mil veces.

Sus ojos no derraman ni una lágrima, pero puedo ver en ellos la pena que refleja y siente. Sin embargo, Gwen se mantiene erguida y orgullosa. —Liberaré a mis hermanas. Detendré esto. — Sus palabras suenan como una promesa.

Observándola comprendo que sus ideales y los míos no son tan diferentes. Casi puedo empatizar con ella. *Casi*.

Me levanto y la sigo. —Te ayudaré, lo prometo.

Ella asiente y baja la mirada, abrumada por la pena. Mis manos vagan y, sin decidirme a pedir permiso, mis dedos se extienden y se enredan con los suyos.

Al principio, Gwen me mira con la mirada perdida, como si intentara decidir qué tipo de propuesta le estoy enviando con mi gesto.

—Será mejor que no lo digas —espeto, sabiendo de antemano lo que va a decir.

Pero la bruja esboza una sonrisa confiada y burlona. —¿Te estás enamorando, lobito? —Se ríe con sorna.

Gruño, sin ganas de responder, y empiezo a pasearme.

Pero mi mano no suelta la suya, ni Gwen suelta la mía. Y aunque ninguno de los dos lo admite, el sentimiento está ahí y es evidente para los dos.

Fluye en ambas direcciones, haciéndome pensar que las burlas de Gwen son, de hecho, una forma de intentar ignorar la realidad de que ella *también se está enamorando* de mí.

CAPÍTULO 29: MI ALMA EN LLAMAS



EVERETT

El aire del interior de la mansión en ruinas huele a polvo y tierra, a madera podrida y a humedad, como si hubiera estado cerrada y olvidada durante mucho tiempo. Pero hay algo más: un olor que se nota a cada paso que damos y que es fácil de identificar sin necesidad de ser un lobo, como yo.

Para mí, el hedor es mucho peor que para los demás. Noto los toques de tierra entre la sangre, coagulada y putrefacta; el olor de los huesos, la médula congelada en su interior y la piel dañada. Detecto el pelo quemado y algo más allá, en lo que prefiero no ahondar, pero que apesta como si su misma alma se estuviera pudriendo.

—Gwen, no —digo, intentando detenerla, mientras tiro de su mano, buscando desviarla, pero ella también lo percibe, el olor que flota en el aire, y en lugar de apartarse, me suelta la mano y se aleja a toda prisa, siguiendo el pasillo hasta la habitación del fondo.

La sigo, sabiendo mejor que ella lo que encontraremos porque mi olfato me dibuja la escena mucho antes de que pueda verla.

Diez cuerpos cuelgan de las vigas del techo, todos ellos cadáveres de mujeres jóvenes de entre veinte y treinta años, con los ojos y la boca cosidos. Aparto la cabeza horrorizada por un momento.

Las mujeres que cuelgan del techo están desnudas, con el pelo quemado y las manos atadas al pecho con cintas negras. Están unas frente a otras en medio de una formación circular.

—Es magia negra —declara Gwen, y siento el llanto a través del quiebro de su voz.

Se apresura hacia los cadáveres mientras yo la sigo. —Gwen, siento esto, pero no puedes hacer nada por ellas...

—Ahí es donde te equivocas —me interrumpe Gwen mientras tira de una pesada alfombra hacia el centro de la habitación, colocándola debajo del círculo.

Arruga la nariz y, al mirarla, me doy cuenta de que tiene los ojos rojos. Sin mediar palabra, decido ayudarla, porque aunque no sé qué trama Gwen, no parará hasta conseguirlo: es una bruja decidida, eso lo sé.

—Por eso nos atacaron los fantasmas de mis hermanas. Sabine las sacrificó y utilizó sus almas como guardianes, atándolas a este lugar mediante magia oscura —me explica Gwen.

Intento por todos los medios no mirar a los cadáveres, pero es imposible ignorar el olor pútrido que flota en el aire helado y que me produce un escalofrío.

El cuervo entra entonces en la habitación, graznando mientras se posa en la chimenea y haciéndome dar un respingo. Sus ojos oscuros e inteligentes observan cómo Gwen se encarama a una silla para cortar la cuerda de un cadáver inmovilizado.

—Déjame a mí. —La aparto con una mano suave y le quito el cuchillo de las manos.

De cerca, el olor es aún peor, pero me obligo a no respirar. Trabajo en silencio, cortando la gruesa cuerda hasta que cede y el cadáver cae, con un ruido sordo, contra la alfombra, levantando una nube de polvo en el aire.

Con una tos, Gwen se acerca y afloja las correas que atan a la joven y cubre su cuerpo desnudo con una manta del sofá. Mientras trabaja con movimientos enérgicos, sus labios se mueven en susurros que supongo son cánticos de hechizos.

Sin preguntar, repito el procedimiento con el resto de los cuerpos, liberándolos de sus ataduras hasta que todos quedan tendidos en el suelo.

Observo con inesperado asombro cómo Gwen mantiene la calma. Se toma su tiempo susurrando a cada cadáver y acaricia sus rostros, descosiendo sus labios y ojos mientras les habla como si fueran niños. La imagen, tan extraña y surrealista, me resulta demasiado desalentadora, así que me alejo sin hacer ruido y me siento en un rincón, dejándola llorar a su modo y manera.

Gwen sigue su rutina con paciencia, sumida en una especie de trance mientras el cuervo la observa con ojos agudos.

Al cabo de un tiempo que parece eterno, Gwen se levanta. Suspira, mete la mano en el bolso y saca lo que parecen ramitas de una hierba o flor. La frota entre los dedos, pronuncia unas últimas palabras y arroja los pétalos aplastados sobre los cuerpos reunidos frente a la chimenea.

Cuando levanta la cara y me mira, percibo algo, un brillo extraño en medio de sus orbes, lleno de ira y dolor.

—No sabía cómo ayudarte ni qué más hacer —digo a modo de disculpa por mi actitud distante.

Ella sacude la cabeza. —Hiciste lo correcto al alejarte. Esto es algo entre ellos y yo.

—¿Qué les ha hecho precisamente Sabine? —Pregunto.

—Ha sellado sus espíritus y voluntades usando magia oscura para que obedezcan sus deseos. — Gwen se enjuaga las manos y la cara con agua limpia.

—¿Y lo que has hecho puede liberarlos?

—Algo así —me dice—. Pero debo completar el ritual. Sus almas no descansarán hasta entonces.

Gwen vuelve a guardarlo todo y se cuelga la mochila al hombro. —Pongámonos en marcha.

La miro fijamente, cómo evita mi mirada y cómo se mueve. No tengo que recurrir al vínculo que nos une para saber cómo se siente. —Gwen —aventuro.

Se vuelve hacia mí con expresión cortante. —¿Qué? —Su voz suena quebrada.

Sin pensarlo, la atraigo hacia mí. La rodeo con mis brazos y entierro su cara en mi pecho, frotándole la espalda para consolarla.

Parece vacilar y se tensa, pero no se mueve, y, al cabo de un momento, se acomoda contra mi cuerpo, inspirando lentamente unas cuantas veces, dejando que las lágrimas se derramen, cálidas contra mi camisa.

—Oye, siento mucho todo esto —le digo.

—Le haré pagar por todo lo que nos ha hecho. —Gwen se lamenta mientras sigue llorando en mis brazos.

Asiento con la cabeza, permitiéndole este momento de dolor hasta que parece sentirse lo suficientemente fuerte y preparada para continuar.

Gwen moquea y se aparta. —Gracias. Se seca las lágrimas con el dorso de la mano.

—No pasa nada. —Le dedico una sonrisa triste.

Sus ojos recorren mi rostro por un momento, y sé bien lo que siente porque yo siento lo mismo. La terrible atracción, el dolor compartido y la angustia de no poder tocarnos; de no ir más allá...

Incómodo, desvío la mirada y Gwen se da la vuelta. —Continuemos —dice.

La sigo por respeto, dejando atrás la morbosa escena, y subimos de dos en dos los escalones que conducen al segundo y luego al tercer piso. La mansión está silenciosa, llena de calma, pero algo me dice que esta paz no es una buena señal.

—¿Cómo sabemos que no estamos cayendo en una trampa? —le pregunto.

—No lo sabemos —responde Gwen—. Al menos, no con certeza. Pero no encontraremos nada bueno dentro de esa habitación.

A pesar de la advertencia, se apresura a subir las últimas escaleras, que conducen a una única puerta en el ático de la casa.

Tras un largo suspiro, Gwen agarra el pomo y dice: —Acabemos con esto. —Abre la puerta y, en un instante, aparece una ráfaga de luz que nos deja ciegos al mundo y a todo lo que nos rodea.

Perdemos el sonido del graznido del cuervo durante la explosión, y el resto de los sonidos se desvanecen a nuestro alrededor. Mi cuerpo se mueve con la precisión suficiente para alcanzar el de Gwen en el aire justo antes de que caiga.

La cojo en brazos sin pensarlo y, mientras caemos, me giro para que mi cuerpo reciba la peor parte del impacto, no el suyo. Los brazos de Gwen se cierran alrededor de mi pecho, aferrándose a mi camisa mientras me castañetean los dientes por el remolino de fuego que baila hacia nosotros.

Con un gruñido, Gwen levanta las manos y dice una sola palabra que no puedo oír, y se forma una barrera protectora a nuestro alrededor, mientras el fuego, radiante y lleno de lamentos, ruge a nuestro alrededor.

Pero al igual que fuera de la mansión, este fuego no es una mera creación terrenal, sino que posee vida y movimiento, como si fuera una criatura pensante.

A través del resplandor, miro hacia arriba por un momento, notando cómo las llamas parecen tener rostros, que se encriptan en medio del estruendo y se transforman en una entidad inteligible cuando las llamas intentan alcanzarnos a través de la explosión.

—¡Tenemos que salir de aquí! —Le grito a Gwen, ni siquiera estoy seguro de que pueda oírme por encima del estruendoso ruido.

—¡No podemos! —grita, saliendo de debajo de mi cuerpo y arrodillándose a mi lado con las manos extendidas en medio de la vorágine—. El demonio protege la reliquia. Tenemos que llegar hasta ella.

Mis ojos se desvían y tardan un momento, pero luego se ajustan, percatándose de a qué se refiere Gwen. Y es que detrás de las llamas, a lo lejos, en el centro de la sala; una especie de caja parece encontrarse asentada sobre un pedestal justo detrás de la criatura.

—¿Cómo *coño* esperas que lleguemos hasta allí? —le pregunto a Gwen, abrumado por el estruendo y el calor.

Levanta la vista y se da cuenta del remolino de fuego que nos envuelve. Si nos movemos lo más mínimo para alejarnos el uno del otro, nos abrasará en menos que canta un gallo.

La ansiedad en los ojos de la bruja parece crecer por momentos, pero, tras una pausa, saca la brújula del bolsillo y la estudia como si se estuviera comunicando con ella.

Y una parte de mí cree que sí, y de una forma sutil, casi imaginaria, me doy cuenta de que puedo oír el susurro de una voz lejana y peligrosa...

—¡Pase lo que pase, quédate conmigo! —Gwen ordena.

Saca una navaja del bolsillo y se hace un corte en el dorso de la mano, dejando que la sangre fluya fresca y, con rapidez, deja que el líquido se derrame sobre la brújula.

Y comprendo, sin que nadie me lo diga, que lo que está haciendo es peligroso. Sé que debería detenerla, pero antes de que pueda alcanzarla, ya se ha colgado la brújula al cuello con la cadena que cuelga de ella y sus ojos cambian de color.

—¿Qué *coño* crees que estás haciendo? —exclamo.

—¡Salvándonos la vida! —declara Gwen un segundo antes de levantarse.

Su nombre sale de mis labios en medio de un grito desesperado, mientras veo cómo las llamas cubren su cuerpo. Y sé que ya no me importa nada, si es mi enemiga o mi aliada; si la muerte de mi hermana es culpa suya o no. Bajo ninguna circunstancia puedo ni quiero dejarla morir.

Me levanto sin darme cuenta, gritando y dispuesto a quemarme vivo por ella. Mi mano encontré la suya en el calor abrazador, con todo mi ser preparado para morir por Gwen y haciendo las paces con ese pensamiento.

Pero cuando mis dedos tocan los de Gwen, algo sucede. La sangre que mancha sus manos impregna mi piel; sus pensamientos, colándose en medio de los míos a través del ruido y con su

caos, y mientras oigo las voces de los maldecidos por el Dios de la Luz.

Y entre el infierno que reina dentro y fuera de la bruja, veo a Gwen, mientras sus ojos se iluminan, no de verde, sino de ámbar. Sus manos están extendidas y grita sin pronunciar palabra y dejando fluir la rabia. El demonio de fuego ruge entonces y se lanza contra ella con el bramido de su perdición impreso entre las llamas, pero antes de que pueda tocar a Gwen, se desdibuja. Ella extiende su mano libre y parece atrapar las llamas y, para mi sorpresa, no nos queman.

Dentro de la cabeza de Gwen, el Dios de la Luz parece reír. El sonido, macabro y ensordecedor, nubla mis sentidos y se manifiesta a través del aura de Gwen, caliente y radiante, cubriendo su cuerpo de oro.

Y las llamas gimen, perdidas, incapaces de atacarla. Se revelan y luchan, pero Gwen las atrae hacia sí, hacia su boca, abriendo sus labios rojo fuego mientras traga las llamas, que entran en su cuerpo como si un agujero negro las devorara.

Mientras absorbe al demonio, el aura de Gwen brilla con más intensidad; la voz del dios, riendo dentro de su cabeza hasta que el cielo se abre ante nosotros entre el caos y el olor a madera quemada se desvanece en el aire, sustituyendo al fresco aroma de las llamas.

Solo entonces, el cuerpo de Gwen cae al suelo, los jadeos brotan de su aliento caliente y vaporoso mientras el aire circundante se vuelve frío. Pero sigue expulsando la luz anaranjada del aura del dios, cuyos chillidos siguen manifestándose dentro de su cabeza.

Los ojos de Gwen se abren de par en par, ardientes y dorados, y parece desquiciarse ante la idea. Entre temblores, se mira una de sus manos brillantes y llenas de calor, y entonces una llama involuntaria se enciende y se apaga entre sus dedos.

—¡Basta! —Digo, sintiendo al dios en su cabeza. Incapaz de entender sus palabras, pero reconociendo la presión que ejerce sobre ella—. ¡Ya basta! ¡Vuelve a ser tú, Gwen! —Le suplico.

Mis brazos se cierran alrededor de su cuerpo y siento que arde como si estuviera en llamas. Me arden las manos, las mejillas y la piel al contacto con ella, y me salen ampollas en las palmas por el calor.

Pero no me suelto. En lugar de eso, lucho con todas mis fuerzas para que la voz se apague. — ¡Déjala en paz! —Grito a la voz del dios, que sigue riendo dentro de su cabeza, y de la mía.

—Basta, Everett. Deja de gritar ya. —Gwen suelta un gruñido mientras se separa de mí.

A medida que el cuerpo de Gwen se enfría, sus pupilas pierden el color dorado y el aura desaparece de los contornos de su cuerpo. La observo mientras vuelve a la normalidad, inspirando y espirando e intentando sostenerse.

La rodeo con mis brazos para darle equilibrio. —¿Estás bien?

—No —dice ella—. Me duele la cabeza y siento que me voy a morir de sed.

Saco una botella de agua de nuestra bolsa, pero al mirarla me doy cuenta de que el líquido burbujea por el calor.

Gwen me arrebató la botella y se la bebe de un trago. —¡Mierda, esto es horrible! —Hace una mueca. Se remueve y saca otra botella de nuestra bolsa y se la bebe, poniéndose de pie.

—¿Qué demonios ha sido todo eso? —suelto molesto, sabiendo que nos ha puesto en peligro innecesariamente.

—Esa era nuestra salida —afirma Gwen con un gruñido, avanzando a trompicones.

Me apresuro a acompañarla, sujetándola para que no se caiga mientras nos adentramos en la habitación.

Es obvio que no es la misma, no del todo, pero tampoco oigo la voz del dios. En cambio, observo cómo maniobra hacia el centro de la habitación, y cómo sus dedos se posan en la caja de madera roja, la abren, como si fuera el cofre de un videojuego, y saca algo de su interior.

Gwen sonrío y se vuelve para mirarme. Tiene los ojos enrojecidos, las mejillas sonrojadas y los labios agrietados como si tuviera fiebre. —¡De verdad, Everett! —Sacude la cabeza—. ¿Crees que esto parece un videojuego? —bromea, con la voz ronca.

Como puedo, intento devolverle la sonrisa. —Parece similar. Derrotas al jefe final del templo para conseguir el premio. Mierdas así —me burlo, metiendo las manos en los bolsillos y apretando los puños mientras intento ignorar el dolor causado por las heridas.

Gwen me muestra la misma sonrisa falsa. —¿Cuál era nuestro premio? —le pregunto mientras me acerco.

Extiende la mano y me muestra lo que parece ser un anillo de latón desgastado con una pequeña piedra en el centro. —¿Hemos hecho todo esto por una joya? —Sacudo la cabeza, irritado con ella.

Suelta una carcajada que se convierte en tos. Creo que está más que un poco agotada por la exposición al Dios de la Luz. —Es mucho más que una joya cualquiera. Debes creerme en eso.

—No tengo más remedio que creerte —respondo, y le pongo una mano en la frente, reconociendo que está ardiendo—. Tenemos que irnos. —Intento meterle prisa.

Ella asiente y, tras pensárselo un momento, se coloca el anillo en la mano izquierda.

En cuanto toca su piel, los ojos de Gwen adquieren un brillo extraño. Se vuelven negros durante un segundo y luego la sombra se desvanece. —¿Qué demonios ha sido eso? —le pregunto.

—Nada... —dice, pero sus palabras no tienen convección.

Su cuerpo se estremece y la cojo antes de que caiga. La tiro sobre mi espalda, dejo que me rodee el cuello con los brazos y recuesto su cara en mi hombro. —Ya has tenido bastante por hoy, bruja. —Doy vueltas a mi alrededor, buscando la salida de esta aterradora mansión.

Al salir de la habitación, descubro al cuervo esperándonos en medio del pasillo carbonizado, junto a nuestras cosas. El pájaro grazna y se apresura a seguirnos por el pasillo, marcando el camino.

Susurro: —Te estoy siguiendo. Mis pensamientos buscan en silencio al intruso que sé que está ahí, escondido, mientras siento la respiración lenta, profunda y agitada de Gwen.

A la voz del dios que, aún en la distancia, sigue riendo, porque sabe que cada día está más cerca de conseguir lo que quiere.

*Los secretos permanecen ocultos y los destinos entrelazados.
Recuerde que la saga dista mucho de estar completa. La emoción perdura en la secuela. Sigue leyendo para conocer el tercer libro de Descendientes de Crepúsculo.*

Más información